STVDIA COLOMBIANA

REVISTA

número 4

El *Quijote* en América · Premios del Concurso de Ensayo de la Universidad de Salamanca

VNIVERSIDAD DE SALAMANCA
CENTRO CULTURAL EN BOGOTÁ

STVDIA COLOMBIANA
REVISTA

número 3

DICIEMBRE DE 2004

PRESIDENTE DEL CONSEJO EDITORIAL
Enrique Battaner Arias
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

CONSEJO EDITORIAL

Jorge Civis Llovera
DIRECTOR ~ GERENTE DE LA FUNDACIÓN GENERAL
DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Belisario Betancur Cuartas
PRESIDENTE DE LA FUNDACIÓN SANTILLANA

Carlos Gómez–Múgica Sanz
EMBAJADOR DE ESPAÑA EN COLOMBIA

Jaime Posada Díaz
DIRECTOR DE LA ACADEMIA COLOMBIANA
DE LA LENGUA

Ignacio Chaves Cuevas
DIRECTOR DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO

Fernando Toledo
COORDINADOR DE ACTIVIDADES CULTURALES DEL
CENTRO CULTURAL DE LA UNIVERSIDAD DE
SALAMANCA EN BOGOTÁ

Virginia Sánchez López
GERENTE ADMINISTRATIVA DE LA
FUNDACIÓN UNIVERSITARIA SANITAS

DIRECTORA
María Isabel Montesinos de la Puente

EDITOR
Fernando Toledo

DISEÑO GRÁFICO Y DIAGRAMACIÓN
Cristina López M.

CORRECCIÓN DE ESTILO Y REVISIÓN DE TEXTOS
Enrique Dávila Martínez

COLABORAN PARA ESTA EDICIÓN

Carlos José Reyes ·

ASISTENTES
María Cristina Rodríguez · Ana Carolina Chavarro

PREMEDIA, IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN
Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo

FOTOGRAFÍA
Cortesía de:
Editorial Universidad de Salamanca · ACNUR ·

PORTADA
Ana Mercedes Hoyos, *Cumbia.*

PÁGINA ANTERIOR:
El país del Sagrado Corazón de Colombia, 2003
Enrique Grau

ISSN: 1692-3537

IMPRESIÓN
Editorial Nomos

FUNDACIÓN GENERAL DE LA UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA SEDE COLOMBIA
Carrera 5 No. 21 - 51
Teléfono: 342 93 61
Bogotá, Colombia

C O N

4 EDITORIAL
María Isabel Montesinos de la Puente

6 La Biblioteca y los libros DE SALAMANCA

12 El Quijote, alfa de la narrativa y del idioma
Fernando Toledo

18 A propósito del Quijote
NUEVE ESCRITORES COLOMBIANOS SE EXPRESAN SOBRE EL QUIJOTE

31 Cervantes y el Quijote EN COLOMBIA
Vicente Pérez Silva

38 LA POESÍA EN TIEMPOS DE Miguel de Cervantes Saavedra
Carlos José Reyes

46 Literatura, Derecho y DON QUIJOTE
Carmenza Klein

52 LOS YANTARES DE DON ALONSO
Tina Alarcón

58 La música en la época de El Quijote
María Cristina Sánchez

T E N I D O

Delitos y penas en El Quijote 60
Luis Arroyo Zapatero

¿TÉ DE BOGOTÁ? 68
Itinerario de un proyecto frustado
Carlos Barrero Ortiz

DON LUIS BUÑUEL: una mirada onírica 72
Luis Carlos Muñoz Sarmiento

82

ÁLVARO MUTIS 80

El premio 85
Javier Alonso

El festival de la leyenda vallenata 87
María Consuelo Araujo

Un aliento para los desplazados 92
María Eugenia Cárdenas

Los Solís de Valenzuela y la 96
cultura del nuevo Reino de
Granada en el siglo XVII
Carlos José Reyes Posada

DOCUMENTO 113
Ezequiel Uricoechea
y la ciencia y la cultura hispánica
Alfonso López Michelsen

La biblioteca y los libros de SALAMANCA

La biblioteca de la Universidad de Salamanca, apenas superada por la Biblioteca Nacional de Madrid y por la famosísima del monasterio de San Lorenzo del Escorial, es una de las más importantes de España. A menudo se dice que, por sí sola, es suficiente razón para visitar la ciudad. Aunque ello es cierto, Salamanca reúne tal cantidad de tesoros artísticos y arquitectónicos que la biblioteca se convierte en el complemento extraordinario de un entorno monumental. Es, entonces, otro de los hitos de la ciudad del Tormes.

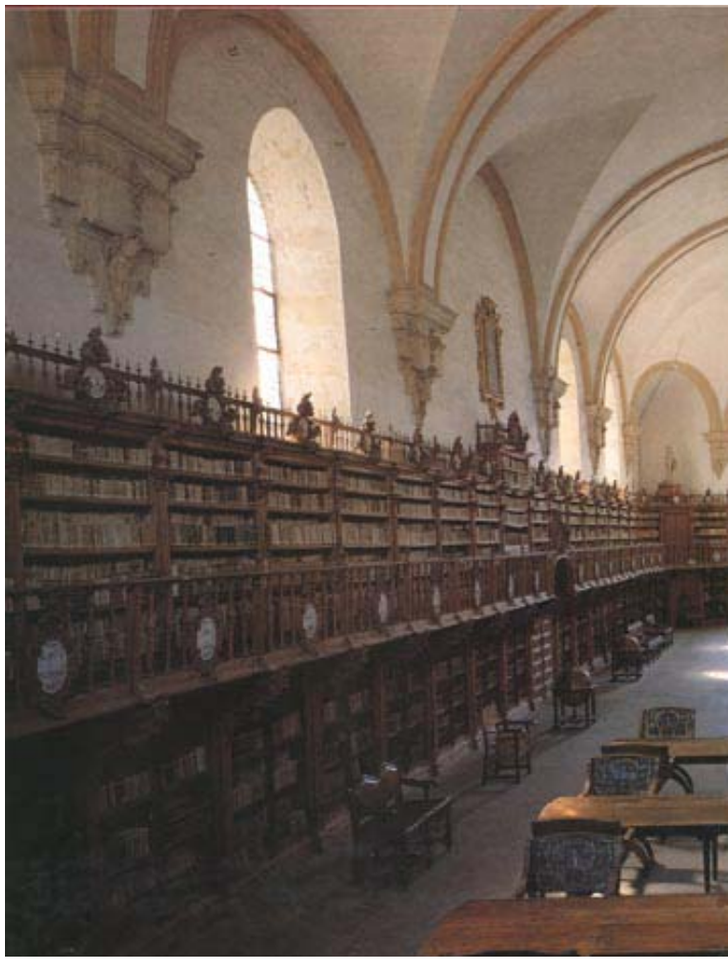
Página anterior:
Detalle de los barandales de la biblioteca y de la estantería donde reposan los viejos infolios de derecho canónico.

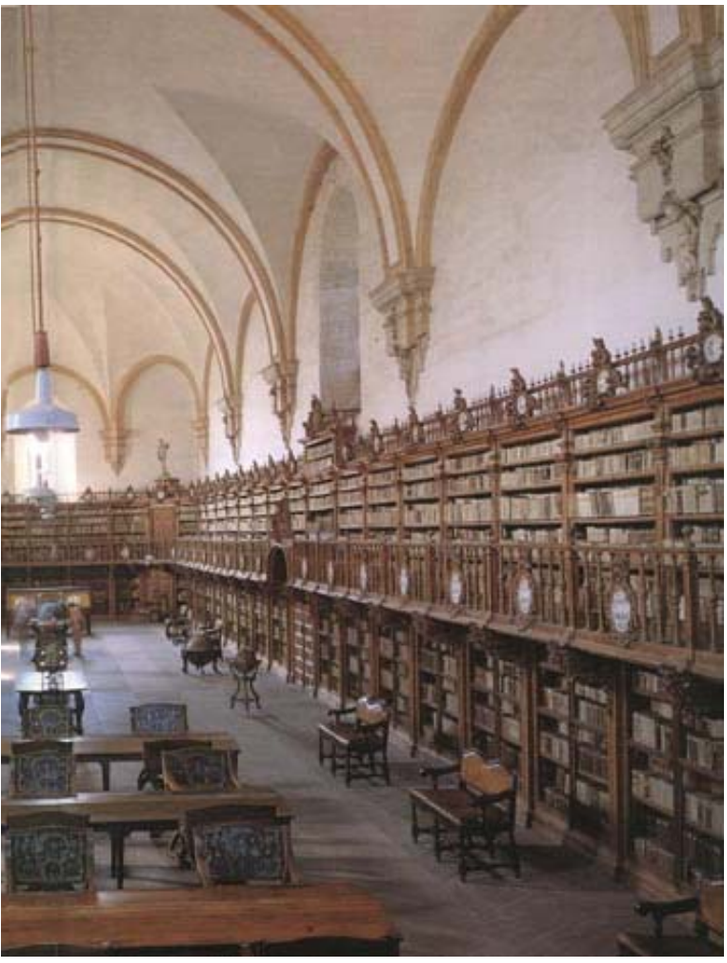
Desde el ingreso a la que suele llamarse biblioteca vieja, el golpe de vista es impresionante. Sus instalaciones fueron realizadas a mediados del siglo XVIII en estilo barroco tardío por dos artífices de la más depurada calidad: José Isidro y Andrés García de Quiñones. Están ubicadas en un espléndido pabellón en donde las nervaduras y los arbotantes del techo parecen prolongar el garbo de las estanterías.

La biblioteca, más allá del espectáculo de sus instalaciones, atesora una asombrosa colección de manuscritos, códices, incunables y publicaciones, muchos de ellas únicos en el mundo y otros de una rareza que les otorga incalculable valor. En estas páginas, *STVDIA Colombiana* ofrece a sus lectores un reportaje visual de esta extraordinaria biblioteca y un resumen gráfico de algunas de las publicaciones excepcionales que contiene.

Discursos medicinales de Méndez Nieto (1560), autor que llevó una existencia de trashumante hasta su asentamiento en Cartagena de Indias.

Abajo:
Libro para el juramento de licenciados por Salamanca. Edición del siglo XV.





A la izquierda:
Espléndida panorámica de la vieja biblioteca, cuyas instalaciones son obra de artífices salmantinos del siglo XVIII.

Página anterior, arriba:
Puertas del depósito de manuscritos e incunables pintadas por Martín de Cervera en 1614. Representan sendas lecturas de cátedra.

Abajo:
Edición príncipe de La perfecta casada, de fray Luis de León, profesor de la Universidad de Salamanca y uno de los líricos más señalados del Siglo de Oro.

LA PERFECTA
CASADA
POR EL MAESTRO
Fray Luys de Leon.

Con priuilegio.
EN SALAMANCA,
En casa de Iuan Fernandez.
M. D. LXXXIII.

Página anterior, abajo:
Antigua arca de caudales de la universidad, exhibida actualmente en la sala de manuscritos.

A la derecha, abajo:
Edición de las Siete Partidas de Alfonso X el Sabio, impresa en Lyon, obra capital de ordenamiento jurídico de Castilla.

Abajo:
Copia medieval manuscrita del Libro del buen amor, del Arcipreste de Hita realizada por Alfonso de Paradinas.

LAS SIETE
PARTIDAS
DEL SABIO REY DON ALFON.
EN LYON DE FRANCIA.
Año de 1550

El Quijote: alfa de la narrativa y del idioma

A manera de prólogo de los cuatro ensayos ganadores del I Concurso de ensayo que, con el tema del Quijote en América, convocó el Centro cultural de la Universidad de Salamanca en Bogotá.

Por Fernando Toledo

Un libro que nació como final se convirtió en apertura. Cervantes manifiesta, en el último párrafo del *Quijote,* su intención de "… poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballería…". En otras palabras, hace evidente el propósito de dar al traste con la prosopopeya de un género que partía de una pretensión histórica, pero cuyos héroes se resolvieron en los ámbitos de la quimera. Lo consiguió y, con ello, al permitirse una audacia insólita para su época frente al eterno fenómeno de contar, sembró la simiente de la novela moderna. En el *Quijote,* por vías a veces evidentes y otras no tanto, se advierten los antecedentes de algunos de los derroteros de la narrativa inglesa de la época de la Ilustración, o de los relatos contemporáneos con la expansión colonial. En la obra palpitan los ardides de la novela romántica, el vigor de los personajes rusos o el decaimiento de las heroínas naturalistas. Aunque varios autores no estén del todo de acuerdo, también se vislumbra la esencia perturbada por la cavilación que habría de abrumar tres centurias después a los atosigados héroes de la literatura del siglo XX, así muchos de ellos hubieran nacido, en una paradoja, como una reacción en contra de la novelística de corte quijotesco.

La gran discrepancia que esboza el *Quijote* con lo que el mundo conocía hasta su primera impresión en enero de 1605, y que habría de ser definitiva en el desarrollo de la manera de referir posterior, guarda relación con la postura de los personajes frente al lector. Antes de don Alonso Quijano, de Sancho, y hasta del moro, que en una nueva treta cervantina cuenta la historia, los actores hacían alarde de una impúdica aproximación con un público atónito. A partir del *Quijote,* cuantos deambulan por el entramado de un relato deben conseguir que aquel que se acerque a sus actos, a sus pasiones o a sus abismos mentales, indague, a veces de manera metafórica y otras desde el ámbito de lo primario, en las razones o en las sinrazones que los impulsan. Ello precipita una aproximación a la reconditez del destino del hombre frente a unas coordenadas de tiempo y de

espacio. Después del ingenioso manchego, el lector no se contenta con advertir andanzas o lances o con asombrarse; el envolvimiento lo lleva a transmutarse en una suerte de sujeto partícipe del devenir de los personajes, lo que significa el hallazgo de unos caminos literarios que modifican de manera imprescindible los itinerarios de la escritura y los hace coherentes con el Renacimiento filosófico planteado por Erasmo de Rótterdam y, por lo tanto, imbuido de un profundo humanismo. Lo sorprendente es que el autor transitó con un fantástico donaire por esa catarata de posibilidades, vinculada con los contornos externos y mentales de los personajes de la trama concebida por él, que prospera a medida que esta transcurre, hasta desembocar en ese prodigio de la sagacidad que es la segunda parte de la obra, publicada en 1615. En un aparente contrasentido, partió de la exploración minuciosa del tópico, del lugar común, pero desde un prisma que tiene una asombrosa hondura crítica.

Otro cariz imprescindible es la libertad que resuma el *Quijote* tanto desde lo formal, insólito para la época, como a partir de lo orgánico. Nada puede ser tomado tan en serio como había ocurrido hasta entonces. La perspicacia que se deriva de un delirio enfrentado a un contexto real por antonomasia y hasta prosaico, juega un papel concluyente. Es una refinada armazón de espejos donde todo el asunto se resuelve en un cotejo indisoluble entre lo que en apariencia es objetivo y las entelequias subjetivas. El hilo conductor transita por entre la existencia, las mentiras y la imaginación emancipadas de cualquier acatamiento, como don Alonso Quijano lo estaba de los autoritarismos que chocaban con su concepción del mundo. Poco es seguro en el orbe del hidalgo, como poco lo es en la literatura que ha de surgir después, lo que lleva al instante a las reflexiones: a unas explícitas, expuestas en las disquisiciones del caballero andante o en las apostillas de Sancho, y a otras que brotan de las abstracciones que se dan de forma axiomática en la mente del lector. Con el manchego y, desde luego, con el escudero, con sus peripecias, con su manera opuesta y complementaria de mirar el universo y de intentar penetrarlo, que a veces se trastoca, germina también la posibilidad de las múltiples lecturas.

Aún en esta minúscula aproximación, esbozada a manera de prólogo de los cuatro ensayos sobre el *Quijote* en América que ganaron sendos premios en el I Concurso de ensayo del Centro Cultural de la Universidad de Salamanca en Bogotá, es imposible olvidarse de otros chaflanes que, por sí solos, marcan hitos y atañen a la forma: por un lado están el establecimiento del diálogo, eje del concierto, y el humor que se resuelve en una sucesión casi infinita de matices. Aparte quizás de un único antecedente en la obra de Rabelais, el *Quijote* señala una apertura hacia la ambigüedad flagrante que provoca desde la sonrisa, que se deriva de la ironía, hasta la carcajada que no se origina en la ridiculización, sino en el cambio de significado de las cosas, con todas las tonalidades que ello engendra. Otro fenómeno es el lenguaje, desarrollado desde dos ángulos paralelos y dependientes al tiempo, el literario y el coloquial, que confluyen en una ausencia de afectación y en una desfachatez que se convierten en autoridad y que, a su vez, trazan los rumbos del castellano moderno. No es una contingencia, entonces, que al idioma español, a la lengua con la que pensamos, hablamos y escribimos en América, se le llame "la lengua de Cervantes".

Universidad de Salamanca
fundación general
Centro Cultural en Bogotá

I Premio de Ensayo Universidad de Salamanca en América

Acta final del jurado

Reunido en la sede de la Fundación Santillana en Bogotá, el día 19 de abril de 2005, el jurado del I premio de ensayo Universidad de Salamanca en América, conformado por María Isabel Montesinos de La Puente, en representación del Rector Magnífico de la Universidad de Salamanca; por el ex presidente de Colombia, Doctor Belisario Betancur; por el director de la Academia colombiana de la lengua, Dr. Jaime Posada; por la Señora Gloria Mínguez, en representación del señor Embajador de España en Colombia, y por el Dr. Ignacio Chávez, filólogo y ex director del Instituto Caro y Cuervo, resolvió de manera unánime:

1. Destacar el alto nivel de los trabajos presentados, hacer énfasis en la dificultad que tuvo por la alta calidad de los diversos ensayos en el otorgamiento de los premios, y felicitar a todos los participantes en el certamen

2. Por la originalidad del texto, la aportación de información sobre el conocimiento del Quijote en América y sobre la influencia de dicho libro en la formación de una identidad iberoamericana, así como por el interés general del enfoque, y ante la dificultad de seleccionar un único ganador, dividir el primer premio entre dos trabajos, ambos titulados el Quijote en América, firmados con los seudónimos de El Curioso Impertinente y de Sancho Jiménez.

3. Otorgar las dos menciones especiales a los trabajos titulados A Las antípodas de Candaya: imaginarios geográficos del Quijote, del seudónimo Elio Gabola, y El Quijote en América Un Itinerario posible del seudónimo Maesecoral

4. Dar a conocer el presente fallo el día 23 de abril de 2005, aniversario de la muerte de Don Miguel de Cervantes Saavedra, en el acto de inauguración del Pabellón del Quijote en la Feria del libro de Bogotá

Carrera 5 No. 21-51 Bogotá D.C., Colombia. Teléfono: (57-1) 342 9361 Fax: (57-1) 341 1932
http://fundacion.usal.es colombia@usal.es

Universidad de Salamanca
fundación general
Centro Cultural en Bogotá

Abiertas las correspondientes plicas, donde reposaban las identidades de los autores, se encontró que El curioso impertinente y Sancho Jiménez, acreedores al primer premio, corresponden a los colombianos Carlos José Reyes y Eduardo Santa respectivamente, y que los seudónimos Elio Gabola y Maese Coral corresponden, en su orden, a María de los Ángeles González Briz residente en la República del Uruguay, y a Paolo Vignolo, residente en Colombia.

En constancia de lo anterior se firma en Bogotá el día 20 de abril de 2005

Belisario Betancur

María Isabel Montesinos

Jaime Posada

Gloria Mínguez

Ignacio Chávez

Carrera 5 No. 21-51 Bogotá D.C., Colombia. Teléfono: (57-1) 342 9361 Fax: (57-1) 341 1932
http://fundacion.usal.es colombia@usal.es

Don Quijote leyendo libros de caballería en su estudio. (Detalle).
Adolph Schödter.
The Hispanic Society of America, Nueva York.

Un nuevo mundo para don Quijote

Por Carlos José Reyes

PRELUDIO

Cervantes pensó venir al Nuevo Mundo por los días en que se cumplía el primer siglo del descubrimiento, tanto con el fin de evadir múltiples problemas que lo asaltaban por aquellos días en España, en los aspectos económicos y familiares, como buscando aquellas aventuras que relataban las novelas de caballerías y que ya no tenían lugar en la vida cotidiana en tierras de Castilla.

El nuevo mundo se proyectaba como un territorio aún por descubrir en muchos aspectos, y, sin duda, movía la curiosidad no sólo de aventureros y conquistadores, que lo arriesgaban todo en la búsqueda del famoso Dorado, sino también de mentes creativas y sensibles, que poco a poco vieron en las tierras de América nuevas posibilidades de libertad y de invención. Frente a un mundo donde todo parecía hecho y ordenado era preferible buscar una nueva vida donde todo estaba por hacer.

Tras una etapa inicial de navegantes y geógrafos, conquistadores y aventureros, comenzaron a llegar pobladores que se adentraban por tierra firme fundando ciudades y asentando sus reales en ellas. Un antecedente de las aspiraciones de viajar a tierras de América por parte de Miguel de Cervantes lo constituye la figura del adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada, tal como lo plantea el escritor Germán Arciniegas en su libro *El caballero de El Dorado.*

En efecto, descendientes de la familia de Jiménez de Quesada se relacionan con la familia de Cervantes Saavedra, como un tal Hernando Salazar Vozmediano, y un tío, llamado Alonso Quijada. Por eso, cuando piensa en las Indias, Cervantes debe recordar a aquel aventurero que fundó a Santa Fe de Bogotá, en el Nuevo Reino de Granada, una de las ciudades a donde quiere viajar, como lo demuestra una solicitud que presenta ante las autoridades peninsulares.

Al respecto dice Arciniegas: "Dos temas nuevos para Cervantes empiezan a llenar su mente: América y la familia de los Quesada. Esa vida de Indias de que tanto ha oído hablar en sus andanzas por la corte y en su nueva casa, esa patria de ladrones y pícaros —como él dice—, último refugio de los caballeros, le atraen".

Y más adelante complementa su idea, en la hipotética situación de un eventual viaje de Cervantes al Nuevo Mundo:

> Harto ha podido coger al vuelo Cervantes de los Quesada: de Gaspar, de Hernán, de Francisco…; pero el que conmueve por sus locuras y su piedad, por su grandeza y sus miserias, es don Gonzalo, espejo del Quijote. Si Cervantes hubiera venido a América, en la Nueva Granada habría figurado a su héroe para moverlo dentro del escenario de las Indias. Lo hubiera llevado de Santa Fe a los Llanos, y de los Llanos a Mariquita. En vez de llamarle don Alonso le hubiera llamado don Gonzalo.[1]

En el año de 1590, antes de que por su mente hubiera surgido la idea de escribir el *Quijote,* Cervantes se dirige al Rey, por medio del Consejo de Indias, para solicitar un puesto como contador en alguna de las plazas que se encuentran vacantes en el Nuevo Mundo:

> Miguel de Cervantes Saavedra… pide y suplica humildemente quanto puede a V.M. sea servido de hacerle merced de un oficio en las Yndias de los tres o quatro que al presente están vacos, que es el uno la contaduría del Nuebo Reyno de Granada, o la gobernación de la provincia de Soconusco en Guatemala, o contador de las galeras de Cartagena, o corregidor de la ciudad de La Paz… que su deseo es a continuar siempre en el servicio de V. M. y acavar su vida como lo han hecho sus antepasados.[2]

Su solicitud es rechazada, con estas lacónicas palabras: "Busque por acá en qué se le haga merced. En Madrid, a 6 de junio de 1590".

Cada una de las ciudades mencionadas por Cervantes en su solicitud reivindica la intención del Quijote de venir a América como propia. En el juego siempre fantasioso de probabilidades, han abundado las ficciones sobre la suerte del Quijote, y en general de toda la obra de Cervantes, de haber viajado a tierras de Indias, con su exuberante geografía y su encanto de tierras recién descubiertas o por descubrir, que le daban toda un áurea mágica, muy atractiva para soñadores de utopías y creadores de ficciones literarias. Queda la duda dentro del juego de ficciones, si el exuberante trópico hubiera inspirado a Cervantes, o bien hubiera devorado sus energías como a Arturo Cova, a quien, en el turbión de *La vorágine,* "se lo tragó la selva".

El escritor colombiano Pedro Gómez Valderrama juega con esta posibilidad en su primer relato del libro *La procesión de los valientes,* titulado: *En un lugar de las Indias.* En esta versión imaginaria, escrita por un tal Alonso Quijano, otro falso historiógrafo al modo de Cide Hamete Benengeli, el doctor Núñez Marqueño, relator del Consejo de Indias, concedió el permiso con estas palabras: "Vaya el peticionario de contador de las galeras de Cartagena de Indias". Con el papel que certificaba su nombramiento, viajó don Miguel en el galeón *Santiago* rumbo a Cartagena, a finales del año de gracia de 1590. Desde su llegada, se dejó llevar por la molicie y la vida fácil. En su primer año en la ciudad de Heredia, "Fueron muchas las españolas a quienes rindiera honores y levantara faldas", sin contar con una hermosa mulata con quien vivió en público concubinato, para escándalo de la ciudad y escarnio de las autoridades españolas.

Dedicado al ocio y a la lujuria, "Nadie sabe en Cartagena los humos de escritor que tenía don Miguel, porque nadie lo ha visto escribir nada, con excepción de los papeles de su oficio, y aún esos mal y con prisa excesiva".[3]

En esta historia apócrifa de Alonso Quijano, don Miguel de Cervantes, envuelto por la sensualidad y magia del Nuevo Mundo, "se acerca ya al final melancólico, en el cual el hombre se disuelve en el trópico".

Según Gómez Valderrama, el *Quijote* no habría existido de haber venido Cervantes a Cartagena o a cualquier otra ciudad de las indias, ya que no habría descubierto el contraste que vivió en Castilla a finales del siglo XVI entre los viejos ideales caballerescos y las lecturas de los libros de caballerías, y la vida ordinaria en fondas y caminos en las áridas tierras de La Mancha.

Otros fabuladores tal vez hubieran dibujado un Quijote americano más realizado y fantasioso, y mejor concebido que las semblanzas de aventureros, descubridores y adelantados que plantean los cronistas de Indias sobre los

1 Germán Arciniegas, *El caballero de El Dorado,* Madrid, Editorial Revista de Occidente, 1969, pp. 240-241.
2 *Ibid.* Citado por Arciniegas, pág. 164. El original de esta solicitud se encuentra en el Archivo de Indias de Sevilla.
3 Pedro Gómez Valderrama, *Cuentos completos,* Bogotá, Santillana – Alfaguara, 1996, pp. 93-98. *La procesión de los ardientes* se publicó por primera vez en 1973.

conquistadores de los grandes imperios precolombinos, como los reinos de los aztecas o de los incas, o aquellos hombres aguerridos a los que podríamos calificar de quijotescos, que ansiaron la libertad y la sola dependencia de sí mismos en la búsqueda de su propio destino desde que se adentraron en las selvas y montañas de América del Sur, como Lope de Aguirre, un aguerrido vasco que proclamó su absoluta independencia del monarca español, y se calificó con orgullo a sí mismo de traidor. Otro guerrero, también de origen familiar vasco lograría la total independencia de la mayor parte de Suramérica tres siglos más tarde: Simón Bolívar. Por eso no es de extrañar que al retirarse de la vida pública, en 1830, desilusionado de todo, poco antes de su muerte, comentara en la quinta de san Pedro Alejandrino, en Santa Marta, frente al mar Caribe de la nueva República de Colombia: "Los tres grandes majaderos de la humanidad hemos sido Jesucristo, don Quijote y yo".

Con esta frase Bolívar quería subrayar el carácter de su lucha por la libertad y el amor por la utopía, rasgos caballerescos que destacaban sobre todo en tiempos de incertidumbre y derrota, como sucede en la mayor parte de las peripecias del Quijote descritas por Cervantes. De algún modo se repite la idea de recuperar una razón escéptica ante la proximidad de la muerte.

Por otra parte, estos rasgos quijotescos se vislumbran en muchas personalidades y momentos destacados de la historia de los pueblos de América Latina. Los sueños utópicos, las luchas sociales, el calor y la vehemencia con los que se han emprendido muchas jornadas, avalan esta postura como una cualidad ingenua, si se quiere, de pueblos que aún luchan por ideales en medio de un mundo globalizado donde la razón práctica y el utilitarismo parecen imponerse.

LIBROS QUE LLEGARON

A las tierras de la América española llegó una gran cantidad de volúmenes de la primera edición de *Don Quijote de La Mancha,* impresa 1605 en Madrid por Juan de la Cuesta. En las dos flotas que se dirigían a Nueva España y Lima salió una gran parte de esta primera edición. En Nueva España, hoy México, se recibieron entre los meses de junio y julio 262 ejemplares, que se vendieron a 8, 10, 11 y 12 reales, dependiendo de la calidad de la encuadernación. El virrey del Perú, conde de Monterrey, pudo leer el *Quijote* antes de que terminara el año de 1605. Otros 100 ejemplares fueron enviados desde Sevilla para que los reclamaran en Cartagena de Indias Antonio Méndez o Diego Correa. En la actualidad no se tiene noticia en Colombia de la existencia de ninguno de estos ejemplares.[4]

El impacto de estos libros en tierras de Indias tenía que ser muy diferente al que podía percibirse en España o en Europa, ya que en el viejo mundo las gestas caballerescas eran cosa del pasado, mientras que en América el descubrimiento de nuevas tierras, la colonización y fundación de ciudades y la penetración en inmensas selvas o la subida a los picos de la cordillera de los Andes aún preservaban un espíritu de aventura y de riesgo. En verdad, hasta bien entrado el llamado "Siglo de las Luces", o sea el XVIII, con las expediciones científicas de La Condamine y más tarde la Expedición Botánica de José Celestino Mutis en el Nuevo Reino de Granada, los aspectos fantásticos de una América mágica, con mitos como el de las Amazonas, aún seguían vigentes.

Así lo demuestra la opinión de Carlos Marie de La Condamine en su relación de viaje por la América meridional, cuando afirma:

> Bien sé que todos o la mayor parte de los indios de la América Meridional son embusteros, crédulos, encaprichados con lo maravilloso; pero ninguno de estos pueblos oyó nunca hablar de las amazonas de Diodoro de Sicilia y de Justino. Sin embargo, la cuestión de las amazonas ya existía entre los indios del centro de América antes que allí penetrasen los españoles, y se mencionan también entre los pueblos que nunca habían visto europeos.[5]

Sin duda, esta corriente alcanza a llegar hasta lo real maravilloso del siglo XX, que caracteri-

4 Archivo de Indias de Sevilla, audiencia de Santa Fe, documento del 31 de marzo de 1605, citado por Hernando Cabarcas en sus notas de *El conjuro de los libros, la biblioteca de Cervantes en la Biblioteca Nacional de Colombia,* Bogotá, abril de 1987.

5 La Condamine, *La América meridional. Viajeros por Colombia,* Bogotá, Biblioteca V Centenario, Presidencia de la República – Colcultura, 1992.

za el estilo de autores como Alejo Carpentier o Gabriel García Márquez. De algún modo, en la obra del autor de *Cien años de soledad* se plantea una reivindicación del mundo maravilloso, que en relación con la obra de Cervantes no está muy claro que desaparece, al hacer la crítica y parodia de las novelas de caballerías, o llega a un punto culminante al mostrar la tensión constante entre la imaginación y la realidad, el mundo de los hechos reales y vividos, o la creación de vidas imaginarias cuyo ropaje son las letras y cuya patria es el papel.

El hecho cierto es que mientras España se empobrecía a lo largo del siglo XVI a causa de las guerras con Francia, emprendidas por Carlos V contra Francisco I, y las guerras de religión, en costosas campañas contra los musulmanes o los protestantes luteranos en el norte de Europa, la lucha por la supervivencia se hizo más ardua y los ideales caballerescos más escasos, por lo cual las novelas de caballerías se convirtieron en historias del pasado, mientras la picaresca ocupaba el espacio como reflejo de la vida cotidiana. Desde este punto de vista, el *Quijote* vendría a ser una lectura de los libros de caballerías desde la mirada escéptica y burlona de los relatos de la picaresca.

Esto, sin embargo, es sólo parcialmente cierto, ya que a medida que Cervantes avanza en la escritura de su libro, sobre todo de la segunda parte, terminada en 1615, poco antes de su muerte, como una réplica al *Quijote* apócrifo de Fernández de Avellaneda (otro historiador fantasma, como Cide Hamete, cuya verdadera identidad se ignora), el propio Cervantes resulta transformado por la fuerza y gallardía de su personaje, y, en vez de acentuar las críticas y sátiras en su contra, devuelve los dardos hacia la sociedad mezquina y ordinaria que no logra comprenderlo. Existe en Cervantes una nostalgia por los valores perdidos, el honor y la caballerosidad, la entrega generosa al servicio de los demás, la devoción sincera al amor y a los más nobles ideales. Tales características se van perfilando poco a poco en el Nuevo Mundo, primero, en las luchas del descubrimiento y la conquista, cuyos relatos hechos por los Cronistas de Indias reemplazan a las ficciones de las novelas de caballerías e impulsan a muchos hombres audaces a viajar a las tierras de América en busca de fortuna y aventuras. Hernán Cortés, Jiménez de Quesada, Orellana, los hermanos Pizarro y el mismo Lope de Aguirre harían parte de estos nuevos Amadises, Palmerines o Quijotes, dispuestos a enfrentar los lances más arriesgados, sólo que entonces desde una perspectiva real y no de una ficción novelesca. Esto explica que un personaje como Hernán Cortés, después de haber logrado vencer al imperio azteca en la conquista de México, se alistara en las fuerzas más beligerantes del emperador Carlos V, los tercios viejos, para combatir a los insurrectos luteranos, y, en un momento en que la prudencia exigía un retiro en un frente de batalla difícil de sostener por más tiempo, fue el único en insistir que había que continuar en la lucha, enfrentando al enemigo, aunque se fuera en ello la vida. Una actitud que hoy llamaríamos quijotesca.

Los ejemplares del *Quijote* que llegaron a las Indias sin duda hicieron carrera, pero aún más lo lograron los ideales caballerescos de don Quijote, incluso entre muchos que sin haber leído jamás el libro conocieron y aún conocen sus principales características, transmitidas por la tradición oral, de tal modo que se pueda decir, con Vladimir Nabokov, que el *Quijote de La Mancha* es un libro que ha ido mejorando con el paso de los siglos. De aquellos rudos campesinos de La Mancha, hidalgos o labradores, venteros, comerciantes, titiriteros de feria, prostitutas, curas o soldados, que constituyen la amplia galería de la novela, lo que se nos viene a la mente en un primer golpe es la imagen del hidalgo vestido a medias de caballero en su escuálido rocín, y el humilde campesino analfabeta que lo acompaña, montado sobre su asno, que viene a ser la única propiedad de la familia. Esta pareja singular y paradigmática parece flotar más allá del paso de los siglos, y continuar cabalgando hasta el presente por otras tierras, entre ellas las de América.

Para comprender esta gran saga, en la cual se unen la ficción novelesca y la tradición oral, los rasgos caballerescos y la sabiduría popular, proponemos realizar un viaje por una buena parte de los países más destacados de la América española a través de la voz de sus principales autores, para descubrir el calidoscopio de

miradas y puntos de vista que existen sobre el *Quijote,* que le confieren al personaje cervantino una vigencia y un vigor renovados y actuales.

Por ello, conviene, en primer lugar, citar una mirada anglosajona, que tras la lectura de una mala traducción al inglés percibe al *Quijote* como un libro burdo y grotesco, que se escapa por completo a su mirada y a su gusto refinado. Se trata de la opinión de uno de los más destacados narradores ingleses de las últimas décadas, Martín Amis, nacido en 1949, y quien realizó sus estudios literarios en la universidad de Oxford:

> Carlos Fuentes, en su introducción, elogia al *Quijote* y lo califica de supernovela fundamental porque abarca todo el género novelístico. Es evidente que el *Quijote,* con sus extravagancias librescas y sus realidades rivales, agita profundamente la sangre de la obra literaria de Fuentes. Pero su tradición no es la nuestra. La novela latinoamericana siempre ha sido quijotesca por su sentido del humor, por la conciencia de su individualidad y por su realismo mágico. En cambio, el realismo de la ficción que conforma la corriente principal de los países del Atlántico Norte va, por así decirlo, a contracorriente del latinoamericano, pues no lo modifica la magia, sino la ironía.[6]

El *Quijote* tiene entonces más cosas que decir a la América de habla española que a la Europa anglosajona. Pero no sólo se trata de magia o ironía, como lo sugiere Amis, sino de una exigencia más profunda relacionada con el sueño de modificar la realidad de acuerdo con los ideales, en un territorio de países jóvenes en los cuales las utopías aún juegan un importante papel frente al mundo utilitarista y pragmático de las naciones del norte. Desde luego, las generalizaciones son siempre superficiales, y no es posible reducir las múltiples posibles lecturas del Quijote a estos parámetros. Por eso formulamos un viaje geográfico y personal sobre distintas miradas, del sur y del norte de la América española, para poder aproximarnos de un modo más complejo y enriquecedor a la vigencia del *Quijote* en estas tierras del Nuevo Mundo, que don Ramón del Valle Inclán bautizaba con el apelativo de "tierra caliente".

De Colombia ya hemos mencionado las voces de Arciniegas, Gómez Valderrama y García Márquez, aunque existe una abundante bibliografía realizada por el investigador Vicente Pérez Silva, que aporta valiosos datos sobre textos de muchos autores de los siglos XIX y XX sobre Cervantes y el *Quijote.* Entre ellas se pueden mencionar el *Breviario del Quijote,* de Eduardo Caballero Calderón,[7] la *Bibliografía,* realizada por Rafael Torres Quintero,[8] o *El Quijote, un nuevo sentido de la aventura,* obra del ensayista Estanislao Zuleta, publicada en forma póstuma.[9] Otros valiosos ensayos originales de Azriel Bibliowicz y María Teresa Garcés plantean las relaciones del *Quijote* con los mundos judío y árabe, tema al cual nos referiremos más tarde.[10]

También vale la pena mencionar las palabras del escritor cartagenero Germán Espinosa, autor, entre otras, de la novela *La tejedora de coronas,*[11] su obra más destacada, con ocasión de cumplirse en 1997 el 450 aniversario del natalicio de Cervantes:

> Voy a hacer una afirmación rotunda: Cervantes ha influido en la totalidad de los novelistas posteriores a él. Y no resulta difícil sustentarla. No se trata —empecemos por aclarar— de una cuestión de estilo. El estilo cervantino, el del *Quijote,* es impar y, por cierto, supremamente prendedizo. El escritor español León y Román, en sus novelas, calcó el estilo de Cervantes, pero ello no las hizo mejores, sino más bien afectadas. No es, pues, que quede claro, una cuestión de estilo. En cambio, en la más grande de sus obras el poeta complutense nos enseñó a relativizar el mundo. Ese es su aporte insuperable.[12]

Las distintas miradas del *Quijote* en Colombia o en cualquier país de América podrían multiplicarse en un número digno de una enciclope-

6 Martín Amis, *La guerra contra el cliché,* Barcelona, Editorial Anagrama, 2001, p. 412.
7 Eduardo Caballero Calderón, *Breviario del Quijote,* Bogotá, Panamericana Editorial, 1997.
8 Rafael Torres Quintero, *Bibliografía,* Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1947.
9 Estanislao Zuleta, *El Quijote, un nuevo sentido de la aventura"* Medellín, Edición de Alberto Valencia Gutiérrez, 2001.
10 *El Quijote en Colombia: ayer y siempre,* Senderos, vol. IX, Bogotá, Biblioteca Nacional de Colombia, junio de 1998.
11 Germán Espinosa, *La tejedora de coronas,* Bogotá, Alianza Editorial Colombiana, 1987.
12 Testimonio de Germán Espinosa en una encuesta de Adriana Alfaro (fragmento), en *El Tiempo, Lecturas Dominicales,* 5 de octubre de 1997, p. 7.

dia sobre el tema. Pero en estas páginas, nos limitaremos a presentar el recorrido del *Quijote* por medio de una selección de algunos de los escritores más representativos del continente. Comencemos por el sur.

ARGENTINA

BORGES

Si la lectura saca de su biblioteca a don Alonso Quijano y lo lanza por los caminos a vivir lo leído, no es extraño que otro lector obsesivo hasta la ceguera, como Jorge Luis Borges, se aproxime al Quijote en varias oportunidades y de diversos modos.

Borges nació en Buenos Aires en 1899 y en 1979 compartió con el filólogo Dámaso Alonso el premio Cervantes de literatura. En su caso, el premio tiene una connotación muy especial, pues se trata de un escritor / lector como lo fue Cervantes, buscando un álter ego al cual atribuir la escritura de su obra, como lo haría el propio Borges con su ingenio e ironía característicos: "Yo vivo, yo me dejo vivir, para que Borges pueda tramar su literatura, y esa literatura me justifica".[13]

Borges juega a su doble, como lo hace Cervantes con Cide Hamete Benengeli o como lo hace Alonso Quijano con don Quijote de la Mancha. Son personalidades que se desdoblan, se duplican, entre su ser viviente y el personaje de su invención. Por otra parte, la naturaleza misma del personaje también aparece como una duplicación de sus lecturas. Don Quijote intenta ser otro Amadís, otro Lanzarote, pero, en realidad, en este juego mimético termina encontrando su propio ser. Convertirse en sí mismo. Un ser que no nace de una identidad única, sino de una confluencia de factores y de influencias, como el hombre moderno.

A Borges siempre le atrajeron y, al mismo tiempo, le dieron miedo los espejos. El reflejo es sólo una ilusión, pero una ilusión poderosa, con gran apariencia de verdad. Un juego que podía apasionar tanto a Borges como a Lewis Carroll o a Cervantes. De ahí que la irrupción de este sobreviviente del mundo de las caballerías no sea una simple sátira a un género muerto, sino un ser que a medida que lucha por hacer verdaderas sus lecturas termina construyéndose como personaje. Este aserto lo confirma el propio Borges: "El Quijote es la primera y la más íntima de las novelas de caracteres y el postrimero y el mejor de los libros de caballerías".[14]

Las referencias directas e indirectas a Cervantes y al *Quijote* abundan en la obra de Borges, algunas con nombre propio y otras en forma latente o sugerida. Siempre como pequeñas cápsulas cargadas de contenido, pero en extremo breves, lo cual es una de las características esenciales de ese lector que parece escribir sus apuntes, como los monjes medievales, en los espacios mínimos que le dejan los libros al margen de lo impreso.

En su relato *Pierre Menard, autor del Quijote,* quizá el texto más extenso, a pesar de su brevedad, entre los que Borges escribió sobre la obra de Cervantes, el juego de la duplicación y los reflejos adquiere otras significativas connotaciones. Pierre Menard, un escritor cuya obra se desarrolla de un modo parasitario frente a las obras de otros, es autor de algunos textos inspirados en Descartes, Leibniz, Wilkins, Ramón Lull y otros autores, pero su trabajo más interesante y significativo es la escritura del *Quijote,* basada en sus recuerdos detallados de la lectura de la obra de Cervantes, hasta reconstruirla por completo. ¿Acaso, en este aspecto, los pasos dados por el propio Quijote no eran la reconstrucción de los que habían dado otros andantes caballeros antes que él? Al fin y al cabo, la novedad se asemeja a un palimpsesto, al revelarse como escritura sobre la escritura.

La memoria de sus lecturas es lo que le queda a don Alonso Quijano en medio de su santa locura, pero la memoria también es un tema persistente en toda la obra de Borges, como una forma de retener lo leído y convertirlo en algo propio. Se encuentra de un modo evidente en el relato *Funes el memorioso,*[15] pero puede decirse que este aspecto, como sucede con el *Quijote,* es la clave secreta de toda su obra. Ciudades imaginarias, encantamientos, juegos de palabras, aventuras caballerescas…

13 Jorge Luis Borges, "Borges y yo" (*El hacedor*), en *Obras completas,* t. II, Buenos Aires, Emecé Editores, 1974, p. 186.
14 Jorge Luis Borges, "Prólogos", en Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares,* Buenos Aires, Torres Agüero Editor, 1977, p. 43.
15 Jorge Luis Borges, "Funes el memorioso" (*Artificios*), en *Obras completas,* t. I, 1944, p. 485.

Podrían definir tanto a los escritos de Borges como al propio *Quijote.*

La gran pregunta que Borges se hace en relación con los propósitos esenciales de Cervantes al escribir su obra es si el realismo del autor del *Quijote* rechaza lo maravilloso y lo poético, que, de hecho, se encontraban en las novelas de caballerías. La primera respuesta parece indicar que, en efecto, el plan de su obra le vedaba lo maravilloso. Pero luego, durante la ejecución de las salidas del Quijote y sus aventuras, este propósito resulta traicionado por el desarrollo mismo de la trama y los personajes. Su conclusión, al respecto, es reveladora: "Don Quijote es menos un antídoto de estas ficciones, que una secreta despedida nostálgica".

La nostalgia surge como respuesta a una pérdida, al dolor que nace ante la desaparición de algo querido y apreciado. No se puede enterrar de buenas a primeras un género que haya producido tantas obras hermosas y tal encantamiento en los lectores sin su respectivo duelo. Y este duelo, en sí mismo, es un homenaje a aquello que se ha perdido.

En esta ficción, Borges retoma el juego de lectura y vida: "Cervantes se complace en confundir lo objetivo y lo subjetivo. El mundo del lector y el mundo del libro". En efecto, este paso lo lleva a un curioso laberinto de posibilidades y cambio de planos: "El barbero, sueño de Cervantes o forma de un sueño de Cervantes, juzga a Cervantes".[16]

También anota el juego de espejos que se produce en el relato cervantino: "Los protagonistas del *Quijote* son así mismo lectores del *Quijote".* Esta constatación impresiona a Borges de un modo singular, pues afecta su propia comprensión de los libros y los lectores. Se siente a la vez aludido y desplazado, mencionado y negado: "¿Por qué nos inquieta que don Quijote sea lector del *Quijote* y Hamlet espectador de *Hamlet?* Creo haber dado con la causa: tales inversiones sugieren que si los caracteres de una ficción pueden ser lectores o espectadores, sus lectores y espectadores podemos ser ficciones".

La conclusión de Borges al respecto de sus secretas inquietudes como lector podrían ser también un compendio de las propias ilusiones del caballero andante sobre la realidad de sus ficciones, que en vez de ser abolidas, son ratificadas y consolidadas con el paso de los años:

> Vencido por la realidad, por España, don Quijote murió en su aldea natal hacia 1614. Poco tiempo lo sobrevivió don Miguel de Cervantes.
> Para los dos, para el soñador y el soñado, toda esa trama fue la oposición de dos mundos: el mundo irreal de los libros de caballerías, el mundo cotidiano y común del siglo XVII.
> No sospecharon que los años acabarían por limar la discordia, no sospecharon que La Mancha y Montiel y la magra figura del caballero serían, para el porvenir, no menos poéticas que las etapas de Simbad o que las vastas geografías de Ariosto.
> Porque en el principio de la literatura está el mito, y así mismo en el fin.
> Enero de 1955.[17]

BIOY CASARES

También Adolfo Bioy Casares, otro gran escritor argentino, amigo y compañero de Borges en admirables andanzas literarias, plantea el reconocimiento a Cervantes y al *Quijote,* quienes ayudaron a incentivar su quehacer literario: "Gracias a Cervantes. / Cuando leí el primer capítulo del *Quijote,* donde el héroe resuelve alejarse de su aldea y de los suyos para salir en busca de aventuras, sentí ansiedad por su suerte. Admiré a Cervantes por aquella leve ansiedad que despertaba en mí y decidí ser escritor para provocar una ansiedad análoga en los lectores".[18]

En sus recuerdos sobre la amistad y las largas conversaciones con Borges, Bioy habla sobre el *Quijote* y el carácter de Cervantes, así como sobre las profundas diferencias que existían entre dúos de personajes como don Quijote y Sancho o Sherlock Holmes y Watson. Una relación singular de dos escritores que compartieron muchas tertulias, encuentros, antologías y viajes por el mundo de los libros. En alguna de estas conversaciones, Borges dijo: "Siempre pienso que una de las cosas felices que me han

16 Esta y las notas que corresponden a este segmento han sido tomadas del texto de Borges "Magias parciales del *Quijote",* en *Ibid.,* t. II, p. 45.
17 Jorge Luis Borges, "Parábola de Cervantes y de Quijote" *(El Hacedor),* en *Ibid.,* t. II, p. 177.
18 Adolfo Bioy Casares, *Obras completas. Ensayos y memorias,* Buenos Aires, Editorial Norma, 1999, p. 429.

ocurrido en la vida es haber conocido a don Quijote". Una pareja espléndida, en la que cualquiera puede ser el caballero o bien servirle al otro de escudero.

ALBERTO MANGUEL

Nacido en Buenos Aires en 1948, Manguel es un lector empedernido, al modo de Borges. Novelista, crítico literario y de arte, especialista en el mundo del libro y sus ediciones, Manguel no podía sustraerse al encanto del *Quijote,* y sentirse partícipe en la construcción de la novela:

> Cuando Cervantes comienza su introducción a la primera parte del *Quijote* dirigiéndose al "Desocupado lector", soy yo quien desde las primeras palabras de la obra me convierto en personaje de la novela, alguien con tiempo suficiente para leer la historia que está a punto de comenzar. Cervantes me dirige el libro, me explica los hechos de su composición, me confiesa los defectos de la obra. Siguiendo el consejo de un amigo, el autor ha escrito unos poemas laudatorios recomendando su novela (la versión actual, menos inspirada, de esta costumbre es solicitar elogios de personalidades bien conocidas y colocar sus panegíricos en la sobrecubierta del libro). Cervantes socava su propia autoridad haciéndome confidencias. A mí, el lector, se me pone en guardia y, mediante esa misma acción, quedo desarmado. ¿Cómo protestar contra lo que con tanta claridad se me ha explicado? Acepto participar en el juego. Acepto la narración ficticia. No cierro el libro.[19]

Es evidente que no todo lector se siente directamente concernido. Para ello se requiere el lector apasionado, que es el que vive las experiencias imaginarias como otra posibilidad de vida, así como Alonso Quijano vivió las novelas de caballerías. Se trata del lector cómplice, que acepta el juego de la ficción como una posibilidad de enriquecer sus espacios interiores y sublimar muchos aspectos de su propia experiencia existencial. ¿Qué otra utilidad podrían tener los libros, y, en especial, las ficciones literarias?

> El engaño voluntariamente aceptado prosigue. Transcurridos ocho capítulos de la primera parte del Quijote se me dice que hasta ahí llega el relato de Cervantes y que el resto del libro es obra de Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo. ¿Por qué el artificio? Porque a mí, el lector, no se me convence fácilmente y, si bien no me creo la mayoría de las estratagemas con que el autor pretende demostrar la veracidad de lo que cuenta, disfruto dejándome arrastrar a un juego en el que los niveles de lectura cambian constantemente.[20]

Para jugar cualquier tipo de juego es necesario aceptar sus reglas. No se pueden usar los mismos parámetros para analizar los acontecimientos de la vida real, los hechos vividos, y las ficciones literarias. De ser así, la mayor parte de la gran literatura equivaldría a una enorme falsedad y sería inaceptable. Así sucede con las luchas entre los hombres y los dioses que aparecen en la *Ilíada* o la *Odisea,* o el pacto de *Fausto* con el diablo, así como con las aventuras de los caballeros andantes o las peripecias mismas del *Quijote,* que parecerían una parodia o un juego con ellas. ¿Cómo un hombre adulto, un lector como Alonso Quijano, puede confundir los molinos de viento con gigantes? Estas y otras muchas acciones del *Quijote* sólo pueden ser avaladas, en definitiva, por el lector desprevenido que acepte el juego de las ficciones, como Alberto Manguel y muchos otros.

PARAGUAY

ROA BASTOS

Prosigue nuestro viaje por la América del Sur, donde encontramos a otro gran escritor inspirado por Cervantes y el Quijote: Augusto Roa Bastos.

Roa Bastos nació en Asunción, en 1917. En 1934 se incorporó al Ejército y participó en la Guerra del Chaco, entre Paraguay y Bolivia, que se inició en 1932 y terminó en 1935. Aparte de los intereses de ambas naciones por la tierra, había otro motivo poderoso, ya que se presumía que en la zona del llamado Chaco Boreal existían importantes reservas de petróleo. Para Bolivia, por otra parte, el acceso a ese territorio le permitía realizar un sueño formulado desde la misma creación de la nación, en

19 Alberto Manguel, *Una historia de la lectura,* Bogotá, Editorial Norma, 1999, p. 405.
20 *Ibid.,* pp. 405-406.

una zona del llamado alto Perú, que en los últimos tiempos coloniales pertenecía al Virreinato del Río de la Plata: hallar una salida al mar, por un camino fluvial que desembocara en el Río de la Plata. Al terminar la guerra, tras una terrible mortandad, en especial de indios del altiplano, se perdió esa posibilidad, que los bolivianos aún conservan como un sueño utópico.

Tras el encuentro con las armas, Roa Bastos pasa al mundo de las letras, y en ellas escribe novelas y relatos, entre cuyos títulos destaca *Yo el Supremo,* publicada en 1974, que le haría merecedor al Premio Cervantes de 1989.

La adjudicación de este premio no es casual, ya que, según reconocería el autor, en la propia escritura de su obra existía una clara intención de armar un proyecto narrativo sobre el hombre y sus ideales, el ser real y el otro imaginado, cuyo modelo vendría a ser el *Quijote* de Cervantes.

En su discurso al recibir el galardón, Roa Bastos lo confiesa con orgullo:

> El núcleo generador de mi novela, en relación con el *Quijote,* fue el de imaginar un doble del Caballero de la Triste Figura cervantino y metamorfosearlo en el Caballero Andante de lo Absoluto, es decir, un Caballero de la Triste Figura que creyese, alucinadamente, en la escritura del poder y en el poder de la escritura, y que tratara de realizar este mito de lo absoluto en la realidad de la ínsula Barataria que él acababa de inventar.[21]

Este "doble" del Caballero de la Triste figura es también su antítesis: uno de los primeros dictadores de América Latina, después de consolidarse la independencia de España, fue el jefe supremo del Paraguay José Gaspar Rodríguez de Francia, el "doctor Francia", un personaje tomado de la realidad, que se convertiría en uno de los grandes paradigmas de la ficción literaria latinoamericana sobre las dictaduras, junto con *El señor Presidente,* de Miguel Ángel Asturias y *El otoño del patriarca,* de Gabriel García Márquez.

Este doctor Francia aparece con bombos y platillos en las letras de la América del Sur, en el gran recuento de la historia latinoamericana que hace Pablo Neruda en su *Canto general:*

> Del légamo caliente, de los tronos
> del yacaré devorador, en medio
> de la pestilencia silvestre
> cruzó el doctor Rodríguez de Francia
> hacia el sillón del Paraguay.
> Y vivió entre los rosetones
> de dorada mampostería
> como una estatua sórdida y cesárea
> cubierta por los velos de la araña sombría.[22]

Es evidente que esta "estatua sórdida", como califica Neruda al doctor Francia, poco tiene que ver con el *Quijote.* Pero en la parábola concebida por Roa Bastos con su *Yo el Supremo,* la obsesión del dictador es crear un territorio de utopía, un mundo imaginado, del cual él se postula como autor y suprema autoridad. Es el drama de muchos de los libertadores, al tener que asumir la dictadura una vez conseguida la independencia, como sucedió con Bolívar en la recién fundada Colombia. En cada caso, una utopía con un gran discurso en el que se plantean las premisas del nuevo Estado, y, al mismo tiempo, se señalan los temores y asechanzas maléficas que rodean al gobernante creador: "Ahora se atreven a parodiar mis decretos supremos. Remedan mi lenguaje, mi letra, buscando infiltrarse a través de él, llegar hasta mí desde sus madrigueras. Taparme la boca con la voz que los fulminó. Recubrirme en palabra, en figura. Viejo truco de los hechiceros de las tribus.[23]

En el relato del dictador, manifestado por medio de cuadernos privados, se puede entrever la influencia quijotesca, tanto en razón de las lecturas del protagonista, como a causa de su lucha contra fuerzas hostiles, magos o hechiceros que tratan de impedir la plena realización de sus deseos, convertidos en proyecto político. Aquí también se plantea el temor y el repudio a la imitación y al plagio, como le sucedió a Cervantes con el *Quijote* apócrifo de Fernández de Avellaneda.

El camino de la lectura a lo escrito y de lo escrito a lo vivido plantea una dramática aventura, que oscila entre la búsqueda de lo

21 Augusto Roa Bastos, discurso al recibir el Premio Cervantes, Universidad de Alcalá, 1989.
22 Pablo Neruda, *La arena traicionada. El doctor Francia* (fragmento), en *Canto general,* p. 210.
23 Augusto Roa Bastos, *Yo el supremo,* La Habana, Casa de las Américas, 1979, p. 3.

absoluto y el imposible. También se plantea el conflicto entre la realidad y la invención. ¿Acaso no es posible reinventar la realidad? "Cervantes, manco, escribe su gran novela con la mano que le falta. ¿Quién podría afirmar que el flaco caballero del verde gabán sea menos real que el autor mismo? ¿Quién podría negar que el gordo escudero-secretario sea menos real que tú; montado en su mula a la zaga del rocín de su amo, más real que tú montado en la palangana embridando malamente la pluma?".[24]

Cada ser humano es portador de su propio mundo imaginario. En él no sólo configura una visión ennoblecida de sí mismo, sino que toma prestados otros caracteres, modelos ideales en los cuales busca reflejarse para armar la imagen que pueda resultarle grata de su propia personalidad. La dificultad se halla en el hecho de que es muy difícil que una tal representación llegue a los ojos de los demás como la ve el emisor / protagonista, de ahí el profundo desajuste entre la realidad y los sueños, el modelo quijotesco y el resultado dictatorial y grotesco del personaje de Roa Bastos. Por eso, el esfuerzo del doctor Francia se basa en los libros y no en el trato con los hombres, unos subalternos a quienes desprecia. Como don Quijote, busca en ellos la verdad de sus actos:

> El atrabiliario dictador tiene un almacén de cuadernos con cláusulas y conceptos que ha sacado de los buenos libros. Cuando le urge redactar algún papel los repasa. Selecciona las sentencias y frases que a su juicio son las de más efecto, y las va derramando aquí y allá, vengan o no a cuento. Todo su estudio se cifra en el buen estilo. De los buenos panegíricos memoriza las cláusulas que más le impresionan. Pone a mano el diccionario para variar las voces. Sin él no trabaja cosa alguna.[25]

La búsqueda de legitimidad tomando el apoyo de los libros es de vieja data. Por eso existen libros sagrados, como la Biblia o el Corán, que pueden justificar genocidios o autos de fe a nombre de una fuerza mayor. Pero en este caso, la mirada se concreta sobre don Quijote de La Mancha. Como el Pierre Menard de Borges o el Fernández de Avellaneda del *Quijote* apócrifo, el doctor Rodríguez de Francia tiene su propio proyecto:

> ¡Vea Ud., fray Bel-Asco, si no es fábula para mejor reír! Ya sabrá S. Md. que nuestro gran hombre desaparece por tiempo en periódicas clausuras. Durante meses se encierra en sus habitaciones del cuartel del hospital, según lo hace saber con el método del rumor oficial, o sea del público secreto de Estado, para dedicarse al estudio de los proyectos y planes que su calenturienta imaginación pretende haber concebido para poner al Paraguay a la cabeza de los países americanos. Se ha filtrado sin embargo la especie de que estos retiros a su *hortus conclusus* responden al propósito de escribir una novela imitada del *Quixote,* por la que siente fascinada admiración. Para desdicha de nuestro dictador novelista, le falta ser manco de un brazo como Cervantes, que lo perdió en la gloriosa batalla de Lepanto, y le sobra manquedad de celebro y de ingenio.[26]

La biblioteca personal del dictador deja ver a las claras las tendencias y gustos de la época, pero también el modelo ideal que el doctor Francia guarda en sus anaqueles:

Había varios voluminosos libros de derecho. Otros tantos de matemáticas, ciencias experimentales y aplicadas, algunos en francés y en latín. Los elementos, de Euclides, y algunos volúmenes de física y química se destacaban entreabiertos sobre la mesa con marcas entre las páginas. Su colección de libros sobre astronomía y literatura general ocupaba una fila completa. El *Quijote,* también abierto por la mitad en primoroso volumen con un señalador púrpura y galones dorados, descansaba sobre un atril. Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Volney, Raynal, Rollin, Diderot, Julio César, Maquiavelo, hacían coro un poco más atrás en la penumbra que ya comenzaba a espesarse.[27]

En esta selección se observa muy a las claras la preeminencia de la obra de Cervantes sobre los otros autores, aún los más destacados de la ilustración, que inspiraron las gestas de la independencia y el desarrollo de las ideas democráticas, como Montesquieu, Voltaire o Rousseau. No deja de ser una paradoja y una cruel ironía que la sombra noble y desinteresada del Quijote se proyecte sobre una figura siniestra como la del dictador Francia. Pero

24 *Ibid.,* p. 90.
25 *Ibid.*
26 *Ibid.,* p. 91.
27 *Ibid.,* p. 187.

esta circunstancia no desdice del modelo, sino que revela de un modo dramático la forma como puede ser usada una personalidad ejemplar, con toda clase de pretextos y referencias, para llevar a cabo actos que el personaje genuino jamás hubiera tolerado. En este caso, el juego planteado por Roa Bastos tiene todo un complejo significado, por cuanto muestra el uso indebido que se puede hacer de cualquier gran figura de la historia o de la ficción, para distorsionar sus alcances. Algo semejante ocurrió con Hitler y *El superhombre* de Federico Nietzsche. Si al hombre superior todo le está permitido, el alcance de esta superioridad debe estar reflejado por sus actos. Un verdadero Quijote, en el caso que nos ocupa, se hubiera dedicado a desenhebrar el hilo trenzado por el dictador, por más que hiciera alardes de ilustración, basándose en sentencias y grandes libros para justificar sus entuertos.

Pero en el personaje de Roa Bastos hay algo más que en su modelo real, el dictador paraguayo. Este doctor Francia parece vivir dos vidas. La una, la de la historia ya hecha y relatada, que ha dado su veredicto en estudios y análisis enjundiosos, y la otra, una vida secreta, en la que toma prestados algunos rasgos del Quijote, cierto sentido de la utopía, y también algo del *Tristram Shandy* de Lawrence Sterne, quien, a su vez, tiene una deuda con el *Quijote* por su carácter de picardía infantil, que se observa tanto en el uno como en el otro, y que Roa Bastos constata en sus notas al recibir el premio Cervantes:

> Entre las magias siempre renovadas de la lectura del *Quijote* hay una que no advertí conscientemente hasta mucho más tarde, ya entrado en la adultez: la ausencia de niños. No lo había visto acaso porque en la atmósfera luminosa de esta obra reverbera la cosmovisión lúdica de la infancia en la primavera del mundo. El mundo niño del que hablaba Montaigne.
>
> En el *Quijote* los adultos son niños jugando a las fantasías, y quien escribió este libro es otro niño deslumbrado por la virtud transfiguradora de la ilusión.[28]

Finalmente, el autor de *Yo el Supremo*hace un reconocimiento de su deuda con Cervantes: "De Cervantes aprendí a evitar la facilidad de ser un escritor profesional, en el sentido de un productor regular de textos, a escribir menos por industria que por necesidad interior, menos por ocupar espacio en la escena pública que por mandado de esos llamados hondos de la propia fisiología creativa que pareciera trabajar por fotosíntesis, como en la naturaleza".[29]

Como Rulfo, Roa Bastos también es autor de un limitado número de obras, pero la más importante de su producción, con el modelo secreto que la inspira, es suficiente para dejar en alto su nombre en el panorama de las letras latinoamericanas y de la lengua castellana, como lo hizo Rulfo con su *Pedro Páramo.*

PERÚ

VARGAS LLOSA

El gran escritor peruano Mario Vargas Llosa ha sido un lector apasionado tanto del *Quijote* como de las novelas de caballerías, en especial de *Tirant lo Blanc,* del valenciano Joanot Martorell, de la cual uno de los personajes del *Quijote* afirma que se trata "del libro más hermoso del mundo". Sobre él Vargas Llosa escribió un ensayo que ha contribuido de un modo notable al redescubrimiento de este relato, concebido en el siglo XVI en tierras del Levante español.

En su nota sobre "Don Quijote y el romance artúrico", ensayo escrito por Edwin Williamson, Vargas Llosa cuenta cómo en sus tiempos de estudiante de literatura en la universidad San Marcos de Lima escuchó hablar a algunos de sus profesores en contra de las novelas de caballerías. El catedrático del Siglo de Oro español las liquidaba en una sola clase, enumerando las acusaciones hechas por don Marcelino Menéndez y Pelayo en su historia de la novela: desmaño, ampulosidad, disparate, indecencias, caos. Toda una retahíla que dejaba por tierra, sin discriminar entre unas y otras, todas las historias comprendidas en el género.

Relata Vargas Llosa la forma como reaccionó, apoyándose en su espíritu de contradicción. De inmediato se dirigió a la biblioteca de la universidad con el fin de verificar por sí mismo

28 Roa, discurso...
29 *Ibid.*

la validez de estas afirmaciones. Su descubrimiento inicial fue el *Tirant lo Blanc*. Entusiasmado por este primer encuentro, más tarde Vargas Llosa pasó un buen tiempo en la Biblioteca Nacional de Madrid, entusiasmado con la lectura de Amadises, Esplandianes, Luisartes, Palmerines y demás caballeros andantes.

En sus notas sobre el *Quijote,* Vargas Llosa define las implicaciones de la novela de Cervantes en su propia época: "El *Quijote* es la novela de caballerías de una época en la que ya no había caballeros ni la realidad permitía forjarse la ilusión de un orden caballeresco del mundo, pero en la que, sin embargo, este ideal imposible sobrevive todavía, refugiado en dos últimas trincheras: la nostalgia y la locura".[30]

Vargas Llosa muestra la forma cómo el profesor Williamson aborda la relación entre el *Quijote* y la literatura caballeresca, al enfocar el tema de una manera dialéctica: fingiendo ignorar esta tradición, Cervantes la enriquece, devolviéndole la vitalidad que había perdido, mientras echa los cimientos de un arte narrativo nuevo.

El juego entre realidad y ficción ha sido una de las constantes de la obra narrativa de Vargas Llosa. A lo largo de su trayectoria ha defendido la tesis de la literatura como ficción, así se alimente de situaciones y referencias tomadas de la realidad: "La ficción es constitutivamente una mentira, una realidad sustitutoria, fingida con palabras, y cuya verdad esencial está en su engaño: en persuadirnos, mediante artificios formales, en el curso de la lectura, que aquella ilusión que nos comunica no lo es, sino realidad escrita, vida viva, experiencia haciéndose".[31]

Líneas más adelante, Vargas Llosa habla de los propósitos de la literatura en el mundo medieval, en tiempos de Chrétien de Troyes y otros autores: "La razón de ser de la ficción era, perforando el engañoso vaivén de la vida cotidiana, describir el orden permanente y divino del mundo. La vida real era falsa; la ficción, cierta. El narrador desenmascaraba la realidad hechiza y transeúnte del tiempo y el cuerpo e instalaba sus ficciones en la realidad intemporal y trascendente del alma".[32]

Según Vargas Llosa, con Cervantes la novela se vuelve exclusivamente literaria. Otros autores afirman que con Cervantes nace la novela moderna, es decir, aquella cuyo propósito esencial es crear una ficción dentro de la cual se desarrollan situaciones y conflictos, por parte de un número determinado de personajes, relativizando las antiguas versiones rígidas e inmodificables del mundo y del hombre. Pero desde luego, una cosa es la intención que pudiera tener un autor en un momento determinado, y otra las consecuencias y proyecciones que lleguen a derivarse de su obra: "Si es verdad que Cervantes escribió su novela para condenar la irrealidad del romance caballeresco, lo sucedido en todo este tiempo con el *Quijote* debería desconcertarlo. Cuatrocientos años después, el mundo entero tiene a su libro como un formidable alegato a favor del sueño y la ilusión, y en contra del acatamiento por los hombres de la realidad que viven".[33]

Al recibir el Premio Cervantes en Alcalá de Henares, Vargas Llosa insiste sobre estos aspectos, mostrando cómo el *Quijote* es: "Una ficción sobre la ficción, sobre lo que ella es y la manera como opera en la vida, el servicio que presta y los estragos que puede causar".[34]

En efecto, Vargas Llosa no ignora que la ficción juega un importante papel (quizá como los sueños, según Freud), para compensar las deficiencias de la vida cotidiana de las gentes, y, en este caso, de los lectores. Una cosa es llegar a la locura, como Alonso Quijano, y otra enriquecer la experiencia íntima con un rico imaginario, que ayude a la persona no sólo a sobrellevar sus frustraciones y carencias, sino también a impulsar su acción y su destino por otros caminos. Pero también puede existir un peligro al respecto:

> El transitorio alivio de una insatisfacción existencial, un sucedáneo para esa hambre de algo distinto a lo que ya somos y ya tenemos, que, paradójicamente, la ficción aplaca al mismo tiempo que exacerba. Porque esas vidas prestadas, que son nuestras gracias a la ficción, en vez de curarnos de nuestros deseos los aumentan y nos hacen más conscientes de lo poco que somos comparados con esos seres extraordinarios que

30 Mario Vargas Llosa, *Vuelta,* N° 120, Ciudad de México, noviembre de 1986.
31 *Ibid.,* p. 54.
32 *Ibid.,* p. 55.
33 *Ibid.*
34 "La tentación de lo imposible", discurso de Vargas Llosa en la recepción del Premio Cervantes, en *Vuelta,* N° 223, p. 7.

maquina el fantaseador agazapado en nuestro ser.[35]

Es un riesgo que hay que correr, como cualquier otro. Si algún sentido tienen los libros es el de servir de motivación para adelantar grandes empresas, vivir aventuras arriesgadas o descubrir otros aspectos ocultos de la propia personalidad. El lector es, de algún modo, creador y coautor, en la medida en que, colocando su propio texto entre líneas, participa activamente en el mundo imaginario de lo leído.

En esta gran creación, Cervantes, Alonso Quijano y Cide Hamete Benengeli constituyen una trinidad creadora que, según Vargas Llosa, incurre en un "deicidio" al asumir por su cuenta la creación de nuevos seres. Esta posibilidad creadora del lector es presentada por Vargas Llosa como uno de los alicientes más fecundos de la lectura:

> Es verdad que la empresa quijotesca —salir de la realidad propia para vivir la fantasía— ha dado tipos humanos excepcionales, gracias a cuyas temeridades el mundo ha progresado en el dominio del conocimiento, y que sin ellos la vida sería mucho más gris de lo que es. El progreso científico, social, económico, cultural, se debe a soñadores así: sin ellos no se habría descubierto aún América, ni la imprenta, ni los derechos humanos y seguiríamos zapateando en la tierra para que cayera la lluvia sobre las cosechas.

Este es el lado positivo y creador, aunque no hay que olvidar que también existe el riesgo: "Pero también es cierto que el llamado de lo irreal, al aguijonear en hombres y mujeres el apetito de lo que no tienen ni tendrán, ha aumentado, considerablemente, su infelicidad. Se trata de un problema insoluble, pues no hay una manera realista de que aquello que intenta el *Quijote* sea posible y lleguemos a vivir, simultáneamente, en la vida objetiva de la historia y en la subjetiva de la ficción".[36]

Esta especie de esquizofrenia abunda en nuestro mundo latinoamericano, en el cual las fantasías utópicas y el realismo mágico tropical emergieron desde los relatos de los cronistas de Indias hasta los escritores más imaginativos de las últimas décadas, como Lezama Lima, Rulfo, García Márquez, Mujica Láinez o Fernando del Paso, para citar sólo a algunos de los más destacados.

Cada lector de lectura constante forma su propio repertorio, su biblioteca personal, así como la armó Alonso Quijano con las novelas de caballerías, los romances y otros textos de la época. También Vargas Llosa habla de la suya, desde sus lecturas de iniciación, en los días de la infancia:

> Yo entonces era inmensamente feliz, viviendo como Alonso Quijano, "todo absorto y empapado en lo que había leído en sus libros mentirosos". Pinocho, la Sombra, el Coyote, Hill Barnes, el pequeño Guillermo, Mandrake y Nostradamus, las correrías del Zorro en la misión de San Juan de Capristano, las de Sandokan y el fiel Yañes en Malasia y las historias que irrumpían en la casona de Ladislao Cabrera con el Peneca y el Billiken llenaban mis días de exaltación.[37]

El niño de hace algunas décadas aún buscaba en la lectura su desarrollo imaginativo, tanto en novelas y cuentos de aventuras y fantasía, como en revistas de tiras cómicas. En la actualidad, los programas de televisión y los juegos de video han sustituido en buena parte aquellas lecturas, imponiendo un mundo virtual con predominancia de la imagen, pero que de algún modo limita la capacidad de abstracción y creatividad del niño, que antiguamente tenía que completar con su imaginación aquello que le proponían los textos.

Pero la gran mayoría de los lectores aún defienden al libro como un objeto precioso, cuya relación íntima y personal no puede ser destruida por ninguna invención cibernética. De nuevo se produce el choque entre el gran legado de la antigüedad y las invenciones de la modernidad.

En el caso de Vargas Llosa, el lector afiebrado a la larga se volvió escritor, pero siguió enriqueciendo su mundo con lecturas constantes, construyendo su biblioteca personal de la época adulta con autores como Malraux, Melville, Hemingway, Kipling, Kafka, Victor Hugo, Sthendal, Flaubert, Faulkner, Joanot

35 *Ibid.*
36 *Ibid.*, p. 8.
37 *Ibid.*, p. 9.

Martorell, Tolstoi y otros muchos narradores del repertorio universal. Vargas Llosa, como lector agradecido, no puede dejar de hacerles un reconocimiento: "Sin ellos, que deslumbraron mi juventud y me enseñaron a animar los sueños en la vida gracias a las palabras, no habría llegado a ser un escritor."[38]

VENEZUELA

ÁNGEL ROSENBLAT

Uno de los aspectos más interesantes de la visión del *Quijote* desde América Latina lo constituye el estudio de la lengua en la obra de Miguel de Cervantes Saavedra, sobre todo considerando que la evolución del castellano en las distintas regiones y países adquirió resonancias y formas verbales propias, de tal modo que la distinción planteada por Ferdinand de Saussure entre lengua y habla adquiere pleno sentido al observar las particularidades de las diversas hablas regionales. Desde esa perspectiva, la lectura del *Quijote* en las Indias o en las actuales repúblicas de la América española se percibe como un texto homogéneo —así como a veces se ve a España sin conocerla—, cuando en realidad en la escritura del *Quijote* existen formas arcaicas del habla popular, así como otras llanas y directas, contemporáneas a Cervantes, expresiones cultas y también parodias de las lecturas, por parte de don Quijote, y refranes y sentencias de la entraña popular, recogidas por las vías de la tradición oral, por boca de Sancho Panza.

El reconocimiento y el estudio de estas diversas hablas y formas de expresión, que por lo general escapan a la comprensión del lector común, constituyen el objeto de estudio del filólogo venezolano Ángel Rosenblat.

Ángel Rosenblat (1902-1984), filólogo venezolano de origen polaco, se destacó por sus investigaciones relacionadas con el castellano en América, así como por el estudio de los clásicos castellanos del Siglo de Oro, y muy en especial sobre la obra de Cervantes. Su libro *La lengua del Quijote* es un cuidadoso estudio de las varias modalidades expresivas que se encuentran en las distintas instancias del texto, desde la propia expresión de Cervantes como narrador hasta las voces de sus distintos personajes, que constituyen una verdadera galería del habla de la época, tanto culta como popular, en especial en el cotejo del caballero andante y su escudero: la lengua culta y libresca del *Quijote* y el habla popular de Sancho Panza, con sus sentencias y dichos de una cultura analfabeta, recibida por la vía de la tradición oral.

Rosenblat señala la gran popularidad del *Quijote* desde sus primeros tiempos, de tal modo que no sólo recogió el acervo de lenguaje de su época y de los tiempos antiguos, sino que también influyó sobre la lengua futura, que se hallaba en plana expansión por los territorios del Nuevo Mundo: "Las figuras de don Quijote, Sancho, Dulcinea y Rocinante aparecieron enseguida en mascaradas y bufonerías populares, aún en tierras del Nuevo Mundo (ya en 1607)".[39]

Pero no sólo los personajes, sino también su lenguaje, comenzaron a hacer historia y a convertirse en un referente obligado para los escritores y lectores que comenzaban a formarse en las universidades y colegios mayores del Nuevo Mundo. El *Quijote* sería el portador de los avances de la cultura y la lengua en la España del Siglo de Oro, y por su conducto no sólo se tendría noticia, en forma crítica, de las novelas de caballerías, sino también de la consolidación de la lengua y el pensamiento humanista de la época, tal como había sido desarrollado en la obra de Elio Antonio de Nebrija, Fernando de Herrera, llamado "El Divino", fray Luis de León, Juan de Valdés y otros autores menos conocidos del lector común. Un nuevo orden de ideas se estaba gestando, tanto en la palabra como en la acción, y Cervantes no era ajeno a estos cambios.

Al abordar su estudio, Rosenblat formula su hipótesis por medio de algunaspreguntas esenciales: "¿En qué consiste la lengua de Cervantes? ¿Cuál es la actitud de Cervantes ante la lengua? ¿Cuál es su ideal de lengua? ¿Qué hay en su lengua literaria, en la del *Quijote* sobre todo, para que se haya convertido en la realización más hermosa y acabada de la lengua castellana?".[40]

---

38 *Ibid.*
39 Ángel Rosenblat (pról.), *La lengua del Quijote,* Madrid, Editorial Gredos, 1978, p. 10.
40 *Ibid.,* p. 11.

Al estudiar la actitud de Cervantes ante la lengua, Rosenblat observa el desarrollo de las diversas corrientes, la culta y la popular, que caracterizan las hablas respectivas de don Quijote y Sancho. Aparte de ello, a finales del siglo XVI y comienzos del XVII aún existía un uso frecuente del latín, más en relación con textos escritos que con el habla, aunque muchos aspectos de la vida religiosa, diplomática, oficial o académica se expresaban en lengua latina, en menosprecio del "habla popular", que se consideraba espuria y de bajo nivel. Esto hacía que los escritores más avanzados, que tenían un gran interés por darle una mayor jerarquía a la lengua castellana, lucharan por ocupar espacios que antes estaban reservados al latín y al griego y depurar el uso de la lengua del común destacando su ductilidad y belleza. Fue el caso de la traducción del *Cantar de los cantares* a la lengua romance, hecha por fray Luis de León, que lo enfrentó a las autoridades, que se apoyaban en las tradiciones de uso de la lengua como uno de sus puntales, y es, desde luego, el caso de Cervantes, que no sólo usaba los recursos del lenguaje para escribir una historia, sino que, a la vez, se interesaba por las formas y calidades de sus medios expresivos: "Cervantes tuvo constante preocupación por su lengua, en parte por la conciencia de que la estaba haciendo. Es evidente que había meditado en sus problemas y elaborado su propia solución. Que se manifiesta, frente a las dos vertientes del lenguaje, en su crítica de la afectación cultista y de las prevaricaciones del habla vulgar".[41]

Rosenblat señala cómo Cervantes respetó siempre la erudición clásica, pero no la falsa erudición. Por ello sigue la ruta trazada por Nebrija, Juan de Valdés y fray Luis de León en el propósito de dignificar la lengua popular. La riqueza de la lengua, sus posibilidades sonoras y lexicales, enriquecidas no sólo por medio del habla, sino también de la escritura, que se había impuesto la tarea de superar el menosprecio por las voces oídas en fondas, caminos y mercados, y que encontraba en ellas, por el contrario, la vida futura de la lengua. Por ello, "el ideal expresivo de Cervantes se manifiesta en primer lugar en su actitud ante la afectación y en su defensa de la llaneza".[42]

Eso no quiere decir que todo el texto cervantino fuera llano y sin afectación alguna, ya que aparte del tono austero, aunque a veces paródico, del narrador omnisciente, ya sea este el propio Cervantes o el supuesto Cide Hamete Benengeli, los parlamentos del *Quijote* remedan la hinchazón retórica de algunos textos de caballerías, las expresiones arcaicas, los neologismos, que venían de traducciones apresuradas de autores italianos, franceses o ingleses, y quizá algunas modalidades, imágenes o palabras que comenzaban a llegar de las Indias occidentales. Pero más allá de la crítica que entrañaba el uso paródico de tales formas verbales, Cervantes también pone en boca del Quijote un elogio a los aspectos nobles y dignos de la lengua en otros tiempos:

Lo declaraba don Quijote en la evocación de la dichosa edad y siglos dichosos a quien los antiguos pusieron el nombre de dorados (I, cap. XI):

> "Entonces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente, del mesmo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza".[43]

En la construcción del personaje de don Quijote hay que distinguir el juicio y claridad de muchas de sus sentencias y consejos dados a Sancho, de las parodias al lenguaje de los libros de caballería, sus ampulosos alardes de valor, desafíos, declaraciones de amor por la amada ausente, a quien se dedican todos los afanes y demás rasgos propios de los hombres de armas erigidos en forma solemne como caballeros andantes:

> Ese lenguaje lo caracteriza enseguida como hombre de otros tiempos, salido de los libros de caballerías, igual que sus armas, heredadas de sus bisabuelos, "que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón". (I, cap. I). Por fortuna, estos pasajes son excepcionales. En sus diálogos y discursos se manifiesta en todo su esplendor la

41 *Ibid.*, p. 14.
42 *Ibid.*, p. 20.
43 *Ibid.*, p. 24.

lengua de su tiempo, y sólo ocasionalmente alternan —como conciliación entre el pasado y el presente— las formas viejas y las formas nuevas.[44]

Rosenblat también señala la forma cómo don Quijote va dejando poco a poco el uso del lenguaje arcaico, de tal modo que en la segunda parte aparece sólo en raras ocasiones. En efecto, muchas de las burlas a las acciones desmesuradas de los caballeros van quedando atrás en la segunda parte, no sólo como una respuesta a la fría y retórica parodia de Fernández de Avellaneda, que no logró captar las sutilezas lingüísticas cervantinas, sino también porque el desarrollo mismo de la aventura quijotesca va cambiando al autor y a los personajes. El propio Cervantes ya no se regodea tanto en las insólitas aventuras del caballero, sino que desvía su crítica al modo como se burlan de él en fondas y castillos, entrando en un juego tosco que en el fondo desprecia los valores y altos objetivos de los antiguos caballeros, y se solaza con un realismo mezquino, en el cual privan intereses utilitarios y chanzas de mal gusto.

Si en la primera parte todos los dardos caían sobre el loco Quijote, en la segunda el quijotismo se ha ennoblecido y cargado de nostalgia, Sancho ha cambiado gracias a las lecciones del caballero, mientras las gentes que los rodean se observan crueles, burdas y sin ideales, con algunas excepciones.

A lo largo de su estudio, Rosenblat no se detiene tan sólo en el lenguaje culto, aunque a veces retórico y arcaizante del *Quijote,* sino que también analiza con cuidado las expresiones y refranes de Sancho Panza, que hemos llamado "cultura analfabeta", cuyas fuentes se hallan en la tradición oral, que encuentra en los refranes y proverbios un tipo de enseñanza o sabiduría nacida de la experiencia, aunque, en muchos casos, su aplicación no corresponda a las necesidades expresivas del momento, sino, más bien, a la necesidad del personaje de mostrar su riquísimo repertorio de refranes para emular de algún modo con las citas librescas de su amo. Por esto don Quijote llama a Sancho: "Prevaricador del lenguaje".

Una cosa son estas prevaricaciones, cuando se trata de malos usos de la lengua, o interpretaciones erradas de algunas sentencias o citas del Quijote, y otra muy diferente su uso constante de los refranes, tengan o no que ver con las circunstancias que los suscitan. No sólo se trata del uso de un refrán que case en forma justa con una determinada situación, sino el uso de toda una retahíla refranesca, con la que Cervantes logra estupendos efectos cómicos.

Pero el habla popular no sólo dispone de un repertorio de refranes o sentencias, ni siempre se expresa en forma tosca y chabacana. También el buen uso del habla popular deja ver el alma misma de la lengua en constante movimiento, y la naturalidad como la principal virtud del diálogo.

El libro de Rosenblat no es sólo un estudio serio de los aspectos filológicos más destacados que se encuentran en la obra de Cervantes, sino también un aporte de América Latina, que posee tantas variantes nacionales y regionales de la lengua castellana, para distinguir las voces y los tiempos del *Quijote,* como quien a través de los sonidos descubre la estructura de una partitura musical sin confundir los instrumentos ni los *tempos.* Una prueba más de la madurez de una lengua que mantiene su secreta unidad pese a las variaciones de las diversas "hablas" que la componen, cuya riqueza ha sido tema de juicioso estudio en la obra de los clásicos filólogos de la América española, como Andrés Bello o Rufino José Cuervo, y que hoy tiene en el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá un baluarte de excepcional importancia para su defensa y conservación.

De la América del Sur nos dirigimos ahora a las tierras del norte.

MÉXICO

Con la conquista de México, llevada a cabo a comienzos de la tercera década del siglo XVI, justo cuando se iniciaba el imperio de Carlos V, la imagen del Nuevo Mundo o las Indias occidentales, como se llamó en un comienzo a estas nuevas tierras, cambió por completo frente a Europa. Ya no se trataba de ínsulas de la mar océana, ni de un lugar selvático y

44 *Ibid.,* p. 28.

pantanoso de tierra firme, sino de otra civilización, que había logrado edificar grandes urbes, comparables a las mejores de Europa, como la gran Tenochtitlán o las ciudades sagradas, destinadas al culto de sus deidades legendarias, como Tula o Teotihuacán. Junto a estas, se hallaban las grandes pirámides y ciudades mayas, ubicadas en la península de Yucatán o en el actual territorio de Guatemala. Frente a tales descubrimientos y conquistas, el papel de aquellos hombres aguerridos que se aventuraban por las tierras desconocidas del Nuevo Mundo cambió por completo. Estos audaces conquistadores tuvieron la oportunidad de convertirse en verdaderos caballeros andantes, los que quedaban de aquel siglo, que poco a poco se perfilaba hacia una modernidad más escéptica y utilitaria, y que convertía en cosa del pasado las gestas épicas y, por tanto, las novelas de caballerías, como exponente de una época que llegaba a su fin.

La Nueva España, por sus características culturales, urbanísticas y sociales se convierte en el primer gran virreinato del Nuevo Mundo, al desplazar a la isla de La Española, que quedaba convertida tan sólo en un lugar de paso hacia la América continental. El sincretismo cultural se desarrolla en medio de feroces contiendas y tragos amargos, como la famosa "noche triste", que marca el fin del imperio azteca. El relato de las gestas de Hernán Cortés, expuesto por la pluma de Bernal Díaz del Castillo, reemplaza las inverosímiles historias de Palmerines, Amadises, Lanzarotes o Esplandianes:

> Quiero volver con la pluma en la mano, como el buen piloto lleva la sonda descubriendo bajos por la mar adelante cuando siente que los hay; así haré yo en decir los borrones de los coronistas; mas no será todo, porque si parte por parte se hobiesen de escrebir, sería más la costa de recoger la rebusca que en las verdaderas vendimias. Digo que sobre esta mi relación pueden los coronistas sublimar y dar loa al valeroso y esforzado capitán Cortés y a los fuertes conquistadores, pues tan grande empresa salió de nuestras manos, y lo que sobre ello escribieron diremos los que en aquellos tiempos nos hallamos como testigos de vista ser verdad, como agora decimos las contrariedades dél; que cómo tienen tanto atrevimiento y osadía de escrebir tan vicioso y sin verdad, pues sabemos que esta verdad es cosa bendita y sagrada, y que todo lo que contra ello dijeren va maldito.[45]

Bernal Díaz intenta distinguir los linderos que se presentan entre las historias verdaderas y las falsas historias, defendiendo de un modo enfático su versión de los hechos, que bien podrían parecerles fábulas imaginarias a todos cuantos las leyeren sin haberlas vivido. Muchos de los relatos y descripciones del cronista mayor de México superaban los cuentos y reinos fabulosos de un oriente mágico, inventados por los autores de las novelas de caballerías, cuando todo lo anotado por un cronista como Bernal Díaz era el testimonio de lo visto y vivido. ¿Acaso Tirant lo Blanc o Amadís de Gaula habían podido apreciar algo tan maravilloso como lo que encontraron los conquistadores de México?

> Y de que vimos cosas tan admirables no sabíamos qué nos decir, o si era verdad lo que por delante parecía, que por una parte en tierra había grandes ciudades, y en la laguna otras muchas, e víamoslo todo lleno de canoas, y en la calzada muchas puentes de trecho a trecho, y por delante estaba la gran ciudad de México; y nosotros aún no llegábamos a cuatrocientos soldados, teníamos muy bien en la memoria las pláticas e avisos que nos dijeron los de Guaxocingo e Tascala y de Tamanalco, y con otros muchos avisos que nos habían dado para que nos guardásemos de entrar en México, que nos habían de matar desque dentro nos tuviesen.[46]

En aquella ciudad de México, la gran Tenochtitlán, encontraron cosas tan maravillosas que ellos mismos dudaban de su realidad: "Algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían, si era entre sueños, y no es de maravillar que yo lo escriba aquí desta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé cómo lo cuente: ver cosas nunca oídas, ni vistas, ni aún soñadas, como víamos".[47]

45 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, t. I, cap. XVIII, La Habana, Casa de las Américas, 1984. pp. 42-43.
46 *Ibid.*, p. 200.
47 *Ibid.*, p. 201.

Bernal Díaz como cronista y Hernán Cortés como capitán y comandante de aquellas empresas, reemplazan a los caballeros andantes y desplazan hacia las tierras de América el espacio de las aventuras y las utopías. Primero, por medio de los relatos de los cronistas de Indias, algunos de los cuales mezclan lo real con lo fantástico hasta convertirse en los verdaderos precursores del llamado "realismo mágico" latinoamericano del siglo XX, y más tarde, los nuevos exploradores y descubridores del siglo XVIII, desde La Condamine a Darwin, en la época de la Ilustración y el racionalismo, convierten a las provincias de América en el territorio de la aventura y la libertad, las novedades y las maravillas.

El escritor cubano Guillermo Cabrera Infante, al recibir el Premio Cervantes, lo confirma en su discurso, pronunciado en Alcalá de Henares: "¿Qué les parece don Quijote de las Indias? ¿Qué tal Sancho Pampa? No habría habido molinos, pero habría vientos. ¿Es una fantasía americana? Cervantes, en la segunda parte del *Quijote,* hace elogio y alabanza de Hernán Cortés y lo muestra como un caballero ejemplar. Ni más ni menos su par impar".[48]

A México, por otra parte, llega la primera imprenta desde una fecha muy temprana, cuando apenas estaba apareciendo en las ciudades más desarrolladas de Europa, lo cual es bien significativo como expresión de que el descubrimiento y la conquista de América y su expresión escrita, en el marco de la invención de la imprenta, marcan el inicio de la modernidad.

Con base en esta rica historia de sincretismo de culturas y comprensión de la nueva realidad pluralista y mestiza, aparecen en México grandes escritores que estudian la obra de Cervantes, en particular el *Quijote,* desde la perspectiva de América Latina, profundizando aspectos del imaginario cervantino, como la búsqueda de la justicia y la libertad, que son las grandes premisas que motivan el espíritu de don Quijote de La Mancha.

CASTAÑÓN

El poeta, traductor y ensayista mexicano Adolfo Castañón, nacido en 1952, ha vivido desde muy joven entregado al sagrado oficio del libro, como lector y escritor. Se considera a sí mismo un prisionero de la lectura, y, desde luego, entre sus obras favoritas se encuentra *Don Quijote de La Mancha.* Miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, es uno de los escritores mexicanos más destacados de los últimos lustros.

Sus reflexiones sobre el *Quijote* se dirigen a mostrar la relación del personaje cervantino con los libros impresos, lo que aún constituía una novedad a comienzos del siglo XVII, cuando un modesto impresor madrileño como Juan de la Cuesta intentaba seguir los pasos de los grandes artífices del oficio, entre quienes destacaban el veneciano Aldo Manuzio o el holandés Lodewijk Elzevir. Castañón escribe un ensayo titulado: "Don Quijote y la máquina encantadora", incluido en su libro *Los mitos del editor,* en camino de ser publicado por la editorial Lectorum.

En este escrito, Castañón muestra la relación del *Quijote* con la imprenta, ya que él mismo es lector de su propia historia, como personaje que sólo vive de palabras, en un territorio de papel. Este juego del personaje lector de su propia aventura marca una nueva modalidad en la historia de la literatura, que va a influir de un modo notable sobre los escritores que sucederán a Cervantes. En efecto, desde la invención de la imprenta por parte de Gutenberg a mediados del siglo XV, existe una profunda diferencia entre el texto manuscrito, generalmente reservado a un mínimo de lectores y en ciertas ocasiones con un ejemplar único, y el libro impreso, que permite una amplia lectura colectiva.

Por eso el *Quijote* reacciona al ver la edición presentada por un tal Fernández de Avellaneda como la segunda parte de sus aventuras, pues considera que su única y verdadera historia es la contada por Cide Hamete Benengeli o sea, Miguel de Cervantes Saavedra. Pero… ¿existe en verdad ese sólo Quijote? La sombra de este

48 "Cervantes, mi contemporáneo", discurso dedicado a la memoria de Octavio Paz, al recibir el Premio Cervantes en 1997.

personaje, acompañado por su escudero transitando por los caminos polvorientos de La Mancha, ha rebasado los tiempos y las fronteras y se ha multiplicado en infinidad de textos, películas, piezas teatrales, poemas, pinturas y dibujos, artesanías y demás figuraciones, como uno de los íconos más reconocidos de la edad moderna, que hace parte del imaginario colectivo de los pueblos. El *Quijote* ya no pertenece sólo a un autor, pues se ha llenado de múltiples voces, que le confieren una propiedad colectiva.

Para Castañón, en este caso, su interés radica en mostrar las peculiares relaciones de don Quijote con el libro, como hojas impresas y cosidas de papel, tras el descubrimiento de la imprenta. Y aunque la primera edición de 1605 fue hecha en Madrid, el Caballero de la Triste Figura se dirige a Barcelona a buscar un impresor para conocer su oficio y conversar con él sobre los libros. Esta inquietud le nace al Quijote después de leer el llamado "Segundo tomo del *Ingenioso Hidalgo don Quixote de La Mancha,* que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras. Compuesto por el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la Villa de Tordesillas.[49]

Aquella edición, publicada en Tarragona en 1614 en la Casa Editorial de Felipe Roberto, era un libro real, escrito por un autor ficticio y criticado por un personaje ficticio, que, sin embargo, hablaba de cosas muy reales con el editor catalán, como lo señala en sus notas Adolfo Castañón.

Fernández de Avellaneda pertenece a la misma estirpe que Cide Hamete Benengeli, aunque ignoramos quién se ocultaba tras este nombre y, en cambio, sabemos muy bien que tras el historiador arábigo se hallaba Miguel de Cervantes Saavedra. Esta controversia coloca en primer plano la discusión sobre legitimidad de los textos, derechos de autor, veracidad o mentira de lo escrito, imitaciones o plagios, y, en fin, toda una serie de confrontaciones entre la realidad y la invención, la escritura y la vida, que se hallan en la esencia del *Quijote* y su amplia galería de personajes.

En su estudio, cita Castañón el diálogo entre don Quijote y el impresor barcelonés: "Al visitar don Quijote la ciudad de Barcelona, en la segunda parte de su novela topa con una imprenta y pregunta a su dueño: 'Pero dígame, vuestra merced, ¿imprímese por su cuenta o tiene ya vendido el privilegio de algún librero?'

El editor responde tajante: 'Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo; que ya en él soy conocido; provecho quiero, que sin él no vale un cuatrín la buena fama' ".[50]

Aquí aparece un aspecto nuevo, que genera una nítida separación entre los autores y editores de los textos. Al producir en serie, el libro se convierte en una industria, por lo cual los editores toman muy en cuenta el estudio de las posibles ganancias o el riego de pérdidas que les puede implicar la publicación de uno u otro texto. Algo semejante ocurrió con la abundante producción de comedias realizada por Lope de Vega, quien, en un rasgo de asombrosa sinceridad, confiesa las razones de la fecundidad de su pluma y el verbo de estirpe popular que la sustenta:

> Escribo por el arte que inventaron
> los que el vulgar aplauso pretendieron;
> porque, como los paga el vulgo, es justo
> hablarle en necio para darle gusto.[51]

Don Quijote se pasea por la imprenta, observando los menudos tipos y las cajas que permitirán una amplia reproducción de los escritos, y poco a poco comprende que su historia pasa, a través de la difusión por parte de la imprenta, del ámbito privado al público, lo cual convierte a esa máquina en productora de encantamientos. También allí, la transformación del manuscrito original del *Quijote,* hoy desaparecido, adquiere otra dimensión al entrar al mundo del libro impreso. En este caso, los encantadores ya no buscan el infortunio del Caballero de la Triste Figura, sino su más amplia difusión en los tiempos futuros y en toda clase de ámbitos y latitudes.

Castañón cita unas líneas de Quevedo, incluidas en su *Perinola,* relacionadas con el tema: "El librero es meramente mecánico

49 Edición facsimilar del *Quijote* apócrifo, publicada en Barcelona en 1905.
50 Miguel de Cervantes Saavedra, *Don Quijote de La Mancha,* 2ª parte, cap. LXII., (edic. de Martín de Riquer), Barcelona, Editorial Juventud, 1968, p. 999.
51 Lope de Vega, "Rimas" *(El arte nuevo de hacer comedias),* dirigido a la Academia de Madrid, en *Obras poéticas,* Barcelona, Editorial Planeta, 1983, p. 257.

porque no es forzoso que el librero sepa nada de libros que vende, ni de lasciencias necesita, sino de coser bien y engrudar y estirar las pieles y cabecear y regatear".[52]

Aquí Quevedo vislumbra la profunda diferencia que se va a establecer entre el trabajo material y el intelectual en la época de la producción en serie y el consumo. El valor de un texto original nada tiene que ver con la tarea de reproducirlo por medio de la imprenta, que sólo pide un buen trabajo artesanal y no una visión artística y creadora. Desde luego. vista la historia del libro impreso cuatro siglos más tarde, en una época neoliberal altamente competitiva, el tema de las ganancias de la industria editorial y los derechos de autor no deja de ser inquietante, sobre todo cuando es muy difícil verificar la cantidad de libros impresos para establecer las regalías, sin hablar de los libros piratas que obtienen pingües ganancias sin pagar derecho alguno.

Don Quijote es conciente de la importancia de sus aventuras, o, por lo menos, así lo da a entender Cervantes, aunque su intención sea paródica o burlesca. Sin embargo, la realidad histórica le ha venido a dar toda la razón a las afirmaciones de su personaje, que en el momento de ser escrita la obra, parecerían estar teñidas de desmesura: "Yo le prometo que cuando se vea cargado de dos mil libros, vea tan molido su cuerpo que se espante".

Ante lo cual anota Castañón: "La amenaza la dicta la experiencia. Don Quijote tiene el cuerpo molido de tantas ediciones, aunque todavía está viviendo su segunda parte. Él mismo nos hace saber que: 'Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares si el cielo no lo remedia'.[53]

El cielo no lo remedió, sino que, por el contrario, ratificó la opinión del Quijote, más allá de si esa fue o no la intención del propio Cervantes. Sin duda, la burla se le tornó en serio y la crítica de la fantasía y la invención literaria en una verdad con el paso de los años, más allá de las mezquindades de la época en que fue escrita.

Las últimas ediciones hechas en el presente año ratifican este aserto, por cuanto lograron superar los índices de venta, aún en comparación con libros de éxito de reciente escritura, en el mercado de los países de habla hispana.

CARLOS FUENTES

El gran estudio hecho en Latinoamérica sobre el *Quijote* lo realiza el escritor mexicano Carlos Fuentes, narrador y ensayista de primera línea. En su libro *Cervantes o la crítica de la lectura,*[54] sostiene, como tesis principal, que el *Quijote* es la primera novela moderna, y explica su tesis con un enjundioso análisis de la historia de la narrativa desde el poema épico a la tragedia griega, y desde los textos medievales a *La Celestina y Don Quijote de La Mancha.*

Así lo define en el primer punto de su ensayo: "Una crítica de la lectura que se proyecta desde las páginas del libro hacia el mundo exterior; pero, también y sobre todo, y por vez primera en la novela, una crítica de la creación narrativa contenida dentro de la obra misma: crítica de la creación dentro de la creación".[55]

Fuentes se remite en primera instancia al carácter de los primeros grandes poemas épicos de la historia, la *Ilíada* y la *Odisea*, fuentes primarias y germinales de la narrativa, y de allí pasa a *La canción de Rolando* o al *Poema del Mío Cid* como las formas del relato escrito que antecedieron a la novela propiamente dicha. La épica se apoya en forma unívoca en el orden de la realidad que la sustenta. En cuanto a los textos canónicos del período medieval, se remite al origen mismo del verbo como encarnación de Dios. Según afirma Fuentes, en aquella época toda lectura era considerada finalmente como lectura del verbo divino. De ahí el espíritu de verdad inmutable de los textos del Antiguo y del Nuevo Testamento, *La ciudad de Dios,* de San Agustín, o los grandes textos de la patrística, como verdades inmutables: "La visión escolástica del mundo es unívoca: todas las palabras y todas las cosas poseen un lugar establecido, una función precisa y una correspondencia exacta en el orden cristiano. No hay lugar para lo equívoco".[56]

---

52 Citado por Castañón: Francisco de Quevedo y Villegas, "Perinola", en *Obras completas,* t. I, Madrid, Editorial Aguilar, 1969, p. 451.
53 *Ibid.,* p. 559.
54 Carlos Fuentes, *Cervantes o la crítica de la lectura, Ciudad de México,* Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1976.
55 *Ibid.,* p. 15.
56 *Ibid.,* p. 19.

Según este precepto, "Las palabras de la *Summa Theologiae* y las del ciclo artúrico, por igual, significan lo que contienen y contienen lo que significan".

Existiría, para decirlo con una expresión de nuestro tiempo, una correspondencia exacta entre forma y contenido. Otra cosa significan los libros heréticos, comprendidos entre los muchos que discrepan de esta exactitud matemática en relación con la verdad revelada. Por eso, muchos autores se cuidan de que sus libros no sean condenados ante la severa mirada de los censores, y en el caso de intentar evadir este juicio, que equivaldría a la muerte civil del libro, e incluso del autor, exploran un camino indirecto, planteando vueltas y regodeos, omisiones y metáforas para poder expresar lo que se quiere decir. Es el caso, desde luego, de Cervantes, cuando busca criticar el tipo de escritura del pasado representada por los libros de caballerías, en contraposición con las costumbres y hábitos contemporáneos suyos: "El héroe épico es don Quijote, el pícaro realista es Sancho Panza. Don Quijote vive en un pasado remoto, en juicio desvelado y perdido por la lectura de demasiadas novelas de caballería; Sancho Panza vive en el presente inmediato, y sus únicas preocupaciones son las del sobrevivir cotidiano: '¿Qué vamos a comer, dónde vamos a dormir?' ".[57]

Fuentes prosigue su argumentación afirmando que esta confrontación entre el pasado y el presente convierte a la novela en un proyecto crítico. Estos opuestos, sin embargo, no se confrontan como antagonismos ideológicos, sino que encuentran una vía para hacerlo en términos literarios. El choque de opiniones y actitudes entre don Quijote y Sancho no se sostiene de tal modo que cada personalidad permanezca invariable, sino que, por el contrario, el uno influye sobre el otro en forma dinámica, de tal modo que con el desarrollo de las relaciones y aventuras que viven el caballero y su escudero en sus diversas salidas su personalidad ya no es la misma: don Quijote deja de ver fondas o posadas convertidas en castillos, y Sancho comienza a entender los nobles preceptos del caballero, por lo cual puede decirse que Sancho se torna quijotesco, mientras el Quijote va perdiendo su locura, lo cual, en vez se ser una ganancia, lo llevará a la muerte, pues la santa locura caballeresca es la que lo mantenía vivo.

Fuentes plantea una compleja reflexión histórica para mostrar la forma como cambió el pensamiento europeo, en medio de las grandes confrontaciones religiosas e ideológicas del siglo XVI, el surgimiento de la imprenta y la aparición de grandes utopías y discusiones sobre los valores inmutables y la comprensión del concepto de verdad en medio de cambios radicales en la comprensión del mundo. En efecto, desde la misma imagen del universo físico, cuyas nuevas proposiciones llevaron a la hoguera a figuras tan destacadas como Giordano Bruno e hicieron abdicar a Galileo Galilei, hasta avanzar en la comprensión de la verdad por medio de la duda metódica, o la confrontación de la razón y la locura, en la obra de Erasmo de Rótterdam.

Esta relación no es casual. ¿Acaso la locura de don Quijote no pertenece a esta estirpe? Aunque Cervantes no lo diga en forma explícita, Fuentes piensa que existen suficientes indicios para creerlo así: "La relación, a mi parecer evidente, entre Cervantes y Erasmo, ha de buscarse, no en la muy explicable ausencia de toda mención del sabio de Rótterdam por el manco de Lepanto, sino en la presencia misma de tres grandes temas erasmistas en el centro nervioso del *Quijote:* la dualidad de la verdad, la ilusión de las apariencias y el elogio de la locura".[58]

Erasmo piensa que todas las cosas humanas tienen dos aspectos, como sostiene Fuentes, a lo que habría que agregar que en las ciencias humanas de la modernidad, la semiología y la psicología, esta doble estructura aporta novedosas visiones del discurso textual, como es el caso de las distinciones entre habla y lengua, propuestas por Saussure, y la formulación de Freud en relación con el contenido manifiesto y el contenido latente de un texto. En efecto, una cosa es lo que se dice *textualmente* y otra las sugerencias implícitas, las ausencias significantes y demás recovecos que la lengua humana utiliza para expresarse. Porque, en efecto, la expresión oral o escrita no sólo sirve

57 *Ibid.,* p. 31.
58 *Ibid.,* pp. 66-67.

para comunicarse en forma directa, sino también para ocultar, enrarecer, aludir o sugerir ideas o conceptos que puedan resultar peligrosos si se expresan de un modo directo. El mismo Esquilo, el primero de los grandes trágicos griegos, lo expresa por medio del coro en la *Orestíada:* "Hablo para los que me entienden. Para los demás no sé nada". Esta expresión bien podría aplicársele a Cervantes, cuyas relaciones con Erasmo, así como con los grandes pensadores judíos y árabes, que tanto influyeron en la España medieval y de los albores del Renacimiento, puede descubrirse en diferentes claves y guiños que hace el autor, en un tiempo en que judíos y moros habían sido expulsados de la Península y aún se perseguía en forma encarnizada tanto a judíos encubiertos como a los árabes que perseveraran en sus creencias musulmanas. La tolerancia que se había logrado en España entre las tres grandes culturas se ve quebrada por el imperio de un pensamiento único: el cristianismo católico. Frente a este pensamiento, incentivado por la Contrarreforma y el Concilio de Trento, Cervantes adopta una vía de astucia y expresión indirecta. El sólo hecho de inventar la figura de Cide Hamete Benengeli como autor de la biografía del Quijote es bien diciente.

El concepto de locura puede aplicarse a diversos aspectos del comportamiento que se aparten de los rituales y convenciones vigentes de la vida social. Se toma como loco a aquel que salga a la calle con trajes de otro tiempo. Es loco quien defiende teorías que contradigan las verdades en uso. La locura planteada por Erasmo no es una entelequia abstracta, pues se sitúa en la entraña misma del devenir histórico: "La locura erasmiana, situada en el cruce de caminos de dos culturas, relativiza los absolutos de ambas: ésta es una locura críticamente situada en el corazón mismo de la fe, pero también, en el corazón mismo de la razón".[59]

La locura del Quijote es afín a las del rey Lear, Macbeth o Hamlet, que, reales o fingidas, ponen en tela de juicio las relaciones vigentes en sus respectivos reinos. Por eso Fuentes anota que no es fortuito que el mismo año de 1605 nazcan *Don Quijote, El rey Lear* y *Macbeth.* El espíritu de los tiempos relaciona a estos grandes creadores de la literatura y el drama, así como en la esfera del pensamiento se producen estrechas afinidades y valiosos intercambios entre Erasmo y Thomas Moro. Por eso los conceptos de *locura y utopía* se encuentran estrechamente ligados. El loco parece hablar en un mundo que no existe, como el utópico. Por eso también, la locura del Quijote entraña una desilusión, al reconocer que sus grandes ideales caballerescos ya no tienen vigencia en el mundo que le ha tocado vivir: "Cervantes ha vencido a la épica en la que se apoyó, ha puesto a dialogar a Amadís de Gaula con Lazarillo de Tormes y en el proceso ha disuelto la normatividad severa de la escolástica y su lectura unívoca del mundo".[60]

Las conclusiones finales del ensayo de Fuentes nos acercan de nuevo a la problemática de América Latina, y sus sueños utópicos de un nuevo orden social: "Don Quijote, extensión española de un elogio de la locura que es idéntico a un elogio de la utopía, contiene una ética del amor y la justicia".

FERNANDO DEL PASO

El libro más reciente, con reflexiones y notas sobre la lectura del Quijote, lo produce otro gran escritor mexicano, Fernando del Paso, con el título de *Viaje alrededor del Quijote.*[61]

Fernando del Paso nació en Ciudad de México en 1935. Tras adelantar estudios de economía y biología se dedicó de lleno a la literatura como poeta, dramaturgo, ensayista y novelista. Es autor de dos de las *novelas* más destacadas escritas en América Latina en el siglo XX: *Palinuro de México* y *Noticias del imperio.* A lo largo de su vida ha sido un lector constante no sólo de la novela de Cervantes, sino de innumerables libros, ensayos, artículos y glosas inspiradas por la lectura del *Quijote.* En este libro no sólo cita una amplia gama de fuentes diversas, sino que busca afirmar su propia voz y su propia mirada en medio de una tan compleja y a veces agobiante y contradictoria polifonía. Por eso su pregunta inicial, sazonada con fina ironía, nos coloca frente al asombro que suscita la enorme producción que pulula

59 *Ibid.,* p. 68.
60 *Ibid.,* p. 83.
61 Fernando del Paso, *Viaje alrededor del Quijote,* Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

alrededor del Caballero de la triste Figura: ¿Quijotitos a mí?[62]

En este primer capítulo, además de constatar la dificultad de escribir algo relacionado con un libro sobre el cual tantas cosas se han dicho, expresa su pasión por la gran obra de Cervantes, incrementada por nuevas y constantes lecturas: "Volví a el *Quijote* mucho tiempo más tarde, por curiosidad: una curiosidad que se transformó en un inmenso respeto, un respeto que se convirtió en amor, un amor que se volvió una de esas obsesiones que suelen alimentarme por varios años en tanto yo, a mi vez, cumpla con sus exigencias y las retroalimente".[63]

Y es precisamente esta retroalimentación la que se nutre de infinidad de lecturas no sólo en torno al *Quijote,* sino en relación con los libros que lo antecedieron y precedieron en los grandes temas que constituyen su esencia. Como don Alonso Quijano, el lector empedernido inicia su viaje por el territorio de lo imaginario, con la pluma lista a anotar cada hallazgo, interpretación o analogía que pueda ayudar a comprender y gozar el viaje del Quijote por las tierras de La Mancha, y, más allá de sus linderos, por los territorios de un mundo imaginado, maravilloso e imprevisto, en el cual aún puedan tener lugar aventuras como las de los caballeros andantes.

En primer lugar, menciona aquellas novelas y relatos épicos que tratan sobre viajes, entre los cuales la *Odisea,* de Homero, se convierte en una fuente inagotable de historias, así como los viajes de Simbad el marino y otros relatos de *Las mil y una noches,* la *Eneida,* de Virgilio, *La Divina Comedia,* en cuya visita al otro mundo, con sus infiernos, purgatorio y cielo deseado, el propio Dante es acompañado por Virgilio, especialista en esa clase de revistas al más allá, así como tantos viajes y jornadas de aventuras de los relatos de caballerías.

Fernando del Paso anota la forma como Cervantes modifica el relato fantasioso, pues escribe sobre un caballero andante en un tiempo en el que ya no existen las gestas de caballerías. ¿Qué ha ocurrido? El mundo antiguo y la imaginería medieval han sufrido un cambio radical con la aparición del Nuevo Mundo. Este hecho trascendental cambió por completo el sueño de un paraíso en la Tierra, ese lugar de las mil maravillas que se imaginaba más allá de la isla de Thule, en tierras desconocidas que podían hallarse al sur de África, un continente al que los europeos aún no se habían atrevido a penetrar, o más allá de las islas de la mar océana, llamadas Fortunadas, Hespérides o Gorgonas, desde los tiempos antiguos, así como la Atlántida sumergida, tal como se había señalado en los textos de Platón. Tales islas y lugares fantásticos, incluido el Paraíso terrenal, sólo existían en el mundo antiguo y en la época medieval en tierras desconocidas, pero anticipadas por la imaginación y el ensueño. Con el descubrimiento del Nuevo Mundo, el misterio se despeja y la tierra logra por fin su plena redondez. Pero, contra lo que muchos soñadores pudieran esperar y desear, los viajes de Colón, Magallanes o Elcano no llegan a los reinos feéricos soñados, sino que pisan tierra firme, desvaneciendo viejas ilusiones y creando nuevas apetencias terrenales, más caras a Sancho que a don Quijote, como podrían ser el oro y las perlas y tantos otros tesoros que se hallaron en las llamadas Indias occidentales, el continente americano. En este punto, Fernando del Paso concluye: "Al reducirse el planeta a medidas terrenales, Occidente se dio cuenta de que el Paraíso no existía en este mundo".[64]

El desvanecimiento de aquella ilusión no se produjo de inmediato; los viajeros y libros de viajes continuaron alimentando durante mucho tiempo la búsqueda de otros mundos y el deseo de aventuras. Tal fue el caso de la búsqueda de El Dorado, que obsesionó a los primeros conquistadores y viajeros. Por eso, además de los libros de caballerías, los relatos de viajes influyeron sobre el Quijote, como fue el caso de *Os Lusíadas,* el poema nacional portugués, que narra el viaje de Vasco de Gama por mundos fantásticos. Entre el personaje real que inspiró el relato, y el héroe del poema épico, existe una profunda diferencia, como la que podría darse a grandes rasgos entre la literatura y la vida. Fernando del Paso trae a cuento en su libro una cita del escritor Ramiro

62 *Ibid.,* pp. 13 y ss.
63 *Ibid.,* p. 21.
64 *Ibid.,* p. 45.

de Maeztu sobre esta relación entre las dos novelas: "Habría que habituarse a considerar *Os Lusíadas* y el *Quijote* como las dos partes de un solo libro escrito por dos hombres, a pesar de su disparidad aparente… donde acaba *Os Lusíadas* comienza *Don Quijote".*[65]

Muchos otros viajes son mencionados por Fernando del Paso, hasta llegar a algunas de las visiones y ensoñaciones de los viajeros de Indias, que, como don Quijote, creían ver gigantes donde sólo había molinos de viento, como ocurrió con Juan Ponce de León en su búsqueda de un manantial que le diera una eterna juventud, o el viaje por territorios del norte y el sur de América, cuyos nombres se inspiraron en novelas de caballerías, como California, Florida o Patagonia. Otra mención relacionada con el nuevo mundo es la referencia que Cervantes hace en varias oportunidades a *La Araucana,* de Alonso de Ercilla.

Un nuevo hallazgo de Fernando del Paso, que hace parte de la segunda parte del libro de Cervantes, escrito en 1615, poco antes de su muerte, lo constituye el viaje sin par que un personaje de ficción hace de un libro al otro:

> Ningún salto, sin embargo, tan extraordinario, tan descomunal, como el que dio don Álvaro Tarfe al brincar desde el *Quijote* de Avellaneda, para caer, tan campante, en el capítulo LXXII de la segunda parte del *Quijote* de Cervantes. Ninguno, tampoco, de tanta posible trascendencia literaria, y que diera pie para tanta sabrosa especulación, como la que ha habido y de seguro habrá.[66]

Muchos de los grandes personajes de la literatura han viajado de un libro al otro, como sucedió con los héroes de la *Iliada* y la *Odisea* de Homero en su paso a las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides, o las diversas encarnaciones de Orestes o Antígona en innumerables obras, con los mismos nombres o análogas situaciones y comportamientos, como ocurre con Hamlet en relación con Orestes.[67]

Sin embargo, el "salto" de Álvaro Tarfe de un *Quijote* al otro posee nuevas connotaciones, como lo señala Del Paso. Al aceptar Cervantes la existencia del personaje e incorporarlo a su repertorio, lo coloca en situación de reconocer a su *Quijote* como el verdadero, y dejar al de Avellaneda como un impostor. El Quijote y el Sancho de Fernández de Avellaneda pasan a ser de este modo imitadores de los auténticos, y, por lo tanto, se constituyen en personajes menores en comparación al modelo original. Con esta astucia, Cervantes se apropia de un personaje de su imitador, así como este lo hizo con los suyos, pero lo hace para subrayar sus derechos morales como autor y la originalidad de su invención. Originalidad relativa, sin embargo, ya que no debemos olvidar que todos los gestos y actos del Quijote, así como muchas de sus sentencias, son, a su vez, tomadas de otras lecturas de Amadises, Lisuartes o Palmerines. Un juego de invenciones y préstamos que pone en duda la originalidad absoluta de la obra de cualquier autor, ya que no se trata de un Dios que saca sus criaturas de la nada, sino de un artífice humano que compone sus obras tomando personajes y situaciones tanto de la vida social como de otras creaciones literarias. En este punto cabe recordar la opinión que se tenía al respecto en los tiempos del Renacimiento: "El único verdadero creador es Dios; lo demás es un *ars combinatoria".*

En su *Viaje alrededor del Quijote,* Fernando del Paso descubre otros aspectos curiosos y aún extravagantes que hacen parte del texto cervantino, algunas de cuyas incongruencias han sido señaladas por diversos autores. Uno de estos aspectos lo constituye "El increíble caso del aposento desaparecido".[68] En este capítulo (IV), del Paso se refiere a la biblioteca de don Alonso Quijano, clausurada por el ama, la sobrina, el cura y el barbero después de quemar la mayor parte de sus libros de caballerías y algunos con románticas historias pastoriles, con la excusa de que le "habían sorbido el seso" a don Alonso Quijano el Bueno.

¿Cómo puede don Quijote creer lo que le dicen de los encantamientos, apoyándose en su propia locura, sin indagar en lo sucedido, buscar pruebas o indicios, y, lo que es más grave, sin investigar la misteriosa desaparición de un amplio salón de su casa en sólo dos días que estuvo dormido? ¿Hasta ese punto llega su locura, que no es capaz de comprender lo que

65 *Ibid.,* nota en la p. 53.
66 *Ibid.,* p. 72.

ha ocurrido, y la mala jugada que le han hecho seres tan cercanos a su vida diaria?

Don Quijote resulta una especie de niño crédulo, y por eso se le compara con Cristo, de nuevo crucificado, pues recibe su corona de espinas y su cruz en las burlas y escarnios que se le hacen, en los golpes que recibe y en la incomprensión general a sus nobles ideales, tal como sucedió con Cristo mientras marchaba hacia el sacrificio en el Calvario.

Pero si don Quijote es un nuevo Jesucristo, su amor idealizado, Dulcinea del Toboso, se representa como una encarnación de la Virgen María:

> Es a esta clase de vírgenes a la que pertenece Dulcinea, la cual se le apareció a don Quijote y a nadie más en el orbe universo. Una Virgen, desde luego, sin niños como hay varias: la del Carmen, la de los remedios, la de Zapopán, la Bien Aparecida, la propia Guadalupana, la de Dolores y, por último, la Virgen de la Inmaculada Concepción que es, diría yo, como mejor podríamos imaginar a la amada de don Quijote, Dulcinea, ya que esta se le apareció al caballero, gracias a que él la concibió en su corazón cristalino, en su imaginación virgen, libre de pecado y son tacha, purísima, inmaculada, blanca paloma tobosina.[69]

Los grandes mitos, héroes o personajes que emergen del imaginario colectivo arrastran consigo toda clase de leyendas, especulaciones y significados ocultos, y, por lo tanto, se prestan para que sobre su vida y milagros se construyan toda clase de fantasías, pues el arte de la lectura es una segunda escritura, y el lector suele proyectar sus propios fantasmas sobre las ficciones literarias, ya que no existe un solo ser humano que no tenga su propio relato íntimo, elaborado con fragmentos de modelos deseables e idealizaciones, por medio del cual intenta superar sus temores y hacer de la imagen de su propia vida algo atractivo y deseable. Sin un relato personal, como el que don Quijote construyó inspirándose en los héroes de las novelas de caballerías, ningún hombre tendría la motivación y las agallas para ir más allá de los límites a los que tratan de restringirlo la costumbre y la presión de las relaciones sociales. Pero esta "sacralización" del héroe también tiene sus riesgos, como lo anota Fernando del Paso en las últimas páginas de su *Viaje alrededor del Quijote:* "Mi lectura del UIJOTE me dice que a don Quijote le han colgado tantos milagros que no dejan verlo de cuerpo entero, que se le han atribuido tantas virtudes que lo han desvirtuado. El caballero se merece un trato más razonable. Casi diría, más humano".[70]

Queda como última sombra el interrogante sobre la locura del Quijote. ¿Se trata, en definitiva, de una deficiencia mental o, más bien, de un desajuste con los valores de su tiempo? ¿De qué clase de locura se trata? En este punto, tenemos que volver la mirada hacia algunas de las observaciones de Carlos Fuentes, que creemos pertinentes sobre el tema: "Don Quijote, el loco, está loco no sólo porque ha creído cuanto ha leído. También está loco porque cree, como caballero andante, que la justicia es un deber y que la justicia es posible. (...). El elogio de la locura es el elogio de Moro: es el elogio de la Utopía. Y la Utopía tiene un lugar: el Nuevo Mundo".[71]

Mundo nuevo, en permanente ebullición de ideas y conflictos, en permanente pugna entre el poder y los ideales de justicia social, el mundo de la América Latina, con sus contrastes y dramas es un buen escenario para las actitudes quijotescas. Pero como una consecuencia del gran turbión de la historia, también para las grandes derrotas. Así lo expresaba Bolívar poco antes de su muerte, al compararse con el Quijote y decir: "He arado en el mar". Pero, también, una mirada de largo alcance lo llevaba a vislumbrar a lo lejos otro destino para el nuevo mundo: "Las naciones que he fundado, luego de prolongada y amarga agonía, sufrirán un eclipse, pero después surgirán como estados de una gran república: ¡América!".

67 Estas duplicaciones y reiteraciones de personajes clásicos la plantea George Steiner en su libro *Antígonas,* Barcelona, Editorial Gedisa, 1987.
68 Del Paso, *op. cit.,* pp. 101 y ss.
69 *Ibid.,* p. 199.
70 *Ibid.,* p. 121.
71 Fuentes, *op. cit.,* pp. 87- 88.

DON QUIJOTE vino a América... ... ¡y se quedó para siempre!

POR EDUARDO SANTA

I. DON QUIJOTE CAMINA POR EL MUNDO

En los primeros días del mes de enero de 1605 salía a la luz pública, de las prensas de Juan de la Cuesta, en Madrid, la primera edición de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.* Un año antes, en 1604, Cervantes se había trasladado de Sevilla a Valladolid, donde entonces se dedicó a terminar y corregir su famosa obra. El 20 de septiembre de este año, encontrándose en dicha localidad, su autor obtuvo el privilegio de impresión por diez años. Allí encontró a un editor llamado Francisco de Robles quien, con mucha diligencia, viajó a Madrid para hacerlo imprimir en los talleres tipográficos citados.

El primer interrogante que surge sobre la vida misma de la obra destinada a desafiar los siglos es ciertamente el lugar donde Cervantes tuvo la genial idea de escribirlo y de poner en ejecución su pensamiento a este respecto, pues mientras algunos críticos e investigadores literarios, especialistas en el tema, afirman que fue en Argamasilla de Alba, otros sostienen que fue en Sevilla, donde su autor residió durante varios años. Lo que sí está claro es que la obra tuvo su principio de vida en una cárcel. Lo dice Cervantes en el prólogo a la primera parte, con estas elocuentes y conmovedoras palabras, con las que inicia la misma:

> Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del

> entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir a la orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado,[1] antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación?[2]

Dejando de lado estos avatares en la vida de Cervantes, diremos que la publicación de la primera parte del *Quijote,* en 1605, constituyó un éxito verdaderamente extraordinario, pues este mismo año se hicieron seis ediciones. A ese respecto, Luis Astrana Marín, uno de los más eminentes cervantistas y comentaristas del *Quijote,* anota que "No se habló sino de aquel libro por entonces en el mundo literario; los nombres de don Quijote, Sancho y Dulcinea andaban en todas las bocas, y pronto salieron sus figuras en mascaradas y otras fiestas. Ningún libro fue tan rápidamente famoso".[3]

Sin embargo, todo parece indicar que Cervantes no esperaba tan extraordinario éxito, que marcó el hito más grande e imperecedero en toda su obra literaria. En efecto, hasta ese momento Cervantes era considerado como una figura de segundo orden en el campo de las letras españolas. Sus obras anteriores no habían tenido mayor renombre, y algunas habían pasado inadvertidas. Por aquel entonces, Cervantes consideraba su mayor logro literario su novela *La Galatea* que, como todas las suyas, había salido a la luz pública sin pena ni gloria. Esta circunstancia, justamente, hizo que Cervantes vendiera sus derechos sobre el *Quijote,* por las primeras ediciones del mismo, en cantidad aproximada a 1.600 reales.[4] Diez años después de haber aparecido la primera parte del *Quijote,* Cervantes, en la segunda, se refiere al éxito obtenido por ésta, cuando el bachiller Sansón Carrasco le da cuenta al mismo don Quijote, del logro editorial que han tenido sus aventuras. En efecto, en el capítulo III de dicha parte encontramos el siguiente pasaje, que nos da noticia de tal éxito, cuando el mencionado bachiller, poniéndose de rodillas ante don Quijote, le dice:

> Déme vuestra grandeza las manos, señor don Quijote de La Mancha, que por el hábito de San Pedro que visto, aunque no tengo otras órdenes que las cuatro primeras, que es vuesa merced uno de los más famosos caballeros andantes que ha habido ni aún habrá en toda la redondez de la Tierra. Bien halla Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejó escrita, y rebién halla en curioso que tuvo cuidado de hacerlas traducir de arábigo, en nuestro vulgar castellano para universal entretenimiento de las gentes.

A lo cual responde de inmediato don Quijote: "Desa manera, ¿verdad es que hay historia mía y que fue moro y sabio el que la compuso?". A lo que argumenta, de inmediato, el bachiller Carrasco:

> —Es tan verdad, señor, (…), que tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia; si no, dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso; y aún hay fama de que se está imprimiendo en Amberes, y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca. (…). —Una de las cosas —dijo a esta sazón don Quijote— que más debe dar contento a un hombre virtuoso y eminente, es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa.[5]

¡Cómo estaba seguro Cervantes de que su libro, con el correr de los años, llegaría a ser un clásico universal conocido en todo el orbe y traducido a tantos idiomas y dialectos!

2. DON QUIJOTE VIENE A AMÉRICA

Tampoco llegó a imaginarse que su obra, cruzando el océano Atlántico, en pocos meses se difundiera de tal modo en América que buena parte de la primera edición llegara a estas tierras para solaz de los primeros conquistadores, cronistas y gentes interesadas en conocer la buena literatura que se estaba produciendo en España. Astrana Marín demos-

1 Avellanado: Arrugado, enjuto, como las avellanas secas.
2 Miguel de Cervantes Saavedra, *El Quijote,* prólogo, primera parte.
3 Luis Astrana Marín, "Cervantes y el *Quijote",* en *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha,* Madrid, Editorial Castilla, s.f., p. XIII.
4 *Ibid.*
5 Cervantes, *op. cit.,* cap. III, segunda parte.

tró que la casi totalidad de la primera edición del *Quijote* pasó a las Indias, y en documento publicado por Leonard en su estudio *Romances of Chivalry in the Spanish Indies* (1933) se acredita que de la obra cervantina fueron enviados a Cartagena nada menos que cien ejemplares.[6]

Es, pues, un hecho incuestionable, que en las Indias había ya, por aquel tiempo, un apreciable horizonte intelectual. Todo esto, sin contar con la gran cantidad de libros y libelos, famosos o no, que llegaban subrepticiamente de contrabando a nuestras tierras americanas en toneles de vino, en cajas de conservas, en todas aquellas pintorescas formas de que se valió la clandestinidad para burlar las prohibiciones, como también lo anotan los distinguidos historiadores ya citados.

Según algunos autores, muchos libros de esa primera edición, llegaron al continente americano, especialmente a México, Perú y Colombia. No podemos pasar por alto que en aquel momento histórico los libros de caballerías aún eran muy solicitados y leídos en el nuevo continente, y este sobre don Quijote, indudablemente, presentaba una doble faz, pues para muchos de los lectores de esa época pudo ser un nuevo libro de la andante caballería, en tanto que para otros apenas una simple caricatura de los mismos, tendiente a ridiculizarlos y combatirlos. La cantidad de libros europeos que llegaban a América, en ese entonces, era bastante considerable. Enrique Anderson Imbert, importante historiador cultural, nos dice a este respecto, en su libro *Historia de la literatura hispanoamericana:*

> En este período las colonias, como siempre, recibían lo que España les daba. Apenas publicados el *Quijote* y el *Guzmán de Alfarache,* se embarcaron para América. Inmediatamente también vinieron las comedias de Lope de Vega... Catálogos, bibliotecas y librerías revelan una sorprendente cantidad de poesía, ficción, teatro, historia. En una sola biblioteca de un oscuro mexicano había, en 1620, latinos (Virgilio, Cicerón), italianos (Bocaccio, Aretino, Boza Candioto, Sannazzaro, Ariosto, Tasso), portugueses (Camoens), y naturalmente españoles (Ercilla, La Celestina, López de Enciso, Antonio de Guevara, Lorenzo Palmireno y antologías poéticas como *Vergel de flores divinas,* de López de Úbeda, y *Flores de poetas ilustres de España,* de Pedro Espinosa. Otro mexicano, a quien un proceso inquisitorial sacó de la oscuridad, Pérez de Soto, nacido en 1608, tenía en su biblioteca 1.663 volúmenes en varias lenguas, un quinto de los cuales era de bellas letras: dos docenas de novelas pastoriles, picarescas y de caballería, colecciones de cuentos —por ejemplo los del conde Lucanor—, escritos de Erasmo, La Celestina, poesía épica y lírica de griegos, romanos, renacentistas y barrocos (Góngora, naturalmente). La lista de libros que vendía una tienda de México, en 1683, es igualmente instructiva: entre los 276 títulos se hallaban Góngora, Lope, Calderón, Rojas, Zorrilla, Cervantes, Quevedo, Pero Mexía, Péres de Montalbán, el Lazarillo, Gonzalo de Céspedes, etc. La literatura entraba a formar parte también de las alegres fiestas al aire libre.[7]

El *Quijote* llegó a ser tan popular, tanto en España como en los países hispanoamericanos, que podían citarse muchas anécdotas al respecto. Jean Babelón, uno de los más autorizados biógrafos de Cervantes, nos dice lo siguiente:

> Lo extraordinario es que don Quijote y Sancho Panza pasaron inmediatamente a la leyenda, y se podría decir que al folclore. El ingenioso hidalgo fue al Nuevo Mundo y lo conquistó. En el Perú, el Caballero de la Triste Figura y su escudero rechoncho aparecían en los bailes de máscaras. El autor de La pícara Justina, obra que se publicó ese mismo año, pone estas palabras en boca de la protagonista: "Soy la reina de la picardía, más célebre que doña Oliva, don Quijote y Lazarillo, Alfarache o la Celestina".[8]

En fin, el gusto por las obras de caballerías fue tan difundido en Hispanoamérica, durante la Colonia, que conviene recordar lo que nos cuenta Babelón en su erudita biografía de Cervantes, ya citada:

> Era necesario que el mal fuese grande [se refiere al efecto pernicioso de esta clase de lecturas] para que en 1552 una ley prohibiese la impresión de los libros de caballería y la venta de ese género de obras en las Indias Occidentales.

6 Gabriel Giraldo Jaramillo, "El libro y la imprenta en la cultura colombiana", en Eduardo Santa, *El libro en Colombia,* Bogotá, Colcultura, 1973, p. 46.

7 Enrique Anderson Imbert, *Historia de la literatura hispanoamericana,* México, Fondo de Cultura Económica, 1954, p. 78.

8 Jean Babelón, *Cervantes,* Buenos Aires, Editorial Losada, 1947, p. 138.

> Dos años después, en 1555, las cortes reunidas en Valladolid se pronunciaron contra esa literatura y querían que fueran quemadas todas las novelas, prólogo éste del auto de fe que celebrará el digno cura en el patio de la casa de don Quijote. Por otra parte, el Concilio de Trento condenó implícitamente la lectura de esos libros como un pasatiempo deletéreo.[9]

Hay un hecho de singular importancia, que nos permite apreciar el impacto que esos libros de caballería produjeron en el ánimo de los primeros descubridores y conquistadores de nuestro continente americano. Varios autores, entre ellos Germán Arciniegas y Anderson Imbert, nos recuerdan que el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo fue traductor de *Claribalte,* libro de caballería y aventuras. Bernal Díaz se refiere en sus *Crónicas* al propio *Amadís de Gaula* y, en alguna de ellas, al mencionar la geografía descomunal de los territorios que visitó y los monumentos construidos por los aborígenes, no tiene inconveniente en consignar esta comparación: "Todos quedamos asombrados y dijimos que esas torres, templos, lagos, se parecían a los encantamientos de que habla *Amadís".* Anderson Imbert anota a ese respecto:

> Y no era para menos que aquellos hombres, que eran como nuevos caballeros andantes, capaces de heroicas y descomunales hazañas, gustaran de este tipo de literatura que los acercaba a su propia naturaleza heroica y a su imaginación acostumbrada a tropezar a cada instante con lo insólito y lo mágico, llegando casi a identificar las admirables y portentosas realidades con aquellas fantasías que ya se habían albergado en sus mentes, hechas para producir actos prodigiosos, para descubrir mundos extraños y mágicos, donde todo podía ser posible. Muchos de los nombres con los que esos conquistadores y cronistas bautizaron sitios y seres tan extraños para ellos fueron tomados de tales libros, como por ejemplo California, que era la isla de las amazonas negras en la saga de Esplandián; como la Patagonia, toponimia tomada de Patagón, el nombre de un monstruo que, según la fábula del Palmerín, tenía grandes pies de humanos pero con rostro perruno.[10]

3. SUS HUELLAS EN COLOMBIA

En 1966, la Universidad Nacional de Colombia, sede de Bogotá, con el fin de conmemorar los 350 años de la muerte de Cervantes, organizó, en los salones de su Biblioteca Central, una 'Exposición de ediciones del *Quijote',* pertenecientes, unas, a las bibliotecas de las distintas facultades, y, otras, a academias, profesores, estudiantes e intelectuales bogotanos. Dicho acto se inauguró paralelamente a la Semana del Libro y al Día del Bibliotecario, el 23 de abril, que tradicionalmente se ha tomado como fecha de la muerte del insigne escritor en 1616. De ese gran evento de la cultura colombiana nos quedó un 'Catálogo' de las obras presentadas, el cual fue impreso en mimeógrafo por la misma universidad. De conformidad con su contenido, se "exhibieron sesenta y dos ejemplares correspondientes a diversas ediciones", de distintos tamaños, formatos, épocas históricas, algunas en papeles de alta calidad y con ilustraciones célebres, como las de Doré, Dalí, Carretero, Ángel Lizcano, Jiménez Aranda, etc.; otras en ediciones en rústica, de diversos países, pero en su mayoría procedentes de editoriales españolas. Junto a tales piezas bibliográficas, la mayoría de considerable valor cultural y económico, también se presentaron obras (libros y folletos) sobre Cervantes y el Quijote, de autores colombianos, como Antonio Gómez Restrepo, Eduardo Caballero Calderón y Julián Motta Salas.

En este evento de tanta importancia cultural hubo varias cosas que vale la pena resaltar. En toda esa rica colección sobresalía un ejemplar de la "edición príncipe", hecha en Madrid, en los talleres tipográficos de Juan de la Cuesta, en dos volúmenes, que corresponden a las dos partes, impresas respectivamente en 1605 y 1615. No dejó de ser la nota más admirable de la exposición, pues nadie podía imaginarse, antes de ella, que en Colombia todavía existiera un ejemplar de los que posiblemente habían llegado en los primeros años de su colonización. Pertenecían a la colección particular del doctor Rafael Martínez Briceño, hace ya varios años fallecido. Nosotros nos preguntamos

9 *Ibid.*
10 Anderson, *op. cit.,* pp. 35 y ss.

ahora: ¿dónde estarán esos dos volúmenes que configuran una sola obra? No se nos escapa su inmenso valor económico y su importancia cultural, y hacemos votos porque semejante tesoro esté aún en manos de algún colombiano, heredero quizás del doctor Martínez Briceño, quien tuvo el gesto admirable de prestarlos para una exposición que, aunque patrocinada por una entidad tan respetable como la Universidad Nacional, no disponía de un sistema de seguridad que garantizara su integridad y su propiedad. También fueron expuestos dos ejemplares, no tan valiosos, pero que tampoco se pueden desestimar, pues se trata de dos fotocopias facsimilares de un original de dicha edición príncipe, una de propiedad del doctor Enrique Uribe White y otra del doctor Rafael Camargo Serrano, ya fallecidos también.[11]

Otros aspectos importantes de esta exposición tampoco podrían pasar por alto, pues al lado de esa edición príncipe se presentaron otras que, desde el punto de vista bibliográfico, tienen un gran valor por su rareza o por otras circunstancias excepcionales, editadas en diferentes épocas, en Madrid, Barcelona, París, Amberes, Londres, Nueva York, Praga, Buenos Aires y México. Otra, muy especial y de gran valor, fue la editada en alguna pequeña tipografía de Argamasilla de Alba, población donde, según algunos investigadores muy notables, fueron escritos los primeros capítulos de la obra.[12] El Catálogo de la Exposición, en edición de muy pocos ejemplares, quedó para la posteridad como demostración no sólo del interés de la intelectualidad colombiana, en diferentes épocas, por esa gran obra de la literatura universal, sino como testimonio de la huella que dejaron tantas editoriales, grandes y pequeñas, durante varios siglos, en el glorioso peregrinar histórico del libro cervantino, en ediciones, algunas muy raras y curiosas, otras que pertenecieron a ilustres hombres de letras y muchas con bellas ilustraciones de notables pintores, dibujantes y grabadores.

Al lado de las ediciones europeas se exhibieron también algunas hechas en Buenos Aires y México, lo cual se explica por la tradición que esos dos países han tenido desde hace varias décadas en el campo editorial. A los lectores colombianos y de otras latitudes de nuestro continente hispanoamericano seguramente les podía resultar más económico obtener a precios cómodos las ediciones españolas. En realidad, las argentinas y mexicanas, a las que acabo de referirme, fueron hechas a partir de los años cuarenta del siglo pasado, época en que la industria editorial de esos países se disparó y cubrió casi todo el continente hispano, no sólo con las obras de Cervantes, sino también con las de muy principales autores americanos y europeos, como también de revistas de todo género, con las cuales inundó los mercados de estos países, compitiendo, por su alta calidad editorial y por sus precios, módicos y al alcance de todos los bolsillos, con las publicaciones europeas.

Valgan estas observaciones para preguntarnos: ¿cuándo y dónde se hizo la primera edición colombiana del *Quijote?* Nuestra experiencia de bibliófilos y nuestra búsqueda en ficheros y estanterías apenas nos han permitido identificar algunos ejemplares impresos en Bogotá y Medellín a partir de la segunda mitad del siglo que acaba de finalizar, cuando nuestra industria editorial empezó a tomar impulso, hasta llegar al día de hoy, cuando ocupa un sitio de importancia en el panorama cultural del continente.

4. ¿QUÉ SABÍA CERVANTES DE LA AMÉRICA HISPANA?

La circunstancia de que Cervantes quería venir a nuestro continente hispanoamericano, interesado como estaba en servir algún empleo dispensado por la Corona, no obedece únicamente a la precaria situación económica por la que atravesaba hacia 1590. También había algunos móviles que, aparte de esta circunstancia, lo impulsaban a mostrarse dispuesto a venir al virreinato de la Nueva Granada (hoy Colombia), al Alto Perú (hoy Bolivia) o a Guatemala. Y ese algo era, naturalmente, el conocimiento que él podía tener de estos

11 En el Catálogo de la Exposición, dichos ejemplares aparecen relacionados en las páginas 20, 26 y 30, respectivamente.

12 Según el Catálogo (en mimeógrafo), fue impresa en "Argamasilla, imprenta de don Manuel Rivadeneira [casa que fue prisión de Cervantes] en 1863". Se agrega que son cuatro volúmenes y que la edición fue corregida "con especial estudio de la editorial, por don J. E. Hartzzembuch. En empaste de lujo". (Ver página 9 del Catálogo).

territorios, recientemente descubiertos, conquistados y colonizados por sus propios paisanos españoles. ¿De dónde pudo provenir dicho conocimiento, por superficial y ambiguo que pudiera ser, en aquellos tiempos en que todavía se tenía una idea bastante distorsionada y hasta fabulosa de toda la América Hispana, de su geografía, de sus condiciones sociales y culturales?

Partamos de la base de que don Miguel de Cervantes era un hombre bastante culto en su época. Además de los clásicos griegos y latinos, de la historia universal, de la filosofía y demás humanidades, seguramente había leído crónicas escritas directamente por varios de esos conquistadores y cronistas españoles, algunas muy agradables y amenas, inclusive para el profano que hoy quiera leerlas. Este conocimiento de Cervantes sobre las primeras piezas de nuestra literatura puede comprobarse con la simple lectura del *Quijote* y de sus demás obras literarias. Pero, más importante quizás que estas crónicas de la conquista, que pudo haber leído o escuchado, fue el conocimiento que tuvo en forma directa de muchos viajeros que habían venido a nuestro continente por aquella época y que habían regresado a España cargados de experiencias y algunos hasta de dinero y del prestigio que daba, en ciertos medios, el haber cruzado el "mar ignoto", desafiando toda clase de peligros y aventuras, para llegar a estas tierras donde la fantasía formaba con la realidad una estrecha simbiosis.

Así, pues, encontramos que Cervantes, en *El licenciado Vidriera,* al referirse a Ciudad de México la compara con Venecia, cuando dice que Tomás Rodaja se embarcó para Ancona y que "fue a Venecia ciudad que no haber nacido Colón en el mundo no tuviera en él semejante; merced al cielo y al gran Hernando Cortés, que conquistó la gran México para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quien se le opusiese. Estas dos famosas ciudades se parecen en las calles, que son todas de agua: la de Europa, admiración del mundo antiguo; la de América, espanto del mundo nuevo".[13] Y esto lo dijo Cervantes porque quizás había leído o le habían contado que la ciudad de Moctezuma había sido construida en una laguna, y es posible que en la época de Cortés todavía presentara el aspecto al que se refiere Cervantes en su novela ya citada. También en su comedia *Pedro de Urdemalas,* como lo veremos más adelante, Cervantes se refiere a Cartagena de Indias (en Colombia) como aquel lugar a donde llegó el famoso pillo que da nombre a su obra.

No olvidemos que Cervantes vivió, desde joven, muchos años en Sevilla. Y decir Sevilla es hablar de la llave hacia las Indias. Era de allí de donde partían las embarcaciones hacia el Nuevo Mundo, y a donde regresaban también cargadas de oro, de plantas exóticas, de indígenas semidesnudos, de aves vistosas que pronunciaban palabras escuchadas a los mismos españoles y, sobre todo, de leyendas que le daban a estas tierras todo su misterio, su magia y su atractivo. Sevilla era, en la época en que vivió allí Cervantes, el centro de esta gran aventura que fue el descubrimiento y la conquista de un nuevo continente, lugar donde se concentraban miles de aventureros, de perdularios, de gentes de todas las clases y condiciones. Ciudad cosmopolita, puerto principal sobre el mundo entonces conocido, a donde por razones políticas y económicas se había trasladado la capital del imperio español, se había convertido también en el centro de muchas actividades económicas y culturales, de tabernas y posadas, de oficinas y casas de contratación, de traficantes, usureros, especuladores, meretrices, clérigos y adivinos. Era también el centro providencial desde donde todos los vagabundos y aventureros querían partir hacia el nuevo continente en busca de fortuna.

Allí, en ese centro de tanta importancia y movimiento, estaba Cervantes, compartiendo con todas esas gentes de tan variada condición, escuchando de los que regresaban de tierras tan ignotas tantas aventuras, penalidades, gozos y conocimientos nuevos sobre el mundo. Sevilla era, pues, el espejo en que se podía mirar el continente descubierto a través de las imágenes y las palabras de los marineros y aventureros que habían ido hasta allá, todos con el deseo de volver ricos y poderosos. Cervantes, además,

13 Miguel de Cervantes Saavedra, *El licenciado Vidriera,* en *Novelas ejemplares,* Barcelona, Editorial Juventud, 1958, pp. 211 y ss.

ocupaba en esa gran ciudad un cargo oficial que, si bien no importante ni bien remunerado, le permitía establecer contacto con toda la gente que venía de ultramar. Ese conocimiento libresco, a través de las crónicas, y directo en la oralidad de los que regresaban, le dio a Cervantes una imagen de lo que podía ser el Nuevo Mundo, en ese instante en que albergó la esperanza fallida de ocupar allí un cargo oficial, otorgado directamente por la Corona, de lo cual hablaremos más adelante.

Lo que ahora nos interesa es examinar en sus escritos, particularmente en el *Quijote,* la idea que Cervantes tenía del continente americano. En realidad, hay algunas pocas referencias sobre éste, pero ellas cobran especial importancia, pues detrás podemos descubrir la imagen muy general que él podía tener sobre el Nuevo Mundo descubierto, que no era otra que la que podían tener muchas gentes cultas, con la ventaja para Cervantes de estar trabajando no propiamente en una biblioteca o en una universidad o sumergido como un humanista en su estudio particular, sino en el hervidero mismo donde se cocinaban las realidades vitales de ese momento histórico. Veamos, pues, cómo va dejando Cervantes las huellas de su conocimiento sobre el mundo al que anheló ir casi quince años antes de la publicación de su *Quijote.*

Cervantes tiene sobre América la idea comúnmente difundida en ese entonces de que éste continente era un emporio de riqueza. Así, pues, encontramos en el *Quijote* los siguientes registros sobre el particular: En el capítulo VIII de la primera parte, que es aquel en que se habla de la aventura de los molinos de viento, don Quijote y su escudero encuentran en el camino a dos frailes de la orden de San Benito, que van montando dos mulas pequeñas, con sus respectivos comisos y quitasoles y, detrás de ellos, un coche con cuatro o cinco jinetes de a caballo, en el cual va una distinguida dama. Refiriéndose Cervantes a esta señora, dice que era vizcaína y que "iba a Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba a las Indias con un muy honroso cargo". Y refiriéndose a este pasaje concretamente, don Diego Clemencín, el más importante comentarista del *Quijote,* en la nota 20 del mencionado capítulo, expresa lo siguiente:

> En los tiempos que siguieron al descubrimiento de América, Sevilla era el emporio del comercio de ultramar, donde se hacían los acopios y cargamentos y se disponían los viajes para aquellas regiones. Bien informado de ello estaba Cervantes, que residió en Sevilla algunos años y estuvo empleado en el ramo de provisiones para las armadas y flotas de Indias. Tuvo también el proyecto de pasar a ellas, y solicitó, aunque sin fruto, que se le confiriese uno de los cargos que había vacantes en las provincias de Costafirme y de Guatemala. ¡Quién sabe si Cervantes, que apuntó en el *Quijote* tantos sucesos suyos efectivos, al hablar aquí de una señora vizcaína cuyo marido pasaba a las Indias con un muy honroso cargo, quiso aludir a algún rival dichoso en quien concurriese esta circunstancia.[14]

Más adelante, en el capítulo XXIX de esa misma primera parte de la obra, en el cual se refiere a la penitencia que se impuso don Quijote estando en la Sierra Morena por su amor a Dulcinea, este le pregunta al cura (que se ha disfrazado de licenciado) cuál es la causa que le ha llevado hasta estos desolados pasajes, a lo cual el interlocutor le dice: "A eso yo responderé con brevedad, porque sabrá vuestra merced, señor don Quijote, que yo y maese Nicolás, nuestro amigo y nuestro barbero, íbamos a Sevilla a cobrar cierto dinero que un pariente mío que hace muchos años pasó a Indias, me había enviado, y no tan pocos que no pasan de sesenta mil pesos ensayados, etc".

En el capítulo XXXIX, también de la primera parte, que es aquel en que el cautivo cuenta su vida y aventuras, éste, hablando de los distintos caminos que han tomado en la vida sus propios hermanos, refiriéndose a uno de ellos dice: "El segundo hermano hizo los mismos ofrecimientos [a su padre], y escogió irse a las Indias llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor, y, a lo que yo creo, el más discreto, dijo que quería seguir la Iglesia o irse a acabar sus comenzados estudios a Salamanca".

Finalmente, en el capítulo XLII de la primera parte, que refiere lo que pasa en la venta donde el cautivo narra su vida, al oidor que está con su hija Zoraida y con don Quijote, Sancho y un

14 Diego Clemencín, "Comentarios al *Quijote*", nota 20, cap. VIII, primera parte.

capitán, todos interesados en tal relato, Cervantes escribe:

> Allí don Quijote estaba atento sin hablar palabra, considerando estos tan extraños sucesos, atribuyéndolos todos a quimeras de la andante caballería. Allí concertaron que el capitán y Zoraida se volviesen con su hermano a Sevilla y avisasen a su padre de su hallazgo y libertad, para que, como pudiese, viniese a hallarse en las bodas y bautismo de Zoraida, por no le ser al oidor posible dejar el camino que llevaba, a causa de tener nuevas que de allí a un mes partía flota de Sevilla a la Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viaje.

Cabe tener en cuenta que Cervantes se está refiriendo concretamente a México, al que en ese entonces se le conocía como Nueva España.

Como podemos advertirlo claramente en estas citas textuales, Cervantes se refiere en tres oportunidades a las llamadas Indias. Hay en el *Quijote,* otras tres citas relacionadas concretamente con tres países del Nuevo Continente. A más de la última cita que acabamos de transcribir, relacionada con el México actual, hay una que se refiere al Perú, y otra al Potosí (Bolivia). Veamos: en el mismo capítulo XLII de la primera parte, el cautivo expresa que "Mi menor hermano está en el Perú, tan rico, que con lo que ha enviado a mi padre y a mí, ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aún dado a las manos de mi padre con qué poder hartar su liberalidad natural; y yo asimismo he podido con más decencia y autoridad tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que me veo". Confirma Cervantes una vez más la idea que se tenía en España sobre la riqueza del Nuevo Continente, donde cualquier aventurero podía volverse rico y enviar mucho dinero a sus parientes peninsulares e inclusive regresar con apreciable fortuna. El Perú, especialmente, era uno de los centros de mayor prestigio en cuanto a la abundancia de riquezas. Por ello mismo, en España solían llamar "perulero" a todos los que se habían hecho ricos en las Indias y regresaban a a disfrutar de sus riquezas.

En el capítulo LXXI, de la segunda parte, en el que se narra el regreso de don Quijote a su aldea, hay un pasaje en el que al preguntarle Sancho a su amo cuánto habrá de pagarle por cada azote que él se ha dado para acabar con el encantamiento de que ha sido víctima Dulcinea, el andante caballero don Quijote le responde: " Si yo te hubiere de pagar, Sancho, (...) conforme a lo que merece la grandeza y calidad deste remedio, el tesoro de Venecia, las minas de Potosí fueran poco para pagarte; toma tú el tiento a lo que llevas mío y pon el precio a cada azote".

De otra parte, Cervantes, como lo anotan varios de sus biógrafos y comentaristas, debió leer algunos libros de los cronistas de Indias, publicados en Sevilla por aquel tiempo, en los cuales se describen aspectos muy importantes del continente recientemente descubierto y de las valerosas e intrépidas hazañas de sus conquistadores, entre ellas las de Bernal Díaz del Castillo y las de Hernán Cortés. Sin embargo, al único que cita es a este último, cuando expresa lo siguiente, en el capítulo VIII, de la segunda parte:

> Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tú que arrojó a Horacio del puente abajo, armado de todas armas, en la profundidad del Tibre? ¿Quién abrasó el brazo y la mano a Mucio?¿Quién impelió a Curcio a lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? ¿Quién, contra todos los agüeros que en contra se le habían mostrado, hizo pasar el Rubicón a César? Y, con ejemplos más modernos, ¿quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo? Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premio y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos católicos y andantes caballeros más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que a la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza, etc.

En cuanto a esta cita, que Cervantes hace del conquistador Cortés, Diego Clemencín, en sus famosos "Comentarios al *Quijote",* nota 20 al capítulo VIII de la segunda parte, expresa:

> Bien conocida es la hazaña de Hernando Cortés cuando viendo a sus compañeros irresolutos, y

> titubeando en la empresa de seguirle, hizo echar a pique los navíos que los habían conducido a Nueva España [hoy México], para que perdiesen la esperanza de la vuelta y no les quedase más que la de la victoria. No encuentro otro motivo para aplicar el dictado superlativo del texto a Hernando Cortés, que la relación y semejanza de su apellido; por lo demás, dudo mucho de la propiedad de la aplicación, y por de contado no se lo aplicara muy de corazón Moctezuma.

En el capítulo LIV de la segunda parte, que trata de algunas cosas que pasaron en el castillo de los duques, un vecino de Sancho, llamado Ricote, se refiere en su improvisado discurso sobre sus viajes a la riqueza de las Indias, en el siguiente pasaje:

> Salí, como digo, de nuestro pueblo; entré en Francia, y aunque allí nos hacían buen acogimiento, quise verlo todo. Pasé a Italia, llegué a Alemania, y allí me pareció que se podía vivir con más libertad, porque sus habitadores no miran en mucho delicadezas: cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia. Dejé tomada casa en un pueblo junto a Augusta; juntéme con estos peregrinos, que tienen por costumbre venir a España muchos dellos cada año a visitar los santuarios della, que los tienen por sus Indias y certísima granjería y conocida ganancia.

5. LA OBSESIÓN DE CERVANTES Y SU MALA SUERTE

Las citas que acabamos de hacer, tomadas directamente de diferentes capítulos del *Quijote,* nos ponen de manifiesto que Cervantes tenía siempre presente el Nuevo Continente. Pero a esto podemos agregar que su persistente deseo de venir a estas tierras no sólo está contenido en el famoso memorial que envió al rey de España en 1590, sino que, desde mucho antes, en sus comedias y en sus *Novelas ejemplares* figuran dos simpáticos personajes que logran alcanzar ese anhelo. El primero de ellos lo encontramos en las páginas de *El celoso extremeño.* Es nadie menos que el personaje principal de esta obra, el travieso y aventurero joven Filipo de Carrizales, de quien su ilustre creador nos dice que era un hidalgo de Extremadura, nacido de padres nobles, de muy buena fortuna, quien dilapidó en su juventud, sin tasa ni medida, todo su patrimonio viajando no sólo por diversas partes del territorio español, sino también por Italia y Flandes. Nos informa Cervantes que vino a parar en Sevilla, "donde halló ocasión muy bastante para acabar con lo poco que le quedaba". Como única solución, este joven aventurero "se acogió al remedio a que otros perdidos en aquella ciudad se acogen, que es el de pasarse a las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores a quien llaman ciertos los peritos en el arte, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos".[15]

Cada cual, seguramente, venía a lo suyo. Los alzados, es decir, los comerciantes, que por haber quebrado en sus negocios respectivos, o por cualquier otro motivo, defraudaban a sus acreedores en el pago de lo que debían escapándose a las Indias, al igual que aquellos que tenían cuentas pendientes con la Iglesia y querían evadir sus acciones punitivas. Los homicidas, por cuanto al escaparse de jueces y tribunales españoles, al venir clandestinamente a las Indias, cambiando de nombre, hacían prácticamente imposible su captura. Los jugadores también huían de sus acreedores y demás obligaciones civiles. Las que el autor llama mujeres libres no podrían ser otras que las que estaban dispuestas a llevar una vida de prostitutas o de compañeras ocasionales de todos los aventureros que, viajando sin mujer propia, como era la costumbre, se atrevían a venir a estas tierras ignotas y desconocidas.

Cervantes, en realidad, no pertenecía a ninguna de estas categorías. Pero, en cambio, hacía parte de esa angustiada cofradía de los que él llama los desesperados.[16] Él lo era, indudablemente, por su precaria situación económica, que lindaba con la pobreza declarada; por el ingrato y despreciado oficio que desempeñaba, que nunca fue de su agrado y

15 Cervantes, *El celoso extremeño,* en *ibid.,* pp. 259 y ss.
16 *Ibid.*

que tantas molestias le deparó, entre ellas, los juicios que se le adelantaron por no rendir cuentas claras en sus recaudos; las prisiones consiguientes que tuvo que padecer por la misma causa; las excomuniones que también sufrió, que fueron dos, proferidas por eclesiásticos que se sintieron atropellados cuando él, como comisario real de abastos en Andalucía, entraba a las tierras pertenecientes a la Iglesia a incautar sus productos agrícolas, pagando por ellos precios oficiales que, en el fondo, eran poco equitativos y hasta irrisorios, además de que se desembolsaban con tardanza.

Cervantes, sin duda alguna, toda su vida fue un desesperado, sobre quien la mala suerte no dejó de clavarle a cada paso su ponzoña. Cárceles, desprecios, pobreza, persecuciones, confinamiento en las lejanas tierras de Argel, heridas en su pecho y en la mano izquierda, que perdió para siempre su natural movilidad. A esto habría que agregar la poca fortuna que tuvo con la publicación de sus obras; su desencanto cuando quiso triunfar en el teatro, en el que Lope de Vega, su enemigo implacable, era el rey, indiscutible y venerado; y, finalmente, cuando su talento y los ingentes servicios prestados a su rey y a su patria le fueron desconocidos, y cuando le hicieron a un lado, en varias ocasiones, para darle los honores y los cargos a otros de poco valer y de menor prestancia. Cervantes, indiscutiblemente, siempre tuvo la certeza de su mala ventura, y, por lo mismo, de ser un desesperado, de esos que en los primeros renglones de su novela *El celoso extremeño* aparecen señalados con tal calificativo, siempre dispuestos a viajar a las Indias, en busca de mejor suerte.

En otro de sus libros, la comedia titulada *Pedro de Urdemalas,* ya citada, considerada por algunos críticos como una de las mejores salidas de su pluma, también aparece un personaje singular, aventurero, ladino, trotamundos, embaucador, tramposo y cínico, que viene a las Indias en busca de fortuna. Se trata del personaje principal de la obra, el propio Pedro de Urdemalas. Realiza el sueño dorado de venir a las Indias, pero no logra hacerse rico y poderoso porque su mala suerte y sus propias pillerías lo llevan al fracaso. Entonces Cervantes pone en boca de su personaje, esta estrofilla:

No me contentó ésta vida
cuando algo grande me vi,
y en un navío de flota
con todo mi cuerpo di,
donde serví de grumete,
y a las Indias fui y volví,
vestido de pez y angeo,
y sin un maravedí.
Temí con los huracanes,
y con las calmas temí,
y espantóme la Bermuda
cuando su costa corrí.[17]

No se nos pasa por alto que Cervantes, al crear estos dos personajes que logran viajar a las Indias pensó en uno que alcanzaba el éxito y regresaba a España rico y poderoso; y en otro que viaja a las Bermudas y regresa sin haber obtenido lo deseado, que no era otra cosa que el éxito económico. El primero es Filipo de Carrizales, de quien Cervantes narra su aventura en *El celoso extremeño.* El segundo, el ya nombrado Pedro de Urdemalas, en la comedia de su mismo nombre. Y es muy significativo que éste aventurero se dirija a las Bermudas, islas situadas al este de los Estados Unidos, tierras colonizadas por españoles, que hicieron parte de sus posesiones del ultramar hasta que fueron ocupadas por los ingleses para incorporarlas a su imperio marítimo. En la novela *El celoso extremeño,* don Filipo de Carrizales, en cambio, cruzando las aguas del Atlántico, sin novedad alguna, llega al puerto colombiano de Cartagena. De allí pasa (no dice Cervantes cómo ni cuando) al Perú, la colonia española que tenía fama universal de ser la más rica de todas por sus famosas minas de oro y plata. También, como Urdemalas, regresa a España, pero después de veinte años de permanecer en las Indias edificando su gran fortuna, y, pasados los años, resuelve casarse con una bella jovencita de trece o catorce años, cuando por esa época él es un anciano que vive de su cuantiosa renta. Engañado por su joven esposa, tiene el trágico fin de verse consumido por los celos y por el conocimiento directo que tiene de la infidelidad de ella al sorprenderla en

17 ——, *Pedro de Urdemalas,* en *Obras completas,* Madrid, Editorial Aguilar, 1962, pp. 497 y ss.

brazos de un intruso que, si bien la ha seducido, no logra plenamente su cometido.

Tanto don Filipo de Carrizales como Pedro de Urdemalas son, en principio, dos aventureros. En Sevilla, de donde parten para las Indias, pertenecen al grupo que Cervantes denomina "los desesperados". Cervantes, como ya se dijo, también lo es, pero quiere venir a estas tierras del Nuevo Mundo, no como ellos, que lo hacen en esa condición de "buscavidas", por la puerta falsa de los que entran a las naves en condición de "inmigrantes perdularios", de grumetes de ocasión o de ayudantes voluntarios, a las escondidas o, al menos, violando las normas y controles de unas aduanas complacientes y conscientes también de la necesidad de llevar a las Indias a gentes sin oficio, para poblar estas tierras necesitadas de toda clase de aventureros que se le midan al peligro que ellas representan. Cervantes quiere hacerlo con un cargo oficial, con un empleo que le permita servir lealmente a su rey y a su patria. Y, además, tiene sobrados derechos para obtenerlo por sus múltiples servicios a ambos, en la paz y en la guerra, en el cautiverio o en el disfrute de su libertad honesta y productiva. Pero la burocracia de su país le cierra el paso, de un solo plumazo, como lo veremos en otro lugar de este trabajo.

De su mala suerte se queja Cervantes en varias de sus obras, muy especialmente en el capítulo IV de su *Viaje del Parnaso,* donde hace un breve recuento de su obra como escritor, de lo que con dolor, tenacidad y sufrimiento le ha dado a su país y al mundo entero, para terminar con una queja amarga y lastimera, que logra conmover al más desprevenido de sus lectores. En la parte que consideramos más elocuente dice:

Yo corté con mi ingenio aquel vestido
con que al mundo la hermosa Galatea
salió para librarse del olvido.
Soy por quien la confusa nada fea
pareció en los teatros admirable,
si esto a su fama es justo se le crea.
Yo con estilo en parte razonable
he compuesto comedias que en su tiempo
tuvieron de lo grave y de lo afable.
Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo
al pecho melancólico y mohíno
en cualquiera sazón, en todo tiempo.
Yo he abierto en mis *Novelas* un camino
por do la lengua castellana puede
mostrar con propiedad un desatino.
Yo soy aquel que en la invención excede
a muchos, y al que falta en esta parte,
esa fuerza que su fama falta quede.
Desde mis tiernos años amé el arte
dulce en la agradable poesía,
y en ella procuré siempre agradarte.
Nunca voló la pluma humilde mía
por la región satírica, bajeza
que a infames premios y desgracias guía.
.....
Por eso me congojo y me lastimo
de verme solo en pie, sin que se aplique
árbol que me conceda algún arrimo.
.....
También al par de Filis mi Filena
resonó por las selvas, que escucharon
más de una y otra alegre cantilena.
Y en dulces varias rimas se llevaron
mis esperanzas los ligeros vientos,
que en ellos y en la arena se sembraron.
Tuve, tengo y tendré los pensamientos,
merced al Cielo que a tal bien me inclina,
de toda adulación libres y exentos.
Nunca pongo los pies por do camina
la mentira, la fraude y el engaño
de la santa virtud total ruina.
Con mi corta fortuna no me ensaño,
aunque por verme en pie como me veo,
y en tal lugar, pondero así mi daño.
Con poco me contento, aunque deseo
mucho. A cuyas razones enojadas
con estas blandas respondió Timbreo:
vienen las malas suertes atrasadas,
y toman de tan lejos la corriente,
que son temidas, pero no excusadas.[18]

Por el contexto de los versos transcritos sabemos que esta "queja a Apolo" fue escrita después la primera parte del *Quijote.* En reali-

18 ——, *Viaje del Parnaso,* en *ibid.,* pp. 81 y ss.

Ilustración de Gustavo Doré.

dad, fue compuesta el 22 de julio de 1614, cuando también escribía la segunda parte de su obra inmortal.[19] Ya estaba viejo Cervantes y sólo le quedaban dos años de vida. Ya había sufrido mucho, y mucho le quedaba por sufrir. Pero él, siempre ahí, parado sobre su destino, con altivez y sin claudicaciones. Todos sus biógrafos se han acercado a él con gran respeto y admiración a su carácter siempre firme, a su inmensa bondad y a su gran valor civil y militar, demostrado en todo momento, muy especialmente durante sus cinco años de cautiverio en Argel, en manos de los turcos, cuando asumió, muchas veces, la culpa de actuaciones concebidas y realizadas por otros cautivos para salvarlos de los castigos cruentos que él tomó con dignidad como propios. Los versos transcritos anteriormente son algo así como un rápido esbozo de su actividad literaria, pero también una radiografía de su moral incorruptible. Porque, digámoslo sin ambajes, su verdadera autobiografía está consignada con caracteres indelebles y con destino a la inmortalidad en su famoso e inigualable *Don Quijote de la Mancha,* la obra que, además de exaltar los grandes valores morales del hombre, ha sido considerada, desde hace mucho tiempo, por millones de lectores y por críticos de gran renombre, una de las obras más importantes de la literatura universal.

En cuanto al conocimiento que sobre el *Quijote* pudieron tener algunas personas cultas de Colombia en esa ya lejana época de la colonia, podemos afirmar que, pese al analfabetismo tan extendido, algunas personas de alta posición social y solvencia económica, de origen español, tenían afición por la lectura. Así lo confirma Tomás Carrasquilla, cuando en su famosa novela *La marquesa de Yolombó,* que tiene como trasfondo esa época histórica, nos cuenta cómo Taita Moreno y doña Rosalía, dos encopetados personajes, "tenían los Evangelios, algunas vidas de santos, uno que otro libro de moral; pero si leían el *Quijote, El lazarillo de Tormes y El diablo cojuelo,* les aburrían libros devotos".[20] Es de suponer, también, que personas como las mencionadas tenían la costumbre de leerles a muchos de sus más inmediatos sirvientes y vecinos, en las tertulias después de la cena, obras como esas, de interés general y muy amenas, costumbre que se fue trasmitiendo de generación en generación, especialmente en las haciendas y fincas antioqueñas, donde existe un fuerte sentido comunitario y donde las gentes del campo tienen una gran imaginación y un pensamiento mágico, y siempre se muestran interesadas por conocer historias reales o fantásticas, especialmente por episodios que invaden los territorios de la picaresca, del chisme y de la farándula. Quizás de esas lecturas, transmitidas en esa forma a los caporales y luego, por éstos, a la peonada, fue saliendo, como de un mágico crisol de fantasías, el personaje criollo (colombiano) llamado Pedro Rimales, versión antioqueña del Pedro de Urdemalas cervantino. Para elaborar la novela a la que nos referimos, don Tomás Carrasquilla tomó base en la tradición oral con profundas raíces en el poblado de Yolombó y sitios aledaños donde discurre la misma.

6. UN EXTRAÑO PERSONAJE

En relación con los nombres de personajes citados en el *Quijote* y vinculados a nuestro continente americano, hay dos alusiones a un protagonista a quien Cervantes llama Juan de las Indias, que puede ser don Juan de Castellanos, poeta español, radicado en Colombia, contemporáneo de Cervantes, como veremos más adelante. Las dos referencias anotadas son las siguientes: en el prólogo a la primera parte escribe Cervantes, refiriéndose a una conversación que tuvo con algún amigo literato, que éste le comentó, cuando él le mostró su obra inédita lo siguiente:

> Lo primero en que reparáis de los sonetos, epigramas o elogios que os faltan para el principio [del *Quijote*], y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar en que vos mismo os toméis algún trabajo en hacerlos, y después los podéis bautizar y poner el nombre que quisiéredes, ahijándolos al preste Juan de las Indias o al emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia que fueron famosos poetas;

19 *Babelón,* op. cit., p. 168.
20 Tomas Carrasquilla, *La marquesa de Yolombó,* cap. V, Medellín, Editorial Bedout, 1980.

> y cuando no lo hayan sido, y hubiere algunos pedantes y bachilleres que por detrás os muerdan y murmuren desta verdad, no se os dé dos maravedís, porque ya que os averigüen la mentira no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

La segunda referencia que hace Cervantes de Juan de las Indias es en el capítulo XLVII de la misma primera parte de la obra, en el discurso del cura contra los libros de la andante caballería. Dice así Cervantes, en boca del cura de marras, criticando los libros mencionados: "Qué ingenio, si no es del todo bárbaro e inculto, podrá contentarse leyendo que una gran torre llena de caballeros va por la mar adelante como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardía y mañana amanezca en tierras del preste Juan de las Indias o en otras tierras que ni las descubrió Tolomeo ni las vio Marco Polo?".

La afirmación del investigador español César Vidal, en su *Enciclopedia del Quijote,* en el sentido de que tal personaje es "un rey cristiano asiático de carácter legendario, al que se atribuía haber vencido a los musulmanes",[21] nos parece muy improbable y traída de los cabellos. No es necesario hilar tan delgado para presentar la tesis que hoy me atrevo a consignar en este ensayo, en el sentido de que el tal preste Juan de las Indias no es otro que Juan de Castellanos, nacido en la ciudad española de Alanís en 1522 y muerto en Tunja en 1607. Vino a Colombia desde su temprana juventud. Aventurero, viajero incansable, pescador de perlas en el Caribe, poeta de gran sensibilidad, historiador, cronista, amigo del conquistador Jiménez de Quesada y de otros personajes estrechamente vinculados a la conquista y colonización de lo que hoy es Colombia, terminó por ordenarse como sacerdote y dedicarse a escribir, en pleno recogimiento, la crónica en verso más extensa de toda la lengua española (113.609 versos), en la que refiere las hazañas de aquella época turbulenta y las historias y crónicas que escuchó de quienes las habían vivido de cerca. La primera parte de esta interesante crónica la hizo publicar don Juan de Castellanos, en Madrid, en 1589, con el título de *Elegías de varones ilustres de Indias,* con un estudio preliminar de Agustín de Zárate.[22] Como puede apreciarse, fue publicada quince años antes de que apareciera la primera parte del *Quijote.*

Es, pues, casi seguro que Cervantes hubiera conocido la poesía de Juan de Castellanos, quien, además de poeta, era clérigo y residía en las Indias, adonde aquel quería ir ciertamente por la misma época, cuando el mencionado libro fue dado a la luz pública. Madrid en ese entonces era una ciudad pequeña y con una muy limitada producción de libros para un mercado también muy pequeño de lectores, y resulta difícil que un intelectual de las condiciones de Cervantes, siempre atento a los fenómenos propios de la cultura, hubiera desconocido o pasado por alto la publicación del libro de Castellanos (1589), más aún si se tiene en cuenta que era la obra de un poeta español radicado en las Indias, lugar que en ese instante estaba metido en la mente de Cervantes por su interés de ir a esas tierras (1590), sobre las cuales nuestro poeta cronista arrojaba tanto conocimiento personal y directo, tanta historia y experiencia tan admirablemente asimiladas. Por todo ello, nos parece bien explicable la tesis que hoy exponemos como la más razonable. Para sustentarla nos hemos apoyado en seis puntos que sostienen la mencionada identidad. El primero es el nombre de pila del personaje (Juan); el segundo, su condición de sacerdote; el tercero, ser poeta; el cuarto, vivir en las Indias; el quinto, ser contemporáneo de Cervantes; y el sexto, haberse dado a conocer en España con la publicación de la primera parte de su libro, que tiene tanto de poesía como de crónica histórica, mucho antes de ser escrito y publicado el famoso *Quijote.*

7. CERVANTES QUISO VENIR A AMÉRICA

A propósito del interés de Cervantes de venir a las Indias, también es un hecho plenamente establecido y comprobado. Esta circunstancia fue desconocida durante varios siglos, por lo

21 César Vidal, *Enciclopedia del Quijote,* Barcelona, Editorial Planeta, 1999, p. 408.
22 Darío Achuri Valenzuela, "Juan de Castellanos", en *Diccionario Literario,* Barcelona, González Porto-Bompiani, 1967.

cual no fue un dato del que pudieran aprovecharse los primeros biógrafos del insigne escritor. A ese respecto, el notable historiador Eduardo Posada, en su libro *Apostillas a la historia colombiana,* escribe lo siguiente:

> Fue don Manuel Fernández de Navarrete el primero, si no estamos equivocados, que dio el dato del viaje de Cervantes a América. En la biografía que él escribió del autor del *Quijote,* y que publicó la Academia Española en 1819, refiere que en 1588 se trasladó Cervantes a Sevilla a desempeñar el empleo de comisario para la compra de víveres destinados a los navíos de Indias. Le dio este empleo don Antonio Cervantes de Guevara, que era el proveedor general de las armadas y flotas que hacían el viaje al Nuevo Mundo.[23]

En el libro mencionado, el historiador Eduardo Posada, quien además de su extensa y variada obra fue uno de los fundadores de nuestra Academia Colombiana de Historia y su primer presidente,[24] anota que don Manuel Fernández de Navarrete no inserta en su biografía de Cervantes el texto original del memorial que éste le envió al rey de España para solicitarle el empleo tan anhelado. Pero, en cambio, en una nota de la misma biografía (la 152), Navarrete dice que tal memorial fue hallado con posteridad a los trabajos de Mayáns, de Ríos y de Pellicer, y en los días en que él se ocupaba de adelantar las investigaciones sobre el autor del *Quijote.*

Agrega Eduardo Posada que en 1870 estuvo don José María Vergara y Vergara en España, consultando el famoso Archivo de Sevilla. Y se presentó la oportunidad de que el archivero, un señor de apellido Juárez, le mostrara dicho memorial, tal "como lo cuenta el bondadoso Vergara en una revista que escribió al regresar, en Santa Marta, el 30 de marzo de ese mismo año de 1870".

En efecto, el acucioso Vergara logró obtener una copia fotográfica "con destino a la Cancillería de Bogotá o a cualquiera otra entidad oficial interesada en darle publicidad a tan importante documento". Lo cierto es que pasados algunos años, en 1875, se publicó, quizás por primera vez, el memorial de Cervantes, en el tomo XXV de la obra *Documentos inéditos de América.* De allí lo tomó el historiador Eduardo Posada para reproducirlo en sus *Apostillas,* cuya primera edición se hizo en 1919.[25]

El 6 de agosto de 1879 celebró la Academia Colombiana de la Lengua una sesión especial, con asistencia de mucho público y del cuerpo diplomático, para conmemorar un aniversario de su fundación. En ese acto solemne, el doctor José María Quijano Otero, distinguido académico e historiador, le obsequió a dicha corporación una fotografía facsimilar del memorial de Cervantes. Es muy posible que fuera el mismo que Vergara y Vergara había conseguido en el Archivo de Indias de Sevilla.

Por considerar este documento de Cervantes de una gran importancia para los historiadores de nuestra literatura hispanoamericana, nos permitimos transcribirlo en su integridad en este trabajo.

Dice así el memorial:

> Representación de Miguel de Cervantes Saavedra, exponiendo sus méritos y servicios hechos en Italia, en la batalla naval de Lepanto y en otras partes, con motivo de solicitar uno de los oficios vacantes en las Indias.
>
> Madrid, mayo 21 de 1590
> Señor:
> Miguel de Cervantes Saavedra dice que ha servido a vuestra majestad muchos años en las jornadas de mar y tierra que se han ofrecido de veintidós años a esta parte, particularmente en la batalla naval, donde le dieron muchas heridas, de las cuales perdió una mano de un arcabuzazo, y el año siguiente fue a Navarino, y después a la de Túnez y a la Goleta; y viniendo a esta corte con cartas del señor don Xoan y del Duque de Sesa para que la vuestra majestad le hiciese merced, fue cautivo en la galera del *Sol,* él y un hermano suyo que también ha servido a vuestra majestad en las mismas jornadas, y fueron llevados a Argel, donde gastaron el patrimonio que tenían en rescatarse, y toda la hacienda de sus padres y

23 Eduardo Posada, *Apostillas a la historia colombiana,* Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1978, pp. 85 y ss.
24 La Academia Colombiana de Historia fue fundada en 1902.
25 Posada, *op. cit.,* pp. 85 y ss.

la dote de dos hermanas doncellas que tenían, las cuales quedaron pobres por rescatar a sus hermanos, y después de libertados, fueron a servir a vuestra majestad en el reino de Portugal y a las Terceras con el marqués de Santa Cruz, y ahora al presente, están sirviendo y sirven a vuestra majestad, el uno de ellos en Flandes, de alférez, y él, Miguel de Cervantes, fue el que trajo las cartas y avisos del alcalde de Mostagán y fue a Orán por orden de vuestra majestad, y después asistido sirviendo en Sevilla en negocios de la armada por orden de Antonio de Guevara, como consta por las informaciones que tiene, y en todo este tiempo no se le ha hecho merced ninguna. Pide y suplica humildemente, cuanto puede a vuestra majestad, sea servido de hacerle merced de un oficio en las Indias, de los tres o cuatro que al presente están vacos, que es el uno de la contaduría del Nuevo Reino de Granada, o la gobernación de la provincia de Soconusco en Guatemala, o de contador de las galeras de Cartagena, o corregidor de la ciudad de La Paz; que con cualquiera de estos oficios que vuestra majestad le haga merced, la recibirá, porque es hombre hábil y suficiente y benemérito, para que vuestra majestad le haga merced; porque su deseo es continuar siempre en el servicio de vuestra majestad, y acabar su vida como lo han hecho sus antepasados, que por ello recibirá muy gran bien y merced.

En Madrid, a mayo 21 de 1590.

Miguel de Cervantes Saavedra

El historiador Fernández de Navarrete, en la obra ya citada, expresa que ese memorial lo pasó el Rey ese mismo mes, en 1590, al presidente del Consejo de Indias, y que, por decreto fechado en Madrid el 6 de junio del mismo año, se resolvió, por nota que aparece adjunta a la solicitud, que contiene esta frase de clara estirpe burocrática: "Busque por acá en qué se le hiciere merced". Con este solo plumazo se le puso término a la aspiración de Cervantes de venir a las Indias.[26]

Mucho se ha especulado sobre lo que hubiera pasado en la vida y en la obra de Cervantes en caso de que se le hubiese nombrado en cualquiera de los cuatro cargos vacantes, a los que él bien pudo aspirar por sus capacidades. Que no hubiera escrito su famoso *Quijote,* que le abrió las puertas de la inmortalidad y le brindó a las letras universales una de sus máximas creaciones. Que tal vez hubiera escrito, en cualquiera de los países señalados, en el Nuevo Mundo, una gran novela que, relacionada con el entorno mágico y descomunal de este continente, y basada en su historia turbulenta, hubiera inaugurado con la brillantez de su pluma y la fecundidad de su imaginación el género novelístico hispanoamericano. Especulaciones, ambas, sobre "lo que pudo haber sido y no fue". Pero remitiéndonos a esa maravillosa realidad de lo sucedido, sólo nos cabe afirmar que por fortuna Cervantes se quedó en su tierra, dentro de su propio hábitat, en el mundo conocido y amado por él, donde tenía las raíces de su sangre, abrevando en las fuentes de la historia medieval y caballeresca, que tanto conocía, y tejiendo con su formidable imaginación la gran novela universal, aquella con la que se inicia de verdad la novelística moderna. Eso sólo basta para aceptar y agradecerle al destino, con plena conciencia histórica, la realidad de lo sucedido, por no habérsele dado el empleo solicitado, lo que contribuyó a que Cervantes se quedara en su patria escribiendo su inmortal *Quijote,* que nos legó a todos los humanos; y para agradecerle también su extraordinaria herencia literaria.

No debemos condolernos de que no hubiera venido a nuestro continente, pues, por lo demás, Cervantes está con nosotros, presente en nuestro espíritu, en nuestro idioma, en nuestra cultura, en nuestra sangre hispanoamericana. Con él también nos encontramos en los caminos del idealismo y la esperanza. Y sus personajes son tan nuestros, españoles y universales, pues el mundo se ha movido en virtud de dos ejes psicológicos llamados Sancho Panza y don Quijote. Los demás somos todos, la humanidad viviendo, luchando, trabajando en los campos, en los pueblos y en las aldeas y ciudades, de todos los meridianos y países y en todas las épocas históricas. Tal vez por eso se ha dicho que *el Quijote* no es propiamente el poema heroico de una nación, la epopeya de una raza, sino la obra que recoge y sintetiza el espíritu del hombre, movido por los hilos del idealismo y del pragmatismo, de la

26 *Ibid.,* p. 88.

cordura y la demencia, de la realidad y la fantasía, del conocimiento y la superchería, de la razón y la fe.

8. REVIVE EL IDEAL CABALLERESCO

Desde que llegaron los primeros ejemplares del *Quijote* a Cartagena de Indias, en su edición príncipe de 1605, siguieron entrando por el mismo puerto las sucesivas ediciones de la importante obra. Es seguro, dada la existencia de una elite intelectual que se fue formando poco a poco en nuestro país y en todos los demás de la América Hispana, que la obra fuera difundiéndose con mucho interés y mucho éxito en seminarios, colegios y universidades de todos los países del Nuevo Mundo. Los historiadores de la literatura hispanoamericana han podido encontrar algunas referencias sobre el particular en bibliotecas públicas y particulares. No sólo por la afición que en esa época se tenía hacia las novelas relacionadas con la andante caballería, sino por el prestigio mismo que, desde el momento de su aparición, fue adquiriendo la obra que, al igual que su protagonista principal, empezó a caminar por los diversos caminos del mundo, abriéndole nuevos horizontes a la imaginación y a la cultura.

Con el *Quijote* y con todas las grandes obras de la literatura del Siglo de Oro español (Lope de Vega, Calderón de la Barca, Francisco Quevedo, etc.), que estaba en su apogeo, empezó también a cambiar la mentalidad de las gentes, como era natural que cambiara con ese sensible remezón que implicó el Renacimiento en todos los esquemas del desarrollo social del mundo entonces civilizado. El descubrimiento y conocimiento de este maravilloso continente americano por parte de los europeos fue determinante en el cambio de todas las estructuras sociales, políticas y económicas que empezaban a apolillarse en la rutina y en el ocio, que sólo veían en las guerras transitorias maneras de salir de ese descomunal hastío de inercia que dirigía sus miradas a los problemas teológicos y que orientaba todo su contenido espiritual a la salvación de las almas y a la conquista del cielo a través de la sumisión, la humildad y la ignorancia.

Fueron varios los espíritus pioneros que abrieron las puertas de un nuevo comportamiento social y de una nueva concepción del mundo, y cuya obra se proyecta en el presente. Gutenberg, con la invención de la imprenta de tipos móviles hacia 1455, produjo una revolución de proyecciones insospechadas. En literatura, Cervantes y Shakespeare, el primero en la novela y el segundo en el teatro, hicieron innovaciones y trazaron derroteros similares a los que Colón había trazado en la geografía del mundo entonces conocido, y otros lo hicieron en la ciencia y en la filosofía. Europa salía de su largo letargo medieval y conquistaba territorios inmensos no sólo en la configuración del mundo físico, sino en la mentalidad de todos los pueblos que iba incorporando a su cultura, en la ciencia, en las artes, en la filosofía y, en forma muy especial, en su literatura.

No puede negarse que, entre las obras que contribuyeron a formar esa nueva mentalidad renovadora, el *Quijote* ocupa un lugar destacado. No es rigurosamente cierto que Cervantes vaya contra la andante caballería ni contra todos los libros novelados que a ella se refieren. En el *Quijote* están consignadas sus ideas, que apuntan hacia un mundo donde impere la justicia, la equidad, el respeto a la dignidad y a la libertad, todo lo cual constituye, ciertamente, el ideal de la andante caballería, y principios que defiende Cervantes a capa y espada. No es contra ellos que dirige su pluma, sino "contra los malos libros de caballería" que la han ridiculizado con sus exageraciones, sus extravagancias y sus desvaríos.

No podía estar Cervantes, en ningún momento, contra la andante caballería, pues él, en el fondo, no es sino un nuevo caballero andante de esa orden que ya se había extinguido hacía mucho tiempo y que sólo existía como recuerdo distorsionado y fabulado en los libros absurdos, que tanto éxito tenían y que Cervantes quería derrotar, como antiguos endriagos, con la punta de su pluma magistral, para que, con la muerte de sus protagonistas imaginarios y truculentos, revivieran los principios que les habían dado existencia y que habían fracasado en el mundo de las realidades históricas de aquellos tiempos. En el escrutinio

que el cura, el barbero y su sobrina, hacen en la biblioteca de don Quijote, para sacar de ella y arrojar al fuego dichos libros y hacerlos desaparecer en la realidad, Cervantes salva no sólo el *Amadís de Gaula,* para el cual tiene los mejores elogios, sino también otros, como *Palmerín de Inglaterra* y *Don Belianís,* y la *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco,* los cuatro únicos de caballería que lograron el perdón de los tres implacables censores.[27]

Cervantes entendía muy bien que la profesión o el ejercicio de la caballería ya era anacrónica, y así lo da a entender en varios pasajes del *Quijote,* pero sin perder de vista que los nobles principios que aquellos defendían no habían perdido vigencia ni necesidad de ser propalados y defendidos. Por eso dice, en boca de su personaje, en el capítulo XIII de la primera parte:

> Esto, pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho es la orden de su caballería, en la cual, como otra vez he dicho, yo, aunque pecador, he hecho profesión y lo mismo que profesaron los caballeros referidos, profeso yo, y así, me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona a la más peligrosa que la suerte me depare en ayuda de los flacos y menesterosos.

Y reafirma esta idea en forma tajante cuando se dirige a los galeotes que van prisioneros, atados todos con una gruesa cadena, rumbo al sitio donde deben pagar de por vida, en condiciones infrahumanas, las culpas que se les imputan:

> De todo cuanto me habéis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio, que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais a padecer no os dan mucho gusto, y que vais a ellas de muy mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podría ser que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros déste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez hubiese sido causa de vuestra perdición, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades; todo lo cual se me representa a mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aún forzando que muestre con vosotros el efecto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la orden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer a los menesterosos y opresos de los mayores. Pero porque sé que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar a estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres.[28]

Para terminar, con la misma idea, siempre presente en su mente y en su voluntad, de hacer justicia a los desvalidos, con esta otra sentencia, en la que también se refiere a la época que le tocó vivir, en la que ya la caballería andante había desaparecido y quedaba sólo su recuerdo distorsionado en los libros que el mismo Cervantes quería desterrar:

> Y ahora en estos nuestros detestables siglos no está segura ninguna [se refiere a las mujeres], aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí, por los resquicios o por el aire, con el celo de la maldita solicitud se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando más los tiempos, y creciendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos.[29]

Finalmente, para recabar en la filosofía de don Quijote como caballero andante, recordemos que en el capítulo XVIII de la segunda parte, refiriéndose a la "ciencia de la caballería", dice que, además de las muchas otras cosas que debe saber y practicar un verdadero caballero, "ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y finalmente mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla". Sin embargo, esa gran filosofía que Cervantes le atribuye a su hijo

27 Cervante, *Don Quijote,* cap. VI, primera parte.
28 *Ibid.,* cap. XIII, primera parte.
29 *Ibid.,* cap. XI, primera parte.

don Quijote, está consignada en forma prolija, elocuente, a manera casi de aforismos, y con mucha claridad, en los capítulos donde éste le da muchos y muy buenos consejos a Sancho Panza, para el buen gobierno de la ínsula de Barataria.[30]

9. UN HERMOSO CANTO A LA LIBERTAD

Por la gran difusión que el *Quijote* tuvo en todos nuestros países hispanoamericanos, especialmente entre las élites intelectuales, no es de extrañar que tanto los precursores de nuestra independencia de España y los organizadores de las primeras repúblicas hubieran conocido esta obra fundamental y hubieran sacado de ella provechosas enseñanzas. Porque el *Quijote,* además de su inmenso valor como obra literaria, tiene una gran significación en la filosofía de la vida. El andante caballero, su inmortal protagonista, representa muchos valores éticos, morales, políticos y filosóficos y es obra que nos pone a reflexionar sobre todos los temas que toca, incluyendo los propios de la psicología, como extraordinario creador de los dos grandes arquetipos del género humano, como son los que corresponden al longilíneo e idealista de don Quijote, y al brevilíneo y pragmático de Sancho Panza, aunque otros preferirían llamarlos "asténicos" y "pícnicos", respectivamente.

En el campo de los valores morales, no se nos pasa por alto que el *Quijote* es una de las obras más importantes dentro del pensamiento universal. Como se ha dicho y repetido tantas veces, es un hermoso canto a la libertad. Por donde quiera que se toque están de bulto los principios propios del humanismo renacentista. Dice Cervantes, en uno de los más bellos discursos de don Quijote, aquel que pronuncia cuando abandona el castillo de los duques, ya en campo abierto, libre de zalemas y refinamientos, de venias y requiebros, aspirando el aroma de las plantas silvestres que decoran el camino, dirigiéndose únicamente a su escudero:

> La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la Tierra, ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido; pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve, me parecía a mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran míos; que las obligaciones de las recompensas, de los beneficios y mercedes recibidas, son ataduras que no dejan campear el ánimo libre. Venturoso aquel a quien el Cielo dio un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo Cielo.[31]

Don Quijote no sólo hace discursos sobre la libertad, sino que su vida misma es una apología de ella. Díganlo, si no, las circunstancias de haber roto todos los lazos que lo ataban a su familia, a su aldea, a sus vecinos, a todas las costumbres y parámetros de la vida social de aquel entonces, para salir sin rumbo determinado, libre de todo derrotero y de todo compromiso, sin preocupaciones por el dinero ni por ninguno de los valores materiales, sin sujeciones a la moda ni a nada, como practicante convencido de la más auténtica autarquía. Quiere romper con todo lo que hasta ese momento de su primera salida lo ha rodeado y sujetado a los comportamientos imperantes. Rompe con la autoridad política cuando, desafiando el poder de los carceleros, representantes de la ley y del monarca, da libertad a los condenados a galeras. Y desafía también el poder y la autoridad de la Iglesia cuando arremete contra la procesión de disciplinantes que iban, con la Virgen en andas, cantando letanías, y contra los clérigos que los acompañan en dicha ceremonia.[32] No quiere coyundas ni ataduras de sus parámetros sociales; quiere ser tan libre como el viento.

Para él sólo existen las normas de la andante caballería y sus metas sólo pueden ser la equidad, la justicia y la libertad. Y sólo acepta la sujeción y la obediencia a una persona, que

30 *Ibid.,* cap. XVIII, segunda parte.
31 *Ibid.,* cap. LVIII, segunda parte.
32 *Ibid.,* cap. LII, primera parte.

representa y encarna todos estos ideales: su dama, Dulcinea del Toboso.

Ella es la única soberana que manda en su pensamiento y en su voluntad. Por ella se ha hecho caballero y a ella dedica todas sus grandes hazañas. Es la única que dirige sus actos, desde el trono inviolable de su propio corazón. Dulcinea representa en la obra el elevado concepto que don Quijote tiene de la mujer, como la máxima expresión de la naturaleza humana, no sólo en lo físico, sino también en el mundo de los sentimientos. Ello equivale a lo que los románticos, siglos más tarde, llamaron el "eterno femenino", expresión de alta significación en lo estético, psicológico y moral, valores que se identifican también con el "ideal caballeresco".

A tanto llegó Don Quijote en su deseo de liberarse de ciertas imposiciones sociales, como el vestido, del que no tuvo inconveniente en prescindir, en un momento dado de su locura liberante y liberadora, ante el asombro de su escandalizado escudero, hasta quedar casi desnudo. Esto sucedió cuando el andante caballero se internó en la Sierra Morena, dispuesto a hacer penitencia por el amor a Dulcinea, y para que Sancho fuera testigo de las "locuras" que él podía hacer en honor de su dama. Fue, ciertamente, cuando "desnudándose con toda priesa los calzones, quedó en carnes y en pañales y luego sin más ni más dio dos zapatetas en el aire, y dos tumbas la cabeza abajo y los pies en alto, descubriendo cosas que por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda a Rocinante, y se dio por contento y satisfecho de que podía jurar que su amo quedaba loco".[33] ¿No había dicho, pues, este gran don Quijote, que añoraba "aquella santa edad en que todas las cosas eran comunes", puesto que "a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que libremente le estaban convidando con su dulce y sazonado fruto" y que en aquella época, que debió ser lo que hoy los historiadores denominan "comunismo o colectivismo primitivo" era cuando

> andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle, de otero en otero, en trenza en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra; y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes de lampazos y hiedra, entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas, con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado.[34]

Era la libertad suprema, la que ansiaba don Quijote, la que debió existir en aquella "dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados".[35] Así, pues, don Quijote desprecia no sólo la autoridad política y la de las autoridades de la Iglesia, incluyendo la Santa Hermandad, sino también la que procede de los convencionalismos sociales, de la moralidad circunstancial imperante, de los caprichos de las modas con sus tiránicas normas y sus severas sanciones, al igual que las establecidas en las leyes elaboradas para salvaguardar el pudor, tan cambiante como las formas del comportamiento humano.

10. LOS QUIJOTES DE LA INDEPENDENCIA

Entre los precursores de nuestra independencia, de los cuales algunos terminaron en los cadalsos de la reconquista, había gentes cultas, de buen entendimiento, verdaderos humanistas y, por lo consiguiente, buenos lectores. Muchos de ellos, como Nariño, Caldas, Pedro Fermín de Vargas, Santander y tantos otros, tuvieron excelentes bibliotecas. Su buen conocimiento y manejo de las ideas y del lenguaje se pone de bulto en sus documentos políticos, en sus mensajes, en sus cartas. Bolívar mismo había adquirido en Europa una excelente cultura y, además de manejar el idioma español con verdadera corrección y elocuencia, hablaba y escribía muy bien el francés y tenía los elementos básicos para entender el inglés. Aunque el Libertador no poseía una gran biblioteca, lo

33 *Ibid.*, cap. XXV, primera parte.
34 *Ibid.*, cap. XI, primera parte.
35 *Ibid.*

que era explicable por su permanente deambular y su infinita generosidad con sus amigos, a quienes estimulaba en sus lecturas desprendiéndose de sus libros más amados, hay listas, muy conocidas por cierto, de aquellos libros que despachaba en sus bagajes y su impedimenta personal, pues hasta en los mismos campos de batalla no dejaba de leer y meditar sobre sus lecturas que, por lo demás, siempre fueron muy selectas. Debió leer a Cervantes, especialmente el *Quijote,* puesto que era muy buen conocedor de todos los clásicos de la lengua española. Él mismo lo dice en carta a Santander, con fecha del 20 de mayo de 1825:

> Ciertamente que no aprendí ni la filosofía de Aristóteles, ni los códigos del crimen y del error; pero puede ser que Mr. Mollien no haya estudiado tanto como yo a Locke, Condillac, Bufón, D'Allembert, Helvetius, Montesquieu, Mably, Filangieri, Lalande, Rousseau, Voltaire, Rollin, Berthelot y todos los clásicos de la antigüedad, así filósofos, historiadores, oradores y poetas; y todos los clásicos modernos de España, Francia, Italia, y gran parte de los ingleses. Todo esto lo digo muy confidencialmente a usted para que no crea que su pobre presidente ha recibido tan mala educación como dice Mr. Mollien; aunque por otra parte, yo no sé nada, no he dejado sin embargo, de ser educado como niño de distinción puede serlo en América bajo el poder español.[36]

Pero si esto fuera poco para confirmar el gran conocimiento que Bolívar tenía de los clásicos españoles, sólo nos bastaría recordar que su gran maestro fue nadie menos que don Andrés Bello, lingüista, filólogo y gramático y el más conocedor de la obra de Cervantes, y, por lo consiguiente, del *Quijote,* en todo el continente americano. Luis Perú de Lacroix, confidente del Libertador, en sus últimos años, nos dice en su famoso *Diario de Bucaramanga* que Bolívar leía permanentemente, cada vez que las circunstancias lo permitían, por lo general meciéndose en su hamaca.[37]

Todo parece indicar que fue el mismo Perú de Lacroix quien se encargó de divulgar, con posterioridad a la escritura de su *Diario de Bucaramanga,* la tan conocida anécdota relacionada con un diálogo que tuvo Bolívar en Santa Marta con su médico de cabecera, el francés Próspero Reverend. El escritor peruano Ricardo Palma (1833-1919) la reproduce en su obra *Tradiciones peruanas,* y de allí la tomó don Miguel de Unamuno para contarla con gracia en su ensayo "Don Quijote y Bolívar", al cual nos referiremos más adelante.

La anécdota es bien sencilla, pero produce en sus lectores tal impacto que ha venido pasando de boca en boca de todos sus lectores porque, en realidad, contribuye a definir el carácter del Libertador. Una tarde en que Bolívar, en la quinta de San Pedro Alejandrino, donde falleció, situada en Santa Marta, a orillas del mar Caribe, conversaba con el doctor Reverend, de repente le lanzó esta pregunta: "¿Sabe usted, estimado doctor, cuáles han sido los tres grandes majaderos de la historia?". El médico, que vivía molesto porque el Libertador no se tomaba sus medicamentos y, por el contrario, solía botarlos por no creer en ellos, quedó estupefacto con la insólita pregunta de su ilustre paciente. Desconcertado, y más en esos instantes en que la enfermedad de Bolívar hacía crisis, ya próximo a bajar al sepulcro, le contestó sin ocultar su turbación: "No, excelencia; no tengo ni la menor idea sobre lo que usted me pregunta". "Pues vea usted —le contestó el Libertador—, los tres grandes majaderos de la historia hemos sido Jesucristo, don Quijote y yo".

¡Qué hermoso paralelo, no propiamente en lo de "majaderos", lo cual es una impropiedad, sino en lo grandioso de sus doctrinas, que fueron como tres grandes evangelios: el de la fe, el del idealismo y el del desprendimiento, respectivamente. Y los tres los llevaron al sacrificio, crucificados en el madero de la incomprensión, el sufrimiento y la ingratitud. Sólo que en los Evangelios también está la Esperanza; en el *Quijote,* el Humanismo; y en la obra de Bolívar, la superación del Hombre en su lucha por la Libertad. Son, en cierto modo, los tres grandes ejes que orientan la naturaleza humana y la conducen hacia las más altas

36 Ramón Zapata, *Los libros que leyó el libertador Simón Bolívar* (pról. de Eduardo Santa), Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1997, p. 12.
37 Luis Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga,* Medellín, Editorial Bedout, 1980, pp. 35, 101, 120.

metas que dignifican el espíritu y justifican la existencia del hombre y su paso por la vida.

Volviendo al tema de la libertad de estos países hispanoamericanos, y de sus precursores y realizadores, diremos que otro de los forjadores de esos nobles objetivos fue don Antonio Nariño, el precursor indiscutible de nuestra independencia. Hombre culto, de gran inteligencia y notables atributos humanos, sufrió toda clase de persecuciones, prisiones y vejámenes en defensa de sus principios. Traductor de los Derechos del hombre y del ciudadano, él mismo se encargó de imprimirlos, en la clandestinidad, en diciembre de 1793, en las prensas de la Imprenta Patriótica, de su propiedad. Tuvo don Antonio una de las grandes bibliotecas de Bogotá, con cerca de mil volúmenes, apreciable cantidad en aquella época de tantas limitaciones y restricciones. Esa importante biblioteca le fue embargada por las autoridades españolas, ese mismo año, bajo el gobierno del virrey Ezpeleta, al tiempo que era apresado por haber hecho imprimir y divulgar el mencionado documento, considerado como subversivo.[38]

El historiador Eduardo Posada tuvo el cuidado de copiar la lista de todas las obras que componían la biblioteca de Nariño, tomándola directamente de la diligencia de embargo y secuestro de sus bienes y en el mismo orden en que aparecen relacionadas en ésta. De allí la tomó el doctor Eduardo Ruiz Martínez, quien la publicó en su obra *La librería de Nariño y los derechos del hombre,* junto con los comentarios individualizados para cada una de ellas. Y en esa lista, ciertamente, es donde hemos encontrado, bajo el número 586, *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha,* en cuatro tomos en folio, empastados. Infortunadamente, el empleado encargado de hacer el inventario, en la diligencia del embargo y secuestro, quizás por ser persona ajena a la cultura, no anotó el correspondiente pie de imprenta, por lo cual nos quedamos sin saber a qué edición corresponde el ejemplar, la casa editora y demás datos pertinentes. Imposible saberlo a estas horas, pues todos los libros incautados a Nariño fueron rematados y vendidos en pública subasta, y quedaron en diferentes manos, imposibles también de identificar.

A partir del grito de independencia de España, por parte de todos los países hispanoamericanos, los caminos culturales que nos unían a ésta se van a ver cerrados, no sólo por el conflicto bélico, sino por el rechazo a todo lo español, al saldo de resentimientos que dejó la contienda por la libertad y a la natural clausura de toda clase de importaciones, incluyendo la de los libros. Esta circunstancia de rechazo y, por lo consiguiente, de distanciamiento con dicho país, va a repercutir en la lectura de las obras de todos los autores españoles, incluyendo los clásicos, entre ellos el *Quijote,* situación que se va a prolongar hasta bien entrado el siglo XIX, cuando, ya consolidada nuestra independencia y organizados política y administrativamente nuestros países hispanos, se restablecen las relaciones con España, previo el reconocimiento de nuestra autonomía como pueblos libres. Las aduanas se abren de nuevo a la importación de bienes culturales y en los cargamentos que vienen de los puertos españoles llegarán necesariamente muchos ejemplares de las obras de los autores del Siglo de Oro español, entre ellas las de Cervantes.

Sin embargo, durante toda aquella época de lucha por la independencia y de organización de estas nuevas repúblicas, la presencia del *Quijote* en nuestras bibliotecas públicas y privadas es un hecho indiscutible. El libro estaba allí, desde antes de los primeros gritos de insurgencia y, seguramente, contribuyó, junto con muchos otros, franceses, ingleses y españoles, a crear esa nueva conciencia revolucionaria de transformación y cambio. Las clases dirigentes, que habían empuñado las banderas y las armas, constituían una pequeña burguesía ilustrada y culta, y a ella pertenecían Simón Bolívar, Francisco de Paula Santander, Francisco Miranda, José de San Martín, Miguel Hidalgo, José María Morelos, Mariano Moreno, Bernardino Rivadavia, José Artigas, Bernardo O'Higgins, Andrés Santa Cruz, Camilo Torres, Francisco José de Caldas, Antonio Nariño, Francisco Antonio Zea y tantos otros, muchos de ellos educados en

38 Eduardo Ruiz Martínez, *La librería de Nariño y los derechos del hombre,* Bogotá, Editorial Planeta, 1990, pp. 209 y ss.

colegios y universidades, casi todos hombres de estudio, algunos profesionales, y muchos poetas y literatos. Casi todos tenían importantes bibliotecas y es de suponer que no eran ajenos al conocimiento de los clásicos. En ellas fue forjada nuestra independencia y de allí, también, salieron esas ideas de cambio, ocultas en la clandestinidad, o desafiantes y temerarias en los discursos de plaza pública, en los libelos que circulaban de mano en mano, en periódicos y hojas volantes, como portadoras de principios que ya hacía años habían proclamado los revolucionarios liberales de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos.

El grito de independencia, al igual que las primeras actas de la misma y las primeras constituciones de nuestras repúblicas, tenía el respaldo de esos grandes pensadores. Nuestros libertadores habían abrevado en sus libros, en sus doctrinas, en sus ideas. Y se habían convertido, sin saberlo quizás, en nuevos andantes caballeros de la libertad. En todos ellos habitaba el alma de don Quijote, y en ésta ardía el idealismo que signó sus vidas e impulsó sus grandes empresas libertarias, calificadas por algunos de sus contemporáneos como "utópicas y quijotescas". Era la andante caballería de la independencia americana. Por esto mismo, no en vano, muchos autores han llamado, tanto a Bolívar como a Nariño, "los quijotes de la libertad", pensando quizás en su gran idealismo y en esa su locura sublime, de construir repúblicas en moldes heredados del enciclopedismo y de los pensadores de la Grecia clásica.

II. DON QUIJOTE Y BOLÍVAR

Un buen día el notable humanista español Miguel de Unamuno se interesó por conocer a fondo la historia de la emancipación de los países hispanoamericanos. Tomó la *Historia constitucional de Venezuela,* de Gil Fortoul y, a medida que la iba leyendo, su admiración por el libertador Simón Bolívar se fue acrecentando. Empezó a darse cuenta cabal de la magnitud del héroe, sus permanentes proezas, su inmenso desinterés por las cosas materiales, su proverbial generosidad, su indiscutible sensibilidad social y su fervorosa convicción de la necesidad de luchar por la independencia y la libertad de todas las colonias españolas en América. Pero también fue tomando conciencia de que este hombre extraordinario presentaba muchas similitudes con el andante caballero don Quijote de La Mancha. No sólo en su valor personal, en su solidaridad con las gentes humildes y en todas las condiciones anteriormente señaladas, sino también en sus locuras y sus extravagancias. Recordó cómo el héroe americano, en la localidad de Pativilca, derrotado y enfermo, reducido prácticamente a la impotencia, y cuando parecía que todos los horizontes de la victoria en la guerra contra el poderío de los monarcas españoles se habían cerrado, al ser preguntado por el ilustre patriota colombiano Joaquín Mosquera sobre qué pensaba hacer frente a su derrota y su postración le respondió de inmediato, con la arrogancia de un león enfurecido: "¡Vencer! ¡Vencer, querido amigo!". Tal era la fe en sus principios y su amor ilimitado por la libertad de los pueblos oprimidos.

Don Miguel de Unamuno fue confirmando, a medida que iba leyendo el libro de Fortoul, que Bolívar tenía toda la razón en su lucha desvelada por transformar en repúblicas a estos pueblos oprimidos, pero también vio en el héroe el carácter propio del pueblo español, y descubrió en él el mismo valor y la perseverancia de sus antepasados vascos. Al final de la lectura del libro de Fortoul, don Miguel escribió entonces su estupendo ensayo sobre "Don Quijote y Bolívar".

Refiriéndose a la estirpe del Libertador, Unamuno escribe en el ensayo mencionado lo siguiente:

> Me permitiréis, benévolos lectores americanos, que como vasco que soy por todos los treinta y dos costados, me detenga en la vasconía del Libertador... Cuántas veces, en un verano que pasé cerca de Cenarruza, me he detenido desde los balcones de esta vieja colegiata, antigua hospedería acaso para los peregrinos que pasaban por Vizcaya en piadosa romería a Santiago de Compostela, a contemplar allá abajo, en el valle, el lugar de Bolívar, de donde tomó su nombre y su origen el Libertador.

Y anota el insigne humanista, refiriéndose a su organismo y a los "ímpetus de su alma", que

era tan español en lo uno como en lo otro, y concluye: "Sí, españoles y quijotescos. Bolívar fue uno de los más fieles adeptos al quijotismo". Después de narrar la anécdota sobre los tres majaderos más grandes de la historia, ya transcrita en este trabajo, celebra que Bolívar se hubiera incluido entre ellos, al lado de don Quijote, y anuncia que cuando él "vuelva a hacer otra edición sobre la vida de éste y de Sancho", la aumentará "incluyendo en ella pasajes de la vida del Libertador, como incluí pasajes de la vida de Íñigo de Loyola".[39]

Todo en la vida de Bolívar entusiasma a Unamuno y, no sin razón, descubre en su carácter muchas similitudes con don Quijote de La Mancha. Así, por ejemplo, en el aspecto sentimental o amoroso llega a preguntarse: "Si a don Quijote le lanzó esa locura caballeresca aquel amor tímido y contenido hacia Aldonza Lorenzo, según yo creo, ¿no determinaron acaso la carrera de Bolívar la muerte de su mujer, María Teresa, y el dolor que le causó?". Un poco más adelante, se hace don Miguel otra inquietante pregunta:

> ¿Y no es acaso quijotesco aquello que cuentan dijo Bolívar, a raíz del terremoto de Caracas, en 26 de marzo de 1812 cuando, atribuyéndolo un fraile a azote de Dios, irritado por haberse desconocido a Fernando VII, el ungido del Señor, el futuro Libertador, que se hallaba en la turba, entre las ruinas, desenvainando la espada y obligando a bajar de la mesa que le servía de púlpito al fraile predicador, gritó: "¡Si se opone la Naturaleza, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca!". ¿Y no es quijotesco aquello que en 11 de agosto de 1826 decía a Gual, el plenipotenciario colombiano al congreso proyectado de Tacubaya, continuación del de Panamá, de que promoviera la expedición libertadora a Cuba y Puerto Rico, para poder marchar luego con mayores fuerzas a España..., si para entonces no quieren la paz los españoles? Acaso se habrían resuelto no pocas cosas si nos hubiera conquistado Bolívar; digo, a nuestros bisabuelos.[40]

Después de esta irónica frase, con la que remata Unamuno su observación, comenta a renglón seguido:

> Todo esto es profundamente quijotesco; pero hay algo más que acerca a Bolívar a don Quijote, otro de los tres insignes majaderos de la historia. (¡Y qué gloriosa, qué divina es la majadería así! Cuantos hayan leído el *Quijote* recordarán aquel melancólico capítulo LVIII de la segunda parte, en que el caballero encontró unas imágenes de relieve y entalladura para el retablo de una aldea y las reflexiones de triste desesperanza que ellas le sugieren. En mi ya mencionada *Vida* las he comentado largamente. Aquello fue como el huerto de los Olivos de Jesús, el otro de los tres insignes, según Bolívar. ¿Y no están llenos los últimos años del Libertador de tristes reflexiones, en que el héroe parece repetir con don Quijote: "No sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos". En aquellos tristes momentos, en aquellas horas de desaliento, propias de todos los verdaderamente grandes, creía haber arado en el mar y desconfiaba de los destinos de las nuevas naciones que con su espada y su fe separó de España).[41]

No se queda Unamuno en estas inteligentes observaciones de carácter anecdótico, que nos ponen de relieve algunas características psicológicas atinentes a la recia personalidad de Bolívar, pues también nos deja algunas observaciones relacionadas con su pensamiento cuando desentraña el contenido de algunas de sus frases y avanza, inclusive sobre sus lecturas favoritas. Anota a ese respecto:

> Pero hay una frase profunda, profundísima, tal vez la frase más profunda que he leído de Bolívar —con frecuencia hay en sus frases célebres más retórica que otra cosa—, hay una frase que nos hace penetrar hasta el hondón del alma del héroe. Es cuando en 1824 escribía al marqués Del Toro: "Entienda usted, mi querido marqués, que mis tristezas vienen de mi filosofía; y que yo soy más filósofo en la prosperidad que en el infortunio. Esto se lo digo a usted para que no crea que mi estado es triste, y mucho menos mi fortuna".[42]

De inmediato nos preguntamos cuál es la filosofía de Bolívar, a la que alude Unamuno en el estudio que estamos comentando. Es verdad que Bolívar, como ya lo hemos anotado, era un gran lector, de lo cual nos dan cuenta

39 Miguel de Unamuno, *Don Quijote y Bolívar y otros ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 5-15.
40 *Ibid.*, p. 11.
41 *Ibid.*, p. 12.
42 *Ibid.*, p. 12.

Ilustración de Gustavo Doré.

muchos de sus contemporáneos, especialmente quienes estuvieron cerca de él, bien en las épocas de la contienda bélica o cuando lo vieron actuar como estadista y gobernante. Además de esos testimonios de todos esos grandes autores, que leyó en medio del vivac o entre las turbulencias de su vida política, Bolívar nos dejó una lista ocasional de muchas de sus obras. Este aspecto lo estudió, con detenimiento y erudición, nuestro ilustre amigo y compañero de la Academia Colombiana de Historia, don Ramón Zapata, en su magnífico libro titulado *Los libros que leyó el Libertador,* el cual fue publicado por el Instituto Caro y Cuervo, con un prólogo de quien escribe estas líneas.[43] Unamuno se refiere en su ensayo principalmente a sus lecturas en el campo de la filosofía y nos reitera la gran influencia que en él tuvo su maestro Juan Jacobo Rousseau, bajo cuyos principios fue educado y formado por su insigne preceptor Simón Rodríguez. (Y cuando pensamos en este hombre singular, se nos viene a la cabeza la idea de que se trata de otro Quijote, célebre no sólo por ser el preceptor de Bolívar, sino por sus extravagantes ideas y por su apego irrestricto a los principios del notable filósofo ginebrino, especialmente los consignados en el *Contrato social, el Emilio* y las *Confesiones).*

En realidad, entre todos los autores de la Ilustración, a los que el Libertador era tan adicto, fueron dos los que marcaron su pensamiento y su vida en forma indeleble: Rousseau y Voltaire. Cabe anotar que Perú de Lacroix, refiriéndose a sus lecturas, escribe en su *Diario de Bucaramanga,* el 23 de mayo de 1828, cuando ambos estaban en dicha ciudad, pendientes de lo que sucedía en la Convención Constituyente que en Ocaña se celebraba por esos días:

> Después de almorzar, el Libertador fue a tomar su hamaca y me llamó para traducir versos franceses al castellano; tomó *La guerra de los dioses* y la leyó como si fuera una obra escrita en español: lo hizo con facilidad, prontitud y elocuencia; mas de una hora seguí oyéndole, con el mayor placer, y raras veces me preguntó el significado de alguna voz. En la comida volvió S. E. a hacer el elogio de dicha obra; pasó después a elogiar las de Voltaire, que es su autor favorito; criticó luego algunos autores ingleses, particularmente a Walter Scott, y concluyó diciendo que *La nueva Eloísa,* de J. J. Rousseau no le agradaba por pesada, pero que el estilo era admirable. Que en Voltaire se encuentra todo: estilo, grandes y profundos pensamientos filosóficos, crítica fina y diversión.[44]

Si a estos autores, Rousseau y Voltaire, que, como dijimos, eran sus favoritos, agregamos el nombre de su preceptor, don Simón Rodríguez, que acabamos de mencionar, quien en los años de adolescencia y primeros de juventud, con sus palabras y con su ejemplo, le enseñó la filosofía práctica del revolucionario, las maneras propias del irreverente y del iconoclasta, el decálogo del trotamundos y del escéptico, tendremos el explosivo producto humano que con el nombre de Bolívar produjo el terremoto político de la revolución hispanoamericana, de cuya conmoción nacieron seis repúblicas que, después de vivir tantos años en la anarquía, a las que las llevaron sus caudillos, han empezado a aprender la lección de las democracias modernas y a consolidarse económica y políticamente.

Finalmente, don Miguel de Unamuno concluye su trabajo con una verdad bien conocida: "A cada hombre puede juzgársele por sus lecturas favoritas". Y, en desarrollo de esta idea, que más parece un apotegma, concluye:

> Don Quijote leía libros de caballería; Bolívar a Rousseau, y San Martín apacentaba su espíritu con la lectura de Plutarco. Y decir simplemente que aquel leía a Rousseau y éste a Plutarco dice tanto a los que a Plutarco y a Rousseau conozcan, como cuantos paralelos puedan trazarse y los que hayan trazado el venezolano Larrazábal y el argentino Mitre, y el del chileno, Santa María, el que llamó a San Martín zorro y a Bolívar águila, paralelo éste último que reproduce el señor Gil Fortoul.[45]

Termina Unamuno su excelente ensayo, poniendo de presente los ancestros españoles de Bolívar, iguales a los de la mayor parte de los promotores y jefes de nuestras independencias, pertenecientes casi todos a unas aristocracias locales, menospreciadas por las de

43 Zapata, *op. cit.*
44 Perú, *op. cit.,* p. 101.
45 Unamuno, *op. cit.,*p. 13.

la metrópoli, que no vacilaban en tildar a aquellos con el despectivo mote de "criollos" y de excluirlos sistemáticamente, y en forma injusta, de pertenecer al gobierno de sus respectivas patrias. Los integrantes del pueblo raso, que aportaron generosamente su sangre a tan importante como trascendental empresa, no fueron tenidos en cuenta jamás por los gobiernos españoles, salvo para quitarles sus tierras, imponerles el peso desmesurado de todas las tributaciones e impuestos y tenerlos sumidos en la ignorancia y en la esclavitud. De otra parte, el insigne humanista español considera que el ímpetu de los libertadores de América no fue entendido en su época por sus compatriotas peninsulares, cuando la monarquía hubiera podido asumir otra actitud ante sus súbditos americanos, y que los pensadores españoles de hoy deberían sentirse orgullosos de estos, de su carácter, de su insurgencia y de su intrepidez, pues en realidad son los descendientes de los conquistadores, de cuyo valor y fortaleza nos hablan los cronistas de Indias.

A ese respecto, anota Unamuno, en forma por demás elocuente:

> Los últimos momentos del gran Libertador son de tan intensa poesía, como los últimos momentos del caballero manchego. Poesía, sí; esta es la palabra, poesía. Poesía es la que rezuma la vida de Bolívar, como es poesía lo que rezuma de la historia de la emancipación de las repúblicas hispanoamericanas, lo mismo que de la épica histórica del descubrimiento y de la conquista. Una y otra poesía están enterradas en las viejas crónicas de los conquistadores, de los Oviedo, Castillo, Gomara, etc., y en las memorias de los caudillos de la Independencia. Poesía, sí, y esa poesía deberíamos ser nosotros, los españoles, los que más fuertemente la sintiéramos. Como Diego Laínez se llenó de orgullo al ver que su hijo, el Cid, sintiéndose mordido en el dedo por el padre, le amagó un bofetón, así nosotros, los españoles, deberíamos enorgullecernos de la heroicidad de aquellos hombres frente a las tropas de los torpes gobiernos peninsulares y considerar una gloria de la raza, las glorias de las independencias americanas. Pero aún no hemos llegado a esto. Ni aún, justo es decirlo, se ha llegado ahí, en América, a hacernos entera justicia, aunque cada día, sobre todo desde que España perdió a Cuba y Puerto Rico, aumenta el buen deseo de hacérnosla, y prueba de ello es, entre otras muchas, la obra del señor Gil Fortoul que ha provocado éste escrito. Y vuelvo a lo que decía al principio, y que es uno de mis más repetidos estribillos: a la necesidad de que todos los pueblos de la lengua castellana se conozcan entre sí. Porque no es sólo que en España se conozca poco y mal a la América latina, y que en ésta no se conozca ni mucho ni muy bien a España, sino que sospecho que las repúblicas hispanoamericanas, desde México a la Argentina, se conocen muy superficialmente entre sí.[46]

Bien por don Miguel de Unamuno, quien supo en su tiempo valorar la independencia de los países hispanoamericanos y las circunstancias en que se realizó, y por culpar a la "torpe monarquía" de lo que hubiera podido evitar con generosidad, inteligencia y justicia. Don Miguel, indudablemente, puso el dedo en la llaga y con esta página puso también de presente su comprensión de aquel momento histórico y de sus proyecciones hacia el futuro. Hoy ya no se trata de enmendar lo que hicieron los tiranos y los sátrapas de aquellos tiempos, cuando el general Pascual Enrile, con exceso de soberbia y estupidez, les dijo a quienes abogaban por la vida del sabio colombiano Francisco José de Caldas, condenado al patíbulo por insurgente: "¡España no necesita de sabios!".[47]

Por todo esto, la página de Unamuno, que establece un interesante cotejo entre Bolívar y don Quijote, no ha perdido actualidad. No sólo por lo que pueda tener de verdad en sus apreciaciones literarias, sino porque constituye un hermoso y oportuno puente de solidaridad entre dos pueblos, el español y el hispanoamericano, frente a todas las asechanzas y peligros que tienen para ambos las mismas ideologías de los monarcas colonialistas de ayer, representadas hoy por los imperialismos económicos y militares, que pretenden sojuzgar a todos los pueblos libres de la Tierra. Pensamos, también, que frente a estos sátrapas, el espíritu de don Quijote, al igual que el de Bolívar, encarnado en sus ideas de libertad y de justicia, debe ser la filosofía que alimente la política internacional

46 *Ibid.,* p. 15.

47 Marcelino Menéndez Pelayo, al referirse a Caldas le llama "víctima nunca bastante deplorada de la ignorante ferocidad de un soldado a quien en mala hora confió España la delicada empresa de la pacificación de sus provincias ultramarinas". Jesús María Henao; Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia,* cap. VI, "La Independencia".

de los pueblos que siguen luchando, hoy lo mismo que ayer, por su independencia, por su autonomía, por sus derechos económicos y políticos y por su dignidad como naciones. En esto está también la actualidad del gran libro de Cervantes.

12. SU INFLUENCIA EN EL IDIOMA

A finales del siglo XIX, que fue el de la consolidación de esa gran empresa comunitaria que nos dio vida como naciones libres y autónomas, ya existían en todos nuestros países hispanoamericanos bibliotecas públicas, universidades y hasta centros masónicos, que tanto papel jugaron en el proceso de la independencia. Don Quijote había regresado a América en una nueva salida, lanza en ristre, dispuesto a reconquistar culturalmente un continente, a penetrar esas bibliotecas y universidades, seminarios y colegios para no irse jamás ni de sus estanterías, ni de las mentes, ni de sus conciencias.

En los últimos treinta años del mencionado siglo XIX, ya había en todas nuestras repúblicas unas elites intelectuales que se proyectaban ampliamente en todos los campos de la actividad social, principalmente en la política y la cultura. Estaban llamadas a impulsar ese desarrollo de los nuevos pueblos, y lo hicieron desde distintos campos ideológicos, y siempre se distinguieron por hacerlo con sus libros bajo el brazo. Eran unas "minorías letradas", y sus ideas se fueron proyectando ampliamente sobre todo el espectro sociocultural de sus pueblos respectivos. Finalizando el siglo, en Colombia estaban, para corroborarlo, José Eusebio Caro, Rufino J. Cuervo, Carlos Arturo Torres, Miguel Antonio Caro, Marco Fidel Suárez, Rafael Uribe Uribe, Ezequiel Uricoechea, José María Vergara y Vergara, José Manuel Marroquín, José María Rivas Groot, Lorenzo Marroquín, Antonio Gómez Restrepo y otros escritores y humanistas, algunos de los cuales fueron maestros del idioma y lo enriquecieron con sus obras, y otros tantos estudiaron a fondo el *Quijote* y también nos dejaron por escrito el resultado de esos estudios que hoy son fundamentales para tener una visión completa e inteligente de la obra cervantina.

Durante los últimos años, en Colombia se han publicado varias obras de gran importancia sobre el *Quijote.* El distinguido escritor bogotano, Eduardo Caballero Calderón, publicó en 1947 uno de los libros más interesantes de nuestra bibliografía cervantina, titulado *Breviario del Quijote,* en el cual se analizan varios aspectos de la obra, tales como el estilo, el humor, el ideal caballeresco, el paisaje de La Mancha, los ambientes geográficos y humanos de esa región en esa época, y algunos personajes de la misma. Es, indudablemente, un estudio original, hecho con adecuado conocimiento de la obra y una devoción inmensa hacia su personaje inmortal. Rafael Maya, eminente poeta y crítico colombiano, es también autor de un ensayo sobre el tema que nos ocupa, titulado "Los tres mundos de don Quijote", publicado con motivo de la conmemoración del cuarto centenario del nacimiento de Cervantes. Sin lugar a dudas, es uno de los más acertados estudios que se han hecho en nuestro país sobre las enseñanzas del *Quijote,* no sólo por la calidad del estilo, sino por su sagacidad crítica y la originalidad de sus planteamientos. Germán Arciniegas, por su parte, escribió un libro, ameno y documentados, sobre dos caballeros españoles de estirpe aventurera. Se trata de don Gonzalo Jiménez de Quesada y de don Quijote de La Mancha. En efecto, Arciniegas, en *El caballero del Dorado,* al hacer la biografía del insigne fundador de Bogotá, sostiene la tesis de que Cervantes tomó como modelo para escribir su *Quijote* a nadie menos que al gran adelantado, conquistador de la Nueva Granada, Gonzalo Jiménez de Quesada. En su estilo fluido, sencillo y erudito, Arciniegas ha enriquecido la bibliografía cervantina con este libro tan original como ingenioso, que amerita las traducciones que de él se han hecho a varias lenguas del mundo contemporáneo. Julián Motta Salas, el más destacado cervantista de América, filólogo de renombre, publicó varios ensayos sobre Cervantes y don Quijote, entre los que destacan *Recuerdos del ingenioso hidalgo; Dulcinea o el amor de don Quijote; El triunfo del ideal en don Quijote; y Vida del príncipe de los ingenios, Miguel de Cervantes Saavedra.* Son muy interesantes y valiosas las observaciones de este lingüista, filólogo y

especialista en los clásicos griegos y latinos, sobre toda la obra de Cervantes, en especial sobre su inmortal caballero. Fue tanta la devoción de Julián Motta Salas hacia éste, que no vaciló en escribir una novela titulada *Don Alonso Quijano, el bueno.* Aunque como novelista su obra carece de interés, sus libros sobre Cervantes revisten especial importancia por los valiosos aportes que hace al estudio de su obra.

La proyección del *Quijote* en los campos del derecho y la filosofía tampoco puede dejarse de lado. En nuestro país, un respetable humanista, el doctor Ignacio Rodríguez Guerrero, escribió una extensa obra (en dos tomos) titulada *Los tipos delincuentes del Quijote,* en la cual examina, desde el punto de vista del derecho penal, varios de los personajes delincuentes que aparecen en la obra de Cervantes, empezando por los dos famosos bandidos que hacen incursiones por las regiones de La Mancha y de Barcelona, Ginés de Pasamonte y Roque Guinart, respectivamente. Además, un aspecto esencial, en el campo del derecho político en la obra de Rodríguez Guerrero es el capítulo donde comenta los consejos que don Quijote da a su escudero Sancho Panza cuando, ya al final, los famosos duques, que han tenido como huéspedes en su castillo a don Quijote y a su escudero, quienes se han divertido con ellos en forma inmisericorde, dan a Sancho la falsa ilusión de ser gobernador de la "ínsula" de Barataria, que en realidad no lo es, un gobierno que terminó en "asonada popular" para deleite de los insensibles anfitriones. Las observaciones de Rodríguez Guerrero en esta obra son admirables y dignas de ser tenidas en cuenta en la teoría forense y en la filosofía del derecho. Aunque de nada le sirvieron a Sancho, porque, a pesar de haberlos practicado casi al pie de la letra y de haber proferido fallos admirables, fue destituido por el común de sus insatisfechos y caprichosos habitantes. Otra lección que nos da Cervantes en su obra inmortal.

En el campo de la filosofía se han escrito, en Colombia y en otros países de Hispanoamérica, interesantes estudios relacionados con el pensamiento tanto de don Quijote como de Sancho. Pero seguramente uno de los más profundos y completos es el que escribió el crítico y humanista Jaime Mejía Duque, con el título *Cervantes, don Quijote y Sancho; tres personas distintas y un libro verdadero.* Esta es una obra crítica y analítica, en la cual se profundiza en la filosofía misma de don Quijote, y en la cual campean no solamente el buen estilo literario y la sagacidad crítica de su autor, sino también su maestría en el análisis filosófico de la gran obra de Cervantes.

La influencia de toda la obra cervantina, particularmente del *Quijote,* en el idioma culto, en estos países de estirpe hispana, ha sido tan grande que la constitución de todas las academias de la lengua ha sido en ellos parte esencial de esa admiración que se ha tenido por el *Quijote* y demás obras de Cervantes. El *Quijote* es, como si dijéramos, el "patrono espiritual de todas" y, por lo consiguiente, cada una de ellas le rinde en forma permanente un culto indeclinable y creciente. La primera en fundarse fue la Academia Colombiana, establecida en Bogotá, por iniciativa de don José María Vergara Vergara y de otros notables intelectuales de su época, el 10 de mayo de 1871. En la antesala de su espacioso y elegante edificio, que le sirve de sede, se levantó hace algunos años, una imponente estatua a Cervantes. Era apenas natural que la primera academia de la lengua en Hispanoamérica fuera la colombiana, si se tiene en cuenta que en nuestro país se emplea el español con bastante corrección y esmero, a tal punto que notables estudiosos del idioma han considerado que es donde mejor se habla y se escribe.

Son muchos los filólogos nacidos en Colombia, empezando por don Rufino J. Cuervo, quien inició con su admirable erudición y conocimiento del idioma su obra tan celebrada *Diccionario de régimen y construcción del idioma castellano,* obra básica para el estudio de nuestra lengua; y del humanista y filólogo también, don Miguel Antonio Caro, quien nos dejó varios estudios muy útiles para el buen conocimiento de la misma. En honor de ellos se fundó en 1942 el Instituto Caro y Cuervo, de Bogotá, y posteriormente, como parte integrante del mismo, el Seminario Andrés Bello, instituciones docentes y difusoras del idioma, de amplio prestigio continental. Allí se han formado muchos importantes lingüistas que,

hoy por hoy, constituyen el mejor sello de garantía de la eficiencia del Instituto que lleva en su nombre, unidos indisolublemente, los de estos dos cultores del idioma. A todo esto, agregamos que a través de la Imprenta Patriótica, del Instituto mencionado, éste ha hecho una extraordinaria labor de difusión de los estudios lingüísticos en nuestro país, en sus diversas colecciones, entre cuyas centenares de obras publicadas, en más de sesenta años de existencia, están el ya citado *Diccionario de régimen y construcción,* y el *Atlas lingüístico-etnográfico de Colombia,* este último dirigido por otro excelente filólogo, llamado Luis Flórez. La Academia Colombiana tiene un importante órgano de divulgación que es el *Boletín;* y el Instituto Caro y Cuervo su afamada revista *Tesauros,* con amplio prestigio internacional. En todas estas publicaciones se han dado a conocer muchos estudios sobre Cervantes y su obra, pero, principalmente, sobre el *Quijote* y sus diversos aspectos y proyecciones en la cultura hispanoamericana.

Siguiendo el ejemplo de Colombia, fueron apareciendo las otras academias hispanoamericanas, en el siguiente orden: la Ecuatoriana, en Quito, el 15 de octubre de 1874; la Mexicana, en Ciudad de México, el 11 de septiembre de 1875; la Salvadoreña, en San Salvador, el 19 de octubre de 1876; la Venezolana, en Caracas, el 26 de julio de 1883; la Chilena, en Santiago, el 5 de julio de 1885; la Peruana, en Lima, el 5 de mayo de 1887; la Guatemalteca, en Ciudad de Guatemala, el 30 de junio de l887; la Costarricense, en San José, el 12 de octubre de 1923; la Filipina, en Manila, el 25 de julio de 1924; la Panameña, en ciudad de Panamá, el 12 de mayo de 1926; la Cubana, en La Habana, el 19 de mayo de 1926; la Paraguaya, en Asunción, el 30 de junio de 1927; la Boliviana, en La Paz, el 25 de agosto de 1927; la Dominicana, en Santo Domingo, el 12 de octubre de 1927; la Nicaragüense, en Managua, el 31 de mayo de 1928; la Argentina, en Buenos Aires, el 13 de agosto de 1931; la del Uruguay, en Montevideo, el 10 de febrero de 1943; la Hondureña, en Tegucigalpa, el 28 de diciembre de 1948; la Puertorriqueña, en San Juan, el 28 de enero de 1955; la Norteamericana, en Nueva York, el 5 de noviembre de 1973.

En todas estas Academias está presente el espíritu de don Quijote, pues en ellas se han hecho importantes estudios sobre la vida y la obra de Cervantes y, en particular, de ese gran protagonista de la literatura universal. También podemos anotar que son muchos los escritores, humanistas y filósofos hispanoamericanos que han reconocido la profunda influencia que la obra ha tenido en su formación intelectual, que le han dedicado admirables páginas para exaltar su importancia, que han dejado su testimonio de admiración por la misma en artículos de prensa, en reportajes, en programas radiales, y que también han analizado, en ocasiones, esa innegable influencia en el desarrollo de las ideas, las ciencias y las artes. Todas estas personalidades están avalando su trascendencia en los diversos campos de la cultura, sus proyecciones en la vida social, su permanente participación en la formación de nuevos movimientos artísticos y literarios.

13. SU ENTRAÑA POPULAR

La obra capital de Cervantes sigue siendo novedosa, a pesar de las modas, las tendencias, los remezones políticos y sociales. El paso turbulento de los siglos sigue confirmando que la novela moderna se inició con el *Quijote* y que su vigencia continúa abriéndole nuevos horizontes y caminos a este género, en el cual se han mirado y se siguen reflejando todos los pueblos y todas las culturas. Entre estos insignes admiradores de Cervantes, que han reconocido de alguna manera la influencia de su obra en su formación de escritores y en sus respectivos trabajos profesionales, podemos citar, entre otros muchos, a Alfonso Reyes, a Octavio Paz y a Jaime Torres Bodet, en México; a Rubén Darío, en Nicaragua; a Ricardo Palma, Ciro Alegría, César Vallejo, Ventura García Calderón y Vargas Llosa, en Perú; a Andrés Bello, Rómulo Gallegos, Rufino Blanco Fombona, Teresa de la Parra y Uslar Pietri, en Venezuela; a Alcides Arguedas, en Bolivia; a Juan Montalvo, José Joaquín Olmedo y Jorge Icaza, en Ecuador; a Pablo Neruda, Gabriela Mistral y Vicente Huidobro, en Chile; a José Mármol, Domingo Faustino Sarmiento, Bartolomé Mitre, Leopoldo Lugones y Arturo

Marasso, en Argentina; a Guimarães Rosa y Jorge Amado, en Brasil; a José Enrique Rodó, Zorrilla de San Martín y Horacio Quiroga, en Uruguay; a José Martí y a Alejo Carpentier, en Cuba; a Enrique Gómez Carrillo y Rafael Arévalo Martínez, en Guatemala; a Froilán Turcios, en Honduras, etc.

La lista podría extenderse indefinidamente, pero no es ese nuestro propósito. Bastaría agregar a ella el testimonio y la palabra de tantas gentes, en todos nuestros países, que en alguna etapa de sus vidas se han asomado a sus páginas, bien para el regocijo de quienes solo han buscado distracción en ellas o bien para quienes han encontrado en las mismas verdaderos manantiales de sabiduría. De todos modos, contra lo que muchos suelen afirmar, sin ningún fundamento serio, el *Quijote* es una obra amena, divertida, sabia, que nos reconcilia con el mundo y con la vida. Tal vez porque fue escrita sobre la realidad misma de un gran pueblo es una obra sentida y vivida por quien la plasmó con admirable autenticidad. En ella no sólo encontramos el espíritu y la sabiduría de su autor, sino el temple y las virtudes de esas gentes sencillas que conoció Cervantes, que retrató en su obra, que siguen viviendo para siempre en sus páginas, los arrieros, los campesinos, el cura, el barbero, el galeote, el bandido, la criada, el posadero, el sacristán, el penitente, la chismosa, el siervo, el titiritero, el ventero, el guardián, el cabrero, en fin, todo ese pueblo que le dio la inspiración, que estuvo a su lado, que le prestó su idioma, sus refranes, su profunda filosofía nacida de la necesidad y la experiencia, que se movió en aldeas y ventas, que recorrió con él, a su lado, los caminos de La Mancha y los campos de Montiel, y que lo siguen acompañando, moviéndose, disputándose, peleándose, en las páginas de sus obras, como fieles guardianes de su gloria y como testigos de su vida de pobreza, de prisiones, de esfuerzos, de persecuciones, de ingratitudes y rechazos.

Porque el alma de su pueblo español está presente en sus obras, ha podido también llegar a nuestros pueblos. En muchos de nuestros campos alejados, de nuestras llanuras y montañas, de nuestras breñas y oquedades, sus habitantes siguen hablando como hablaban los personajes del *Quijote*, un español arcaico y pintoresco, a pesar de los impactos que durante las últimas décadas ha sufrido a través de los medios masivos de comunicación, donde lo propio y lo auténtico tienden a ser remplazados por usos y expresiones foráneas. Porque es un hecho evidente que durante las últimas décadas ha prosperado en nuestro país, y en casi todos los países hispanoamericanos, cierto sentido de inautenticidad y extranjerismo, a nombre de una presunta globalización, que equivale, en la práctica, a una especie de uniformidad social, que implica un sometimiento, un servilismo político y económico, es decir, una entrega de nuestra dignidad de pueblos libres y autónomos al imperialismo de las naciones económicamente fuertes, que nos imponen no solamente una especie de servidumbre en todos estos campos, sino en nuestros patrones culturales.

A pesar de todo, nuestras clases populares, especialmente las de origen y asentamiento campesino, siguen conservando con dignidad y orgullo muchas de sus tradiciones, usos y costumbres, entre ellos el idioma, al que, más bien, enriquecen con palabras y expresiones regionales, que poco a poco se van incorporando al uso general y adquiriendo carta de legitimidad en los lexicones y diccionarios.

En Colombia, al igual que en casi todos los países del continente suramericano, desde los principios mismos de la colonia española el espíritu cervantino, al proyectarse en nuestras gentes sencillas de los campos y aldeas, se quedó con ellas, haciendo parte de su idiosincrasia, tradiciones y leyendas. Bastaría un solo ejemplo, muy elocuente por cierto, para confirmar que ese espíritu ha echado profundas raíces en nuestras leyendas y tradiciones y, por lo consiguiente, en la literatura popular. En efecto, una de las comedias de Cervantes, la titulada Pedro de Urdemalas, trata de las aventuras de un pícaro audaz, inteligente, cínico y trotamundos que pasa la vida urdiendo toda clase de pilatunas, engañando incautos y seduciendo mujeres.[48] Esta comedia, que tuvo tanto éxito en su época y que ha sido conside-

48 Cervantes, *Pedro de Urdemalas*,en *Obras completas*, Madrid, Editorial Aguilar, 1962, pp. 497 y ss.

rada por algunos críticos como una de las mejores de Cervantes, trasplantada a nuestro continente, concretamente a las regiones antioqueñas, dio origen, tal como hemos narrado, a otro simpático y cínico personaje que no es otro que el muy conocido Pedro Rimales. Al igual que el cervantino primigenio, este tunante, que pertenece a la picaresca americana, tiene también un profundo arraigo popular en la mencionada región colombiana, a tal punto que sus anécdotas, "hazañas" y cuentos, a veces procaces y hasta escatológicos, no podían faltar en ninguna tertulia campesina, especialmente entre arrieros y otras gentes menudas, donde eran celebrados, aumentados y corregidos. El ingenio y el humor propios de estas gentes de origen antioqueño tuvo la oportunidad de manifestarse en todo su esplendor en esos cuentos que hacían las delicias en las reuniones familiares (y las siguen haciendo), en los convites de trabajo, en las fondas y en los ventorrillos de ocasión.

Pero no solamente en este tipo de literatura popular, que generalmente se improvisa en tales reuniones, frecuentemente estimuladas por el licor y por la presencia de mujeres maliciosas, se manifiesta la influencia de Cervantes y sus inmortales personajes. Casi todos los escritores costumbristas de la misma zona, como Tomás Carrasquilla, Samuel Velásquez, Francisco de Paula Rendón, Efe Gómez y muchos otros, manejan un idioma de clásico sabor castellano, con abundancia de arcaísmos y formas de expresión típicamente cervantinas, lo cual les da gracia y donosura a sus escritos. Es el mismo lenguaje que se sigue hablando en los campos, en las veredas, en las fondas, en las aldeas de esas regiones, y es verdaderamente maravilloso encontrar, tanto en los libros como en el lenguaje de la vida cotidiana de estos pueblos muchos de los refranes que Cervantes pone en labios de su inefable Sancho Panza. Pero esos refranes, de muy larga tradición española, también los encontramos en otras zonas colombianas, urbanas y rurales, como muy bien lo demuestran importantes folcloristas, como Octavio Quiñones Pardo en su *Refranero de Boyacá;* Pedro José Ramírez Sendoya en su *Refranero del Tolima;* Benigno A. Gutiérrez en *Ají pique* y *Gente maicera;* y Jaime Sierra García en su *Diccionario folclórico antioqueño.* Lo mismo sucede con las coplas populares de casi todas las regiones colombianas, con firmes entronques en el romancero español de todas las épocas, como podemos apreciarlo en obras como el *Cancionero antioqueño,* de Antonio José Restrepo; *Cantares de Boyacá,* de Octavio Quiñones Pardo; *El mester de arriería,* de Arturo Escobar Uribe; *Poesía popular del Norte de Santander,* de los hermanos Miguel y Rodulfo Eloy; en los trabajos folclóricos sobre Boyacá, de Javier Ocampo López y Mercedes Medina de Pacheco y, sobre todo, en el bien documentado y erudito libro de Andrés Pardo Tovar titulado *La poesía popular colombiana y sus orígenes españoles.* En estos trabajos encontramos no sólo reminiscencias de la picaresca española, sino el alma popular, expresada con gracia y autenticidad.

14. DOS OBRAS AMERICANAS EMPARENTADAS CON EL QUIJOTE

Con motivo de la celebración del cuarto centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote* se editó en Bogotá, con el título de *El Quijote a lo paisa,* una versión libre del mismo, escrito como lo hubiera contado a sus amigos un campesino "antioqueño" después de haber leído la gran obra de Cervantes. Esta curiosa obra, que tiene un contenido vernáculo que apela al lenguaje típico de los "antioqueños" y hace gala de su característico sentido del humor, fue escrito por Roberto Cadavid Misas (conocido con el seudónimo de *Argos),* importante y erudito periodista y escritor colombiano, profesor de literatura, humorista bien conocido en su época, oriundo del departamento de Antioquia, nacido en Andes en 1914 y fallecido en Medellín en 1989.[49] Cadavid murió sin terminar de escribir su obra, pero su amigo Jorge Franco Vélez, también periodista muy conocedor de la producción de Cervantes, la continuó hasta finalizarla, y en el mismo estilo "paisa".[50] Los editores de esta interesantísima y excepcional obra, única en toda la bibliografía sobre el

49 El término "antioqueño" tiene que ver con todo lo que se relaciona con el departamento de Antioquia, una de las regiones integrantes de la república de Colombia. El término "paisa" se aplica a personas, lenguaje, comidas y costumbres propios de esa región.

verdadero *Quijote,* escribieron en la contraportada de la primera edición que ella "no es sólo una recreación de la máxima obra literaria de nuestra lengua" y que "es otra forma de leerla en el habla popular de Antioquia". Agregan que en ella sus lectores "encontrarán un profundo conocimiento de las expresiones, términos despectivos y eufemísticos, modismos, exageraciones y refranes antioqueños, que con el tiempo se han extendido a otras regiones de Colombia".

En la literatura hispanoamericana hay una obra fundamental que también nos recuerda la picaresca española y en alguna manera al célebre Pedro de Urdemalas de Cervantes. Se trata del famoso *Martín Fierro,* del escritor argentino José Hernández. De todos los juicios críticos que sobre dicha obra hemos leído, queremos traer a colación lo que sobre él dijo don Miguel de Unamuno:

> *Martín Fierro* es, de todos los hispanoamericanos que conozco, lo más hondamente español... Cuando el payador pampero, a la sombra del ombú, en la infinita calma del desierto, o en la noche serena a la luz de las estrellas, entona, acompañado de la guitarra española, las monótonas décimas de *Martín Fierro,* y oigan los gauchos conmovidos la poesía de sus pampas, sentirán sin saberlo, ni poder de ello darse cuenta, que les brotan del lecho inconsciente del espíritu ecos no extinguibles de la madre España, ecos que con la sangre y el alma les legaron sus padres. *Martín Fierro* es el canto del luchador español que, después de haber plantado la cruz en Granada, se fue a América a servir de avanzada a la civilización y a abrir el camino del desierto. Por eso su canto está impregnado de españolismo; es española su lengua, españoles sus modismos, españoles sus máximas y sus sabidurías, española su alma.[51]

Tiene razón don Miguel. Pero el que salió fue don Miguel de Cervantes Saavedra y plantó su pluma en América. Salió en el espíritu de don Alonso Quijano, en las páginas del *Quijote,* y aquí se ha quedado para siempre, iluminando nuestro espíritu, nuestro idealismo y nuestra propia locura.

15. TRES HOMENAJES BIBLIOGRÁFICOS

No podemos pasar por alto que la nómina de los estudiosos del idioma y los comentaristas de la obra cervantina ha sido bastante numerosa en todos los países hispanoamericanos, lo cual nos demuestra cómo el *Quijote,* en particular, se ha difundido en forma muy amplia en estas naciones. El estudio del idioma español, en su gramática, es decir, en su estructura, fue incorporado en todos los planes de estudio, tanto en la educación primaria como en la secundaria. El estudio y conocimiento de la literatura española en los colegios de segunda enseñanza, en los seminarios y en las universidades también tuvo este carácter. Saber correctamente el idioma, saberlo redactar, conocer su estructura, su fonética y, sobre todo, hablarlo y escribirlo con propiedad, fue y sigue siendo uno de los puntos esenciales de nuestra cultura colombiana e hispanoamericana. Por el contrario, no hablarlo correctamente o escribirlo en forma desaliñada constituye casi un baldón y, de todos modos, no deja de ser objeto de censura y de crítica sociales. En muchas de nuestras publicaciones periódicas es frecuente encontrar secciones especiales, dedicadas a absolver dudas relacionadas con el uso del idioma o con la ortografía.

En nuestro país son frecuentes los concursos organizados por los grandes periódicos en ese mismo sentido. En el fondo, todo esto constituye un hermoso homenaje a Cervantes, el príncipe de nuestro idioma, y a su famoso *Quijote,* en donde se encarna el espíritu de este. Se considera, aún por personas que ni siquiera lo han leído, que en esta obra está toda la sabiduría del idioma, que en ella vive lo más entrañable del mismo, y se le cita como el "gran evangelio" de nuestra lengua, como la máxima autoridad en estos asuntos del buen decir, como la urna sagrada donde están depositadas las claves de nuestra cultura. Tal vez por esto mismo se ha dicho que el idioma

50 Roberto Cadavid Misas; Jorge Franco Vélez, *El Quijote a lo paisa,* Bogotá, Intermedio Editores, 2005.
51 Miguel de Unamuno, "Martín Fierro", en Valentino González Porto-Bompiani (edit.), *Diccionario literario,* t. VI, p. 873.

es nuestra patria y que en él reposa lo más noble y permanente de la cultura de una nación. Sabemos que el idioma es el patrimonio más importante del pueblo que lo habla, que es el reflejo mismo de su idiosincrasia, ese algo maravilloso que nos identifica y que nos une, esa herencia compartida por todos y la cual vamos acrecentando con su uso, para que pase de una generación a otra, cada vez más enriquecido con los aportes no sólo de filólogos y gramáticos, sino del pueblo raso que, a la hora de la verdad, es el que lo va construyendo con su espíritu, con sus costumbres, con sus luchas y con su propia vida cotidiana. El interés por estudiar a fondo nuestro idioma y, a través de él, a los clásicos españoles e hispanoamericanos y, principalmente el *Quijote,* no ha declinado y, por el contrario, constituye una tradición sostenida hasta la época que estamos viviendo.

Ahora que se están conmemorando los cuatrocientos años de haber salido a la luz pública la primera edición del *Quijote,* la Real Academia Española, conjuntamente con la Asociación de Academias de la Lengua Española, han puesto en manos de todos los lectores de habla hispana una hermosa y económica edición de la obra, la cual ha sido clamorosamente acogida no sólo en España, sino en todos los países hispanoamericanos, especialmente en Colombia, donde los registros bibliográficos la señalan como la más vendida y solicitada en los últimos años. Esta edición conmemorativa está acompañada de un prólogo del escritor peruano Mario Vargas Llosa y de un ensayo preliminar del académico español Francisco Ayala.

El homenaje de nuestros lectores a la inmortal obra de Cervantes data de años atrás.

En el campo bibliográfico hay tres acontecimientos que bien vale la pena destacar. El primero de ellos fue la publicación del libro *Cervantes en Antioquia,* por una universidad de esta importante región colombiana, en 1947. Se trata de una antología de los principales ensayos sobre el *Quijote* y sobre su autor, en la cual se recogen interesantes y bien documentados estudios hechos por escritores antioqueños, en diferentes épocas y circunstancias. Allí aparecen páginas dignas de ser tenidas en cuenta, como las de Manuel Uribe Ángel, Félix Betancur, Luis Eduardo Villegas, Marco Fidel Suárez, Laureano García Ortiz, Antonio José Restrepo, Félix Restrepo S. J., José Ignacio Escobar, Baldomero Sanín Cano, Gonzalo Restrepo Jaramillo, Abel García Valencia, el Pbro. Roberto Jaramillo, Francisco Jaramillo Medina, Carlos E. Restrepo, Juan C. Ramírez, Juan de Dios Bravo, Cenón Muñoz y Rafael Restrepo Vélez.

El segundo gran homenaje bibliográfico fue el que le hizo la Biblioteca Nacional de Colombia en junio de 1998, al dedicarle el número 33 de su revista *Senderos* (segunda época), bajo la dirección de Carlos José Reyes, en una hermosa edición, a todo lujo, con el título *El Quijote en Colombia, ayer y siempre.* Reúne algunas de las más importantes páginas escritas en nuestro país sobre el particular, entre ellas las de Miguel Antonio Caro, José María Vargas Vila, José María Yepes Herrera, Eduardo Castillo, Eduardo Caballero Calderón, Germán Arciniegas, Alberto Lleras Camargo, Bernardo Arias Trujillo, Lucio Pabón Núñez, Pedro Gómez Valderrama, Ramón de Zubiría, Eduardo Carranza, María Antonia Garcés y Vicente Pérez Silva. La edición contiene también una muy completa bibliografía de casi todo lo que en Colombia se ha escrito sobre el *Quijote,* una sección de poemas al mismo, entre los cuales encontramos los de Guillermo Valencia, Rafael Pombo, Ricardo López, Ricardo Arango Franco, Álvaro Ordúz León, Guillermo Botero Restrepo y Giovanni Quessep. Además, algo que consideramos de mucho interés, en el campo del arte, algunos de los dibujos e ilustraciones que se han hecho de don Quijote y Sancho Panza en diversas épocas, por grandes dibujantes y pintores colombianos.

El tercer gran homenaje fue el que le hizo recientemente la Universidad de Salamanca y su Centro Cultural en Bogotá, al dedicarle el número 3 de su revista *Stvdia Colombiana,* correspondiente a diciembre del 2004, en una bella y fina edición, en la cual encontramos artículos de gran valor intelectual, como su página editorial, escrita por María Isabel Montesinos de La Puente, y ensayos eruditos y muy bien escritos, como los de Fernando

Toledo, Vicente Pérez Silva, Carlos José Reyes, Carmenza Klein, Tina Alarcón, María Cristina Sánchez y Luis Arroyo Zapatero. Llama poderosamente la atención, además de la calidad de los escritos, las ilustraciones sobre Cervantes y el *Quijote,* de diferentes épocas, algunas en blanco y negro y otras en forma de bellas policromías de corte moderno.

Estas tres publicaciones, llamadas a perdurar, constituyen valiosos elementos de consulta sobre Cervantes y el *Quijote,* lo mismo que de la época en que fue escrito, y son fiel testimonio de la admiración que los escritores e intelectuales colombianos han tenido hacia don Miguel de Cervantes Saavedra y su hijo muy dilecto don Quijote de la Mancha.

16. EL QUIJOTE Y LOS ESCRITORES HISPANOAMERICANOS

Son muchos los ensayos, artículos y libros que se han publicado en Hispanoamérica sobre el *Quijote,* pero de todos ellos queremos destacar, por su erudición y buen sentido crítico, el de Juan Montalvo, excelente escritor ecuatoriano (1832-1889), un verdadero clásico del idioma, titulado *Los capítulos que se le olvidaron a Cervantes.* En esta obra, de auténtico estilo cervantista, Montalvo toma de nuevo la figura de don Quijote para trazarle con su pluma una "cuarta salida", en la cual tanto Montalvo como el andante Caballero de la Triste Figura salen muy bien librados. Además de este ingenioso truco o recurso para prolongar la vida del manchego, Montalvo incluye en su obra, a manera de prólogo, un admirable estudio sobre Cervantes y el *Quijote.* La obra puede considerarse, pues, como un ensayo de crítica literaria y como una excelente novela, escrita con donoso castellano del llamado Siglo de Oro.

El mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), además de ser el autor de la primera novela picaresca escrita en Hispanoamérica, conocida con el título de *Periquillo sarniento,* es autor de otras dos obras de ficción tituladas *Don Catrín de la Fachenda* y *La Quijotica y su prima,* en las cuales es notable la influencia cervantina, que Fernández de Lizardi no trató de ocultar, pues, por el contrario, siempre se consideró como un obsecuente admirador de Cervantes y su obra.

El pensador uruguayo José Enrique Rodó, en su famoso libro *Ariel,* incluye su pequeño, pero interesante ensayo titulado "El centenario de Cervantes desde América", en el cual hace un rápido balance de lo que significó la conquista de nuestro continente en la historia y la cultura española. Rodó afirma en dicho trabajo que la única figura que puede representar dignamente el descubrimiento de América y sus repercusiones en el mundo de la cultura es Cervantes. Sólo a él se le puede hacer la gran estatua de mármol que lo eternice en la historia como símbolo de una época y de un continente. Su bello artículo prácticamente está sintetizado en estas frases, provenientes de su autorizada pluma:

> La filosofía del *Quijote* es, pues, la filosofía de la conquista de América. La radical transformación de sentimientos, de ideas, de costumbres, para la que el hallazgo del hemisferio ignorado fue causa concurrente, es la que adquiere forma poética imperecedera en esa epopeya de la burla, donde el jovial espíritu del Renacimiento dirige sobre los últimos vestigios de un ideal moribundo las mortales saetas de la ironía.
>
> América nació para que muriese don Quijote; o, mejor, para hacerle renacer entero de razón y de fuerzas, incorporando a su valor magnánimo y a su imaginación heroica el objetivo real, la aptitud de acción conjunta y solidaria y el dominio de los medios proporcionados a sus fines.[52]

Más recientemente, a mediados del siglo que acaba de terminar, el escritor argentino Arturo Marasso publicó un admirable libro de crítica literaria titulado *La invención del Quijote,* en el cual, con un verdadero dominio del tema y una gran erudición, establece un parangón entre el *Quijote* de Cervantes y la *Eneida* de Virgilio. Aunque nos parezca extraño este parentesco literario, el libro de Marasso es un profundo análisis de la gran novela de Cervantes, un buen ejemplo de lo que debe ser la crítica literaria, y, en especial, el conocimiento de la literatura de

52 José Enrique Rodó, *Ariel,* Montevideo, La Bolsa de los Libros, 1943, p. 117.

los clásicos griegos y latinos, al igual que de los clásicos españoles del Siglo de Oro. Consideramos que el de Marasso es un libro para el análisis del *Quijote.*

Conviene anotar también que el sentido de actualidad del *Quijote* y de su permanencia en el tiempo, sin que el paso del mismo haya logrado disminuir el interés de sus lectores en tan diversas épocas de su existencia, lo captó magistralmente el novelista peruano Mario Vargas Llosa en el prólogo que escribió para la edición conmemorativa de los cuatrocientos años de haberse publicado su primera edición, cuando en uno de sus apartes expresó lo siguiente:

> La modernidad del Quijote está en su espíritu rebelde, justiciero, que lleva al personaje a asumir como su responsabilidad personal cambiar el mundo para mejor, aun cuando, tratando de ponerla en práctica, se equivoque, se estrelle contra obstáculos insalvables y sea golpeado, vejado y convertido en objeto de irrisión. Pero también es una novela de actualidad porque Cervantes, para contar la gesta quijotesca, revolucionó las formas narrativas de su tiempo y sentó las bases sobre las que nacería la novela moderna. Aunque no lo sepan, los novelistas contemporáneos que juegan con la forma, distorsionan el tiempo, barajan y enredan los puntos de vista y experimentan con el lenguaje, son todos deudores de Cervantes.[53]

El notable escritor argentino Jorge Luis Borges, un intelectual que pensaba en inglés y escribía en español con algo de lunfardo, concibió algunas notas y un poema sobre el *Quijote,* de acuerdo con sus conocidos esquemas de los sueños contenidos o reflejados en otros sueños, al igual que en el juego de las muñecas rusas, que se guardan unas en otras, en una sucesión indefinida.

En su ensayo titulado "Magias parciales del *Quijote",* Borges nos dice, refiriéndose a los personajes de la obra, que "el barbero, sueño de Cervantes, o forma de un sueño de Cervantes, juzga a Cervantes...". Ese juego de extrañas ambigüedades culmina en la segunda parte; los protagonistas han leído la primera, los protagonistas del *Quijote* son, asimismo, lectores del *Quijote.* Aquí es inevitable recordar el caso de Shakespeare, que incluye en un escenario de *Hamlet* otro escenario, donde se representa una tragedia, que es más o menos la de *Hamlet:* la correspondencia imperfecta de la obra principal y la secundaria aminora la eficacia de esa conclusión. Un artificio análogo al de Cervantes, y aún más asombroso, figura en el *Ramayana,* poema de Valmiki que narra las proezas de Rama con los demonios". Borges, en el mismo ensayo, agrega:

> ¿Por qué nos inquieta que don Quijote sea lector del *Quijote,* y Hamlet espectador de *Hamlet?* Creo haber dado con la causa: tales inversiones sugieren que si los caracteres de una ficción pueden ser lectores o espectadores, nosotros, sus lectores y espectadores, podemos ser ficticios. En 1833, Carlyle observó que la historia universal es un infinito libro sagrado que todos los hombres escriben y leen y tratan de entender, y en el que también los escriben.[54]

Siguiendo esta misma línea de interpretación y de análisis de la estructura misma de la obra, Borges en su ensayo "Parábola de Cervantes y de don Quijote" complementa lo dicho con estas frases:

> Vencido por la realidad de España, don Quijote murió en su aldea natal hacia 1614. Pero poco tiempo lo sobrevivió Miguel de Cervantes. Para los dos, para el soñador y el soñado, toda esa trama fue la oposición de dos mundos: el mundo irreal de los libros de caballerías, el mundo cotidiano y común del siglo XVII. No sospecharon que La Mancha y Montiel y la magra figura del caballero serían, para el porvenir, no menos poéticas que las etapas de Simbad o que las vastas geografías de Ariosto. Porque en el principio de la literatura está el mito, y asimismo el fin.[55]

En conclusión, puede afirmarse que la vigencia de la obra, en lugar de decaer con el paso de los siglos, se ha venido acrecentada, no sólo entre los pueblos de habla hispana, sino en todos los países del mundo civilizado. Traducido a todos los idiomas, ha sido objeto de los más altos elogios por parte de escritores de

53 Mario Vargas Llosa, "Un novela para el siglo XXI", prólogo a *Don Quijote de la Mancha,* edición conmemorativa del IV Centenario, patrocinada por la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española, Editorial Alfaguara, 2004.
54 Jorge Luis Borges, *Obras completas,* Buenos Aires, Emecé Editores, 1974, pp. 667 y ss.
55 *Ibid.,* p. 799.

fama universal, empezando por Shakespeare, Tolstoi, Dostoievski, Victor Hugo, Goethe, Unamuno, Thomas Mann y cientos más, hasta los actuales escritores de amplia trayectoria y reconocimiento. Con todas las ediciones que hasta ahora se han hecho en los cuatro siglos de su existencia y todas las traducciones y adaptaciones en la totalidad de los países del mundo civilizado se podrían llenar bibliotecas enteras, de estanterías casi infinitas, que podrían darle la vuelta al globo terráqueo en varias direcciones. Y por lo consiguiente, su influencia y sus proyecciones, no sólo en literatura, sino en todas las artes, pintura, escultura, grabado, teatro, ópera, ballet y hasta coplas y música popular ha sido de una magnitud incalculable.

Para terminar, sólo nos queda por decir que, si bien es cierto que Cervantes no pudo venir a América porque la burocracia de su país le negó esa oportunidad solicitada, su hijo don Quijote si pudo hacerlo. Viajó en las carabelas que salían de Sevilla, rumbo al Nuevo Mundo, cruzó el Atlántico y llegó a tierra firme, a Cartagena de Indias, con su primer vestido de noble navegante, que no fue otro que los cien ejemplares del libro editado en 1605. Vino a estas tierras y resolvió quedarse para siempre. Aquí está, en nuestros colegios, en nuestras universidades, en nuestras bibliotecas y, sobre todo, en nuestras conciencias y en nuestro espíritu. Aquí continúa vigilante, repitiéndonos siempre sus sabias enseñanzas, que son las mismas que dio a su escudero para que gobernara su ínsula anhelada. Las que también están en sus discursos y, muy particularmente, en aquellos que se refieren a la libertad y a la justicia. Dios quiera que los gobernantes de estos pueblos, hijos también de España, sigan las enseñanzas y consejos del inmortal caballero.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

Anderson Imbert, Enrique, *Historia de la literatura hispanoamericana,* México, Fondo de Cultura Económica, 1964.

Arias de la Canal, Pedro, "Intento de psicoanálisis de Cervantes", en Díaz de Benjumea, Nicolás, *La verdad sobre el Quijote,* Barcelona, Ediciones Rondas, 1986.

Arciniegas, Germán, *El caballero del Dorado,* Ciudad de México, Editorial Aguilar, 1978.

Astrana Marin, Luis, *Cervantes y el Quijote,* Madrid, Editorial Castilla, 1953.

——, *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes,* Editorial Reus, Madrid, 1948.

Ayala, Francisco. "La invención del *Quijote",* en *Don Quijote de la Mancha,* Real Academia Española, Editorial Alfaguara, 2004.

Azorin, *La ruta de don Quijote,* Madrid, Ediciones Cátedra, 1953.

Babelon, Jean, *Cervantes,* Buenos Aires, Editorial Losada, 1947.

Benito, Ricardo, *Castilla – La Mancha en la Edad Media,* Madrid, Servicio de Publicaciones, 1970.

Borges, Jorge Luis, "Magias parciales del *Quijote",* en *Obras completas,* Buenos Aires, Emecé Editores, 1974.

Caballero Calderón, Eduardo, *Breviario del Quijote,* Bogotá, Panamericana Editorial, 1997.

Cabarcas Antequera, Hernando, *Amadís de Gaula en las Indias,* Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1992.

Cadavid Misas, Roberto *(Argos");* Jorge Franco Vélez, *El Quijote a lo paisa,* Bogotá, Intermedio Editores, 2005.

Caro, Miguel Antonio, "El *Quijote",* en *Discursos Académicos,* Bogotá, Academia Colombiana de la Lengua, 1955.

Castro, Américo, *El pensamiento de Cervantes,* Barcelona, Editorial Noguer, 1972.

Castro Silva, José Vicente, "Importancia del espíritu español en las letras colombianas", en *Discursos académicos,* Bogotá, Academia Colombiana de la Lengua, 1955.

Cervantes, Miguel de, *Obras completas,* Madrid, Editorial Aguilar, 1962.

Clemencín, Diego, *Comentarios al Quijote,* Madrid, Editorial Castilla, 1953.

De Riquer, Martín, *Aproximación al Quijote,* Estrella (Navarra), Editorial Salvat, 1970.

Díaz Plana, Guillermo (edit. y pról.), *Crónicas de Indias,* Estrella (Navarra), Editorial Salvat, 1972.

Diaz de Benjumea, Nicolás, *La verdad sobre el Quijote,* Barcelona, Imprenta Gaspar, 1878.

Fernández de Avellaneda, Alonso, *El Quijote apócrifo,* Buenos Aires, Editorial Sopena, 1941.
García Morales, Justo, *Las ilustraciones, gráficos y litografías del Quijote,* Madrid, Editorial Castilla, s.f.
Gómez Restrepo, Antonio, "Elogio de Cervantes", en *Discursos Académicos,* Bogotá, Academia Colombiana de la Lengua, 1955.
González Ruiz, Nicolás, *Cervantes y Shakespeare,* Barcelona, Editorial
Cervantes, 1945.
Gulupert Melgosa, Carlos, *Poesía medieval,* Madrid, Editorial Omega, 1996.
Hope Moncrif, A. R., *Romances y leyendas de caballería,* Madrid, Studio Editions,1995.
Madariaga, Salvador de, *Guía del Quijote,* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1947.
Marasso, Arturo, *La invención del Quijote,* Buenos Aires, Ediciones Académicas, 1949.
Maya, Rafael, *Los tres mundos del Quijote,* Bogotá, Ministerio de Educación, 1952.
Menéndez Pidal, Ramón, *Cervantes y el ideal caballeresco,* Madrid, Espasa-Calpe, 1964.
Menéndez Pelayo, Marcelino, "El Quijote y la cultura literaria del *Quijote",* en *Obras completas,* Madrid, Editorial Castilla, s.f.
Montalvo, Juan, *Los capítulos que se le olvidaron a Cervantes,* Medellín, Ediciones Beta, 1975.
Montolín, Manuel, *Vida de Cervantes,* Barcelona, Industrias Gráficas, 1917.
Ortega y Gasset, José, *Meditaciones del Quijote,* Madrid, Revista de Occidente, 1957.
Perú de Lacroix, Luis, *Diario de Bucaramanga,* Medellín, Editorial Bedout, 1980.
Posada, Eduardo, *Apostillas a la historia de Colombia,* Bogotá, Editorial Kelly, 1978.
Riley, E. C., *Introducción al Quijote,* Barcelona, Editorial Crítica, 2000.
Riquer, Martín de, *Aproximación al Quijote,* Barcelona, Editorial Teide, 1967.
Rodó, José Enrique, "Centenario de Cervantes en América", en *Ariel,* Montevideo, Bolsa de los Libros, 1943.
Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula,* Bogotá, Editorial Oveja Negra, 1983.
Rodríguez Guerrero, Ignacio, *Tipos delincuentes del Quijote,* Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1966.
Romero Flores, Hipólito, *Biografía de Sancho Panza,* Barcelona, Editorial Aedos, 1951.
Rosemblat, Ángel, *La lengua del Quijote,* Madrid, Editorial Gredos, 1971.
Rosales, Luis, *Cervantes y la libertad,* Madrid, Gráficas Valera, 1960.
Sánchez Albornoz, Claudio, "Raíces medievales del *Quijote",* en *Españoles ante la historia,* Buenos Aires, Editorial Losada, 1958.
Santullano, Luis, *Las mejores páginas del Quijote,* Madrid, Editorial Aguilar, 1948.
Savater, Fernando, *Instrucciones para olvidar el Quijote,* Madrid, Editorial Santillana, 1995.
Spumberg, Alberto, *Miguel de Cervantes,* Barcelona, Ediciones Rueda, 2000.
Unamuno, Miguel, *Don Quijote y Bolívar,* México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

El Quijote en América:
un itinerario posible

CENTRO CULTURAL DE LA

Por María de los Ángeles González Briz

INTRODUCCIÓN

I. DESCARGO

> Componer el *Quijote* a principios del siglo XVII era una empresa razonable, necesaria, acaso fatal; a principios del XX, es casi imposible. No en vano han transcurrido trescientos años, cargados de complejísimos hechos. Entre ellos, para mencionar sólo uno: el mismo *Quijote.*
> Jorge Luis Borges, *Pierre Menard, autor* del *Quijote.*

La casi imposibilidad que amenaza a Pierre Menard para escribir el *Quijote* es idéntica a la del crítico actual, cuando se enfrenta a la tarea de comentar el célebre libro de Cervantes. El propio Borges es una dificultad que intimida. Y si se intentara medir la repercusión creativa del *Quijote* en América se debería empezar por una pregunta desalentadora: ¿qué novela escrita en América está realmente libre de influencia cervantina? Es cierto que la pregunta podría hacerse con similar propiedad frente a todos los novelistas del mundo occidental, por lo que sólo cabe una respuesta global: sino todos, muchos han reconocido su admiración y deuda con Cervantes, desde Flaubert a Dostoievski, de este a Faulkner pasando por Kafka y por Virginia Woolf. Hace mucho se reconoce al *Quijote* como la primera novela de la modernidad y, como se ha probado más de una vez, varios de los procedimientos narrativos más característicos del siglo XX están prefigurados en ella. En Hispanoamérica, bastan los nombres de Borges, Mario Vargas Llosa y Carlos Fuentes para establecer que es un libro cuya lectura e incidencia consolida una poética irrecusable.[1] Alejo Carpentier llamó a su autor el "padre de todas las novelas",[2] y todos cuantos recibieron el Premio Cervantes lo confirmaron una y otra vez.

No puede decirse, sin embargo, que estos escritores hayan forjado una manera de leer el *Quijote* propia de estas latitudes. Han abierto caminos en base a sus preocupaciones estéticas, y los aportes novedosos están en relación con la brillantez y el talento de cada uno. En grandes líneas, el amor profesado al *Quijote* va en ellos mucho más allá del acatamiento a un

1 Alcanza con mencionar el ensayo de Vargas Llosa que abre la edición de *Don Quijote de La Mancha,* recientemente publicado por la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua (Cervantes, 2004) y el célebre de Carlos Fuentes, *Cervantes, o la práctica de la lectura,* México, Joaquín Mortiz, 1983. Respecto a Borges, me exime de repasar cada uno de los textos dedicados a Cervantes, la referencia a un trabajo que atiende el tema: João Alexandre Barbosa, "Borges, lector del Quijote", en *Borges no Brasil,* São Paulo, Unesp / Imprensa Oficial do Estado, 2001 (Organizador: Jorge Schwartz).

2 Alejo Carpentier, "Cervantès, père de tous les romans", *Le Monde,* Paris, 26 janvier, juin, 1978: 20. Hay muchas otras referencias a Cervantes en la obra de Carpentier. Basten algunas: *Cervantes en el alba de hoy,* París, Imprimerie Cary, 1978; "No tuvo España mejor embajador, a lo largo de los siglos que don Quijote de La Mancha", en *Visión cubana de Cervantes,* La Habana, Letras Cubanas, 1980; "Don Quijote sale otra vez al camino para satisfacer deudas no saldadas", en *México en la cultura,* 12 de junio, 1960; "El libro sin fronteras", en *El Nacional,* Caracas, 1° de septiembre de 1956.

modelo de lengua —"la lengua de Cervantes"—, concepto que quedó bastante atado al discurso escolar y a cierta línea de hispanismo conservador impermeable a la dinámica social, cultural y lingüística de Hispanoamérica. Los escritores que protagonizaron la narrativa en el continente en la segunda mitad del siglo XX, tendieron más bien a valorar en la novela la ambigüedad en el tratamiento de verdad y fantasía, la heterogeneidad de materiales con que trabaja, los juegos autorales, la vacilación como artificio literario que abre la puerta al desasosiego existencial y la preeminencia de la ficción sobre la realidad, hasta llegar a tomarlo como invitación al solipsismo. A medida que avanzaba el siglo XX, la agudización de la conciencia de la literatura como construcción verbal, de la independencia de las palabras frente a las cosas, hicieron perder prestigio a la ilusión de representar la vida misma, que tentó a los autores del XIX. Entonces el *Quijote* abrió nuevas puertas a su propia interpretación y se convirtió en un precursor obligado. La crítica literaria corrió, por su parte, un camino paralelo, sobre todo a partir del estudio de Américo Castro en 1925, que Avalle-Arce consideró pionero de la crítica cervantina moderna (Rico, 1980: 591).

No es propósito de este trabajo sopesar la incidencia de Cervantes en los escritores de las últimas décadas y menos aún relevar los críticos americanos que se dedicaron al *Quijote*, a riesgo de andar sobre lo ya dicho o, peor, de caer en el mero inventario. Imposible sería brindar un panorama exhaustivo de todas las apropiaciones, homenajes y reescrituras que se publicaron en el continente, lo que exigiría una rigurosa selección que discrimine calidades en el torrente de escritos. Por el contrario, se intentará analizar la recepción de la obra en el continente mestizo tomando como hitos sólo algunas encrucijadas históricas en las que el *Quijote* se transforma en símbolo funcional a la construcción de la idea de una identidad americana.[3] Mucho se ha revisado el impacto de la conquista, la trabajosa creación de una cultura en la nueva realidad híbrida surgida de la colonización, la ruptura traumática de las revoluciones independentistas y las consecuencias que estos hechos tuvieron en la gestación de imaginarios nacionales / continentales propios. Como la identidad es un concepto dinámico, cada generación revisa y vuelve a trabar su relación con el pasado. Hasta por lo menos el medio siglo pasado, la definición de las identidades nacionales de Hispanoamérica estuvo muy ligada a las variantes de cercanía y de distancia con España. Hemos elegido, *grosso modo,* el año 1947 como límite a nuestro trabajo, para de hacerlo coincidir con el centenario de la muerte de Cervantes, cuando, además, las secuelas de la Segunda Guerra Mundial incidieron en el futuro del franquismo en España, lo que repercutió en las expectativas de los exiliados en América e, indirectamente, en las formas de acercarse a los mitos españoles.

Entonces, como desde mucho antes, las variantes políticas de uno y otro lado del Atlántico tenían sus efectos sobre las relaciones culturales. Repasando la historia hispanoamericana parecería que, de tanto en tanto, es necesario recurrir a una matriz —la manida noción de *madre patria,* aunque sea para romper con ella— de modo que nos devuelva la imagen de quiénes somos o qué nos define. En ese complejísimo proceso reaparece en distintas épocas, textos y países, el nombre de Cervantes como modelo de lengua que hay que reverenciar o discutir, y la figura *de Don Quijote como mito* que explica una trágica suerte, aunque llamada a más altos destinos. América pugnando por encontrar un lugar en la cultura occidental y como tal participando de la herencia literaria española. América condenada a la derrota por exceso de ideal. América como promesa del porvenir, que resarcirá a España del pecado que le imputó Nietzsche de haber querido demasiado.

II. LAS ETAPAS

3 El propio recorte temático que aquí se propone deja fuera del trabajo lo relativo al *Quijote* en Brasil, aunque existen investigaciones al respecto. Baste mencionar dos importantes artículos que dan cuenta de la importante recepción creativa del *Quijote* en ese país: María Augusta Da Costa Vieira, "*Don Quijote* y la novela brasileña: estudio acerca de las proyecciones temáticas y estéticas en *Fogo morto* y *Memórias póstumas de Brás Cubas*", en *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas,* Birmingham, 1995: 307-317; "*Don Quijote* y *Grande Sertão: Veredas*", en *Cuadernos Hispanoamericanos,* Nº 499, Madrid, enero de 1992.

En los orígenes, los intelectuales americanos que acudieron al *Quijote* lo hicieron para abrevar de una fuente común de la que se sentían dignatarios. Por eso, es frecuente que el estudio de la literatura hispánica en el área se encuentre al margen de los primeros intentos por reivindicar una cultura y un lenguaje propios y venga de la mano con cierta tentación conservadora, en lo lingüístico y en lo ideológico. Y a veces, en el siglo XIX, enfrentado a la estrategia del escritor hispanoamericano de acercarse a Francia, o afrancesarse, como un camino lateral de independizarse del yugo español, tan pesado sobre las conciencias como sobre las plumas.

Es a partir de la posibilidad de reconocer la existencia de otra España, en este caso liberal, que las relaciones de los intelectuales vuelven a anudarse. A fines del siglo XIX se produce un verdadero retorno a España, propiciado por las mentes más ilustres e ilustradas del continente americano. Entonces irrumpe con fuerza —en el entorno del centenario de 1905— el *mito* del Quijote con un sentido propio en las letras del sur de América. Se propone aquí este término en el sentido que le da Roland Barthes en cuanto "un *uso* social que se agrega" al sentido preexistente de un objeto, una imagen o un discurso (Barthes, 1981: 200). Esta acepción está sujeta a una circunstancia histórica, emerge al servicio de una interpretación para luego desaparecer.

Recientemente, María de los Ángeles Varela ha propuesto la figura del Quijote como *mitologema* nacional español, a través de textos peninsulares del siglo XIX (Varela, 2004). Su lectura hace hincapié en la atemporalidad y universalidad del personaje, que funciona en ciertos textos como un recurso de naturaleza ideológica y política. Como se sabe, cuando la conciencia de la decadencia de España dispara ciertas interrogantes en Galdós, Unamuno o Azorín estos vuelven sus ojos al personaje de Cervantes buscando una respuesta. Varela explica el empleo del término *mitologema* por sus posibilidades de reformulación y apertura, que harían del *Quijote* "una narración adaptable a las circunstancias", en el mismo sentido en que el concepto había sido definido antes como "un material mítico pasible de ser continuamente reactualizado, remodelado y plasmado como un río de imágenes sin fin" (Kerenyi, 1983:15-17).

De todas formas, la noción barthesiana de mito sería aceptable en aquellos discursos y en aquel segmento de tiempo en que la figura se fosiliza al servicio de una práctica ideológica, opacando la polivalencia de signo. Es discutible si el uso del mito quijotesco por parte de la crítica hispanoamericana novecentista funge como respuesta para enfrentar una clave histórica, o si el signo mantiene su apertura de significados pese a ser revisitado con frecuencia en esos discursos. Con alzas y bajas, el *mito* del Quijote construido hacia el novecientos, readaptada su funcionalidad española al uso de los americanos, siguió corriendo con el siglo. Simultáneamente, crecen los intentos de profesionalización crítica, los estudios académicos y aun los esfuerzos eruditos en esta parte del mundo. De todos modos, la posibilidad del *Quijote* como mito llega, vigorizado, a las circunstancias de la Guerra Civil Española. Con la oleada de altruismo revolucionario que ésta despertó y con el enorme contingente de españoles exiliados que llegó luego a América, reaparece el *Quijote* con toda la fuerza del símbolo, también derrotado, también noble en su esfuerzo, también empecinado en el ideal.

I. EL QUIJOTE EN LA ETAPA FUNDACIONAL DE LA LITERATURA HISPANOAMERICANA

Aunque los aportes eruditos y las referencias literarias menudean a partir del siglo XIX, no puede desconocerse la trascendencia que el libro tuvo en el subcontinente, casi desde su aparición. En muchos estudios se ha relevado abundantemente la gran cantidad de ejemplares que ingresaron al Nuevo Mundo desde el siglo XVII (Icaza, 1918; Torres Revello, 1940; Rodríguez Marín, 1911; Leonard, 1953). Un artículo panorámico sobre el tema, de José Montero Reguera, propone que ese elevado número habría contribuido en forma decisiva al rápido agotamiento de las seis primeras ediciones de la novela y que "el envío de ejemplares a tierras americanas comenzó el mismo año de la publicación de la primera parte del *Quijote*" (Montero, 1992:135). Eso, a pesar de que

estuviera prohibido por las autoridades remitir hacia América obras de imaginación (Rodríguez Marín, 1911: 21). El año 2005 representaría, de esta forma, otra conmemoración tal vez más sorprendente: los cuatrocientos años de la aventura del *Quijote* en América.

En sus *Nuevas tradiciones peruanas,* Ricardo Palma cuenta una linda historia de cómo habría llegado el primer *Quijote* a esta zona del mundo en noviembre de 1605, enviado desde México a las manos del virrey de Perú, Gaspar de Zúñiga Acevedo y Fonseca. Las fuentes orales de las que el escritor romántico dice recoger estos datos no ofrecen garantías de su veracidad, pero, en cambio, parece más confiable su testimonio de un ejemplar dedicado por el propio Cervantes a un amigo de juventud, Juan de Avendaño, quien residía en Lima y ya en 1606 "daba noticias personales sobre el autor". El valioso volumen habría quedado en poder de la marquesa de Casa Calderón, literata limeña, y luego del doctor Agustín García. El propio Palma confiesa en su relato haber hecho en él su primera lectura del *Quijote*, hacia 1850 (Palma, 1977: 398-400).

En los virreinatos más antiguos se ha rastreado la carnavalización de los personajes de don Quijote y Sancho, como ocurrió en fiestas de disfraces de Perú ya en 1607 (Icaza, 1918: 115), pero habrá que esperar a 1746 para obtener una mención directa de algún libro cervantino en el inventario de una biblioteca chilena (Montero, 1992: 137). Por otra parte, parece natural que en ciudades como México y Lima, fundadas a mediados del siglo XVI y rápidamente colonizadas por los españoles, se hayan encontrado testimonios anteriores de la recepción cervantina. En su meticulosa revisión de fuentes e investigaciones americanas y españolas, el mencionado Montero Reguera atribuye a factores como la lejanía y la fundación tardía del Virreinato del Río de la Plata el retardo del conocimiento de Cervantes. Para Guillermo Díaz Plaja:

> La cultura literaria en los terrenos situados en el extremo meridional del Virreinato del Perú se produce, como es sabido, con un lógico retraso en relación con el núcleo intelectual de Lima. Nadie ignora que Córdoba es el primer foco intelectual de lo que un día habrá de ser la República Argentina, y, asimismo, es bien conocida la posición que en este grupo cultural mantiene la Compañía de Jesús hasta el momento de su expulsión, [que dio] a su labor cultural un fuerte matiz teocrático. No es fácil, en este ambiente, encontrar a Cervantes en las bibliotecas de los centros culturales de la época (cit. en Montero, 1992: 138, n. 33).

Sin embargo, varios inventarios de las bibliotecas particulares más antiguas de Montevideo —fundada en 1724— revelan la existencia de ejemplares del *Quijote*. Se trata de bibliotecas formadas entre 1780 y 1810, pertenecientes a Cipriano de Melo —constituida por setenta y dos ejemplares— y a Francisco Ortega y Monroy —quien poesía doscientos setenta y seis volúmenes—, entre los que se encuentra el libro de Cervantes (Rocca, 2003). En la colección de este funcionario del imperio español se halló también un ejemplar de *Los trabajos de Persiles y Segismunda* (Sábat Pebet, 1958). Si se observa el detalle de los inventarios publicados de las bibliotecas coloniales rioplatenses puede sacarse aún otras conclusiones que permiten rebatir las afirmaciones de Díaz Plaja sobre la ausencia de divulgación cervantina en la órbita educativa jesuítica del sur de América. Por lo pronto, en Montevideo, todas las bibliotecas particulares son muy inferiores a la que poseía la comunidad jesuita al momento de su expulsión, en 1767. En el arqueo realizado en esa fecha, la biblioteca disponía de 1.930 volúmenes, entre los cuales se hallan los primeros ejemplares conocidos en el Río de la Plata de los *Autos sacramentales* de Calderón de la Barca y, de nuevo, un ejemplar del *Quijote* (Ferrés, 1975; Sábat Pebet, 1958). El destino de esos libros confiscados es bastante incierto. Una orden emitida por la Junta Provisional de Temporalidades de Buenos Aires, que entendía sobre los bienes jesuíticos, resuelve que se entreguen al cura de Montevideo "para que sirvan al público" (Ferrés, 1975: 197). La resolución, que hubiera dado lugar a la creación de la primera biblioteca pública montevideana, no se llevó a cabo, y en 1775 se dispuso que los libros se entregaran a Buenos

Aires, y quedaran en custodia del cura interino de la Iglesia Matriz, don José Manuel Pérez Castellano (Ferrés, 1975: 199), quien será el primer escritor criollo de Montevideo. Es fácilmente conjeturable que el ejemplar del *Quijote* de la biblioteca jesuítica fue el que leyó con devoción Pérez Castellano. Algunos años más tarde, en un libro redactado por encomienda del gobierno patrio, las *Observaciones sobre agricultura,* acude una y otra vez a ejemplos del "inmortal poema de don Quijote" *[sic]* (Pérez Castellano, 1968: 95). Hay que notar que el sacerdote concluyó el texto en 1813, pero venía trabajando en él desde hacía algún tiempo. El delicioso libro de consejos, basados en sus prácticos conocimientos botánicos y en su experiencia como agricultor, integra reflexiones y comentarios. Baste como ejemplo la entrada correspondiente al cultivo de nabos:

> No sé si los nabos entran también en la prohibición caballeresca de los ajos; ni me acuerdo tampoco si alguna vez don Quijote le da en rostro a su escudero de ese grosero alimento, o si el mismo Sancho Panza hace confesión ingenua de que los usaba. Esto último me parece más propio de la discreción de don Quijote, o por mejor decir de la de Cervantes, que engendró a aquel héroe en su cabeza fecunda. Sólo sé que los nabos no son un alimento ni fino, ni delicado (Pérez Castellano, 1968: 62).

Esta primera referencia escrita a una lectura del *Quijote* prueba, si no la circulación, por lo menos el contacto de los pocos hombres ilustrados de la pequeña ciudad con el célebre libro en la orilla oriental del Plata, desde fines del siglo XVII. Del otro lado del estuario, en el actual territorio argentino, se han hallado ediciones del *Quijote* en los respectivos catálogos llevados a cabo al momento de la expulsión de los jesuitas: en el Colegio de Buenos Aires, en el Colegio de Santa Fe y en la Universidad de Córdoba (Furlong, 1946: 147). Es probable que otras tantas piezas existieran en algunas bibliotecas particulares de Buenos Aires, a juzgar por la opinión de Adolfo Saldías (1849-1914), para quien el *Quijote* gozaba de una gran aceptación en "las repúblicas de habla castellana, porque encarna la democracia y la libertad", tanto que en su opinión "hacia 1810 era el más popular de todos, el que más leían y releían los hombres de la revolución" (Cit. en Montero, 1992: 134).

Para Icaza, aunque sea impreciso, esa devoción se habría extendido por los mismos años a otros puntos de la América española:

> El *Quijote* era ya más leído [...] durante el período de crisis que precedió inmediatamente a la emancipación de las antiguas colonias. Es de notar que no fuera tan citado por los hombres que personificaban la cultura hispanoamericana entonces —los que representaron a América en las cortes de Cádiz, por ejemplo—, como por otros menos doctos y más populares, por francamente revolucionarios: hombres de acción que hacían historia a la vez que la escribían; que estimaban la literatura como medio de propaganda; que la practicaron con rudeza de pueblo (Icaza, 1918: 118).

De todas formas, la recepción hispanoamericana del *Quijote,* tanto la demanda y circulación de volúmenes, como el sentido en que fue leído, funcionó como reflejo de lo que ocurriera en la metrópoli. En verdad, una fuerte e inmediata repercusión ocurrió en el propio XVII, cuando, ante todo, se lo leyó como un libro de burlas, para ir decayendo a lo largo de esa centuria y reaparecer en citas y ediciones ya avanzado el siglo XVIII, cuando se lo consideró como obra canónica (Icaza, 1918; Montero, 1992). Quizá esto explique la fortuna de las ediciones americanas de la novela, que se hicieron esperar hasta bien entrado el siglo XIX. La primera de todas ve la luz en México, en 1833. A partir de esa fecha varias se suceden en forma casi ininterrumpida en esa ciudad; en la chilena Valparaíso se realiza una edición abreviada en 1863, mientras que en 1880 sale en Montevideo el primer *Quijote* de América del Sur, por más que la edición argentina —publicada en la ciudad de La Plata en 1904— ostente en su portadilla la inscripción "Primera edición sudamericana". Hasta 1930 la anterior era desconocida.[4]

Como sea, Cervantes no fue un escritor imitado en América, como sí lo fueron, por ejemplo, Góngora o Quevedo. Sin embargo, se han señalado referencias y hasta reminiscencias claras en el siglo XIX, como en *La Quijotita y su*

prima (1818-1819), del mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), que no es una imitación, sino una novela de costumbres que pinta el ambiente colonial de comienzos del siglo XVIII. Uno de los personajes de esta novela justifica la elección del nombre de la protagonista: "Don Quijote era un loco y doña Pomposa es otra loca. Don Quijote tenía lúcidos intervalos en los que se explicaba bellamente, no tocándole sobre caballería. Doña Pomposa tiene los suyos, en los que no desagrada su conversación; pero delira en tocándole sobre puntos de amor y de hermosura [...] don Quijote... pero ya habré cansado vuestra atención, serenísimo congreso, con tanto quijotear".[5]

También pertenece al género costumbrista *El cristiano errante* (1845-1847), del escritor y polemista guatemalteco Antonio José Irisarri (1786-1868), pero sólo en el ecuatoriano Juan Montalvo (1833-1889) el concepto de "imitación" se reformula a partir de una conciencia estética que permite novedosas interpretaciones y posibilidades.

2. LA APROPIACIÓN AMERICANA

Aunque no sea el primer texto que se ocupe de *Don Quijote de La Mancha* en Hispanoamérica, los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes,* de Montalvo, es la obra puente o, si se quiere, el punto de partida para rehacer el itinerario del encuentro con la obra cervantina en América. Cervantes despertó en el siglo XIX el interés de críticos y gramáticos como Andrés Bello,[6] Amenodoro Urdaneta (1877), Adolfo Saldías (1893) y Rufino José Cuervo,[7] por mencionar los más notorios. Pero Montalvo fue el primero en la ambición de apropiarse del modelo y captar el tono cervantino, en buena medida imitándolo. En 1882 da a conocer sus *Siete tratados,* el último de los cuales —"El buscapié"—[8] servirá como "Prólogo" a *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. Ensayo de imitación de un libro inimitable,* el cual, pese a los esfuerzos del autor, sólo será publicado en forma póstuma en París, en 1905 (Pérez, 1991: 381). Es posible que la permanente reescritura a la que sometió su texto, así como los intentos denodados por publicarlo, reflejen la alta estima que Montalvo tenía de esa obra suya, a la que llamaba "*mi* Quijote" (cit. en Pérez, 1991:381).

Cada época pone el énfasis en uno u otro aspecto de la realidad y lee los textos recibidos por la tradición de acuerdo a sus inquietudes y obsesiones. Aun a pesar de la hermenéutica positivista, nace en el siglo XIX la tendencia a encontrar en el libro de Cervantes símbolos trascendentes, en especial el reflejo de una dualidad humana eterna, encarnada en don Quijote y en Sancho como opuestos complementarios. También así lo lee Montalvo, como manifestación de "los dos polos del hombre": para él don Quijote y Sancho representan "el espíritu y los sentidos, el pensamiento y la materia" (Montalvo, 1930: VII-IX). De ese modo participa de una visión "moderna" del Quijote inaugurada con el romanticismo, la

4 El hallazgo de esta rara edición de 1880 correspondió al uruguayo Arturo Xalambrí, quien atesoró una importante biblioteca cervantina, según consta en un folleto publicado en Madrid en 1930 con un apéndice en el que detalla la forma y el estado en que encontró el ejemplar. El *Quijote* uruguayo fue publicado en entregas, sin encuadernar, por el periódico *La Colonia Española* como regalo para sus suscriptores, por lo que Xalambrí estima que la edición no pasaría de los quinientos ejemplares (Báig Baños, 1934:11). En la actualidad la biblioteca cervantina de Xalambrí está en poder de la Universidad de Montevideo, aunque, a juzgar por el catálogo editado en 2001, no se conservan los seiscientos libros cervantinos que se expusieron en 1947, en vida del bibliófilo, según se notifica en el Nº 1 de la revista *Escritura,* Montevideo, 1947. (Véase *La belleza de la biblioteca. La recepción de Cervantes en Uruguay a través de Arturo Xalambrí,* Montevideo, Museo de Artes Decorativas Palacio Taranco / Universidad de Montevideo, 2001).

5 Según Icaza, esta es la primera mención literaria al *Quijote* de Hispanoamérica (Icaza, 1918: 120). Sin embargo, como se ha dicho, son anteriores las *Observaciones sobre agricultura,* de Pérez Castellano, de 1813, aunque publicado en 1848, a más de treinta años de la muerte del autor.

6 Amén de la confesada admiración juvenil por Cervantes, Bello documenta su conocimiento del autor, en especial del *Quijote,* en sus trabajos sobre gramática de la lengua. Véase, a modo de ejemplo, en su vasta obra: "Análisis ideológico de los tiempos de la conjugación castellana" (1841), en Andrés Bello, *Obra literaria* (selec. y pról. de Pedro Grases), Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.

7 Cuervo editó y prologó —probablemente en 1907— *Cinco novelas ejemplares* de Cervantes (Estrasburgo, Heitz & Mündel). Otras referencias a Cervantes se encuentran en *Apuntaciones críticas al lenguaje bogotano* y en el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana,* iniciado en 1872 por el lingüista colombiano, y continuado y culminado por el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá.

8 "El buscapié" es un opúsculo apócrifo, atribuido a Cervantes como defensa de la primera parte del *Quijote.* Adolfo de Castro lo publicó en 1848, con notas históricas, críticas y bibliográficas (Cádiz, Imprenta Librería i Lit. de la *Revista Médica,* 1848).

que consolidó la superación de los tipos cómicos y la mera parodia. Es probable que de la *Filosofía del arte,* de Schelling, arranque la dicotomía entre lo trascendente y lo empírico epitomizada en el *Quijote*. De acuerdo a esta concepción, los personajes son funcionales a la idea de la lucha eterna del espíritu entre el ideal y el pueblo. Schlegel y Heine tenderán a expandir esas interpretaciones históricas, e igual suerte tendrán los elogios de Hegel al *Quijote* como modelo de obra artística, cuya acción se basa en oposiciones y permite la libertad de un personaje con independencia de la sociedad (Menéndez Pelayo, 1943: 201; Rodríguez, 2003). O la importancia que al humor cervantino dieron Richter y Schopenhauer, como procedimiento elevado para poner en evidencia las antítesis de la vida. En adelante, y por esos carriles de significación, comienzan los personajes a adquirir categoría de símbolos.

Nada puede extrañar, entonces, que Montalvo participe de la concepción romántica de don Quijote tanto como héroe trágico que se esconde tras cómicas desventuras, cuanto en un sentido de la obra inteligible sólo para algunos, según el cual el Quijote es el símbolo del hombre: "Don Quijote es una dualidad; la epopeya cómica donde se mueve esta figura singular tiene dos aspectos: el uno visible para todos; el otro, emblema de un misterio, no está al alcance del vulgo, sino de los lectores perspicaces y contemplativos que, rastreando por todas partes la esencia de las cosas, van a dar con las lágrimas anexas a la naturaleza humana guiados hasta por la risa" (Montalvo, 1930: VI).

No faltan en las páginas críticas de Montalvo consideraciones estéticas que, en este caso, están muy ligadas a la ética. La valoración sobre la obra admirada y monumentalizada del pasado arroja luz sobre su propia poética, y esta implicancia se extrema si se tiene en cuenta hasta dónde Montalvo quiere *impregnarse* de Cervantes, escribir una continuación. Escribir, en fin, su propio *Quijote.* Consciente o inconscientemente elige un Cervantes que coincida con sus propios objetivos: el propósito moral, el uso de la pluma como arma de combate, el afán reformador, quizá más quijotesco que cervantino conforme a la inclinación de su temperamento, también afín a Larra. Aunque el autor americano es muy explícito respecto a algunos propósitos de los *Capítulos...,* deja que la crítica a la sociedad contemporánea se lea entrelíneas, aunque a un lector de su época le resultara clara la sátira sobre la política y los hombres de su país. Montalvo prefiere el humor que roza la ironía, y conforme a eso afirma que "la espada de Cervantes fue la risa". Lee el *Quijote* pasando por encima de su triunfo sobre las novelas de caballería, al fin en el plano estético, para quedarse con la derrota que la letra es capaz de infligir en la realidad social, su eficacia en el plano ético que consideraba superior: "El triunfo de Cervantes fue la sátira boyante, el golpe tan acertado, que la enorme locura de ese siglo, herida en el corazón, quedó muerta" (Montalvo, 1930: XIV y CXVII).

En el capítulo IV de "El buscapié" trata Montalvo de la imitación, motivo que le sirve para problematizar la posibilidad de una cultura americana original. Sin cuestionar el eurocentrismo ni la idea de la cultura americana como copia o reflejo, sugiere, con falsa modestia, que el único aporte posible es escribir un *Quijote* para los americanos: "Lo que no les fue dable a los mayores ingenios españoles, ¿ha de alcanzar un semibárbaro del Nuevo Mundo? Sírvale de excusa la ignorancia, abónele el atrevimiento, que suele ser prenda o vicio inherente al hombre poco civilizado" (Montalvo, 1930: XXIV).

Ironizando sobre el problema de la americanidad como una hispanidad de segundo orden o, dicho de otro modo, el de una cultura mestiza que carece de carta de ciudadanía para parangonarse con la europea, Montalvo intenta afirmar la legitimidad del escritor americano a la par que reconoce válidos los modelos de una tradición castiza que entiende vigentes y aun dignos de emulación. Así, propone como una osadía la imitación de Cervantes: "Si él llegare a caer por aventura en manos de algún culto español, queda advertido este europeo que hemos escrito un *Quijote* para la América española, y de ningún modo para España" (Montalvo, 1930: CXVIII).

Cervantes le proporciona el tono y la inspiración, así como la procura de un idioma que busca preservar y limpiar de barbarismos,

pero los hechos que se narran se fundan en acontecimientos del presente que, aunque pudieron haber ocurrido en escenario americano, han sido trasladados al ámbito arcaico y español del original, para cumplir cabalmente el propósito de la *recreación.*[9] En la nota introductoria de la edición de 1930 el editor afirma que en la lectura de los *Capítulos*... es posible encontrar "no sé qué airecillo de sierra ecuatoriana". Es claro que la fuente no es otra que la real y cotidiana, otra forma de fidelidad a Cervantes: "... las escenas [...] no son casos ficticios ni ocurrencias no avenidas; más antes acontecimientos reales y positivos en su totalidad. [...]. Muchas escenas puestas en tono caballeresco son las comunes y diarias, sin otra dificultad para componer de ellas un paso fabuloso que echarle a la historia cortapisas y arrequives con sabor a antigüedad y caballería (Montalvo, 1930: CXIV)".

Cuando escribe estas páginas, ya se había empleado algo de tinta en la posibilidad de una cultura americana original. Piénsese en los casos vigorosos de Sarmiento y de Bello. Si bien el primero abogó por la europeización de la Argentina y el imperio de la "civilización" frente a la "barbarie" del mestizo, defendió una forma de escritura diferencial del escritor americano, no atada a casticismos. Conocida es la aspiración de Bello a una cultura hispanoamericana independiente, dentro de la órbita de la gran comunidad del castellano, y habitual el reconocimiento de su silva *A la agricultura de la zona tórrida* como un grito de independencia en el campo poético. Conocedor de estos precedentes, Montalvo se inclina más bien, como liberal universalista, a la apertura de los americanos a los modelos de ilustración que tienen que venir de Europa, pero a los que se debe inyectar —siguiendo una impronta hegeliana— una savia nueva, la fuerza de los pueblos jóvenes, rústicos, pero fecundos:

> La naturaleza prodiga al semibárbaro ciertos bienes que al hombre en extremo civilizado no da sino con mano escasa. La sensibilidad es suma en nuestros pueblos jóvenes, los cuales, por lo que es imaginación, superan a los envejecidos en la ciencia y la cultura. El espectáculo de las montañas que corren a lo largo del horizonte; [...] los nevados estupendos que se levantan en la cordillera [...] estas cosas infunden en el corazón del hijo de la naturaleza ese amor compuesto de mil sensaciones rústicas, fuente donde hierve la poesía que endiosa a las razas que nacen para lo grande. El pecho de un bárbaro dotado de inteligencia inculta, pero fuerte, de sensibilidad tempestuosa, es como el océano en cuyas entrañas se mueven desacompasadamente y se agitan en desorden esos monstruos que temen al sol y huyen de él. (Montalvo, 1930: XLII).

No es ajeno a Montalvo el problema del lenguaje, ante el que adopta una posición conservadora, entendiendo que la lengua estándar es la de Castilla. Su manifiesta preocupación frente a la primacía de la literatura francesa y lo que estima pésima influencia del francés, que permea aun inconscientemente a los escritores hispanoamericanos, lo hace volver a Cervantes. Ya se dijo, aun en los *Capítulos...* Montalvo no deja de opinar e intervenir en las cuestiones que atañen al presente, y se manifiesta sobre la importancia de la traducción de obras francesas al español. Coincide, en el punto, con las ideas de Larra sobre un arte que eduque a las masas, asunto tan urgente en Hispanoamérica como en la España de entonces. Debe traducirse mucho, pero con un criterio didáctico y constructor de una alta cultura que ilumine y no embrutezca al pueblo. De ahí que sostenga la urgencia de traducir a los clásicos y no "cien romancillos franceses en los cuales el escritor les cuenta los bajos a sus heroínas, sin descuidarse de advertirnos si tienen buena o mala pierna [...]. Que son la vergüenza de la España moderna, la vergüenza de la América hispana [...]. Traducidnos la *Enciclopedia,* por Dios" (Montalvo, 1930, CXXV).

9 Hubo otros escritores americanos que se dedicaron a escribir continuaciones de las aventuras quijotescas *ambientadas en América.* Hasta donde sabemos, en el siglo XIX puede mencionarse al venezolano Luis Otero y Pimentel, *Semblanzas caballerescas o las nuevas aventuras de Don Quijote de La Mancha,* 1886. En el siglo XX, las novelas de los también venezolanos Mario Briceño Iragorry *(El caballo de Ledesma,* 1942) y Pedro Pablo Paredes *(Leyendas del Quijote.* Mérida, Universidad de Los Andes, Ediciones del Rectorado, 1976). Recientemente, han aparecido dos libros del mismo autor que, a medio camino entre la ficción y el ensayo, también ofrecen nuevas aventuras del hidalgo: Marcelo Estefanell, *Don Quijote a la cancha,* Montevideo, 2003 y *El retorno de don Quijote, caballero de los galgos,* Buenos Aires, 2004.

La incorporación sin digerir de todo producto que venga de Francia tiene sus efectos morales o, más bien, desperdicia la capacidad educativa que tiene la letra impresa. Pero, además, cree que el abuso de galicismos deforma la pureza de la lengua, cuestión que argumenta para luego relativizar como ejercicio de esgrima que le permita, al fin, arribar a una apología de las prácticas de lenguaje propias de Hispanoamérica, en el sentido que el mejor decir es el de la expresión directa, sin remilgos afrancesados, que nace del contacto directo con la vida: "No hay gusto que se iguale con llamarle vieja a una vieja, negro a un negro, pícaro a un pícaro: si hay satisfacción comparable con esta, es la de llamarle vieja a una presumida que las da de joven; cholo, roto o lépero a un Capoche por cuyas venas corre sangre de Benavides de León o de Zúñigas de Villamanrique".

3. EN 1900: EL RETORNO A ESPAÑA Y LA BÚSQUEDA DE UN MITO

El estudio del *Quijote* en España va a la zaga del interés que adquiere en otros países como Inglaterra y Alemania. Pero a partir del siglo XIX tiene un impulso creciente, aunque predominando, más bien, una inclinación formal y una excursión erudita. Sólo a partir de los trabajos de Juan Valera y de Menéndez y Pelayo el *Quijote* deja de ser, según Francisco Icaza, "un texto gramatical y un almacén de figuras retóricas", para transformarse en "la representación armónica de la vida nacional en su momento de mayor apogeo e inminente decadencia, y la epopeya cómica del género humano, breviario eterno de la risa y de la sensatez" (Icaza, 1918: 128). El paso siguiente lo dará la "generación del 98", que hará del Quijote y el quijotismo verdaderos símbolos nacionales. Carlos M. Gutiérrez conecta este proceso con tendencias que venían creciendo en otros países europeos, como la búsqueda de poetas nacionales y el gusto por lo simbólico y esotérico. El crítico encuentra, entre las dos últimas décadas del siglo XIX y el primer lustro del XX, la oposición entre un "cervantismo intrínseco" y otro "extrínseco". Mientras el primero "aspira a leer la obra desde su propia lógica o, en última instancia, desde la lógica de la filología positivista académica", el segundo "se decanta por volver a mezclar desde el simbolismo y desde una cierta hermenéutica a priori todos esos dominios (ciencia, moral, arte) que la modernidad pretendía separar". Esta lectura extrínseca fortalecerá la interpretación del *Quijote* como mito adaptable a la España finisecular. Mil novecientos cinco —el centenario del *Quijote* en el pasado siglo— será el ápice en el que la obra deviene en "capital cultural simbólico" por excelencia, siguiendo los conceptos de Pierre Bourdieu, y se traslada su campo de significación fuera de los márgenes de la esfera artística (Gutiérrez, 1999: 113). En acuerdo con esta perspectiva, el cervantismo extrínseco significaría un hiato en el proyecto de separación de las esferas artística y política que intentaría cumplir la modernidad.

Las interpretaciones ideológicas del *Quijote,* que se acomodarían a lo que Gutiérrez llama "cervantismo extrínseco" pronto fueron, para algunos, un desvío. En 1918, Alfonso Reyes (1889-1959) comenta un libro de A. Suarès sobre Cervantes, al que le señala desaciertos y "consideraciones de actualidad política que caen fuera de nuestro campo", apartándose de la interpretación ideologizada de los textos. Adviértase, de paso, el tenor de la salvedad: "No se debe juzgar a Suarès por este ensayo aislado, que es, en todo caso, un testimonio elocuente de amor a España" (Reyes, 1948: 129). Las mismas consideraciones e indulgencias correrían para los hispanoamericanos que amaban España. También en 1918, Icaza habla peyorativamente de las lecturas "al margen del *Quijote*", tomando la frase de Unamuno, considerando inapropiadas las libres interpretaciones y sugerencias que despierta la novela en el propio Unamuno y en Ortega y Gasset.

Mientras tanto, en la Hispanoamérica del novecientos, la lectura del *Quijote* considerada autónomamente se veía resentida por los contextos que la realidad imponía. En el umbral del siglo XX, la mirada de los intelectuales hispanoamericanos hacia España empieza a transformarse respondiendo a un común fenómeno ideológico, estético y de "sensibilidad". La búsqueda de las raíces latinas, en particular hispánicas, fue la respuesta de una

G. Doré
H. PISAN

minoría intelectual a la amenazante ofensiva norteamericana sobre el sur del continente y al creciente prestigio del modelo nórdico en las clases dirigentes de América del Sur. La guerra de Cuba y la adquisición del canal de Panamá en 1903 consolidaban la doctrina Monroe, y aunque la creación de organizaciones "panamericanas" difundía la idea de naciones libres e iguales, en la práctica eran menos iguales las repúblicas de Centroamérica, para las cuales Roosevelt justificaba la *política del big stick.* En este contexto debe situarse lo que Halperin Donghi llama el "retorno afectuoso hacia el pasado español" que, aunque puede funcionar como legítima aspiración para las artes y la cultura, "no puede servir de punto de partida para un alineamiento internacional políticamente eficaz" (Halperin, 1969: 295). La animadversión a la América sajona de un sector de las elites ilustradas a comienzos del siglo XX era una reacción temerosa por las consecuencias de las innovaciones que las propias minorías dirigentes habían contribuido a introducir. Halperin distingue una resistencia "revolucionaria" de otra conservadora, esta última "defensora en los hechos de los lazos establecidos con otras potencias hegemónicas a lo largo del siglo XIX".

Escritos de José Martí, Rubén Darío y José Enrique Rodó sirven para ilustrar, con distintos matices, la crítica antinorteamericana de esos días. Si el primero debió tomar también una distancia imperiosa de España, los otros dos están muy lejos de representar opciones "revolucionarias", en el sentido que le da Halperin. La desconfianza de Rodó por los Estados Unidos tiene que ver con un pensamiento elitista, la manifestación del horror a la masificación y mercantilización de la sociedad, a la democracia que nivela hacia abajo y pone en peligro "la selección de las clases dirigentes y la nobleza con que obliga la tradición".[10] Por otra parte, esta disyuntiva, era el eco de polémicas europeas que en Hispanoamérica se cargaban de otros significados por el contexto político y la necesidad de construir imaginarios nacionales (Ramos, 1989). Lily Litvak detectó en el último tercio del siglo XIX el origen de la polémica europea sobre la superioridad de las razas que se extremaba en el enfrentamiento de latinos con anglosajones y germánicos (Litvak, 1980:12). La teoría de la "decadencia latina" parecía confirmarse por las derrotas militares y políticas que sufrieran Francia y España frente a Alemania y Estados Unidos en las postrimerías de esa centuria. Al mismo tiempo, comienzan a surgir voces que propician la agrupación de los países europeos sobre bases culturales, lingüísticas o raciales comunes, entre las que el panlatinismo ensaya respuestas en la historia común sobre la "decadencia" de Occidente, confiando en la superioridad espiritual de la tradición latina para resistir a la creciente supremacía militar y económica anglosajona. Entre muchos escritos sobre el tema en España e Hispanoamérica, la figura del Quijote se vuelve icono recurrente para ilustrar la "raza" hispana. Por ejemplo, Joaquín Costa consideraba la necesidad de "una raza española grande y poderosa, contrapuesta a la raza sajona, para establecer un equilibrio moral en el juego infinito de la historia... [que] al lado del Sancho británico... se irguiese puro, luminoso, soñador, el Quijote español" (cit. en Litvak, 1980: 64).

Aunque el personaje de Cervantes ha funcionado con bastante movilidad simbólica, puede proponerse que en la zona de cruce de los siglos XIX y XX alcanza la categoría de *mito* que expresa a la raza, en la crítica hispana. Esto se refuerza por la consolidación de las lecturas románticas convertidas en hegemónicas al servicio de la emergencia histórica. De mito que ofrece una respuesta existencial sobre el destino humano pasa a transformarse en un mito de carácter más bien político que será útil para dar respuesta a la encrucijada de decadencia histórica de la cultura hispánica y sus estrategias para hacer frente al creciente embate del pragmatismo anglosajón. Claro que no se llega a esto sino después de un complejo proceso de interpretación de alcances europeos, universalizado por el triunfo de las categorías del trascendentalismo alemán, cuestión que problematizó Juan Carlos Rodríguez, demostrando que la dicotomía Quijote / Sancho utilizada para representar la polaridad

10 En "Rumbos Nuevos", de *El mirador de Próspero. Obras completas,* Madrid, Editorial Aguilar, 1967, p. 520.

espiritualismo / materialismo ha funcionado tanto en favor de los intereses de la burguesía como para su conciliación (Rodríguez, 2003).

En 1928, el marxista José Carlos Mariátegui desarmaba estos paradigmas que tanto habían circulado para conformar una idea de nación al servicio de las clases dirigentes, rearticulando también la trama de los vínculos con España:

> Hispano-América, Latino-América, como se prefiera, no encontrará su unidad en el orden burgués. Este orden nos divide, forzosamente, en pequeños nacionalismos [...]. ¿Qué puede acercarnos a la España de Primo de Rivera? En cambio, ¡qué cerca estaremos siempre de la España de Unamuno, de la España revolucionaria, agónica, eternamente joven y nueva! A Norte América sajona le toca coronar y cerrar la civilización capitalista. El porvenir de la América Latina es socialista.

Desde esa perspectiva, ningún lugar tenía el concepto de "raza hispana", puesto que la única unidad se jugaba en el terreno de las ideas, lo que inauguraba una nueva conciencia de Hispanoamérica o Latinoamérica, basada en las condiciones económicas de subdesarrollo, explotación y dependencia cultural con las metrópoli: "Que conste, que no hablo en homenaje a la Fiesta de la Raza. No me adhiero a celebraciones municipales ni al concepto mismo de nuestra latinidad. ¡Latinos, nosotros!". (Mariátegui, 1982: 487).

4. EL QUIJOTISMO COMO IDEAL ESPIRITUAL

El tercer centenario del *Quijote* en 1905, mirado desde Hispanoamérica se enmarca en esa tendencia de acercamiento a España y recuperación de su legado cultural. En ese marco deben entenderse los textos de Rodó sobre Cervantes. El entorno del novecientos es una fecha clave para esos regresos ya que, como señaló Arturo Ardao, el siglo XIX en Uruguay había sido casi incuestionablemente antiespañol y el vínculo se retoma a través de Unamuno y la influencia de la *Revista de Occidente* (Ardao, 1968, p. 233).

Unamuno es uno de los ejes a partir del cual la mirada de los escritores americanos empieza a rotar de Francia hacia España. Él mismo crea los lazos para esa recuperación, por sus delicados vínculos con los hispanoamericanos tanto en sus textos críticos como a través de una copiosa correspondencia: "Comprendo y me explico que la juventud americana no venga a buscar agua del pozo de España, que es hoy charca estancada", le escribe al uruguayo Carlos Reyles en 1901 (González, 2001: 175). La emergencia de un pensamiento crítico en la España del 98 y la capacidad de interrogarse sobre lo español tienden puentes, en un momento en que los escritores hispanoamericanos se interrogaban —apremiados por la potencia anglosajona en lo internacional y la necesidad local de construir "literaturas nacionales"—, acerca de su identidad cultural y de su pertenencia o invención de una tradición. El repliegue del pensamiento español sobre sí mismo y el debate sobre el destino nacional, si bien tenía otro origen distinto al de los conflictos que afligían a Hispanoamérica, tenía puntos de contacto. No obstante, los intelectuales del Nuevo Mundo se enfrentaban una y otra vez a las consecuencias de la dominación española como origen y explicación de muchos problemas. En esto incidían, como se dijo, factores ideológicos de creciente prestigio, y la necesidad de romper con fuerza los lastres coloniales caía con frecuencia en el prejuicio. Lo dijo Henríquez Ureña en 1922: "La historia del dominio español en América no se ha limpiado aún de toda pasión" (Henríquez Ureña, 1960: 187). Y él mismo advirtió, en un breve y juvenil ensayo sobre *Ariel,* que existían problemas comunes y parecidas búsquedas entre las minorías pensantes de España e Hispanoamérica, sobre todo en cuestiones como la educación de las mayorías y en el papel de las minorías, la representación democrática, el progreso técnico y material enfrentado al desarrollo del espíritu o la cultura, aspectos centrales en el debate de la época:

> [Próspero] se dirige a una juventud ideal, la elite de los intelectuales; y en la obra hay escasas alusiones a la imperfección de la vida real en nuestros pueblos. [...]. Su propósito es contribuir a formar un ideal en la clase dirigente, tan necesitada de ellos. El problema de la civilización es idéntico en nuestros pueblos americanos y semejante al problema de la renovación en

> España [...] la mayoría ignorante necesita instrucción y la minoría ilustrada necesita ideales patrios (Henríquez Ureña, 1960: 25).

Unido al tema nacional y en estrecha relación, irrumpe en la España de entresiglos la reflexión en torno al quijotismo como actitud vital que trasciende la obra de Cervantes para transformarse en símbolo de opciones o derroteros colectivos, y el *Quijote* en "el libro de nuestra filosofía nacional", como lo llamó Maeztu, quien, por otra parte, se pronunció en contra de los festejos de 1905 por considerarlos una celebración de la decadencia. Quizá la vinculación del héroe con el "espíritu" de la nación estaba ya prefigurada por la crítica extranjera, en especial la que nace con el idealismo alemán. Lo cierto es que la reflexión en torno a la figura de don Quijote y su significación simbólica, en particular en relación a España, representa toda una línea reflexiva de la "generación del 98" española. Puede encontrarse, como tema central, en Unamuno, Ortega y Gasset, Ángel Ganivet, *Azorín,* Pío Baroja y Ramiro de Maeztu, por lo menos.

En el específico campo intelectual uruguayo del novecientos es la figura de Unamuno y la devoción común a Cervantes, los factores que contribuyen a forjar una nueva visión de lo hispánico. O con el interés que despertaba la España moderna se colaba una nueva posibilidad de entender el *Quijote* que contribuía a consolidar el mito. En carta fechada en octubre de 1903 al escritor uruguayo Alberto Nin Frías, Unamuno narra la génesis de su *Vida de don Quijote y Sancho:*

> El caso es que hará cosa de dos meses cogí un día el *Quijote* y una cuartilla de papel, encabezando ésta así: "La vida de D. Quijote y Sancho, según Miguel de Cervantes, explicada y comentada por M. de U.". Abrí aquél, y empezando por su primera línea fui entretejiendo con sus pasos y pensamientos culminantes mis libres meditaciones, y trabajando en ello a diario, y hasta cinco horas algún día, he terminado mi labor, que redondeo ahora. Me ha resultado una filosofía y más bien una teología a la española, a la genuina española.[11]

Además de este estímulo, es seguro que los uruguayos estaban familiarizados, directa o indirectamente, con las opiniones románticas acerca del *Quijote,* por lo menos de Schlegel, Coleridge, Heine, Walter Scott y Sainte-Beuve. A efectos de situar la postura de Rodó e intentar mostrar sus puntos de contacto con otros escritores de la época, puede elegirse, como cualquier otra perspectiva, la de confrontar su forma de acudir al *Quijote* con la de otro escritor uruguayo representativo del romanticismo tardío, Juan Zorrilla de San Martín. Las coincidencias —como ocurre a lo largo de todo este trabajo— sirven también para marcar los límites del pensamiento individual y trazar líneas que atraviesan una época determinando patrones de lectura.

Zorrilla y Rodó coinciden en el ideal de pureza lingüística y literaria de corte castizo y en cierta forma de hispanismo, a pesar de responder a distintos sistemas filosóficos: Zorrilla desde el espiritualismo católico, Rodó desde el idealismo laico. El interés del personaje cervantino se reactiva en ambos a la hora de teorizar sobre nociones como el ideal, la voluntad, la reafirmación de una noción de cultura y de lengua.

La opinión de Rodó sobre Cervantes y su obra se liga siempre a la idea de la construcción de una identidad hispanoamericana, la renovación del "pacto" con España y la tradición cultural grecolatina, presentes en toda su obra. En un artículo de 1915, el autor de *Ariel* se adelanta al centenario de la muerte de Cervantes y procura el rescate fuera de la "pompa oficial" y desde "esta América nuestra" (Rodó, 1967: 1.210). Porque el homenaje debe ser una "obligación americana" de amor filial, que es expresión de la conciencia "de una continuidad histórica y de un abolengo [...] que no tienen representación más cabal que la del idioma". Por un lado, la lengua y su más alta expresión, la literatura, afianza el sentido de pertenencia a una comunidad cultural. Por otro lado, se filtra una revalorización de la conquista española, que es también una reivindicación de "nuestro" europeísmo. Aceptar la raíz española

11 Citado por A. Ardao, *Etapas de la inteligencia uruguaya,* Montevideo, Universidad de la República, 1968, pp. 235-236.

es la mejor forma de participar con derecho propio del legado cultural de Occidente. De este modo, Cervantes representa el espíritu renacentista de la conquista, y la muerte del vetusto ideal caballeresco dará lugar a otro tipo de heroísmo, el de Hernán Cortés y Francisco Pizarro. Con esa positiva valoración del proceso colonizador, restaurados los vínculos que había quebrado la revolución independentista, lectura con la que comulga Zorrilla de San Martín, va a propiciar la construcción de América como largo apéndice de lo europeo: "América nació para que muriese don Quijote o, mejor, para hacerle renacer entero de razón y de fuerzas, incorporando a su valor magnánimo y a su imaginación heroica el objetivo real" (Rodó, 1967: I.210).

Parecidas crisis suscitaba en la generación del 98 la reflexión en torno a lo español, su crítica y sus aspiraciones regeneracionistas y, también la figura de don Quijote era un símbolo en torno al cual era posible anudar explicaciones. Del otro lado del Atlántico, Ganivet atribuía "a la conquista de América, [...] la ruina nacional"[12]. En *Vida de don Quijote y Sancho* (1905), Unamuno cuestiona los lugares comunes a la hora de explicar la esencia española —que ya estaban presentes en su libro *En torno al casticismo* (1895)— y propone el "culto al quijotismo como religión nacional". Unos a favor, otros en contra, como Ganivet —imbuidos del espíritu de la famosa frase de Lord Byron, para quien el *Quijote*, "fue un gran libro que mató a un gran pueblo"—, casi todos preocupados por encontrar en este la filosofía de la nación. Esas mismas preocupaciones rondan en Uruguay los escritos sobre Cervantes del joven Nin Frías y del maduro Rodó. El motivo quijotesco es una excusa para interrogarse sobre deudas, dependencias y autonomías culturales. Los dos coinciden en la búsqueda de un porvenir, de un destino en el ruedo universal. La oposición rodoniana entre pragmatismo yanqui e idealismo de cuño hispánico, es también tomada por Nin, un discípulo algo díscolo, quien disuelve la contradicción abogando por una síntesis de las dos tendencias para sacar adelante las naciones modernas. Nin había publicado en 1900, cuando tenía veintiún años, un ingenuo opúsculo en el que proponía la fundación de una sociedad cervantina internacional y hasta la creación de una ciudad con el nombre de Cervantes, cuyo territorio fuera común a toda Hispanoamérica. Destacan, entre sus propósitos, el de "servir a la raza" y el de "levantar entre nosotros el genio de España" (Nin Frías, 1900: 3).

Para Rodó, don Quijote representa el idealismo puro, la superación de un "ideal moribundo" para dar paso a nuevas formas de espiritualidad y de heroísmo: "Al figurar una viva oposición de ideales [Cervantes] dejó escrita en ese libro la epopeya de la civilización española". En cambio, para Nin Frías, la derrota del quijotismo se entiende como la crítica al idealismo estéril que América ha heredado de España y que el espíritu moderno, ya anticipado por Cervantes en la conjunción complementaria entre don Quijote y Sancho —pragmatismo *versus* idealismo—, debe superar.

También es posible verificar la lectura "ideológica" que Rodó hace del *Quijote*, gracias a los apuntes de clase que tomó un alumno suyo en la Universidad de Montevideo en 1903. De acuerdo a este testimonio, se valora en el *Quijote* "un mérito de carácter superior [...] en la personificación de dos tendencias que, desde que el mundo es tal, se han encontrado en todos los pueblos". La interpretación simbólica, influida por las lecturas románticas, se basaría en que el caballero representa "la tendencia generosa, desinteresada, la que nos impele a perseguir un ideal, a prestar servicios a nuestros semejantes", mientras que Sancho, "un labrador vulgar y grosero, de carácter positivo y sensual", pone de manifiesto "la tendencia interesada, la que nos hace buscar la prosperidad material, el lucro". Esta dicotomía entre las actividades nobles del espíritu y las finalidades materiales y pragmáticas de la vida humana, significan una reformulación de la polaridad presente en *Ariel* y se conectan con los "modelos *míticos*" que venimos considerando (Ariel y Calibán). Así Rodó se anexa a lo que algunos españoles proponían sobre el

12 La opinión corresponde a *Azorín* (1949: 25).

Quijote en la primera década del siglo XX, pero se salva de la repetición problematizando la complejidad de Cervantes, quien "nos aconseja buscar y tener la generosidad, el idealismo de don Quijote, unidos al buen sentido práctico de Sancho, sin la insensatez de aquel ni la grosería de este" (en González, 2001).

Nada de esto tiene lugar en los escritos de Zorrilla de San Martín sobre el *Quijote:* un pasaje de su ensayo "Huerto cerrado" y una carta que le dirigiera a Unamuno comentado su *Vida de don Quijote y Sancho* (Visca, 1955). Sus reflexiones siguen el derrotero de los valores morales, la persecución del ideal y del amor. Pero no hay una explícita reafirmación de la lengua ni reivindicación de una tradición, porque en Zorrilla esto no representa un conflicto. Lejos está del escepticismo noventayochista o de la crisis espiritual del modernismo hispanoamericano y, más aun, porque su formación es tan genuinamente jesuita como española, de manera que llega a Cervantes por derecho de linaje, sin complejos: "Soy tan devoto como Ud. de don Quijote. Sobre mi mesa de luz tengo dos libros amigos: [...] la *Imitación de Cristo y Don Quijote",* dice en una carta a Unamuno. Sus lecturas no revelan una contradicción ni una necesidad de acercamiento entre lo español y lo americano, porque para él las dos culturas forman una solución de continuidad casi natural. Su obra más célebre, el *Tabaré* (1888), epopeya del indio imposible de ojos azules, que tanto gustara a Unamuno, es la representación poética e ideológica de esa mixtura. Formalmente, *Tabaré* consuma la perfecta asimilación de la tradición lírica hispánica, pese a sus vocablos guaraníes. Y era, también, el tipo de literatura que los europeos querían leer de plumas americanas, porque en opinión de Unamuno los españoles reclaman a los americanos que sean americanos, es decir, como ellos creen que debe ser el pensamiento y la literatura de estas tierras: "Aún sus raíces, que crecen en busca del suelo, no han dado con el suelo nativo; me resulta una literatura de esplendentes hojas que se bañan al sol del pensamiento cosmopolita, pero con las raíces al aire" (carta a Reyes, en González, 2001: 276).

Por su parte, el autor del *Tabaré* encuentra coincidencias entre sus preocupaciones y las que asoman en la *Vida de don Quijote y Sancho:* "Yo he hecho mentalmente muchas veces ese mismo libro, sin duda alguna; en sentido contrario algunas veces, en idéntico sentido otras, con mucho menos mérito ético y estético siempre, pero con el mismo genio, con el mismo calor de sangre humana, con el mismo espíritu de fe, de esperanza y de caridad" (Visca, 1955: 28-29).

Después de la Guerra de 1914, Zorrilla comienza a escribir una serie de ensayos sobre la filiación hispánica de los pueblos americanos, reivindicando el "panhispanismo" y la idea de la raza, tomada ésta en su acepción etimológica de *"radix, raíz",* aunque afirmando la existencia de una identidad nacional uruguaya (Zorrilla, 1945: 192). En esa oportunidad, dedica un capítulo a la contraposición entre la América hispana y la anglosajona, recurriendo a la dicotomía "Ariel y Calibán americanos". Si bien deja lugar al relativismo y la duda, acepta "ese idealismo que Rodó adjudica a la raza española" (Zorrilla, 1945: 38). En *Motivos de Proteo* (1909), Rodó había planteado la paradoja cervantina de una "locura razonable y [una] sublime cordura".[13] El delirio caballeresco es un objetivo tan válido como la tardía propuesta pastoril de don Quijote a Sancho, porque es sólo una nueva forma de que se reviste el idealismo. Y lo verdaderamente importante es que tenga el hombre algo superior a que aspirar, por encima de las "bajas realidades de este mundo". Rodó vierte allí su prédica pedagógica en favor del ideal espiritual, reivindicando la condición soñadora del personaje y su voluntarismo enraizado más allá de la utilidad, que permite sobreponerse al fracaso. Ese don Quijote vencido "busca la manera de dar a su existencia nueva sazón ideal. Convierte el castigo de su vencimiento en proporción de gustar una poesía y una hermosura nuevas. Propende desde aquel punto a la idealidad de la quietud, como hasta entonces había propendido a la idealidad de la acción y a la aventura".

Por eso, la preocupación de Rodó por el creciente materialismo de la sociedad moderna, del mismo modo que la mirada cristiana de

13 "Don Quijote vencido", en *Motivos de Proteo* (Rodó, 1967: 318).

Zorrilla, permiten tomar el personaje de don Quijote como símbolo positivo de las mejores aspiraciones humanas, casi en la línea del misticismo quijotesco de Unamuno. *Don Quijote* se imponía, también, como perfección de la lengua y del estilo, máximo representante de lo español, en un momento en que los intelectuales uruguayos precisaban referentes tradicionales que dieran solidez a la idea de nación ilustrada, por oposición a formas artísticas "no cultas" que pudieran incorporar la lengua gauchesca o el "cocoliche" inmigrante. Sólo así podía erigirse un modelo "civilizado" que contrarrestara el avance de la cultura masificada y barata.

5. HACIA EL UNIVERSALISMO O LA ESPECIFICIDAD DE LOS ESTUDIOS LITERARIOS

Amortecidos los fastos del centenario de 1916, las urgencias y las preocupaciones van cambiando a lo largo del XX y otorgando otro tenor a las lecturas críticas del continente. Se tomarán aquí algunas que resultan representativas de esas transformaciones. Es necesario considerar, en primer término, un nombre significativo en la cultura de América, como Alfonso Reyes, quien escribió con elegancia sobre casi todo lo que atañía a la literatura de su tiempo, en particular a la española. Sin embargo, dedicó muy poco al *Quijote*, apenas unas reseñas juveniles sobre libros de crítica y ediciones de Cervantes. Como síntesis de sus opiniones, en general relacionadas en particular con el libro que comenta, puede señalarse la tendencia a recomendar la lectura directa y personal, con cierta desconfianza por las interpretaciones unilaterales, que tratan de seguir "una sola de las intenciones" de Cervantes, así como por los cervantistas y la erudición árida: "La mejor manera de honrar al autor del *Quijote* es no aumentar la secta de cervantistas, sino acrecer el número de los lectores de Cervantes. Los exégetas febriles que le han salido al libro quieren hacernos de él un tratado de metafísica hegeliana. Tampoco conviene preocuparse de los ditirambos excesivos (Reyes, 1948: 128).

Reyes disuena con los abordajes extrínsecos de la obra y recomienda la lectura sin intermediaciones. Esta opinión es coherente con las que había vertido en "Las ediciones de los clásicos", una nota de 1917 en la que se detenía a considerar la necesidad de divulgar a los clásicos en ediciones populares y la inconveniencia —aunque resulte paradójico— de que el público en general se preocupe por problemas de edición al leer una obra clásica, porque implica el prejuicio de considerarlo un texto escolar. "Suponer que aquí pueden quedar las cosas, es suponer que la literatura española clásica no tiene verdadero valor humano" (Reyes, 1948: 77). El propósito del artículo es promover la democratización de la lectura, y de un tipo de lectura, aquella en la que "el lector se entrega inocentemente". La política que hay que seguir respecto a los clásicos —y la opinión puede trasladarse al *Quijote*— no es la de sumar estudios eruditos, sino la de propiciar la lectura familiar como sedimento de una tradición, y eso sólo se logra con ediciones económicas y sencillas. "Aún —sigue Reyes— no han bajado los clásicos al pueblo: que los leen, de preferencia los universitarios o los literatos, los *happy few.* Y para éstos, la lectura del clásico es, a su vez, una lectura aristocrática, excepcional por lo menos: una lectura en que todavía interesa tanto lo que dice el autor como el criterio del erudito" (Reyes, 1948: 77).

En otras ocasiones arriesga algunos comentarios sobre el *Quijote*. Advierte el error de entenderlo como una crítica a la literatura artificiosa y compleja, "como un asalto democrático contra refinamientos ridículos". Al contrario, piensa que Cervantes abomina de la literatura más popular de todas: las novelas de caballería, y comparte en todo los presupuestos "cultos", incluidas las "supersticiones de la preceptiva" de su época (Reyes, 1948: 118). En "Cervantes y el Romancero" (1918) destaca como procedimiento cervantino el "sentimiento de antítesis entre la vida que se vive y la que se quisiera vivir", que lo llevó a escribir "siendo soldado, un libro como *La Galatea;* cuando va a morir, trabaja en una obra llena de ensueños como lo es el *Persiles"* (Reyes, 1948: 123). En síntesis, Reyes se acerca al escritor castellano con devoción de humanista y vocación de universalidad. Está lejos de

suscribir las lecturas míticas finiseculares del *Quijote* en el continente, aunque pudo convivir con ellas, porque estaban aún vigentes en muchos de los textos y discursos en oportunidad del centenario de la muerte de Cervantes, cuando, en 1916, Reyes estrenaba sus armas como escritor y periodista.

En el otro extremo del continente, Ricardo Rojas orienta sus trabajos desde muy joven hacia la especialización en Cervantes. De hecho, publica un estudio pionero sobre la poesía del escritor, hasta entonces poco atendida.[14] Para las conmemoraciones de 1916, recuperó e imprimió el facsímil de la nota en que Cervantes solicita al rey permiso para pasar a las Indias. Se ha dicho —y aprovechado— hasta el cansancio, que la negativa de ese permiso salvó al *Quijote*. Rojas rescata la posibilidad de que la obra misma sea la sustitución de esa aventura deseada: "Al quedarse en España [...] escribió allá, en una cárcel, su *Quijote,* símbolo viviente de la España aventurera" (Rojas, 1935: IX).

Los acercamientos de Rojas a Cervantes se sintetizan en una lectura global de la obra que publica en 1935. Procuran siempre la línea académica y la investigación, pero en el "Prólogo" a este *Cervantes*, deja ver las raíces de una tarea que llevaba ya muchos años, y en la que se compromete una cercanía filial a España que está —sigue estando para esas fechas en los escritores hispanoamericanos— ligada a la construcción de una idea conservadora de patria, que se define por la pureza de un idioma y una "raza". "Este libro es un testimonio de mi antigua devoción por España y por nuestro magnífico idioma. En 1908 peregriné a esa Tierra Santa de la Raza, para conocerla mejor, porque sin España no puede descifrarse este enigma de nuestra América, que aún nos atormenta" (Rojas, 1935: XVI).

Para Rojas la importancia de un mito vivo como el de don Quijote, que encarne en las sociedades y que represente las ideas y el espíritu, asegura la continuidad de una cultura y es adecuado para la identificación de los hombres en esta parte del mundo, sin dejar de ser un modelo de validez universal. La penetración de Rojas indaga, discute, complementa, entre otras cosas, las interrogantes sobre el posible efecto histórico del libro en cuanto causa o consecuencia de la derrota de la España imperial, heroica y caballeresca, línea ya transitada por otros. Sin decirlo, rebate la perspectiva que vio en la novela el espejo de la ruina española. Para él, es la cima del heroísmo, de un heroísmo a la medida de la época inaugurada con el Renacimiento. El *Quijote* es "una verdadera *Ilíada* española y su protagonista un arquetipo de perfección moral", así como Cervantes "es un genio romántico que no cabe en el canon clásico" (Rojas, 1935: 326).

Como Zorrilla de San Martín, Rojas rescata la empresa conquistadora, cuyo heroísmo no ha sido estéril. Para los españoles escépticos, España perdió un imperio; para estos americanos hispanófilos, la grandeza épica sobrevive en la América española; donde toda una línea de escritores ha leído, en el *Quijote*, el libro de una derrota histórica, toda otra línea de americanos ha leído el libro de la filiación hispana. Para unos es la burla del pasado, para otros es el presente y la definición del porvenir: "Se ha dicho del *Quijote* que, siendo el poema más nacional es el más universal. Si España desapareciera, sobreviviría en América y en ese libro. Estos son sus dos más duraderos galardones en la historia" (Rojas, 1935: 328).

Otro es el caso de Pedro Henríquez Ureña, quien, habiendo sido uno de los más importantes hispanistas de América y un devoto del Siglo de Oro, escribió poco sobre Cervantes. Sólo un artículo sobre las *Novelas ejemplares* y una breve nota redactada en Nueva York en el año del tricentenario de la muerte.[15] De cualquier modo, en su obra crítica constan muchas referencias perladas al *Quijote* y a su autor, a lo largo de textos sobre distintos temas y escritos en distintas épocas, lo que revela una lectura y una *presencia* cultural permanentes de uno y de otra. Del mismo modo, la nota sobre el centenario de 1916 permite percibir una frecuentación de la crítica cervantina tradicional y contemporánea, aunque ésta se deslice sin referencias eruditas precisas, como apoyo para una interpretación actualizada de la novela, que

14 Ricardo Rojas, *Poesía de Cervantes,* Buenos Aires, Coni. 1916.
15 "De la nueva interpretación de Cervantes", en *Las novedades,* Nueva York, abril de 1916; *La Nación,* La Habana, mayo de 1916.

se enmarca en reflexiones más amplias sobre el Renacimiento español, tema al que Henríquez Ureña volverá a lo largo de su obra. Como su época, que aborta "las nunca satisfechas ambiciones del Renacimiento", el *Quijote* es una obra "crepuscular y majestuosa" (Henríquez Ureña, 1960: 236-237). Consciente de la variaciones de la crítica a lo largo de los siglos, y de la validez y superposición de esas distintas lecturas, la riqueza del principal libro cervantino nace, entre otras cosas, del complejo cruce histórico en que se produce y de la forma en que preanuncia algunos conflictos del mundo moderno. Calificándolo, también él, como "gran epopeya cómica, como puerta de trágica ironía", el *Quijote* cerraría las "irreales andanzas de la Edad Media [...] y se abre sobre las perspectivas de la edad moderna". La risa superficial es el único comentario posible del prosaísmo moderno de los últimos tres siglos y la actitud del *Quijote* no puede ser otra cosa que una protesta. Las preferencias que dominan la crítica cervantina, desde el Romanticismo hasta el XX, son "el resultado de la protesta surgida en espíritus rebeldes contra la opresión espiritual de la edad moderna". El *Quijote* es víctima de una nueva estructura social, "inesperadamente mezquina". Aunque el dominicano no menciona la posible semejanza con el infortunio del propio Cervantes a causa de esas nuevas formas de desamparo social que produjo la crisis interna de la España posrenacentista, detecta una relación entre el fracaso quijotesco —que resulta, sin embargo, una glorificación moral— y la condena del artista en la posterior sociedad mercantil, ejemplificándolo en figuras como Beethoven o Shelley, "asombrosos casos de choque quijotesco con el ambiente social". Hoy parece sencillo advertir la implicancia entre fenómenos de índole social y una determinada forma de leer un texto literario. O afirmar que en el romanticismo estalla la agudización del conflicto que se produce por el lugar del artista en la sociedad moderna, eliminadas o muy agostadas las posibilidades de mecenazgo, sometido el criterio estético al gusto burgués que dio lugar a la nueva categoría de "público" y transformó la obra en mercancía. La intuición de Henríquez Ureña radica en afirmar que la situación vital del escritor romántico dio lugar a una nueva interpretación que la obra de Cervantes contenía en potencia: "Heine —que comenzó quijotescamente su carrera, renunciando a una enorme fortuna para ser poeta— es uno de los primeros en dar voz a esta nueva interpretación. Con él, y después de él, don Quijote va a ser, no el tipo del idealista 'que no se adapta', sino el símbolo de toda protesta contra las mezquindades innecesarias de la vida social, en nombre de ideales superiores" (Henríquez Ureña, 1960: 237).

Además de los valores literarios, el *Quijote* funciona para este crítico como símbolo contemporáneo compartido o universalizado de acuerdo al sentido prefigurado por Heine. También Sancho se convierte en "modelo" de otros posibles "humildes entusiastas de lo que a medias comprenden pero adivinan magno", aunque no queda claro si se refiere a una zaga de personajes literarios prefigurados por el escudero o a los verdaderos hombres de pueblo que Sancho representaría y dignificaría (Henríquez Ureña, 1960: 237). Aunque la interpretación que Henríquez Ureña hace del mito quijotesco coincide en términos generales con la de Rodó, la superación de la misma radica en que el uruguayo maneja categorías esencialistas de validez universal, en tanto el dominicano las explica de acuerdo a criterios históricos explícitos propios de una era "donde son realizaciones distintivas los códigos y la economía política".

Con los años, siguen en aumento, en el continente, los esfuerzos por independizar el ejercicio crítico de la esfera político-ideológica. El resultado de ese recorrido se observa en el tono de los festejos de otro centenario, el del nacimiento de Cervantes, en 1947. Puede tomarse, para ilustrar el caso, el discurso ofrecido por Rafael Maya en la Academia Colombiana de la Lengua, en el que repasa las distintas posiciones de la crítica histórica del *Quijote*, adoptando un método de análisis que las integra eclécticamente.[16] En primer lugar, Maya, cifra el alcance del *Quijote* en su carácter

16 Para una bibliografía general hasta la fecha de edición, de la crítica cervantina en ese país, consúltese Eduardo Caballero Calderón (edit.), *Cervantes en Colombia*, Madrid, Patronato del IV Centenario de Cervantes, 1948.

universal, libre de compromisos raciales o nacionales: "Si otros escritores llevan siempre grabado el sello de la propia raza, circunstancia que suele dificultar la total asimilación de su espíritu en países extraños, la novela de Cervantes traspasa sin dificultad las barreras idiomáticas y materiales y se adapta al carácter de las gentes más opuestas al ser español" (Maya, 1993: 623).

A su vez, clasifica los formas de acercarse a la novela, distinguiendo el método positivista del simbólico, y propone uno nuevo que integre tres "mundos" o planos, a saber: el mundo de la realidad o el problema humano que el *Quijote* descubre, según el cual la novela continúa la línea de la picaresca; el mundo de la verdad, que corresponde al plano filosófico y el mundo de la ficción, que corresponde al plano de la poesía. Interesa señalar, a los efectos de las hipótesis que venimos manejando, que se descarta —por reductivo— el mito del *Quijote* como representante de una nación: "El romanticismo trajo, como consecuencia social, cierta tendencia a ver en las obras del espíritu humano un reflejo de la sensibilidad colectiva, o, al contrario, a considerar las obras de arte como consecuencia del sentimiento popular, quitándoles aquella épica objetividad de las edades clásicas, por virtud de la cual la inteligencia era apenas espejo del universo" (Maya, 1993: 626).

El colombiano propone un *Quijote* múltiple, abierto a la permanente relectura. Todos los agregados que pueden hacerse a su sentido —por lo que resultó al fin "una especie de 'suma' del desengaño universal, y [un] libro donde, tanto pueblos como individuos, leyeran su propia historia"— se deben más a las dolorosas experiencias de la humanidad que a sus contenidos manifiestos, y la única virtud que realmente pone en evidencia es la permanente fecundidad del *Quijote*, que se vivifica generación tras generación.

Pese a lo fragmentario de las citas, puede encontrarse una búsqueda común en Alfonso Reyes, Henríquez Ureña y aun en Rafael Maya: una tendencia a la profesionalización y universalización de la crítica literaria, que intenta despegar de la atadura de la lectura política o funcional a una ideología. Sin embargo, la fuerza de la realidad política y social de estos países hacía difícil el ejercicio distante y objetivo de la obra literaria, cuando frecuentes intromisiones de circunstancias urgentes del presente comprometen y circunscriben la lectura. El caso de Ricardo Rojas es significativo, como se verá. Luego, los avatares de la Guerra Civil Española van a teñir por décadas casi toda lectura posible del pasado.

6. DON QUIJOTE EN EL EXILIO

En 1934, Ricardo Rojas fue confinado en Ushuaia, la población más austral del continente, víctima, según él, de la arbitrariedad del poder por haber defendido las instituciones republicanas amenazadas por los militares que se habían entronizado en Argentina. Él mismo afirma en el "Prólogo" a *Cervantes,* que nunca había participado hasta entonces de actividades ni pronunciamientos políticos, por entender que eran lides ajenas a su actividad de profesor y ensayista, concebidas idealmente como una zona de pureza a la que no tocaban los intereses y los avatares de la hora. Es allí y entonces cuando da forma a su libro. La derrota, la cárcel y demás consecuencias de su incursión en la política en pro de lo que entendía como una causa noble, se sienten desde el infortunio como una herida abierta. Por eso manifiesta que "hay algo de cervantesco y quijotesco" en su empresa y se llama a sí mismo "el Quijote en Ushuaia". Por eso pregona una actitud intelectual, un ideal que "consiste en la cultura militante, que Cervantes nos ha enseñado en el libro inmortal" (Rojas, 1935: XVI). Esa posición nada tiene que ver con la politización de la crítica del texto cervantino. Aun así, el escritor que trabaja con la historia cultural y literaria no puede dejar de tomar posiciones políticas. La devoción a España y a las fuentes peninsulares como base para la construcción de la nacionalidad argentina marcaron un rumbo conservador en la orientación intelectual de Rojas, pese o gracias a sus pretensiones de pureza. El libro que escribe como corolario de su carrera de profesor, recogiendo notas que usó en sus cursos y cerrando una admiración por Cervantes que se testimonia desde 1916, cuando organizó en la ciudad de La Plata uno de los homenajes académicos más importantes del mundo hispánico, refleja también la impo-

sibilidad de mantenerse al margen de los problemas políticos. Y quizá no sea casual que su discreto manifiesto público —reducido al prólogo y al último capítulo del libro— se coloque bajo la sombra de Cervantes y la figura del Quijote, que arrastraban consigo una posibilidad de lectura mítica, adaptable a las situaciones históricas y con un camino ya hecho en la consolación de adversidades y derrotas.

Diez años después, en 1943, en Cuba aparece un extraño libro de Mario Aguilera Fuentes, escrito al calor de la Segunda Guerra Mundial, de inspiración religiosa y quijotesca, de tema político, estilo y lenguaje arcaizantes. A pesar de la retórica, ya entonces anticuada, se trata de un libro político que intenta dar respuesta a la interpelante realidad: "Nunca el dolor del hombre fue más agudo ni más universal" (Fuentes, 1943:10). A pesar del tono, el ensayo intenta abrir caminos de esperanza y reflexiona sobre la paz y la belleza, la fe y la familia, los bienes perdurables en base a los cuales la humanidad debe edificar su esperanza, con capítulos dedicados a Martí, a cada país aliado exaltando su historia y carácter, sin faltar otros relativos a México y Cuba. En ese contexto de fuerte condena al fascismo y loas a los Estados Unidos, aparece un capítulo dedicado a España. Si ya el título del libro puede tomarse como reminiscencia cervantina —*En un lugar de América*— el del capítulo es más explícito: "Quijote en el exilio". Este pasaje se vuelve más eufemístico, incluso críptico; don Quijote "se ha exiliado en América", porque "no se ha resignado a llevar en España una vida procaz en pugna con su valimiento y su prosapia" (Fuentes, 1943: 47). Es así que el hidalgo, ahora símbolo del exilado español, "anda por América: frecuenta Universidades, hace discursos"; vaticina un futuro de grandeza para la "raza", "toda, la de allá y la de acá"; propone un nuevo concepto de patria, que es "el derecho que tiene todo hombre de no ser lastimado en su decoro" (Fuentes, 1943: 50). Por fin, don Quijote en América está como en su casa, porque en este lado del Atlántico está llamada a completarse su civilización.

Un texto como este, aun en su ingenuidad, permite inferir la existencia de un nuevo frente de apropiación del mito quijotesco en textos hispanoamericanos posteriores a la Guerra de España. Recabar de manera representativa la recurrencia de la figura cervantina en los textos del exilio español en América y en publicaciones prorrepublicanas del continente sería materia para un grueso volumen. Otro tanto podría intentarse indagando la forma en que Cervantes fue leído por las publicaciones del bando nacionalista y su utilización oficial durante el franquismo. Bastarán aquí unos pocos ejemplos que por lo menos revelan que el mito se convirtió también en campo de batalla cargado de nuevas implicancias.

Por su importancia y su seriedad crítica habría que considerar en primer lugar las notas sobre el *Quijote* que publica Francisco Ayala durante su exilio argentino. En la reciente edición del libro por la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española, aparece un estudio de Ayala —"La invención del *Quijote*"—, que conserva actualidad e interés y que había sido publicado en Buenos Aires en la revista *Realidad,* que éste dirigía (Cervantes, 2004). Unos años antes, el crítico había dado a conocer una serie de artículos en el diario *La Nación;* "Notas sobre un destino y un héroe", en las que ingresa con más fuerza el peso de las circunstancias históricas entonces acuciantes y la tentación de procurar en el libro de Cervantes las preguntas y las respuestas sobre la esencia, el carácter y el proyecto nacional español. Para Ayala, consciente de la maleabilidad del símbolo y de la necesidad de readaptarlo, las disyuntivas ya no podían ser las mismas que para los hispanoamericanos del novecientos, que buscaban en el mito quijotesco una raíz que consolidara el destino nacional de estos pueblos nuevos. Desde América, para muchos españoles y americanos, se hacía necesario repensar España en la década de los cuarenta, de acuerdo a la necesidad de saldar simbólicamente la fisura de la reciente Guerra Civil, explicar y explicarse las causas de la derrota y hasta encontrar una razón de ser —histórica, ideológica— del español en el exilio:

> Siempre que se detiene uno a meditar sobre el destino de España —dice Ayala—; siempre que el español se hace cuestión de su ser histórico y

> se pregunta la causa última de fracaso y de gloria, o mejor: de gloria en el fracaso [...] vuelve a acudirle a las mientes de nuevo, una y otra vez [...] la creación literaria del *Quijote.* [...]. Siempre de nuevo le pedimos la clave de aquel destino, de aquel ser histórico en que la tozudez heroica se quiebra siempre, aunque nunca se doble, y en que todo ímpetu resulta al final baldío en su inocencia y desnudo de eficacia (Ayala, 1960: 27).

Hay algunos elementos pocas veces considerados, según Ayala, que explican la profundidad y la perdurabilidad del mito quijotesco, que es más que un libro cómico y más que una excusa para discurrir sobre el destino humano en un plano trascendente. Un elemento que no puede soslayarse es el cruce epocal en el que este libro aparece, poniendo de manifiesto el conflicto entre los valores españoles escolásticos y los valores europeos modernos y la seguridad de que Cervantes, como cualquier intelectual lúcido de su tiempo, vivía internamente ese conflicto. Ayala supone que no puede entenderse a Cervantes si se lo juzga como un intelectual moderno, luchando contra la presión del poder institucional que actúa desde afuera, sino que todo español participaba íntimamente de ese ETHOS oficial, aunque la certeza de esa fe se estuviera resquebrajando. Por otra parte, la parodia es eficaz —y dolorosa— porque el mundo que don Quijote remeda patéticamente no es sólo el de la ficción caballeresca ilusionista, sino que se identifica con un tiempo histórico, con un orden que fue parte de la realidad objetiva. El "humorismo trascendente" de la novela surge de la paradoja que el mundo de don Quijote es más organizado, presenta una mayor estructura que el mundo caótico, sin jerarquías, con el que el caballero tropieza en sus aventuras. Hay "un orden de valores que no ha sido sustituido por ningún otro". En este sentido, el crítico está lejos de asumir la identificación del drama de don Quijote con el del exiliado o el de la derrotada República. No es posible comparar la melancolía de Cervantes por un mundo perdido, aunque, en lo interior, se vea la necesidad de sustitución —porque de la ineficacia del viejo sistema resulta la parodia—, con la pérdida de los valores republicanos en manos del nuevo orden autoritario. En todo caso, Ayala encuentra la supervivencia de ese espíritu en el motivo de la nobleza en desgracia, que presta la mayor energía a las "más genuinas manifestaciones colectivas" españolas y en individuos que "suelen encontrarse en España, viejos caballeros provincianos [...] que actúan por simple afección mental a un orden de valores [...] que para nada se corresponde con la realidad social en torno" (Ayala, 1960:37).

Otras posibilidades se abrían a las conciencias republicanas derrotadas en España, pero alertas en América. En 1947, aparece un artículo en el periódico montevideano *España Democrática,* cercano al Partido Comunista Español, pasaje de una conferencia del escritor uruguayo Cipriano S. Vitureira en ocasión de los festejos cervantinos. El texto marca una línea clara de disenso con una tradición de lectura, la que enfrenta los caracteres y los simbolismos de don Quijote y Sancho, para incorporarlos en una nueva visión del hombre y en un también nuevo y enaltecedor concepto de "pueblo", bajo la advocación revolucionaria, henchido de fe: "Nuestra generación [siente a don Quijote y Sancho] unidos por la materia plástica y por la materia humana, tal como los sintió Daumier, como aparecidos del polvo de una catástrofe, arrastrando consigo jirones de una época, espejos cóncavo uno y convexo el otro, el afuera y el adentro del mundo y del hombre" (Vitureira, 1947: 5).

No pueden faltar, en su arrebato militante, alusiones a la hora actual de España, aunque eso signifique profanar el terreno sagrado, pero ya no incontaminado, de la literatura. Pero Cervantes sigue estando por encima de los bandos:

> No he nombrado a Falange. Porque sé que si la nombro corre un escalofrío necesario y bendecido por esta sala... El revolucionario constructivo Cervantes, ese no les pertenece ni a los panzistas ni a los quijotistas, ni a los ahítos de poder ni a los de gloria... No es de los dictadores ni de los militares. Porque Cervantes es un principio, es una unidad, la base, la realidad trascendida del hombre y de la tierra que pisa (Vitureira, 1947: 5).

En el número siguiente de *España Democrática,* Rafael Alberti va mucho más lejos en un

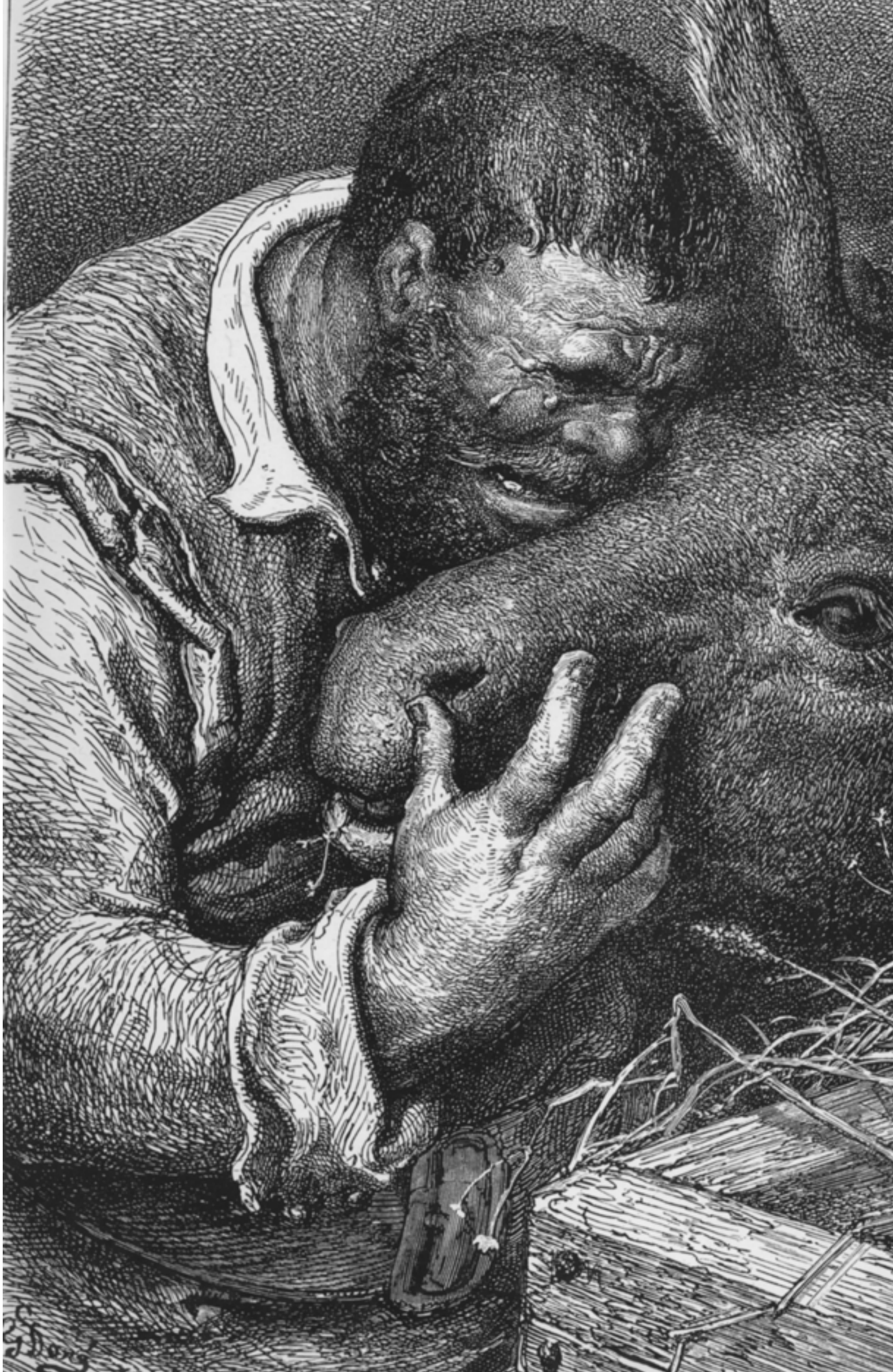
artículo aún inédito en libro, apropiándose del mito. Lo enuncia desde el título: "Cervantes nos pertenece". Nadie más que los fracasados luchadores de la República perdida puede considerarse legítimamente heredero de Cervantes. El sueño romántico se transforma ahora en el sueño revolucionario, cuando los dos tienen en común la derrota del ideal frente a la realidad, que en el momento se encarna en la prepotencia del fascismo: "¿Quiénes mejor que nosotros, españoles leales, errabundos ahora por tan distintos rincones de la Tierra, tirados hoy aquí, temidos allá; quiénes mejor que nosotros para amar y entender la grande y golpeada vida —cuerpo y espíritu— de Miguel de Cervantes?" (Alberti, 1947: 5).

Cervantes soldado, Cervantes delatado y traicionado, "alma justa e ilusionada, pareja a la que, sangrante y llena de esperanza alienta en nosotros", exaltó el heroísmo de Numancia, la primera gran "quijotada española".[17] Ya se dijo que el *Quijote* se leyó hasta entonces como la advertencia o la comprobación de la imposibilidad de subsistencia de un ideal colectivo quizá noble, aunque perimido, incapaz de resistir el empuje de la modernidad capitalista incipiente. Cervantes sería un testigo de la inevitable decadencia de España, que empezó con el sueño imposible de restauración de un orden y que, entre otras cosas, precipitó al país en la ruina. En 1947 podía recuperarse el heroísmo patético del Quijote con otro sentido colectivo, *aggiornado* a los acontecimientos nacionales que significaron otra ruina. También otro sueño español se había frustrado, embanderado con altos ideales que no soportaron la contundencia de los hechos. Pero Madrid había resistido la ocupación de los nacionalistas hasta más allá de sus fuerzas y era posible parangonarla, en la construcción del imaginario de izquierda, a una nueva Numancia. De este modo, Cervantes reingresa de dos formas distintas al territorio del mito predicado por Alberti: como creador del héroe quijotesco "caballero errante de la libertad, su más genial y eterno combatiente" y como actualizador del también heroico sacrificio numantino. Con todo, Alberti está lejos de la melancolía de Cervantes, lo mueve la confianza en un provenir que seguramente resultará de la lucha —"cuando nos sentimos los españoles acorralados por la desgracia volvemos hacia Numancia nuestros ojos"— y de la bravura de los hijos de España.

Desde las mismas tiendas políticas, pero con un tono de resignación romántica, podía leerse el poema *Vencidos,* de León Felipe, escrito en 1920, pero cobra nuevo sentido en 1947, cuando lo lee y comenta en una conferencia pronunciada en Buenos Aires, que luego recogería la revista *Sur*, en el número de homenaje que dedica a Cervantes (autores varios, 1947). En esa oportunidad, el poeta español se hace cargo de la diferencia entre el estado de ánimo de desaliento individual juvenil que inspiró el poema y el alcance simbólico que adquirieron los motivos de la batalla perdida y la amargura del ideal estéril, con el correr de los acontecimientos de las últimas décadas: "Hace treinta años que escribí estos versos. Ahora los repito aquí con un lamento redoblado... La Historia ha hecho de carne y hueso... ha llenado de carne y hueso el símbolo... y ha puesto un número gigantesco de españoles [...] donde, aparentemente, no había más que un caballero y un criado".

También León Felipe se apropia del mito. Aun más, no tiene dudas de que la premonición de Cervantes, hace cuatro siglos, sólo se cumplió cabalmente con el fin de la Guerra Civil: la derrota del hidalgo es un símbolo de la desaparición de España como idea histórica. No la España *leal* ("¿leal a quién?", se pregunta) a un gobierno, sino a los principios eternos, la "que nos enseñó a hablar y con la que aprendimos estas dos palabras: Hombre y Justicia". Esa no es más que un fantasma, tal vez nunca existió. Es posible que "lo sustantivo del español sea la locura y la derrota", y que don Quijote no sea más que un *clown* que Cervantes

17 En 1937, se había estrenado en París una puesta de *Numancia,* de Cervantes, a cargo de Jean-Louis Barrault, con música de Alejo Carpentier. El propio Carpentier escribió una reseña del espectáculo, no sin señalar la sorpresa frente al hecho de que Cervantes se hubiera puesto de moda, ya que era la obra más vista del momento, dadas las sugerencias dramáticas que despertaba: "Es éste el tipo de drama clásico del que hubiéramos podido decir, en otros tiempos, que en él moría hasta el apuntador. Pero ahora toda ironía nos es vedada. Los acontecimientos no nos permiten sonreír. El simple cable de la prensa diaria ha vuelto a poner de actualidad la obra de Cervantes, con todo su formidable aporte de humanidad doliente. El contenido latente del drama ha surgido, pujante, tremendo, después de siglos de silencio" (Carpentier, 1985).


G. Doré

creó para burlarse de su reino, simplemente porque tenía cincuenta y siete años y "se moría de tedio". España es una broma de Dios y don Quijote es una farsa, y "llegan los dos con ese truco de la justicia que tan bien conocéis". Lejos está del discurso mítico revolucionario, aunque desde el escepticismo apueste a la denuncia y a la idea final de que el sacrificio de un payaso ridículo tiene un sentido que reconcilia al *Quijote* con la tradición, cristianizándolo, transformándolo en redentor de los hombres. Por eso hace decir al héroe cervantino: "¡Yo no soy un payaso! ¡Yo soy Prometeo! [...]. Y he dado mi sangre, no para hacer reír a los dioses y a los hombres, sino para fecundar el yermo".

Como los frutos del heroísmo no se recogen de inmediato, y el crimen y el odio se transforman permanentemente, el único objetivo de cualquier sacrificio redentor parece ser el testimonio solitario que fecundará otros sacrificios similares, también ineficaces, mientras "sólo la risa del mundo, abierta y monstruosa, le responde".

Desde otros lados de la izquierda, y en el Río de la Plata, se refuerza la imagen del "Quijote en el exilio", acicateando la idea de que el personaje de Cervantes es un mito rechazado por el bando triunfal. En 1955, al cumplirse los trescientos cincuenta de la publicación del *Quijote,* aparece un artículo sin firma en *España Democrática* de Montevideo que da cuenta del tema y advierte una lectura que del libro se hace desde el bando falangista. Según se cita, Eugenio Montes escribe en el periódico falangista *Arriba,* que "Cervantes ha escrito un libro genial, pero éste ha contribuido a la destrucción de nuestra patria", mientras Ernesto Giménez Caballero propone "expulsar a Cervantes de España". De paso, se informa que el Premio Cervantes de 1954 fue otorgado a una obra inédita correspondiente al espíritu del "movimiento nacionalista" *(España Democrática,* 1955).

Después de unas y otras consideraciones, nada puede sorprender que el mito siguiera transformándose y adaptándose a sus lectores. "Nos igualamos al espíritu que comprendemos", ha dicho Renan. La frase podría ser una excusa para explicar por qué ciertas épocas retoman obras o autores y porqué agudizan tal o cual sentido. Los románticos fueron propensos a comprender el infortunio melancólico de Cervantes y a asimilar la faceta del heroísmo trágico cotidiano del *Quijote*. Más allá de las asociaciones que la novela despertó frente a causas colectivas, las biografías de los escritores que se han acercado al *Quijote* con particular intensidad lo entienden como escuela de incomprensión y de desdichas individuales frente a la adversidad y a la injusticia del mundo.

Para Montalvo, experto en contratiempos, las penurias de Cervantes fueron necesarias para su gloria: "El infortunio, sí, señor, el infortunio es el dragón que cuida las manzanas de oro en el jardín de las Hespérides" (Montalvo, 1930: XCIV). Por eso cada lectura es diversa de acuerdo a la geografía y la época en que se sitúan, pero cada cual se mueve, también, a partir de la situación personal del escritor o del crítico. Hay un libro escrito en Buenos Aires en 1938 que revela una forma distinta de acercamiento al *Quijote*, alejada de la crítica académica y de la arena política. Alberto Gerchunoff (1884-1950) había nacido en Ucrania, de padres judíos. Radicado desde niño en Argentina, llegó a participar activamente en el periodismo y la política del país, además de escribir ensayos y novelas. Tres volúmenes de ensayos dedica a Cervantes, *Nuestro señor don Quijote* (San José de Costa Rica, 1916), el mencionado de 1938 *(La jofaina maravillosa)* y *Retorno a don Quijote* (1951), que aparecerá póstumamente con prólogo de Borges. En *La jofaina...,* entrega al público una serie de impresiones subjetivas haciendo alternar libremente al hidalgo con personajes, ideas y situaciones de distintas épocas. Recorre sus propias etapas como lector del libro, que supo aunar "la emoción de lo grandioso con lo cómico" hasta encarnarlo en la vida: "Porque las obras maestras tienen tal cualidad: crecen con los individuos, con ellos se transforman, reflejándolos y reflejándose en ellos, como espejos recíprocos en cuyas lunas tersas se reproduce la comedia dolorosa de nuestra existencia" (Gerchunoff, 1953: 19).

Visita distintos momentos y personajes del libro, rescatando en especial la figura de

Sancho. Cervantes ha representado en él dos tipos antitéticos: el rústico conformista para quien —para quienes— "actos descomunales son peligros para su bienestar", que "siguen a los directores hinchados y huecos"; pero también el que se doblega ante el genio, se deja deslumbrar, "no deshecha la filosofía por no penetrarla". Gerchunoff siente predilección por los humildes; hasta para el mismo Cervantes ha sido consuelo y esperanza frente a la desprotección de la sociedad. Aunque la cita es larga, vale la pena transcribir cuándo lo conoció y el efecto que le produjo:

> Desde muy temprana edad vengo leyendo al Quijote. Empecé su lectura siendo niño aún. Trabajaba entonces en una fábrica y comprendí por primera vez que la justicia del mundo, a juzgar por los golpes que recibía y lo duro de mi pan cotidiano, no era un dechado, y en mi sentir infantil soñaba con improbables redenciones. [...]. [Fue] cuando llegué al pasaje en que el valeroso caballero salvaba al niño aullante tras un árbol, bajo el látigo de su amo feroz, lleném de gratitud sin fin hacia su alma resplandeciente, enloquecida de misericordia y desequilibrada por la misma virtud que la hacía heroica. Os juro que habría agradecido mejor que aquel chicuelo, si don Quijote hubiese aparecido, con su espada fiel y con su recia lanza, en la fábrica donde yo trabajaba (Gerchunoff, 1953: 15-16).

Si continuáramos el recorrido, encontraríamos con seguridad el *Quijote* para los obreros y probablemente una funcionalidad rediviva en función de la lucha de clases.

CONCLUSIÓN EN UN CRUCE DE CAMINOS

Sería pretencioso suponer que estas calas en las lecturas cervantinas americanas constituyan un pensamiento orgánico que nos represente. En todo caso, es una excusa que permite reconocer la fuerza histórica de la interpretación. Salta a la vista la dependencia de las lecturas europeas a la hora de leer el *Quijote*. Alfonso Reyes se refirió a los homenajes y al fervor hispanoamericanos por Góngora después de 1927 como "otro imperialismo más". En ese sentido, frente a cada centenario, ocasión poco propicia a la novedad, se reformula la pregunta de cómo debe celebrarse a efectos de trascender el panegírico de circunstancia y contribuir al debate cultural del presente desde esta América. Lo dijo mejor Icaza respecto al *Quijote:* "Las peroratas del centenario [...] no pueden darnos la medida de la importancia actual del cervantismo en Hispanoamérica. [...]. Bastarían los versos de Rubén Darío y los escritos de Rodó y Enrique José Varona"[18] (Icaza, 1918: 140).

A pesar de estas dificultades, se percibe en conjunto, una búsqueda de definiciones continentales que se abrieron lento camino en los acercamientos que consideramos y que aún pueden seguir interpelando, para la cual el libro de Cervantes ofició de campo de batalla.

"En todas las fases de mi vida me acosaron los espectros del escuálido hidalgo y de su panzudo escudero, señaladamente cuando en el cruce de un camino me detuve indeciso", escribió Heine. Como se ha intentado mostrar, también las obras literarias son más productivas en "los cruces de caminos", y la suerte del *Quijote* ha sido más polémica y productiva en su capacidad de interpelar la sociedad en las épocas de encrucijadas más agudas.

18 A los cuales, nobleza obliga, no hemos podido consultar.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES

Alberti, Rafael, "Cervantes nos pertenece", en *España Democrática,* Montevideo, 16 de octubre de 1947.

Ayala, Francisco, *Experiencia e invención,* Madrid, Editorial Taurus, 1960.

Autores varios, *Sur,* año XVI, Nº 158, Buenos Aires, diciembre de 1947. [Número especial dedicado a Cervantes, incluye el texto de León Felipe].

Azorín, Clásicos y modernos, Buenos Aires, Editorial Losada, 1949.

Badanelli, Pedro (comp., pról. y glosas), *Cartas inéditas de Unamuno a Alberto Nin Frías,* Buenos Aires, Edición La Mandrágora, 1962.

Carpentier, Alejo, "Numancia", en *Crónicas,* t. II. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1985: 73-79. (Originalmente en *Carteles,* 22 de agosto de 1937).

Cervantes, Miguel de, *Don Quijote de La Mancha,* Edición del IV Centenario, San Pablo, Real Academia Española / Asociación de Academias de la Lengua Española, 2004.

"El genio y los pigmeos", en *España Democrática,* Montevideo, 14 de abril de 1955.

Fuentes Aguilera, Mario, *En un lugar de América,* La Habana, Molina y Compañía, 1943.

Gerchunoff, Alberto, *La jofaina maravillosa,* Buenos Aires, Editorial Losada, 1953 [Iª edición de 1938].

Henríquez Ureña, Pedro, "Cervantes", en *Obra crítica,* México – Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1960: 236-237. (Prólogo de Jorge Luis Borges, antología de Emma Speratti Piñero).

Maeztu, Ramiro de, *Don Quijote, don Juan y La Celestina,* Madrid, Editorial Austral, 1972.

Mariátegui, José Carlos, "En el día de la raza", en *Obras,* t. II, La Habana, Casa de las Américas, 1982: 486-487. (Selección de Francisco Baeza). (Originalmente en *Variedades,* Lima, 13 de octubre de 1928).

Maya, Rafael, "Los tres mundos de don Quijote", en *Thesavrvs. Boletín del Instituto Caro y Cuervo. Muestra antológica. 1945-1985,* t. III, "Historia de la Literatura, filología y análisis literario", selección y edición de Rubén Páez Patiño, Bogotá, Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo, 1993.

Montalvo, Juan, *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. Ensayo de imitación de un libro inimitable,* París, Garnier, 1930.

Nin Frías, Alberto, *Cervantes, ensayo sobre una sociedad literario-internacional,* Montevideo, M. Martínez, 1900.

Ortega y Gasset, José, *Meditaciones del Quijote,* San Juan de Puerto Rico, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1957.

Palma, Ricardo, "Sobre El Quijote en América", en *Cien tradiciones peruanas,* Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977: 396-401. (Selección y prólogo de José Miguel Oviedo).

Pérez Castellano, José Manuel, *Selección de escritos. Observaciones sobre agricultura,* t. II, Montevideo, Biblioteca Artigas, 1968. (Prólogo de Benjamín Fernández y Medina).

Reyes, Alfonso. *Entre libros,* México, El Colegio de México, 1948.

Rico, Francisco (edit.), *Historia y crítica de la literatura española,* t. II: *Siglos de Oro: Renacimiento* (coordinado por Francisco López Estrada), Barcelona, Editorial Crítica, 1980.

Rodó, José Enrique, *Obras completas,* Madrid, Editorial Aguilar, 1967. (Edición, introducción, prólogos, bibliografía y notas de Emir Rodríguez Monegal).

Rojas, Ricardo, *Cervantes,* Buenos Aires, La Facultad, 1935.

Saldías, Adolfo, *Cervantes y el Quijote,* Buenos Aires, Félix Lajouane Editor, 1893.

Unamuno, Miguel, *Algunas consideraciones sobre la literatura hispano-americana,* Buenos Aires, Editorial Espasa-Calpe, 1947.

——, *Vida de don Quijote y Sancho,* México, Editorial Espasa-Calpe, 1946. (Iª ed. 1905).

Urdaneta, Amenodoro, *Cervantes y la crítica,* 1877.

Visca, Arturo S. (comp., pról. y notas), *Correspondencia de Zorrilla de San Martín y Unamuno,* Montevideo, I.N.I.A.L., 1955.

Vitureira, C[ipriano] Santiago, "Cervantes en nuestro tiempo", en *España Democrática,* Montevideo, 2 de octubre de 1947.

Zorrilla de San Martín, Juan, "A mi América española", en *Las Américas,* Montevideo, Editorial Ceibo, 1945.

——, "Humildad", en *Huerto cerrado,* Montevideo, Dornaleche y Reyes, 1900. (Incluido en *Ensayos,* t. III, Juan Zorrilla de San Martín, Montevideo, Biblioteca Artigas, Montevideo, 1978, prólogo de Arturo Sergio Visca).

OBRAS CRÍTICAS E HISTORIOGRÁFICAS

Ardao, Arturo, *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay,* Montevideo – Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1950.

——, *Etapas de la inteligencia uruguaya,* Montevideo, Universidad de la República, 1968.

Báig Baños, Aurelio, *El primer Quijote suramericano y el uruguayo don Arturo E. Xalambrí,* Madrid, Unión Poligráfica S.A., 1934.

Barthes, Roland, *Mitologías,* México, Siglo XXI Editories, 1981.

Ferrés, Carlos, *Época colonial. La compañía de Jesús en Montevideo,* Montevideo, Biblioteca Artigas, 1975.

Furlong, Guillermo, *Los jesuitas y la cultura rioplatense,* Buenos Aires, Huarpes, 1946.

González, María de los Ángeles, "Cuatro lecturas uruguayas del *Quijote:* las perspectivas de Zorrilla de San Martín, Rodó, Reyles y Nin Frías", en *Angélica. Revista de Literatura,* N° 10, Lucena, 2000-2001. [Incluye, en apéndice, los apuntes de Rodó sobre Cervantes, *ca.* 1901 y una carta inédita de Unamuno a Carlos Reyles].

Gutiérrez, Carlos M., "Cervantes, un proyecto de modernidad para el fin de siglo (1880-1905)", en *Bulletin of the Cervantes Society of America,* 19/1, 1999: 113-24.

Halperin Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina,* Madrid, Alianza Editorial, 1969.

Icaza, Francisco A., *El Quijote durante tres siglos,* Madrid, Imprenta de Fortanet, 1918.

Kerenyi, K., *Prolegomeni allo studio scientifico della mitologia,* Boringhieri, Torino, 1983.

Leonard, Irving A., *Los libros del conquistador,* México, Fondo de Cultura Económica, 1953.

Litvak, Lily, *Latinos y anglosajones: orígenes de una polémica,* Zaragoza, Puvill-Editor, 1980.

Menéndez Pelayo, Marcelino, *Historia de las ideas estéticas en España,* Buenos Aires, Editorial Espasa-Calpe, 1943.

Pérez, Galo René, *Un escritor entre la gloria y las borrascas. Vida de Juan Montalvo,* Madrid, Sociedad Estatal Quinto Centenario, 1991.

Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad. (Literatura y política en América Latina),* México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

Rico, Francisco (edit.), *Historia y crítica de la literatura española,* t. II: *Siglos de Oro: Renacimiento* (coordinado por Francisco López Estrada), Barcelona, Editorial Crítica, 1980.

Rocca, Pablo, *Poesía y política en el siglo XIX. (Un problema de fronteras),* Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2003.

Rodríguez, Juan Carlos, *El escritor que compró su propio libro. Para leer el Quijote,* Barcelona, Editorial Debate, 2003.

Rodríguez Marín, Francisco, *Estudios cervantinos,* Madrid, Editorial Atlas, 1949.

Sábat Pebet, J. C., "Las bibliotecas de don Manuel Cipriano de Melo y doña María Clara Zabala", en *Boletín Histórico,* Montevideo, N° 75-76, 1958.

Torres Revello, José, *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española,* Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1940.

Varela Olea, María Ángeles, *Don Quijote: mitologema nacional,* Madrid, Biblioteca de Estudios Cervantinos, 2004.

CLAVILEÑO Y EL HIPOGRIFO

Imaginarios geográficos en El Quijote y en el Orlando furioso[1]

Por Paolo Vignolo

I. UN VIAJE POR LOS AIRES: "O SANCHO MIENTE O SANCHO SUEÑA"

Propongo empezar con una imagen emblemática: don Quijote y Sancho Panza vendados encima de un caballo de madera debatiendo de cosmología mientras creen viajar al fabuloso país de Candaya. A su rededor una corte de mujeres barbudas los observa divertida mientras unos criados se encargan de soplarles con los fuelles y abrasarlos con estopas encendidas.

Se trata del celebre episodio de Clavileño el Alígero.[2] Los duques, que ya hace varios capítulos siguen burlándose de nuestros dos protagonistas, han maquinado una gran puesta en escena para divertirse a costa de ellos: "... han leído la primera parte de la historia, al igual que muchos otros personajes, y cuando se encuentran al Quijote y a Sancho Panza se hallan tan seducidos por la novela como aquel por los libros de caballerías. Y entonces disponen que en su castillo la vida se vuelva ficción, que todo en ella reproduzca esa irrealidad en que vive sumido don Quijote".[3] De allí en adelante toda la vasta corte de servidores va a secundar a don Quijote, recreando un ambiente caballeresco.

En el capitulo XL, "La Trifalda se presenta ante don Quijote con un grotesco cortejo de damas barbudas para pedirle que vaya a la lejana isla de Candaya a desencantar a la infanta Antonomasia y a don Clavijo, convertidos por el gigante Malambruno ella en simia de bronce y el otro en un espantoso cocodrilo. Sólo a don Quijote estaba reservada la hazaña de hacerles recobrar su primitiva forma".[4]

Rodeados de la familia, la corte y los criados de los duques, los dos protagonistas —absolutamente ignaros de ser el centro de todas las miradas— comentan cada uno a su manera la excitante y asustadora experiencia de volar por las regiones del aire. A las quejas de Sancho de "un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me están soplando" contesta don Quijote:

> Sin duda alguna, Sancho, que ya debemos de llegar a la segunda región del aire, adonde se engendra el granizo o las nieves; los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera región, y si es que de esta manera vamos subiendo, presto daremos en la región del fuego, y no sé yo cómo templar esta clavija para que no subamos donde nos abrasemos.[5]

1 Este ensayo recibió mención especial en el I Premio *El Quijote* en América, de la Universidad de Salamanca en América, bajo el título "A las antípodas de Candaya. Imaginarios geográficos en el *Quijote*".
2 Miguel de Cervantes Saavedra, *Don Quijote de La Mancha,* Madrid, Real Academia Española de la Lengua, edición del IV Centenario, Editorial Alfaguara, 2004, p. 851.
3 Mario Vargas Llosa, *Una novela para el siglo XXI,* en Cervantes, *ibid.,* p. XVII.
4 Riquer, *op. cit.,* p. 123.
5 Cervantes, *op. cit.,* p. 860.

Se trata de los fuelles con que, artificialmente, las gentes del castillo recrean los vientos de los círculos celestes, que pronto serán sustituidos por estopas encendidas para simular la región del fuego. De regreso de esta extraordinaria experiencia de teatro sensorial *ante literam,* al responder Sancho a las maliciosas preguntas de la duquesa sobre el largo viaje, se lanza en un hilarante, grotesco *excursus* geográfico:

> ... aparté tanto cuanto el pañizuelo que me tapaba los ojos, y por allí miré hacia la Tierra, y parecióme que toda ella no era mayor de grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella, poco mayores que avellanas; porque se vea cuán altos debíamos de ir entonces.[6]

Las irónicas observaciones de la duquesa no hacen sino estimular la ya excitada fantasía del escudero. Convencido de que "... por encantamiento podía yo ver toda la Tierra y todos los hombres por doquiera que los mirara", se atreve a asegurar que ha llegado hasta "las siete cabrillas", es decir, a la constelación de las Pléyades, y haberse demorado jugando con ellas. A lo que don Quijote afirma categórico: "o Sancho miente, o Sancho sueña".

2. UN EMBLEMA ELOCUENTE: CLAVILEÑO, QUE "HOY ESTÁ AQUÍ, Y MAÑANA EN FRANCIA, Y OTRO DÍA EN POTOSÍ"

Mary Gaylord define la escena de Clavileño como *"Cervantes most eloquent emblem".* Si de emblema se trata, cabe entonces preguntarse cuáles son sus orígenes, qué símbolos lo componen, qué significados les atribuyeron los contemporáneos de Cervantes.

La misma Gaylord nos indica un camino:

> Bien sea que escojamos mantener el enfoque en el Viejo Mundo o en América, o que intentemos quedarnos con un pie en cada lado del charco, nos conviene recordarnos continuamente a nosotros mismos que "acá" y "allá" son una dicotomía particularmente resbaladiza en el periodo en estudio. Tanto en sus paseos del alma como literalmente, los españoles de los siglos XVI y XVII cruzaban mucho ese puente y en ambas direcciones. El emblema más elocuente de Cervantes para ese itinerario bi-direccional es quizás Clavileño, *imagination's steed,* que te lleva un día a Francia, otro a Potosí.[7]

En otros términos, la aventura de nuestros héroes al lomo del caballo Clavileño rumbo al fabuloso reino de Candaya puede revelarnos mucho de la relación entre el acá cotidiano y el allá exótico, entre el Viejo y el Nuevo Mundo. El episodio se nos presenta, entonces, como una brújula que nos permite orientarnos en el mapa de los imaginarios geográficos de la época.

Clavileño podría verse como el hijo ilegítimo de una familia de ilustre estirpe. No se trata sólo de la genealogía al revés de equinos célebres a la cual nuestro caballo de madera es incautamente asociado: el Pegaso de Belerofonte, el Bucéfalo de Alejandro Magno, el Brilladoro de Orlando... El motivo del viaje por los cielos y del *contemptus* del mundo desde los aires es, en efecto, un verdadero *topos* literario que puede contar con célebres y remotos antepasados, cuyos orígenes se remontan a los mitos de Mesopotamia y la Grecia antigua.

Ya Sócrates había expresado un concepto parecido cuando había comparado a los hombres que viven al borde del Mediterráneo con unas hormigas o unas ranas al borde de un pantano.[8] El tema se volverá tópico en la cultura del Renacimiento gracias —sobre todo— al célebre episodio de Alejandro transportado al cielo por los grifos.

Cervantes lo retomará del *Somnium Scipionis,* otro texto fundamental para la cultura humanística. En este mito filosófico contenido en la *República,* Cicerón eleva a Scipio el Emiliano hasta la Vía Láctea para que pueda al fin contemplar la pequeñez de la zona habitada por nosotros y reflexionar sobre el peso insignificante de las conquistas del hombre, cara a cara con el cosmos. El viaje del alma hasta la más alta esfera le permite llegar a un estado de perfecta lucidez: los límites del universo y los fines de la Historia le son simultáneamente revelados.[9]

6 *Ibid.,* p. 863.
7 Mary Gaylord, "The True History of Early Moderrn Writing in Spanish: Some Americans Reflections", en *Journal of Literary History,* vol. 57, Nº 2, Washington, June 1996, pp. 213-225.
8 Gabriella Moretti, *Gli antipodi. Avventure Letterarie di un Mito Scientifico,* Parma, Nuova Pratiche Editrice, 1994, p. 19.
9 Frank Lestringant, *L'Atelier du Cosmographe ou l'Image du Monde à la Renaissance,* Paris, Albin Michel, 1991, p. 37.

Los conocimientos geo-astronómicos más acreditados de la época son puestos al servicio de la ética estoica que reduce la importancia de la gloria para subordinarla a la virtud. Dante, en el canto XXII del "Paraíso", se acordará de estos versos al describir la Tierra vista desde lo alto como *"L'aiuola che ci fa tanto feroci".*[10] Volviendo a contar la misma historia, al comienzo del capitulo siguiente, Sancho confiesa:

> Después que bajé del cielo, y después que desde su alta cumbre miré la Tierra y la vi tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenia tan grande de ser gobernador; porque ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, o qué dignidad o imperio el gobernar a media docena de hombres tamaños como avellanas que, a mi parecer, no había más en toda la Tierra?[11]

Como nos hace notar Francisco Rico, "las palabras de Sancho recuerdan de nuevo al sueño de Scipio, donde la visión de la Tierra como un mero punto sirve para moralizar sobre la significación de las ambiciones humanas".[12] Sancho no se ha inventado nada. En su hiperbólico y grotesco relato astronómico – campestre, se apoya en una larga y consolidada tradición que contempla tanto el tema épico-didáctico del motivo como sus versiones paródicas y burlescas. No sólo su sueño es la reminiscencia de otro sueño, el de Scipio, sino que tampoco es nueva la idea de presentar este sueño como un mundo al revés, aprovechando las potencialidades subversivas del tema del allá desconocido.

Como Cervantes sabe muy bien, la imagen de la ascensión cosmográfica, utilizada a menudo para celebrar las gestas de reyes y emperadores, se presta de manera extraordinaria a las inversiones propias de la sátira y de la parodia, como lo demuestra su empleo por parte de Aristófanes.[13] El tema del vuelo fantástico está arraigado también en el género *menippeo,* otra fuente predilecta para los humanistas del Renacimiento. En *La nave o los deseos,* Lucian cuenta que cuatro amigos hablan de sus sueños y de sus deseos, uno de los cuales es recibir un anillo mágico que les permita volar hasta la India y al país de los hiperbóreos para descubrir las fuentes del Nilo y, sobre todo, para ver "cuantas tierras son inhabitadas y si alguien vive en la mitad meridional del mundo, cabeza abajo y patas al aire".[14]

3. LOS HOMBRES: ANTÍPODAS LOS UNOS RESPECTO A LOS OTROS

El motivo del viaje por los aires se convierte en ocasión para celebrar la representación dominante de la faz de la Tierra. En su poema didascálico *Hermes,* cuyos fragmentos gozaban de gran popularidad en el Renacimiento, Eratóstenes describe el ascenso del dios por las regiones celestes aprovechando la ocasión para lanzarse en un amplio *excursus* geo-astronómico.[15]

La Tierra se presenta dividida en cinco bandas climáticas: las dos capas polares, de azul oscuro, están "siempre heladas, húmedas de agua" y de hielo. Una en el medio, "árida y roja, como de fuego", quemada por el sol tórrido del ecuador. Y en el medio:

> Dos más había, opuestas la una a la otra
> Entre el calor del fuego y el hielo llovido del cielo
> Ambas regiones temperadas, fértiles de messi
> El fruto de Demetra Eleusina: allí viven
> los hombres, antípodas los unos respeto a
> los otros.[16]

Se trata de una de las más antiguas formulaciones conocidas de la célebre teoría de las zonas, que dominará sin rivales hasta los albores de la era moderna, y, gracias a la celebración poética de Eratóstenes y a la sistematización filosófica hecha por Aristóteles, se volverá la piedra millar de la disciplina geográfica entrando a hacer parte —vía libros de caballerías— del imaginario colectivo de Occidente.

Esta teoría permite enfrentar dos problemas fundamentales: la división del globo en sectores climáticos y la distinción crucial entre zonas habitables y no habitables. De las dos zonas

10 Dante Alighieri, *La Divine Comédie,* "Paradis", chant XXII, vers 151-153, p. 215.
11 Cervantes, *op. cit.,* p. 865.
12 F. Rico, *op. cit.,* p. 865.
13 Como nos hace notar Moretti, la parodia de Aristófanes, "como toda parodia, marca la consagración literaria y devela así la estabilidad tópica del motivo", p. 24.
14 Moretti, *op. cit.,* p. 38.
15 *Ibid.,* pp. 21-22 ; G. Aujac, *La Geographie dans le Monde Antique,* Paris, PUF, 1975.
16 Moretti, *op. cit.,* p. 24

temperadas, fértiles y, por ende, habitables, una sola es conocida: la septentrional. La otra banda templada en el hemisferio meridional —designada hasta el siglo XV con el término *antichtone* o *antípodas*— será considerada inalcanzable a causa de la presencia en la zona tórrida de barreras naturales infranqueables: mares tempestuosos y extensos desiertos.[17]

De allí surgen las especulaciones sobre los antípodas, mundo al revés, el lugar donde es de noche cuando acá es de día, la tierra de lo onírico, frecuentemente asociada con el reino de los muertos y de la metempsicosis de las almas. "Allá es de día como acá es de noche, y, al contrario, como allá es de noche acá es de día", se lee en los célebres viajes de Mandevilla.[18]

Sus misteriosos habitantes, que por definición son imposibles de conocer, parecidos y al mismo tiempo opuestos a nosotros, duermen cuando acá estamos despiertos, y viceversa. Surge entonces la sospecha de que ellos no sean sino los habitantes de nuestros sueños. O, según un motivo literario que cruzará los siglos hasta alcanzar a Borges, que nosotros no seamos sino los sueños de ellos.[19]

En la Edad Media y hasta el siglo XVII, el viaje hacia el allá remoto se presenta a los ojos de los europeos cristianos, ante todo, como un viaje a las antípodas. La antigua doctrina de la existencia de tierras y pueblos al hemisferio opuesto —que, como vimos, hunde sus raíces en la filosofía presocrática y es convertida en pilar de la concepción geográfica medieval— emerge en toda su dramática actualidad en el momento en que los europeos efectivamente alcanzan las antípodas.

Como confiesa Broc, concluyendo su fundamental estudio sobre la geografía del Renacimiento: "... de todas maneras, parece que la revelación de la habitabilidad de los trópicos y de las antípodas haya sido más decisivo para los contemporáneos que el descubrimiento de América, al cual nosotros atribuimos retrospectivamente tanta importancia".[20]

Prácticamente, todos los autores de la época hacen referencia, de una manera o de otra, a la *questio de antipodorum.* Los geógrafos y los cosmógrafos le dedican casi obligatoriamente unas páginas de introducción en sus tratados, los cronistas y los exploradores hacen amplias digresiones sobre el asunto, los letrados y los humanistas no pierden ocasión para aprovechar las implicaciones paródicas, críticas o edificantes que ofrece el tema.

Las antípodas demuestran un dispositivo retórico muy poderoso, que durante el Renacimiento invade a toda la sociedad europea. Lo encontramos en acción en los rituales de la corte, en las fiestas populares, en los juegos diplomáticos, en las disputas religiosas, en los planisferios. Y, por supuesto, en los libros de caballerías, punto de partida de las hazañas de don Quijote.

La doctrina de las antípodas —evocando un lugar simétricamente opuesto al del observador— estimula una fecunda especulación sobre el tipo de pueblos y de civilizaciones al otro lado de la Tierra, parecidos y al mismo tiempo opuestos a los habitantes de Europa.[21]

En otras palabras, las antípodas permiten cultivar en la cultura occidental una reflexión sobre el "radicalmente otro" a través de la conjunción de varios elementos: el recurso de la *adynata,* la *imposibilia* de la tradición antigua, figura retórica que junta entre sí elementos aparentemente inconciliables, el tópico típicamente medieval de mundo al revés, las leyendas antiguas sobre tierras lejanas y fabulosas... y abre las puertas a los recursos —que caracterizarán la sensibilidad moderna— del trastrocamiento del punto de vista y de la relatividad de toda perspectiva.[22]

---

17 Hay cierta confusión en el empleo del masculino y del femenino del término "antípodas". En el texto, cuando nos referimos a la tierra de las antípodas vamos a usar el femenino, mientras que cuando nos referimos al pueblo de los antípodas optamos por el masculino. Así mismo, vamos a recurrir al adjetivo "antipódico", neologismo que procura traducir el inglés "antipodal".

18 Juan de Mandevilla, *Libro de las maravillas del mundo,* Madrid, Editorial Visor, 1984, p. 119.

19 Véase Paolo Vignolo, "Nuevo Mundo: ¿un mundo al revés? Los antípodas en el imaginario del Renacimiento", en (coloquio) *El Nuevo Mundo. Problemas y debates"* (D. Bonnett; F. Castañeda edits.), Bogotá, Universidad de los Andes, 2004.

20 Numa Broc, *La géographie de la Renaissance (1420-1620),* Paris, Bibliothèque Nationale, 1980, p. 238.

21 Peter Mason, "De l'Articulation", en *L'Homme,* N° 114, XXX, Avril-Juin 1990, pp. 27-49.

22 Véase Ernst Robert Curtius, *European Literature and the Latin Middle Ages,* Bollingen, Princeton University Press, 1953.

Evocando tanto un anti mundo, un mundo al revés, como unas gentes radicalmente diferentes con respecto a los europeos, las antípodas permiten representar las desconcertantes novedades que se van asomando al horizonte y escapan completamente a las categorías cognitivas tradicionales, sin poner en causa la base de la cosmología cristiana medieval. Por otra parte, es a partir de esta teoría antiquísima cuando el Nuevo Mundo entra a hacer parte del imaginario europeo, subvirtiendo la visión de la Tierra y del ser humano, en vigor hasta ese momento, y dando origen a la moderna cultura europea.

El fortuito hallazgo de la geografía de Tolomeo a mitad del siglo XV —"el primero de los grandes descubrimientos", parafraseando una célebre afirmación de Gusdorf— no hará sino confirmar esta imagen de la Tierra a los ojos de los hombres del Renacimiento.[23] Dicha concepción cosmológica se volverá el paradigma dominante durante toda la primera etapa de la gran expansión europea y no se limitará a la reflexión *savante,* sino que moldeará también las coordenadas simbólicas de la cultura popular.

La *vulgata* aristotélica es el marco fundamental mediante el cual las antípodas van a ejercer su influencia hasta el Renacimiento. En la base de esta sistematización hay unas cuantas categorías bien definidas: primero que todo la dicotomía alto-bajo, fundamental como categoría de *virtus* y no simplemente de *forma,* y enseguida las oposiciones centro-periferia y adelante-atrás. El imaginario relacionado a las antípodas permitirá invertir todas y cada una de estas dicotomías. Las antípodas demostrarán ser una herramienta extraordinaria, capaz de girar, desplazar, trastrocar el sentido producido por la poderosa *machine a penser* aristotélica.

A comienzos de la Edad Moderna, el concepto de antípodas —en el doble sentido de anti Tierra, simétricamente opuesta, y de pueblo misterioso situado al otro extremo del mundo— jugará un papel fundamental en la transformación de la imagen de la Tierra y del hombre. En otras palabras, las antípodas proveen las categorías mentales necesarias para tomar en cuenta la alteridad y volverla inteligible sin hacer estallar la imagen dominante del mundo.

Las antípodas actúan como una *machine a renverser,* permitiendo imaginar mundos posibles a través del sistema de inversiones de la *machine a penser* aristotélica. Aunque no cualquier mundo, ni cualquier inversión: el dispositivo funciona según las reglas propias de la dinámica de los imaginarios.[24]

Las antípodas se encuentran, en efecto, en el punto de conjunción entre el vasto imaginario del mundo al revés medieval, del cual no constituyen sino una pequeña parte (un aspecto o una variante de las muchas existentes) y el legado tan rico de creencias, leyendas y mitologías alrededor de las fronteras de la Tierra y de lo desconocido geográfico. Su eficacia consiste en proveer al, mismo tiempo, un sistema de reglas para invertir el sentido y una gran reserva de imaginario social.[25]

Las diferentes lógicas de inversión permiten operar sobre este abundante material imaginario, creando una increíble variedad de combinaciones y de mezclas que se transforman sin cesar a lo largo de los siglos. Será precisamente a través del complejo juego combinatorio de estas múltiples inversiones que el Renacimiento podrá elaborar una nueva *imago mundi* a partir del riquísimo bagaje imaginario heredado por la Antigüedad y la Edad Media.

Podemos, en particular, identificar cuatro grandes corrientes imaginarias alrededor de las cuales se organiza esta inmensa constelación de mitos, leyendas y creencias, que tienen como eje las tierras de las fronteras extremas del mundo: la búsqueda del Edén perdido de la tradición judaico-cristiana, la nostalgia de la Edad de Oro de los antiguos, la afirmación de un imperio universal de origen clásico y las *reveries* medievales sobre el país de Cucaña.

A las antípodas estos mitos se mezclan, y se contaminan unos con otros, reproduciendo, en miles de variantes, las obsesiones de la época.

---

23 Citado en Broc, *op. cit.,* p. 9.

24 Véase Gilbert Durand, *Lo imaginario,* Barcelona, Ediciones del Bronce, 2000.

25 Esta hipótesis tiene muchos puntos en común con la de capital mimético de Greenblatt. Véase Stephen Greenblatt, *Ces Merveilleuses Possessions. Découverte et Appropriation du Nouveau Monde au XVIe Siècle,* Paris, Les Belles Lettres, 1996.

De este gran cruce de imaginarios surgirá Utopía, mito fundador de la modernidad.[26]

4. OTRO EMBLEMA: EL MOVIMIENTO ERRANTE DEL HIPOGRIFO

Ariosto —al que Borges señala, junto a Cervantes, como el otro gran fautor del declino de los libros de caballerías— también construye su obra alrededor de una concepción antipódica del mundo. El *Orlando furioso* nos brinda otro excelente ejemplo de cómo la ficción puede intervenir en los imaginarios colectivos, dando un sentido y un orden nuevo a un mundo en tumultuosa transformación.

> El *Orlando furioso* —escribe Calvino— nace en una Ferrara donde la gloria guerrera es aún el fundamento de todo valor, pero que es consciente de que no es sino una pieza en un juego diplomático y militar mucho más amplio. El poema se redobla continuamente en dos planos temporales: el de la fábula caballeresca y el de la actualidad político-militar; una corriente de impulsos vitales se transmite de los tiempos de los paladines (...) a las guerras italianas del siglo XVI. (…). Esto de Ariosto es el juego de una sociedad que se siente depositaria de una visión del mundo, pero que siente también el vacío que se abre bajo sus pies, entre temblores de terremoto.[27]

Ariosto representa una sociedad que, pese a su refinada vida cortesana, al orgullo militar y a la opulencia mercantil, muestra los signos de una decadencia inminente. Gracias al ímpetu del corcel alado, desplaza a su personaje a lo largo y ancho de la superficie de la Tierra para describir, con irónica distancia, sus cualidades y sus defectos, celebrar sus ideales y exorcizar sus miedos. De esta manera, él abre camino hacia lo que Michel de Certeau —detrás de Heidegger— considera la base de la experiencia moderna: "El proceso fundamental de los tiempos modernos es la conquista del mundo, en tanto que imagen cumplida".[28]

El "movimiento errante" de Ariosto expande, de manera jamás vista, los espacios en donde la acción poética se desarrolla, rompe con las referencias del acá y del allende, reinventa la relación entre espacio geográfico y espacio imaginario. En el *Orlando furioso* la realidad cotidiana es embebida de presencias estrafalarias e inesperadas que escapan a las coordenadas simbólicas en donde tratamos de enjaularlas.

Los lugares pierden su característica de realidad objetiva para volverse territorios fluidos e inquietantes donde no se reconocen las reglas ni las perspectivas, que provocan, según las circunstancias, un sentimiento de miedo o de curiosidad, de excitación o de terror. Es la sensación de asombro y maravilla que acompaña a los huéspedes de una taberna frente a la aparición en el cielo de una extraña bestia voladora: el hipogrifo.

El hipogrifo, como Clavileño, es también un emblema. Borges, en su *Manual de zoología fantástica,* nos cuenta cómo Ariosto llega a inventar un animal fantástico nuevo a partir de una hibridación:

> Para significar imposibilidad o incongruencia, Virgilio habló de encastar caballos con grifos. Cuatro siglos después, Servio el comentador afirmó que los grifos son animales que de medio cuerpo arriba son águilas y de medio abajo leones. Para dar mayor fuerza al texto, agregó que aborrecen a los caballos... Con el tiempo, la locución *jungentur jam grypes equis* ("cruzar grifos con caballos") llegó a ser proverbial; a principios del siglo XVI, Ludovico Ariosto la recordó e inventó al hipogrifo.[29]

El hipogrifo es, entonces, una quimera producida en los alambiques del taller literario de un refinado poeta de la corte de los duques del Este para desbaratar y reinventar, en un juego libre y divertido, las relaciones con los lugares y el espacio. Más precisamente se trata de una *imposibilia,* un *adynata,* fruto de la unión del más familiar de los animales y el más fabuloso de los monstruos.

En el mundo del Renacimiento, el caballo es una criatura noble, fiel compañero de camino a través de los paisajes domésticos y los países conocidos; el grifo, un medio de transporte asombroso —heredado de la antigüedad— para ir rumbo hacia el allá desconocido.

---

26 Vignolo, *op. cit.*
27 Italo Calvino, *Orlando Furioso di Ludovico Ariosto Raccontato da Italo Calvino,* Milano, Mondadori, 1995, p. 15.
28 Martin Heidegger, *Chemins qui ne Mènent Nulle Part,* Paris, Gallimard, 1962, p. 81-85, citado en Michel De Certeau, *L'Écriture de l'Histoire,* Paris, Gallimard, 1975, p. 246
29 Jorge Luis Borges, *op. cit.,* p.130.

Inventando el hipogrifo, extraña criatura que realiza una síntesis admirable de sueño y realidad, Ariosto orienta su poética hacia una complicidad entre mito geográfico y vida cotidiana, hacia una conciliación entre los ideales de los antiguos y los valores de los modernos.

Ser fantástico nacido más allá de los mares glaciales y destinado a viajar por toda la superficie del planeta hasta el otro lado del mundo, el hipogrifo es, sin lugar a dudas, una creación antipódica. Lo es en sentido metafórico, en cuanto engendrado por dos seres que Virgilio y la tradición sitúan a las antípodas el uno del otro, pero también lo es en sentido literal, puesto que es originario de las regiones hiperbóreas y destinado en el transcurso del poema a atravesar todos los *topoi* del motivo antipódico, a los límites extremos de la geografía terrestre, y *plus ultra* hasta encima del Monte de la Luna.

La heredad paterna del hipogrifo no puede sino confirmar esta vocación: el grifo, en la cultura antigua y medieval, está íntimamente asociado al viaje alado a las fronteras del mundo. Marco Polo y Mandeville, sólo por citar dos ejemplos de los más célebres, hacen alusión a los grifos, confirmando su existencia en el Oriente lejano. Y Dante pone a este animal fabuloso a cerrar una procesión alegórica que sube la montaña del purgatorio.

Su *nomea* deriva, sobre todo, de unas páginas célebres del *Roman d'Alexandre,* donde el rey macedonio, cuya ambición no ha menguado a pesar de la conquista del mundo entero, decide explorar el cielo más allá del círculo de la Luna en una jaula tirada precisamente por grifos:

> Y finalmente los grifos se elevaran tan alto que Alejandro llega muy lejos, más allá de la región del aire puro, en la del fuego. Comienza entonces a mojar los pies de sus pájaros con unas esponjas para refrescarlos, y él mismo se refresca. Finalmente llega a una altura tal que se percibe el ardor del fuego. Apenas gira la mirada hacia abajo, se encontraba tan alto, como la historia atestigua, que la Tierra le aparecía como una simple serpiente.[30]

Don Quijote, con su clavija, tiene la misma preocupación de Alejandro con sus esponjas: evitar la región del fuego. Y Sancho, en su curiosidad, esta vez se muestra más atrevido —¿más loco?— que su maestro.

Muchos son los elementos que nos permiten comparar el hipogrifo de Ariosto y el caballo de madera de Cervantes. Según una idea que el Renacimiento retoma de la Edad Media, los animales —comunes o fantásticos— son como emblemas vivientes creados por Dios, no solamente para ayudar al hombre en sus tareas materiales, sino, sobre todo, por su *confusion e insegnanza.*[31] La invención poética de Ariosto invierte este concepto: el hipogrifo es un emblema que, desembarazándose con una galopada de todo precepto moral y simbolismo alegórico, se vuelve principalmente un válido apoyo material para que los personajes puedan desplazarse de un lado al otro de la Tierra.

Igual ocurre con Cervantes que, leyendo libros de caballerías —en la estiba de un buque, en un campamento militar, quizás en una cárcel— se inventa las aventuras de un caballero andante por los prosaicos y polvorientos caminos de La Mancha, a imitación de las grandes gestas de sus ilustres predecesores. Ahí también opera una inversión: su Clavileño, que, sin duda, opera por *confusion e insegnanza* de Sancho Panza y don Quijote, no es emblema vivo, sino mecánico. "Una máquina", lo define sin *indugio* uno de los salvajes que lo introducen en el jardín de los duques.

El hipogrifo, esta espléndida pieza, se desplaza en el tablero que es el mapa del mundo, bufando y rugiendo, batiendo las alas y galopando como ningún caballo de ajedrez podría hacerlo jamás. Clavileño, de madera como el antiguo caballo de Troya o como una pieza de ajedrez, no se mueve del jardín de los duques, pero dispara a don Quijote hasta los límites de las regiones del fuego —cual nuevo Alejandro Magno llevado por los grifos— mientras Sancho sueña —¿o miente?— con observar la Tierra pequeña como un grano de mostaza y hasta con jugar a gobernar las estrellas y las constelaciones.

---

30 Aby Warburg, *La Rinascita del Paganesimo Antico,* Milano, La Nuova Italia, 2000, pp. 276-277.

31 Véase también Hernando Cabarcas Antequera, *Bestiario del Nuevo Reino de Granada. La imaginación animalística medieval y la descripción literaria de la naturaleza americana,* Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1994, p. 80.

En el *Orlando furioso,* un libro de ficción, Ariosto acredita como real un animal fabuloso: *"Non finzion d'incanto" ma "vero e natural".*[32] En don Quijote, un libro que se presenta como "historia verdadera", Cervantes acredita como mágico y fabuloso un simple caballo de madera. De este juego continuo de espejos, de ecos, de reenvíos entre ficción y realidad, se alimentan los imaginarios colectivos. Veamos cómo.

5. LAS LETRAS EN LAS ARMAS…

A partir de la segunda mitad del siglo XV, la gran expansión marítima europea pone en crisis la *imago mundi* medieval. Los viajes de exploración portugueses en las costas occidentales del continente africano demuestran la inconsistencia de la teoría de las zonas: no sólo es posible cruzar la banda ecuatorial, sino que, además, allá se encuentran numerosos asentamientos humanos.

Se trata de un acontecimiento trascendental: el camino hacia el otro mundo queda abierto. Quienes se encargarán de elaborar una nueva representación del orbe en la Europa cristiana serán en gran medida los libros de caballerías. A lo largo del siglo XVI parece que nadie pudiera escapar al encanto de esas lecturas. Entre los lectores apasionados se encuentran conquistadores como Cortés y Oviedo, letrados y humanistas como Valdés y Garcilaso de la Vega, futuros santos como santa Teresa e Ignacio de Loyola, reyes y emperadores, empezando por el mismo Carlos V.[33]

El fenómeno no se limita a las elites, sino que se infiltra de manera capilar en el tejido social de Europa, penetrando en los claustros de los conventos y en los campamentos militares, en las bodegas de los mercaderes y en las estibas de los galeones, en las ferias campesinas y en las tabernas de paso. Benedetto Croce demuestra que los libros de caballerías eran uno de los pasatiempos preferidos de las tropas españolas durante las largas campañas militares en Italia.[34]

Leonard llega a extender esta afirmación al proceso de la conquista:

> Esta moda literaria adquirió su mayor desarrollo en España inmediatamente después del descubrimiento de América y pronto se extendió como un contagio a los países vecinos de Europa al mismo tiempo que cruzaba el océano hacia el Nuevo Mundo. En todas partes campeó por sus respetos, y los elementos literarios de todas las clases sociales sucumbieron a ella. Mucho antes de que este entusiasmo llegara a su máximo, estos cuentos fantásticos ya habían dejado su huella en hábitos y costumbres, inflamando la imaginación de aventureros en Europa y América, e inspirando de paso la obra cumbre de la literatura española.[35]

Este fenómeno, desde luego, no sería explicable sin "la ingeniosa y muy fructífera arte de la imprenta", para emplear la expresión del prólogo a la *Historia de los nobles caballeros Oliveros de Castilla y Artús Dalgarve.*[36] La rápida difusión de los talleres de imprenta en el siglo XVI permite una multiplicación de textos y de imágenes, inconcebible antes, a precios y con tiempos de trabajo extremadamente contenidos.

Por otra parte, como subraya Leonard, la introducción de la imprenta no da como resultado inmediato la popularización de la lectura o la reducción de la reverencia tradicional frente a la palabra escrita:

> El rollo de pergamino y el libro eran los depositarios y los mágicos transmisores del saber oculto, de los recónditos secretos de la naturaleza y de un poder milagroso que era accesible únicamente a una mayoría capaz de descifrar sus jeroglíficos. (...) la mezcla de superstición y desacralización que se asociaba a infolios y manuscritos, no se desvaneció hasta mucho después de que se había inventado el tipo movible y la multiplicación de los trabajos impresos.[37]

En un comienzo, los textos impresos no van más allá de los circuitos tradicionales de difusión de los códigos redactados a mano y escritos en latín, y continúan siendo de exclusivo provecho del alto clero, de la

32 Ludovico Ariosto, *op. cit.,* canto IV, 9, 7-8.
33 Irving A. Leonard, *Los libros del conquistador,* Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1996 (1949), pp. 31-32.
34 Benedetto Croce, *La Spagna nella Vita Italiana durante la Rinascenza,* Bari, G. Laterza & Figli, 1917, pp. 197-198.
35 Leonard, *op. cit.,* p. 26.
36 Citado en Ida Rodríguez Prampolini, *Amadises de América. La hazaña de Indias como empresa caballeresca,* Caracas, Consejo Nacional de la Cultura, 1977 (1948), pp. 85-86.
37 Leonard, *op. cit.,* p. 39.

aristocracia y de los círculos cultivados de las ciudades comerciales. No será sino con los libros de caballerías, publicados en las diferentes lenguas vernáculas, que la imprenta demostrará todas sus implicaciones revolucionarias, tanto en términos de difusión comercial como de influencia sobre el imaginario colectivo.

Obligados a fijar un lugar y una fecha de nacimiento a este sorprendente fenómeno —precursor de la afirmación de los medios de comunicación masivos modernos—, probablemente la mayor parte de los historiadores y letrados —incluidos quizás Cervantes y Ariosto— estaría de acuerdo en señalar la Zaragoza de 1508, como la ciudad y año de la publicación del *Amadís de Gaula.*

El *Amadís* obtiene inmediatamente un éxito extraordinario, que abre un nuevo ciclo, el ciclo griego-asiático, que va a entrar pronto en competencia directa con los tradicionales ciclos bretón y carolingio. Pero, sobre todo, constituye el ejemplo paradigmático de un punto de vista literario y también comercial de un producto editorial totalmente nuevo, que muy pronto se impondrá como el primer caso de literatura de masas.

Esta unión entre las innovaciones tecnológicas de la reproducción de textos y el renacimiento del género caballeresco de origen medieval, junto a la impetuosa expansión europea en los territorios de ultramar, genera como consecuencia la formación de un público de amplitud verdaderamente global. Ariosto escribe un poema de dimensiones planetarias, que encuentra, por primera vez en la historia, un público de dimensiones planetarias. Cervantes, en cambio, inventa un mundo de "pequeñas patrias" de localismos, que también encuentra un público planetario, que llega hasta las más perdidas de estas patrias.

La relación entre la invención de la imprenta y la difusión de los libros de caballerías no es, entonces, una relación en sentido único: si es evidente que el éxito del género caballeresco en el siglo XVI no es concebible sin los caracteres tipográficos móviles, también es cierto que sólo con los libros de caballerías los editores descubren las potencialidades insospechables de la nueva tecnología.[38] Un mismo libro —es el caso del *Amadís,* y más adelante de l *Orlando furioso* y, sobre todo, del *Quijote*— es leído desde las Filipinas hasta el Brasil, desde las Indias orientales hasta el Perú, lo que contribuye a forjar un imaginario compartido en todos los vastos territorios imperiales.

Como hace notar Serge Gruzinski, se trata de libros que, uniendo de manera ecléctica las tradiciones literarias portuguesa, española, italiana y francesa, engendran un *corpus* de modelos de comportamiento, lugares comunes y parámetros de referencia colectivos, que servirá como base cultural para la entrada en escena de la monarquía católica.[39]

En su investigación sobre *Los libros del conquistador,* Leonard nos cuenta cómo las tierras de ultramar del imperio español van a ser inundadas de ejemplares de la obra de Cervantes, al punto de llegar a eclipsar la difusión de los libros de caballerías en auge hasta ese momento. Con extraordinaria y documentada minucia, describe también las hazañas de algunas copias de la primera edición del *Quijote* que, zarpadas de España el mismo 1605, año de su publicación, llegan al Cuzco ya en 1606.

Aunque a partir del siglo XVI, gran parte de la población empieza a tener acceso a los textos impresos, la manera de interpretarlos, desde luego, no es la misma entre todas las clases sociales. Como escribe Ginzburg:

> Los almanaques, las canciones, los libros de piedad, las vidas de los santos, toda la variedad de panfletos que constituyen la masa de la producción impresa, nos parecen hoy en día estáticas, inertes, y siempre iguales a sí mismas; pero, ¿cómo eran leídos por el público de la época? ¿En qué medida la cultura dominante oral de esos lectores interfería, modificando y modelando hasta desnaturalizarla en la percepción del texto? No es suficiente considerar los libros que son producidos y puestos en circulación. Hay que prestar atención a las modalidades de su percepción: (...) sólo la clara conciencia del carácter histórico y socialmente variable de la figura del lector puede sentar las bases para una historia de las ideas que sean diferentes inclusive en el plan cuantitativo.[40]

38 José Manuel Lucía Megías, *Imprenta y libros de caballerías,* Ollero & Ramos, Madrid, 2000, p. 69.

39 A este propósito, véase Serge Gruzinski, *La Pensée Métisse,* Paris, Librairie Arthème Fayard, 1999.

40 Carlo Ginzburg, *Il Formaggio e i Vermi. Il Cosmo di un Mugnaio del '500,* Torino, Einaudi, 1976, pp. 17-18. Ginzburg se refiere acá a una publicación del siglo XVIII, pero su discurso tiene una validez más general.

El éxito abrumador del género caballeresco no podía no suscitar reacciones irritadas, sobre todo en esos medios —inclusive en ciertas ocasiones los círculos humanistas— que sentían directamente amenazado su monopolio cultural en la elaboración de la *imago mundi*. Durante todo el siglo, voces indignadas se levantan de las sillas eclesiásticas y universitarias a lanzar anatemas en contra de esas "*infacetísimas facecias* y gracias desgraciadas", como las apostrofa Juan Luis Vives, recurriendo él también a las *imposibilia.*[41]

Las críticas se concentran esencialmente en dos aspectos: en los hechos de que estos libros son amorales y mentirosos. La oposición retórica es entre virtud cristiana e historias vanas y falsas, entre verdad revelada e imaginación descontrolada, entre obras de la natura y obras de fantasía.[42]

Los libros de caballerías, en efecto, heredan en parte el aura de sacralidad y de autoridad que rodeaba hasta ese momento todo texto escrito, lo que genera —según los críticos— una confusión imperdonable entre textos verdaderos y falsos. A este propósito, el mismo Leonard cuenta una anécdota muy quijotesca, tomada de un texto portugués del siglo XVII:

> En la milicia de la India, teniendo un capitán portugués cercada una ciudad de enemigos, ciertos soldados camaradas, que albergaban juntos, traían entre las armas un libro de caballerías con que pasaran el tiempo: uno dellos, que sabía menos que los demás, de aquella lectura, tenía todo lo que oía leer por verdadero (que hay algunos inocentes que les parece que no puede haber mentiras impresas). Los otros, ayudando a su simpleza, le decían que así era; llegó la ocasión del asalto, en que el buen soldado, envidioso y animado de lo que oía leer, se encendió en deseo de mostrar su valor y hacer una caballería de que quedase memoria, y así se metió entre los enemigos con tanta furia, y los comenzó a herir tan reciamente con la espada, que en poco espacio se empeñó de tal suerte, que con mucho trabajo y peligro de los compañeros, y de otros muchos soldados, le ampararon la vida, recogiéndolo con mucha honra y no pocas heridas; y reprehendiéndole los amigos aquella temeridad, respondió: "Ea, dexadme, que no hice la mitad de lo que cada noche leeis de cualquier caballero de vuestro libro". Y él dallí adelante fue muy valeroso.[43]

La confusión se acrece a causa de la costumbre, en boga entre los autores de libros de caballerías, de emplear toda clase de artificios retóricos para demostrar la autenticidad de la historia que contaban, insertando por ejemplo —es el caso de Cide Hamete Benengeli— algunos comentarios donde se cuenta del descubrimiento fortuito del manuscrito original, cuya proveniencia atesta la autenticidad del relato.

Al mismo tiempo, los que se cimentaban en la redacción de crónicas y de textos históricos, tampoco eran impermeables a la influencia del estilo aventurero de la literatura caballeresca, a pesar de todos los esfuerzos con que trataban de distinguirse. En el imaginario de una gran parte de los europeos, la frontera entre las crónicas de la conquista y los libros de caballerías será por mucho tiempo muy ambigua. Como afirma Leonard: "Los sedentarios novelistas de España, Portugal y Francia no calcularon hasta qué extremo serían responsables de la conquista del Nuevo Mundo".[44]

6. … Y LAS ARMAS EN LAS LETRAS

Los libros de caballerías influencian profundamente el proceso de apropiación del globo por parte de los europeos. Pero, ¿lo contrario también es cierto? ¿Hasta qué punto la realidad de la conquista se refleja en las ficciones de la literatura? ¿Hasta qué punto las verdaderas gestas de armas influencian las letras?

Según un juicio muy difuso, en el Renacimiento, ni la cultura de elite ni mucho menos la popular prestaron a los grandes descubrimientos y a la evolución del saber geográfico la atención que se merecían.

Broc mismo parece ser de este aviso:

> En el campo literario —escribe— se podría esperar una irrupción de exotismo en la literatura

41 Citada en Rodríguez Prampolini, *op. cit.,* p. 22.
42 *Ibid.,* pp. 46-47.
43 Francisco Rodríguez Lobo, ORTE EN ALDEA Y NOCHES DE INVIERNO, Valencia, 1798 (1619), pp. 18-20, citado en Leonard, *op. cit.,* p. 36.
44 *Ibid.,* p. 52.

tradicional, ya que las condiciones parecen tan favorables: revelación de continentes desconocidos, de plantas y animales extraños, de pueblos cuya diversidad es infinita, de civilizaciones extraordinarias… Ahora, la cosecha es flaca: nada en un cosmopolita como Erasmus, muy poco en Cervantes en plena edad de oro española, unas cuantas alusiones en la obra considerable de Shakespeare (….).[45]

Broc, y con él la mayor parte de los historiadores de la geografía, lamenta no encontrar en la literatura de la época elementos exóticos más cercanos a la representación moderna del allá: descripciones etnográficas tomadas de cronistas y exploradores, indicaciones botánicas y zoológicas, nombres de lugares sacados de los planisferios y de los portulanos.

La cultura renacentista estaría demasiado concentrada en el re-descubrimiento de la antigüedad y demasiado distraída en sus problemáticas internas para atribuir la debida importancia a las noticias provenientes de ultramar. Es decir, a parte de unas cuantas excepciones, la imagen del Nuevo Mundo en el siglo XVI se deslizará de la mitología antigua y medieval directamente a las representaciones alegóricas del manierismo, sin encontrar una tensión vital propia en el campo artístico.

En particular, Broc retoma y extiende a toda Europa la opinión de Argan, que estima que la cultura italiana no es particularmente receptiva a los descubrimientos de nuevas tierras:

No más que en la pintura, la revolución geográfica tampoco se ha manifestado en la literatura italiana (…). Así mismo, la visión del mundo de un Ariosto es toda fantasiosa y casi mágica. Los héroes del *Orlando furioso* (1532) están empeñados en incesantes viajes por tierra, por mar, en los aires, y sus aventuras son geográficamente dispersas, de la India a las Hespérides, de Islandia a Grecia; recorren Europa, África media, Tartaria, y Angélica conduce a Medoro hasta el Catai, en donde se vuelve rey. Pero al lado de las tierras reales, ¡cuántos condados imaginarios y encantados como la isla de las Plantas o el reino del Paraíso terrenal!.[46]

Sin embargo, en *Ptolémée et l'Hippogriffe,* Alexandre Doroszlaï invierte esta interpretación, nos introduce en el taller de Ludovico Ariosto y nos muestra su método de trabajo. Según Doroszlaï, Ariosto, para determinar los movimientos de sus personajes, se sirve sistemáticamente de planisferios, mapamundis, mapas regionales, planos de ciudad: "… en materia geográfica la fuente principal, quizás única, de Ariosto, no es un escrito que tenga bajo los ojos, ni una memoria de lecturas, y no puede sino ser cartográfica".[47]

A través de un cuidadoso trabajo de filología cartográfica, Doroszlaï pone el imaginario geográfico de Ariosto a *"l'épreuve des cartes",* a la prueba de los mapas. Por ejemplo, el periplo aéreo de Rugiero al lomo del hipogrifo hasta la isla de Alcina, identificable con Cipango, así como el primer viaje de Astolfo de regreso de Oriente, se desarrollan siguiendo la Universalis Cosmographia de Waldesemüller, o de una copia suya, hoy perdida. Y el viaje de Astolfo en África hacia el reino del preste Juan sigue meticulosamente las indicaciones del portulano de Dulcert de 1339 o de alguna de sus copias tardías.[48]

Para describir a los personajes y a las armadas en movimiento, Ariosto no duda en cambiar de escala: ya que la acción se concentra alrededor de París sitiada; llega incluso a utilizar mapas regionales y planos de la ciudad. En cuanto al Paraíso terrenal, la cuestión a la época es si había sido preservado por el diluvio universal, si había sido borrado por las aguas o si aún hubiese vestigios del Edén. Pero de su existencia geográfica nadie duda, como demuestran los furibundos debates político-religiosos y las frecuentes expediciones en su búsqueda.[49]

El hecho de que la mayor parte de los documentos cartográficos hayan desaparecido no es, según Doroszlaï, una razón suficiente para afirmar con Gnudi que "la geografía del *Orlando furioso* es una geografía irreal (…) que,

45 Broc, *op. cit.,* p. 224.
46 G. C. Argan, prefacio en *L'Europe et la Découverte du Monde,* Catalogue Exposition, Bordeaux, Mai-Juillet 1960, citado en Broc, *op. cit.,* p. 210.
47 Alexandre Doroszlaï, *Ptolémée et l'Hippogriffe. La Géographie de l'Arioste Soumise à l'Épreuve des Cartes,* Alessandria, Edizioni Dell'Orso, 1998, p. 183.
48 *Ibid.,* pp. 25-44 y 112.
49 Jean Delumeau, *Une Histoire du Paradis. (I. Le Jardin des Délices),* Paris, Librairie Arthème Fayard, 1992.

en los desplazamientos rápidos de los personajes, anula las distancias, iguala lo próximo con lo lejano, desde la unidad de un lugar de imaginación".[50]

Es cierto que el "movimiento errante" de Ariosto quema las distancias entre el acá y el allá, lo cercano y lo lejano. Sin embargo, eso no se da a través de la creación de una geografía imaginada e irreal, sino que, al contrario, es a través de la información geográfica más actualizada, a la cual el autor tenía acceso gracias a su posición privilegiada como hombre de letras en la corte de los duques de Este.

"En esta época cremallera —concluye Doroszlaï— que es la de los grandes descubrimientos, el mapa geográfico parece en efecto jugar un papel que sobrepasa de lejos su función primitiva de localizar: es decir, de participar, en las huellas de los exploradores, al inventario de nuestro globo".[51]

Ariosto, que por su misma admisión es de inclinación sedentaria y privilegia los viajes del espíritu, viaja pluma en mano y el dedo en el planisferio.[52] El mapa renacentista, nacido de la unión precaria entre tradición escrita y cuento oral, geometría de los cielos y resistencia del terreno, se vuelve entonces una herramienta lúdica para fabular el mundo.

7. Don Quijote, un mito americano

¿Y en Cervantes? No cabe duda, entre don Quijote y América existe un vínculo entrañable. La obra que inventa la novela moderna sería impensable sin el traumático cambio de paradigma que sacude la *imago mundi* medieval. Es más, a partir de entonces los lazos entre la obra de Cervantes y las tierras americanas va estrechándose en una telaraña de relaciones, citas, contaminaciones… Así, el *Quijote* hunde sus raíces en la gran expansión europea en el Nuevo Mundo.

La imagen del caballero de la triste figura es el espejo deforme de la de los conquistadores españoles, con sus armaduras de hierro y sus caballos. O —según una célebre sugestión borgesiana— sueños ambos, el uno del otro.

> El error más considerable de don Quijote —escribe Riquer— no es el de querer resucitar los ideales medievales a principios del siglo XVII, sino el haber equivocado su ruta. Cervantes sabía perfectamente que si don Quijote, en vez de encaminarse a Barcelona se hubiese dirigido a Sevilla y de allí hubiese embarcado para las Indias, su héroe hubiera encontrado las aventuras que anhelaba, los países exóticos, rara fauna y temible, salvajes que tantas veces asoman a las páginas de los libros de caballerías, y reinos, provincias, ínsulas que ganar. Otros quijotes y otros sanchopanzas partían de España sin más caudal y hacienda que las ilusiones y la ambición, y las saciaban en lo que pronto se llamaría América, a base de más trabajos y de más extraordinarias aventuras que las que se cuentan en los libros de caballerías.[53]

En su biografía sobre Gonzalo Jiménez de Quesada, Germán Arciniegas llega a insinuar que Cervantes se haya quizás inspirado en el fundador de Santafé de Bogotá, con quien, al parecer, mediaban vínculos sociales e incluso de familia.[54]

> Dos temas nuevos para Cervantes empiezan a llenar su mente: América y la familia de los Quesadas. Esa vida de Indias de que tanto ha oído hablar en sus andanzas por la corte y en su casa —esa patria de ladrones y pícaros, como él dice, último refugio de los caballeros. En 1590 se dirige al rey suplicándole por un puesto en Santafé o en Cartagena: las dos ciudades Quesada (…). Si Cervantes hubiera venido a América, en la Nueva Granada habría figurado a su héroe para moverlo dentro del escenario de las Indias. Lo hubiera llevado de Santafé a los Llanos y de los Llanos a Mariquita.[55]

---

50 Citado en Doroszlaï, *op. cit.*

51 *Ibid.*, p. 183.

52 *E più mi piace di posar le poltre / membra , che di vantarle che alli Sciti / sien state, agli Indi, agli Etiopi ed oltre. / […]. Chi vuol andare a torno, a torno vada : / vegga Inghelterra, Ongheria, Francia e Spagna ; /a me piace abitar la mia contrada. / […]. Questo mi basta ; il resto de la Terra, / senza mai pagar l'oste, andro' cercando / con Ptolomeo, sia il mondo in pace o in guerra ; / e tutto il mar, senza far voti quando / lampeggi il ciel, sicuro in su le carte / verro', più che sui legni, volteggiando.* Ludovico Ariosto, *Satire,* III, v. 49-51, 55-66.

53 Riquer, *op. cit.*, p. LXVII.

54 "Una de las tesis principales de mi libro en preparación —afirma Mary Gaylord— es que Cervantes pone las palabras de primera y segunda mano de Colón, Cortés, Las Casas y otros en la boca de sus personajes, sobre todo don Quijote y Sancho Panza". Gaylord, *op. cit.*, p. 222.

55 La referencia es a la celebre definición de Cervantes: "Las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores, añagaza general de mujeres libres…". Arciniegas, *op. cit.*, pp. 161 y 240.

La relación entre el visionario hidalgo y las epopeyas de las tierras americanas se vuelve un consolidado *topos* retórico en las letras iberoamericanas. A comienzos del siglo, sólo por nombrar algunos ejemplos, don Tulio Febres Cordero escribe un *Don quijote en América, o sea la cuarta salida del ingenioso hidalgo de La Mancha",* en donde —según Mario Briceño Perozo— "sienta cátedra de acendrado patriotismo. Armar y defender lo nuestro, ser más criollos cada día, es decir, más hispanoamericanos, prescribir del esnobismo que trae la servil copia de los modelos extranjeros".[56] El venezolano Luis Pastori, en 1921, en un poema dedicado a Cervantes escribe:

España: sin dejar tu campo austero,
siempre pudo su hidalgo aventurero
llegar hasta la tierra americana.
Y en su rocín profético y sensato
nos trajo en flor tu cuerdo mentecato
—copa y raíz— la lengua castellana.[57]

Miguel de Unamuno no duda en ubicar el espíritu del Quijote en Hispanoamérica y en la zona eusquera y llega a comparar al personaje de Cervantes con el héroe americano por excelencia, Simón Bolívar: "Bolívar fue uno de los más fieles adeptos del quijotismo. (…). Bolívar era de la estirpe de don Quijote".[58] La comparación hace escuela: T. Gutiérrez Calderón, dedica un poema a *Don Quijote de América:*

Don Quijote de América,
Padre nuestro Simón
De tu soldado lírico escucha su canción
(…).
Padre nuestro Bolívar, Señor de la Aventura
Don Quijote de América, genio de la locura
Que al lomo de tu mágico sonoro corcel,
Diste a tus cinco patrias un gajo de laurel
(…).
No dejes, pues, Quijote de la moderna Mancha,
prosperar el dominio que el extranjero ensancha
a golpes de conquistas del oro violador;
venga otra vez el brillo de tu espada señor.[59]

En los ires y venires de la fortuna quijotesca queda claro que un filón literario de fuente antigua y de aguas caudalosas está representado en la construcción de un Quijote americano, según el caso, caballero en busca de El Dorado, conquistador delirante, prócer libertario, Señor de la Aventura, soñador y utópico impenitente...

No obstante, en el conjunto de la *opera omnia* de Cervantes, la palabra América no aparece mencionada ni una sola vez. A primera vista, el Quijote parece ser muy pobre en cuanto a alusiones al imaginario geográfico de la época: en la constelación semántica que se puede deslindar de su universo literario las palabras que hacen referencia a la geografía remota de ultramar son sorprendentemente escasas. La dicción Nuevo Mundo aparece de manera contingente sólo dos veces en toda su obra, y términos como India o indiano, así como Oriente, Occidente, Asia, África, no corren con mejor suerte.

Del mismo modo que ocurre con Ariosto, cuando se hacen referencias a reinos lejanos y fabulosos como la ínsula Barataria o el país de Candaya, la impresión es que ellos son puros lugares de fantasía, estados de la mente por completo desligados de una visión geográfica coherente. "Cervantes —escribe Broc— no parece haber retenido nada de las gestas de sus compatriotas de ultramar, y muy poco de sus propios viajes. Su universo se limita a los turcos, con quien él mismo ha peleado en Lepanto, y a los barbarescos que lo han reducido a esclavo en Argel".[60]

¿Por qué tanta indiferencia a las geografías del allá remoto por parte de un hombre al cual la vida lo había puesto frente a innumerables viajes y aventuras en tierras lejanas? ¿Cómo se explica que la misma persona que en dos ocasiones había suplicado un puesto en los buques que zarpaban hacia las Indias, a lo largo de su obra jamás mencione este nuevo

56 Mario Briceño Perozo, *La espada de Cervantes,* Caracas, Italgráfica,1987, p. 48.
57 Citado en *ibid.,* p. 48.
58 Citado en *ibid.,* pp. 168-170.
59 Citado en *ibid.,* p. 114.
60 Broc, *ibid.,* p. 227.

continente americano que ya lo había hecho soñar y le había disparado la imaginación en su madurez?

8. LAS INDIAS ENTRE NOSOTROS

Frente a este vertiginoso vacío, aparentemente indescifrable si pensamos que Cervantes es un contemporáneo de la revolucionaria expansión de España hasta las tierras más lejanas del globo, se interrogan hace rato estudiosos y especialistas. Ni la historia de la ciencia —concentrada en el desarrollo de la técnica cartográfica—, ni la geografía histórica, han explorado mucho los mapas mentales con que la Europa cristiana del tiempo de Cervantes concibe el mundo. Sólo recientemente la historia de las mentalidades y de los imaginarios se ha enfrentado de forma más sistemática a la cuestión.

Una primera aproximación consiste en admitir que el objetivo que Cervantes mismo se había impuesto le impedía el recurso de lo exótico, lo prodigioso y lo pintoresco. Al trasladar las heroicas hazañas de los libros de caballerías a los prosaicos paisajes de una Mancha cotidiana, polvorienta y desencantada, es evidente que ya no caben en el relato las anotaciones etnográficas o los comentarios sobre fauna y flora de los viajeros.

Pero hay algo más. Quizás la decepción de los estudiosos se deba más a una deformación de perspectivas que a una remoción del autor. Hoy en día nos resulta difícil desembarazarnos de conceptos como Nuevo Mundo y América, cargados en el transcurso de los siglos de una espesa densidad simbólica. Sin embargo, la idea de América, así como la concebimos desde una perspectiva moderna, está lejos de haber cuajado y el término mismo de Nuevo Mundo aún está en plena gestación.

Ginzburg nos recuerda que, a mediados del siglo XVI, la metáfora de un verdadero mundo nuevo más allá del océano, obvia en nuestros días, era aún desconcertante a causa de su atrevimiento. "Menocchio (molinero del siglo XVII) la empleaba en sentido diverso, en referencia no a un continente sino a una sociedad para construir. (...). En las palabras de Erasmus, toda implicación geográfica de la expresión *Novus mundus* era ausente".[61] Su uso tiene más a que ver con las disputas religiosas europeas que con la referencia a un más allá geográfico.

Aunque en ciertos círculos doctos de geógrafos y astrónomos, de consejeros de corte y de sabios de monasterios, el debate sobre la existencia de un nuevo continente —desconocido para los antiguos— ya había comenzado, la mayoría de la población ni lo sospechaba.[62]

La visión del allá remoto en el imaginario geográfico de la época aún no está dominada por la poderosa imagen de América, como tiende a hacernos creer el mito del Quijote héroe americano, fruto en gran medida de la retórica nacionalista y bolivariana de los siglos XIX y XX.

Volvemos a explorar entonces la posibilidad de que don Quijote y Sancho se muevan en una representación "tradicional" del mundo. Una representación donde, a la ecumene compuesta por Europa, África y Asia, se opone —en el otro hemisferio— un amplio continente identificado, desde la época de Colón y de Pedro Mártir, con la fabulosa tierra de las antípodas "donde es día cuando acá es noche".

Los reinos fabulosos, los *excursus* cosmográficos y las leyendas de ultramar que encontramos en la literatura renacentista nos proyectan en otra visión de este *mundus alter et idem,* identificado, según las circunstancias, con las Indias o el Cathay, con la Tierra de la Cruz o las costas de Paria, con el reino del preste Juan, El Dorado o la *Terra Australis Incógnita...* Un mundo que —vale la pena recordarlo— la gran mayoría de la población europea percibe —si es que la percibe— como un allá remoto, vago e indistinto.

Roscioni, en una fascinante investigación sobre las cartas con que los jóvenes jesuitas solicitaban ser enviados a las tierras de ultramar, nos cuenta: "Pocos entre ellos que hubieran sido capaces de decir lo que tenían de verdad en la cabeza cuando hablaban de India, o de Indias. De esos países, que figuraban con

61 Ginzburg, *op. cit.,* pp. 96-97.
62 Bernadette Bucher, *Icon and Conquest. A Structural Analysis of the Illustrations of de Bry's Great Voyages,* Chicago, University of Chicago Press, 1981, p. 4.

sus nombres en los planisferios y en los mapas geográficos, no habían sino nociones muy vagas".

Y continúa:

> Las Indias lejanas, que no podemos comparar a las de acá, no sólo lejanas simplemente de un punto de vista geográfico: las tantas millas que las separan de Europa simbolizan, a los ojos de muchos entre ellos, la distancia que ellos quieren interponer entre la nueva vida interior a la que aspiran y su existencia actual, inerte y distraída. Más que a las Indias, es *lejos* donde quieren ser destinados. Muchos se declaran, en efecto, listos (...) a cambiar las Indias con no importa cuál otra región muy alejada.[63]

Las Indias, sean ellas orientales u occidentales, comprenden prácticamente todas las nuevas tierras que acaban de ser alcanzadas por los europeos, del Japón al Brasil, de la China a México, incluyendo a las Indias propiamente dichas y, en ciertos casos, a Etiopía.

Sin embargo, a esta indeterminación en un plano estrictamente geográfico se opone un imaginario muy intensamente percibido. Un análisis de los argumentos a favor y en contra del envío de misioneros, devela, en efecto, una oposición neta entre un centro —Europa— y una vasta periferia concebida como una verdadera anti Europa.

Los *indipetae,* literalmente "los que *petebant Indias",* sueñan con ir a las antípodas. No es casualidad que una de las respuestas más frecuentes de los superiores a las pretensiones obsesivas de zarpar rumbo a las Indias consista en invertir los términos de la cuestión. Si el objetivo es el de buscar la perfección sirviendo el Señor, no hay necesidad alguna de ir hasta el otro lado del mundo. Las Indias también están entre nosotros. Por ejemplo, a un tal Sebastiano Discreti le contestan que: "Esos países no eran para mí, y que el oficio que yo tenía era una buenísima India".[64]

Algo semejante había ocurrido al mismo Cervantes cuando en 1590 solicita por segunda vez un empleo en las Indias: "Busque por acá en qué se haga merced", fue la lacónica respuesta que recibió.

9. CARTAS DESDE LAS ANTÍPODAS

En la tradición occidental tres son los caminos privilegiados para aproximarse a las antípodas: el primero es el camino aéreo, uránico, por ascensión o por vuelo. Es, como vimos, el que privilegian Astolfo en su célebre viaje al lomo del hipogrifo y el que empeñan don Quijote y su escudero rumbo al país de Candaya.

El segundo es el camino tectónico, entre las vísceras de la Tierra (a través de un túnel, un meandro, un pasaje secreto) del cual la *Divina comedia* es modelo inigualado. Finalmente, el viaje por tierra o —más comúnmente— por mar, que en el Renacimiento encuentra digna celebración en el Rabelais del *Cuarto libro* y en el Shakespeare de *La tempestad,* sólo por nombrar los más famosos.[65]

Sin embargo, existe otro canal de comunicación directa con la gente de las antípodas, muy frecuentado desde la antigüedad: el canal epistolario. Una de las primeras cartas desde las antípodas de la cual hay conocimiento es la llamada Epístola de Tiberiano. Se trata de un fragmento que aparece en una breve alusión de Servius en su comentario a la *Eneida: "superi inferis salutem".* "Nosotros superiores —es el sentido del mensaje— los saludamos a ustedes, los inferiores". En una típica inversión antipódica, los habitantes de del otro hemisferio tratan establecer un contacto, y en tres palabras logran trastrocar el sentido de superioridad de los romanos.

No conocemos absolutamente nada más de esta carta misteriosa, pero este simple fragmento tendrá una fortuna literaria inesperada. Moretti define el mensaje como "uno de los más sorprendentes tratos de unión gracias al cual el motivo de las antípodas y de sus posibles contactos con nosotros (...) encuentra su camino para asegurar una permanencia durable en la literatura europea".[66] En el siglo XV, la Epístola de Tiberiano goza todavía de bastante popularidad entre la gente de letras: Petrarca,

63 Roscioni, *op. cit.,* pp. 102, 107, (trad. pers.)
64 *"... quei paesi non facevano per me, et che l'officio ch'io avevo era una buonissima India",* Roscioni, *ibid.,*p. 75.
65 Véase Frank Lestringant, *Écrire le Monde à la Renaissance. Quinze Études sur Rabelais, Postel, Bodin et la Littérature Géographique,* Caen, Paradigme, 1993.
66 Moretti, *op. cit.,* p. 48.

por ejemplo, se refiere a ella en su correspondencia con Cola de Rienzo.

Pero, de lejos, la carta más importante que jamás haya llegado de las antípodas es la del preste Juan. Por más de cuatro siglos, a partir de este misterioso soberano cristiano de Oriente, logra poner en agitación a políticos, diplomáticos y consejeros de las cortes de media Europa, influenciando los equilibrios geopolíticos de su tiempo.

En las diferentes cartas del preste Juan se describe un maravilloso imperio, ubicado en las extremas fronteras del mundo, compuesto por "numerosas Indias", y próximo a los reinos apocalípticos de Gog y Magog, a la tumba del apóstol Tomás y al Paraíso terrenal. El preste Juan, además, se declara cristiano y afirma su deseo "de luchar por la Tierra Santa y por el sepulcro de nuestro Señor Jesús." [67]

La figura de un emperador cristiano muy poderoso que reina en el otro hemisferio se arraiga en la mentalidad colectiva de la Edad Media tardía. A lo largo de todo el siglo XV, los portugueses lo buscan febrilmente al interior de África hasta identificarlo, finalmente, con el reino cristiano-nestoriano de Etiopía. La escasa fuerza militar del nuevo aliado decepciona a políticos y hombres de armas, pero eso no impide que la fama del preste Juan como personaje literario siga creciendo.

La literatura caballeresca, el teatro callejero y las estampas populares le aseguran un éxito duradero como personaje cómico. En *Much Ado About Nothing,* de Shakespeare, las estrafalarias ofertas de servicios de Benedick, con toda probabilidad, resultaban bien familiares al público inglés de la época:

> ¿Su alteza quisiera ofrecerme un servicio al otro lado del mundo? Estoy listo a ir a las antípodas para la menor comisión que usted pueda imaginar de conferirme; iré a buscar un palillo en el ultimo rincón de Asia, le traeré la medida del pie de preste Juan, iré a buscar un pelo de la barba del Gran Kan, llevaré cualquier embajada a los pigmeos, con que no tenga que aguantar tres palabras de conversación con esta arpía; ¿usted no tiene empleo para mí? [68]

Ariosto desarrolla más cabalmente aún las potencialidades histriónicas del personaje. Para llegar al lado opuesto del mundo, en busca de la razón perdida de Orlando, el caballero Astolfo toma la ruta del sur, la misma indicada por los portugueses, que por lo general ubicaban el Edén en el extremo meridional de África.

El duque inglés, a saltos y brincos, cruza buena parte de los *topoi* antipódicos, las arpías, las parcas y los dobles etíopes de la tradición homérica, la villa de oro de Nubia que va a alimentar el mito de El Dorado, el carro bíblico de Helia y Juan el Evangelista, el Infierno y el Paraíso terrenal y, desde luego, el reino del preste Juan.

Es el impulso característico de Astolfo lo que da al relato un ritmo fluido, dinámico, a ratos frenético. Al mismo tiempo, los mecanismos de inversión le brindan a Ariosto la estructura narrativa central y las herramientas literarias para describir el otro hemisferio.

Acá, en efecto, la historia de preste Juan se presenta al revés: el remoto reino de Etiopía, lejos de poder apoyar a la cristiandad contra la amenaza mahometana, espera con impaciencia la llegada de alguna ayuda desde el Cielo. Cuando Astolfo se aparece en su hipogrifo, es acogido como un ángel salvador enviado por Dios.

El mismo preste Juan es un personaje grotesco, una parodia del rey Midas: aunque sea el soberano de un imperio inmensamente rico, está a punto de morirse de hambre con toda su corte. Cada vez que los cortesanos alistan un banquete llegan las arpías a atacarlos, defecando y ensuciando todo alimento. En la más clásica de las inversiones carnavalescas, el país de oro se vuelve un país de mierda.[69]

---

67 Jacqueline Pirenne parece haber develado la mayor parte de los enigmas con respeto a las múltiples versiones de la carta. El primer grupo, en hebreo, provenzal, francés e italiano sería obra de un mismo autor, probablemente un judío provenzal. Jacqueline Pirenne, *La Légende du Prêtre Jean,* Strasbourg, Presses Universitaires de Strasbourg, 1992, p. 81.

68 *"Benedick: Will your Grace command me any service to the world's end? I will go on the slightest errand now to the Antipodes that you can devise to send me on: I will fetch you a toothpicker now from the furthest inch of Asia; bring you the length of Prester's John foot; fetch you a hair off the Great Cham's beard; do you any ambassage to the Pigmies, rather than hold three words' conference with this harpy. You have no employement for me?". William Shakespeare, Much ado about nothing, Act II, Scene I, (The Complete Works)* (W. J. Craig edit.), London-New York-Toronto, Oxford University Press, 1947, pp. 273-282.

69 *"…e molta feccia il ventre lor dispensa / che non si puo' patire la puzza immensa",* en Calvino, *op. cit.,* p. 237. A este propósito ver también Norman

También Cervantes nombra al preste Juan en varias ocasiones. Al comienzo del *Quijote,* el autor nos cuenta "el caos de la confusión" en que había caído al momento de tener que escribir el prólogo y de entregar el libro al público. Pide consejo a un amigo que ha venido a visitarlo, y el amigo le contesta:

> Lo primero en que reparáis de los sonetos, epigramas o elogios que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar en que vos mismo toméis algún trabajo en hacerlos, y después los podéis bautizar y poner el nombre que quisieres, ahijándolos al preste Juan de las Indias o al emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia que fueron famosos poetas; y cuando no lo hayan sido y hubiere algunos pedantes y bachilleres que por detrás os muerdan y murmuren de esta verdad, no se os dé dos maravedís, porque, ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribisteis.[70]

Con todos los falsos documentos del preste Juan en circulación —sugiere el amigo a Cervantes— no será uno más o uno menos lo que va a cambiar las cosas… Las cartas del preste Juan salen definitivamente de la esfera de la política internacional y entran en las de la literatura, como sinónimo de falso, de copia, de plagio, y aún desde esta nueva perspectiva seguirán sacudiendo las certezas de Occidente.

La confusión entre historias verdaderas y estas *"infacetísimas facecias* y gracias desgraciadas es, en efecto, un tema crucial del Quijote".[71] Cervantes, nos recuerda Wardropper, por lo general se refiere a su libro como a una "historia", y precisamente una "historia verdadera".[72] En un periodo en que "una entera generación había perdido la fe en la verdad histórica", esta confusión es potencialmente subversiva.

A través de un complejo andamiaje retórico, hecho de notas, traducciones, cartas, citas que generan una ilusión de verosimilitud, Cervantes llega a confundir el lector hasta hacerlo dudar de la línea divisoria entre lo actual y lo potencial, lo real y lo imaginario, lo verdadero y lo falso.

> Precisamente en una tal destrucción de la facultad crítica, justamente en el fracaso a discriminar entre *history* y *story*, se encuentra la causa de la locura de don Quijote. No es tanto la lectura de demasiado libros de caballerías lo que lo vuelve loco, es su interpretación, su lectura deformada lo que causa su insanidad. (…). Cervantes, al tratar de minar las capacidades críticas de su lector, está llevando la mimesis a su final lógico: está tratando de hacer participar al lector en la locura de su héroe.[73]

10. "LA MÁQUINA MAL FUNDADA DE ESTOS CABALLERESCOS LIBROS"

En el prólogo a la primera parte, el misterioso amigo concluye de esta manera el largo listado de consejos a Cervantes: "En efecto, llevad la mira puesta a derribar la máquina mal fundada de estos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más; que, si esto alcanzásedes, no habríades alcanzado poco".[74]

"La máquina mal fundada de estos caballerescos libros" no es otra que la *"machine a renverser"* de las antípodas, que Cervantes empuja hasta sus más atrevidas potencialidades, generando una inversión de la inversión, una doble inversión.

El allende fabuloso, poblado de gigantes, enanos, caníbales y amazonas, de monstruos e islas de Cucaña, es traído al aquí y ahora de una cotidianidad pobre, mezquina, prosaica.

En esta primera parte, las vastas geografías de la literatura caballeresca son transpuestas a los áridos paisajes de España. La precisión topográfica con la cual Cervantes describe los caminos polvorientos y las sórdidas tabernas de Castilla refleja de manera paradójica la vocación cosmográfica de esta obra-mundo que es el *Quijote.*

Cervantes, como Ariosto, mueve a sus personajes con el más grande cuidado de los límites puestos por la geografía, sólo que en Ariosto percibimos el vértigo provocado por la dilatación del mundo, mientras que en Cervantes aflora la angustia claustrofóbica hacia los lugares de la vida cotidiana.

7O. Brown, *Life against Death: The Psychoanalytical Meaning of History,* New York, Vintage Books, 1959.
70 Cervantes, *op. cit.,* p. 10.
71 Juan Luis Vives, *Instrucción de la mujer cristiana,* citado en Rodríguez Prampolini, *op. cit.,* p. 22.
72 Bruce W. Wardropper, "Don Quijote: Story or History?", en *Modern Philology,* vol. LXIII, Nº 1, august 1965, pp. 1-11. El autor del artículo llega a demostrar cómo la novela, más que la poesía o la épica, tiene sus raíces en la historiografía.
73 *Ibid.,* p. 6.
74 *Ibid.,* p. 14.

No obstante, Cervantes va mucho más allá de una simple inversión mecánica. Utilizando de manera inédita las parejas antinómicas de *imposibilia* o *adynata* de la tradición antipódica, trasciende sus límites tradicionales y abre nuevas posibilidades a la ficción literaria. Introduciendo el episodio de Clavileño, el autor mismo se encarga de darnos, por boca de la señora Trifaldi, una explicación detallada, casi una teoría de esos "imposibles":

> He considerado que de las buenas y concertadas repúblicas se habían de desterrar los poetas, como aconsejaba Platón, a lo menos los lascivos (…). Pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban y las bobas que los creen; y si yo fuera la buena dueña que debía, no me habían de mover sus trasnochados conceptos, ni había de creer ser verdad aquel decir "vivo muriendo, ardo en el yelo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, pártome y quédome" con otros imposibles de esta ralea, de que están sus escritos llenos. Pues ¿qué cuando prometen el fénix de Arabia, la corona de Ariadna, los caballos del Sol, del sur las perlas, de Tíbar el oro y de Pancaya el bálsamo?[75]

Como nos recuerda Zuleta:

> Precisamente la grandeza del libro procede de que esas parejas no son nunca simples. La malicia del libro consiste en que pone en juego diferentes intérpretes. La realidad que se opone al texto de don Quijote es siempre el texto de otros, (…) no es la confrontación entre un personaje que traduce todo a sus libros de caballería y otro que no traduce nada a nada sino que está ante los hechos mismos. Por lo contrario, se trata siempre de gentes que traducen. Don Quijote lo traduce todo a los libros de caballería y se encuentra por ejemplo con un cura que lo traduce todo a la Biblia. (…). Sancho opone al texto de don Quijote otro texto supremamente colectivo y en parte también delirante, como es el caso de los refranes, que también son un texto y una traducción de la vida a lo ya sabido y comentado.[76]

El cruce de puntos de vista sobre lo mismo es un elemento constante del juego antipódico: pero en este caso el juego se hace más complejo, se enrolla en sí mismo… En tal oposición entre un "mundo poético imaginario" y un "mundo verdadero y prosaico", Cervantes introduce las que Borges llama "magias parciales".

Cervantes, nos dice Borges, se complace en confundir lo objetivo y lo subjetivo, el mundo del lector y aquel del libro.[77] Citando el capítulo VI de la primera parte, cuando el cura y el barbero examinan la biblioteca de don Quijote, sorprendentemente uno de los libros examinados es *La Galatea* de Cervantes; el barbero, "sueño de Cervantes, o figura de un sueño de Cervantes, juzga a Cervantes."

Al contrario de *La Galatea,* continúa Borges, el cura y el barbero hubieran podido encontrar al mismo don Quijote, pero tal magia hubiera sido demasiado increíble por los discretos propósitos del autor. Ficción y realidad, presentadas como mundos opuestos y complementarios, a veces se confunden, y crean efectos vertiginosos: este juego de escenas en la escena, de espejos que se multiplican en otros espejos, crece a medida que pasan los capítulos.[78]

Este proceso llega a su culminación en la segunda parte, escrita diez años más tarde. La primera, aparecida en Madrid en 1605, goza de un suceso inmediato, aunque Cervantes no logra sacarle grande ventajas, y continúa su vida precaria de privaciones económicas y problemas jurídicos.

> Mientras trabaja a la segunda parte del *Don Quijote* —nos recuerda Paoli— es precedido por un aún no identificado Alonso Fernández de Avellaneda, que publica en Tarragona un segundo tomo del *Ingenioso Hidalgo don Quijote de La Mancha.* La continuación no autorizada, introducida con un prólogo agresivo y venenoso con respecto al primer autor, induce Cervantes a apresurar la escritura de la segunda parte auténtica.[79]

En la segunda parte, que él trabaja con la obsesión del falso Quijote que circula impunemente por el mundo, Cervantes empuja hasta el límite el juego de superposiciones paradójicas entre vida cotidiana y literatura. Borges subraya que estas parciales y

75 Cervantes, *op. cit.,* pp. 843-844.
76 Estasnislao Zuleta, *El Quijote, un nuevo sentido de la aventura,* Medellín, Ediciones Hombre Nuevo, 2001, pp. 45- 46.
77 Borges, *op. cit.,* p. VIII.
78 *Ibid.*
79 Roberto Paoli, prefacio a la edición italiana de *Don Chisciotte della Mancha,* Milano, Rizzoli, 1981, pp. XXIV-XXX.

momentáneas fusiones de la ficción en la realidad, de los sueños en la vigilia, culminan en la segunda parte.

En ella, los protagonistas han leído la primera parte, los protagonistas del *Don Quijote* son, al mismo tiempo, lectores del *Don Quijote.* El don Quijote de la segunda parte es un personaje célebre del cual todo el mundo conoce sus extravagancias, ya que todo el mundo ha leído la primera parte. Se diría que la realidad se ha vuelto una prolongación del sueño del hidalgo.[80]

El mismo Quijote aprende de Sancho Panza la existencia de un libro que cuenta sus gestas. A partir de este momento, Sancho juega un papel crucial. Es el que, incitado por el barbero, anima a don Quijote a retomar el camino para volverse rey de la isla. Si los libros de caballerías ponen en marcha las vicisitudes de la primera parte, la isla de Barataria, este prosaico país de Cucaña, pone en marcha los de la segunda.

El capítulo XLV, titulado "De cómo el gran Sancho Panza tomó la posesión de su ínsula y del modo que comenzó a gobernar", se abre con una invocación al Sol, parodia del "Imperio donde jamás se pone el Sol" de la retórica oficial de la Corona de España: "Oh perpetuo descubridor de los antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras, Timbrio aquí, Febo allí, tirador acá, medico acullá, padre de la poesía, inventor de la música, tú que siempre sales y, aunque lo parece, nunca te pones".[81]

La referencia a las antípodas podría parecer fortuita, pero, al contrario, resulta un indicio revelador. En efecto, el dispositivo antipódico es puesto en el corazón mismo del texto, en la dedicatoria al conde de Lemos que abre la segunda parte, justo allí donde Borges aconseja comenzar la lectura de la obra. En las primeras líneas se cuenta la historia de una carta, una carta de las antípodas:

> Enviando a Vuestra Excelencia los días pasados mis comedias, antes impresas que representadas, si bien me acuerdo dije que don Quijote quedaba calzadas las espuelas para ir a besar las manos a Vuestra Excelencia; y ahora digo que se las ha calzado y se ha puesto en camino, y si él allá llega, me parece que habré hecho algún servicio a Vuestra Excelencia, porque es mucha la priesa que de infinitas partes me dan a que le envíe para quitar el hámago y la náusea que ha causado otro don Quijote que con nombre de "segunda parte" se ha disfrazado y corrido por el orbe. Y él que más ha mostrado desearle ha sido el grande emperador de la China, pues en lengua chinesca habría un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome o por mejor decir suplicándome se le enviase, porque quería fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana y quería que el libro que se leyese fuese el de la historia de don Quijote. Juntamente con eso me decía que fuese yo a ser el rector del tal colegio.[82]

La irrupción de don Quijote en la vida real, tras los talones de su álter ego, el segundo don Quijote ficticio, se ramifica en un juego de dobles que se dan caza, según los casos, para luchar en *"singular tenzone"*. . .

Más aún: la inversión se realiza también entre el autor y el personaje. El viejo Cervantes, que en su juventud había hecho la guerra en las fronteras orientales y en sus años de madurez había pedido en vano zarpar hacia las Américas, imagina una última posibilidad para ganar el allá fabuloso, lejos de una realidad que no ama y de la cual quisiera escaparse.

Cervantes sueña —¿o miente?— de volverse el director de un "Instituto Cervantes" en tierra china, para difundir las historia de Quijote al otro lado del mundo. No solamente él se identifica con su personaje, sino que busca incluso cambiarse por él para poder ir a homenajear al emperador de China, dejando que sea don Quijote quien lo remplace, donde el conde de Lemos, entre *piaggerias* y *salamelecos.*

II. MÁS ALLÁ DEL DISPOSITIVO ANTIPÓDICO: UTOPÍA, NOVELA Y CIENCIA-FICCIÓN

Volvamos a la historia del viaje a Candaya. Luego de haber echado aire frío con los fuelles a nuestros dos protagonistas y de haberlos asado con estopas calientes, los duques ordenan dar llamas a la cola del Clavileño.

80 Borges, *op. cit.,* pp. X-XII.
81 Cervantes, *op. cit.,* p. 887.
82 *Ibid.,* p. 547.

Razón tenía don Quijote al evocar el caballo de Troya, preñado de caballeros armados: el vientre del maniquí de madera está lleno de cohetes voladores que, al explotar, hacen volar por los aires al caballero y a su escudero. Levantándose medio chamuscados, los dos se encuentran otra vez en el punto de partida: "Y creció más su admiración cuando a un lado del jardín vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente de ella y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco".[83]

Justo en el desenlace del episodio de Clavileño, nos encontramos otra vez con una carta. Más precisamente, otra carta de las antípodas. Las "grandes letras de oro" del pergamino cuentan las últimas noticias del país de Candaya: "El gigante Malambruno se da por satisfecho a toda su voluntad, y las barbas de las dueñas ya quedan lisas y mondas, y los reyes don Clavijo y Antonomasia, en su prístino estado".[84]

Como lo comprueba la firma del Merlín, "protoencantador de encantadores", don Quijote ha cumplido cabalmente su misión, "por sólo intentarla". La imaginación —parece sugerirnos Cervantes— es el mejor medio de transporte hacia el allá remoto y soñado.

Tanto Clavileño, clavado en el jardín de los duques, como el hipogrifo, al galope en los cielos, no son sino emblemas —uno espejo del otro— de este anhelo hacia lo ignoto, más allá, *plus ultra,* que caracterizará toda la aventura de la modernidad.

En el episodio que consagra su fama, el hipogrifo, cabalgado por Astolfo, se lanza aún más lejos, hasta las regiones de la Luna. El duque inglés se encuentra a viajar hasta el otro lado del mundo para invertir la locura de Orlando, que en vez de ayudar a Carlos Magno cercado en París, al centro mismo del imperio, vagabundea por los bosques, desnudo y salvaje, bestia furiosa que desarraiga árboles y asusta campesinos.

Sin embargo, el *Deus ex machina* que va a rescatar al imperio y a brindar el desenlace al poema no es sino la *machine a renverser* de las antípodas. No se trata en ese caso de establecer alianzas con reyes exóticos, ni de saquear el oro para financiar la última cruzada, ni aun menos de convertir a gente desconocida. Esta vez, para restablecer el orden en la Tierra, hay que conseguir la ampolla donde está contenida la cordura perdida de Orlando.

> En el universo nada jamás se pierde —escribe Calvino—. ¿Las cosas perdidas en la Tierra adonde terminan? En la Luna. En sus blancos valles encontramos la fama que no resiste al tiempo, las plegarias en mala fe, las lágrimas y los suspiros de los amantes, el tiempo malgastado de los jugadores. Y es ahí, entre ampollas selladas, donde se guarda la razón de aquellos que han perdido la razón, del todo o en parte. [...]. La Tierra y la Luna, bien cambiando dimensiones e imagen, invierten sus roles: vista desde esas alturas, es la Tierra la que puede ser considerada el mundo de la Luna; si la razón de los hombres está guardada acá, eso quiere decir que sobre la Tierra no se ha quedado sino la locura.[85]

La Luna de Ariosto, *"uguale, o minor poco di cio' che in questo globo si raguna",* no es sino una transposición sideral de las antípodas. El espectáculo que se nos presenta a nuestros ojos es un torbellino de imágenes invertidas, que nos hunden en un estado de ensoñación suspendida. El vuelo del hipogrifo abre paso a la literatura fantástica moderna que —pasando por Cirano de Bergerac y el barón de Munchaussen— llevarán al nacimiento de la ciencia-ficción.

Sin embargo, esas "volaterías" de Clavileño y del hipogrifo, que "van fuera de los cursos ordinarios", no van a durar mucho tiempo. El hipogrifo es fruto de una fecundación demasiado artificial para que pueda proliferar en el imaginario colectivo. Su naturaleza híbrida lo condena a ser una criatura estéril, un monstruo efímero, destinado a la extinción literaria. Ariosto se da cuenta, y respeta hasta el final las reglas del juego que él mismo se ha impuesto: Astolfo, en uno de los últimos cantos, desensilla al hipogrifo y lo suelta.

Por su parte, Clavileño, en un final pirotécnico, ha demostrado su verdadera natura de máquina. Una máquina de guerra, parodia

83 *Ibid.,* p. 861.
84 *Ibid.,* p. 862.
85 Calvino, *op. cit.,* pp. 239-240. *"Altri fiumi, altri laghi, altre campagne / sono là su, che non sono qui tra noi; / altri piani, altre valli, altre montagne, / c'han le cittadi, hanno i castelli suoi, con case de le quai mai più le magne / non vide il paladin prima né poi: / e vi sono ample e solitarie selve, / ove le ninfe ognor caccian le belve*". Ariosto, *op. cit.,* XXXIV, p. 72.

del caballo de Troya, pero, al mismo tiempo, una formidable *Deus ex maquina* literaria. Una ingeniosa *"machine a renverser"* que, a través de astucias y artificios dignos de Ulises, logra subvertir las reglas narrativas, los géneros, las sintaxis, abriendo paso a la novela moderna.[86] El caballo de madera con el vientre lleno de cohetes anuncia (así como los molinos de viento) la era de las máquinas y de los engranajes: la imprenta, el reloj, el arcabuz…

Clavileño es emblema de artificio, de arte y de magia, y señala también una posible evasión, un viaje al mundo onírico de un allá fabuloso, un mundo *alter et idem* que, a diferencia del nuestro, aún no ha perdido su encanto de los orígenes.

> Los albores de la modernidad europea —afirma Delumeau— estuvieron caracterizados (…) por el sentimiento agudo de la imposibilidad de un retorno a la Edad del Oro o al Paraíso terrenal, esos dos irreales del pasado que se confundían a menudo en los espíritus. Es revelador que los siglos XVI y XVII hayan visto proliferar los temas, relacionados entre sí, del país de Cucaña, de la fuente de la juventud, de las *impossibilia* más o menos 'drolaticas' y del mundo al revés.[87]

Las antípodas se revelan entonces como una herramienta dúctil y eficaz para modelar nuevos mitos a partir de los viejos. En particular, es en las antípodas donde asistimos a la gestación del mito fundacional de la modernidad: entre las ruinas del Jardín de las Delicias se arraiga y crece la ciudad de Utopía. Las regiones al otro lado del mundo son el terreno propicio para que las semillas de una nueva sensibilidad puedan prosperar, alimentándose de un *humus* imaginario sedimentado con el curso de los siglos.

El antiguo motivo literario de un mundo diametralmente opuesto y especular al nuestro ofrece extraordinarios recursos para la nueva narrativa estrenada por Tomás Moro, que necesita sustentarse en la epopeya de los grandes descubrimientos geográficos para llegar a tener impacto en el imaginario colectivo de la época.

Pero es la capacidad de esta *"machine a renverser"* de engendrar paradojas lo que más inspira a los utopistas. Desde su estreno en la cultura moderna, el pensamiento utópico desarrolla hasta sus extremas consecuencias las potencialidades de subversión del sentido común propias del género. A partir de este juego de inversiones toma fuerza la idea de un lugar que es, a la vez, *eu-topos* y *u-topos,* bello lugar que es un no-lugar, isla *Fortunata* y eternamente perdida...

Mediante estas paradojas, la cultura europea —apoyándose tanto en la tradición de los antiguos como en la experiencia de los modernos— puede reorganizar el mundo, articulando de manera inédita las categorías aristotélicas que lo gobiernan.

La aparición de Utopía, quimera engendrada por el encuentro fecundo e inquietante entre la *mimesis* de los clásicos y el *ingenium* de la nueva ciencia, representa el acto de nacimiento de lo que Derrida llama "la tradición de la modernidad". Un lugar que existe y que, por definición, es inalcanzable —las antípodas—, se transforma en un lugar que no existe —Utopía—, y que, sin embargo, se puede alcanzar, aquí y ahora, gracias al poder de la imaginación.

La novela, género que nace con el *Quijote,* y la ciencia ficción, de la cual el *Orlando furioso* es ilustre antepasado, serán las bitácoras en este viaje de la modernidad hacia Utopía. Un cambio de perspectiva que tendrá implicaciones revolucionarias. La *self-fashioning renaissance,* según una afortunada expresión de Greenblatt —una sociedad que entrevé por primera vez la posibilidad de moldear sus propias reglas, conductas y estructuras— elige el Nuevo Mundo como laboratorio privilegiado para la re-invención de sí misma.

A su vez, en el Nuevo Mundo se van gestando las premisas para la construcción de una identidad autóctona. En ese proceso, la geografía fantástica va a dejar huellas profundas. El nuevo continente, a las antípodas de Europa, se apropia del *Quijote* y lo transforma en un mito americano.

Hoy en día nos resulta imposible pensar en el *Quijote* sin pensar en América. Lo contrario

86 El mismo nombre Clavileño nos devela ahora su origen en los *apparati,* máquinas escenográficas muy empleadas en las grandes fiestas renacentistas.

87 Delumeau, *op. cit.,* p. 176.

también resulta cierto: la idea de América no sería la misma sin la presencia del *Quijote.* La relación entre el hemisferio boreal y el austral "donde es noche cuando acá es día", recuerda los sueños cruzados de un poema de Borges:

El Hidalgo fue sueño de Cervantes
Y don Quijote un sueño del hidalgo.
El doble sueño los confunde y algo
Está pasando que pasó mucho antes.
Quijano duerme y sueña. Una batalla:
Los mares de Lepanto y la metralla.[88]

De estos sueños también está hecho el Nuevo Mundo, y por estos caminos prosigue el trasegar del *Quijote* en América.

Penitencia de don Quijote en la Sierra Morena
Francis Engleheart por dibujo de
Robert Smirke.

88 Borges, *Obras completas,* t. III, Emecé, Buenos Aires, 1989, p. 94.

Tercera salida con música: El Quijote, de Adolfo Mejía

Por Carlos Barreiro Ortiz

Señora, donde hay música no puede haber cosa mala.
Sancho Panza

Cuando don Alonso Quijano, en un alarde de fantasioso optimismo, decide armarse caballero andante, su plácida condición de provinciano manchego se convertirá en un catálogo de desventuradas aventuras.

Aunque Cide Hamete Benengeli —álter ego del propio Cervantes— nos hace saber al inicio de la segunda parte de la novela que don Quijote emprenderá su tercera salida, al final del libro una pluma póstuma hará votos por el reposo del héroe que, de esta manera, se verá imposibilitado de "hacer tercera jornada y salida nueva".

Sea como fuere, el poeta y escritor santandereano Aurelio Martínez Mutis (1884-1954) decide por su cuenta y riesgo resucitar a don Quijote en una tercera salida poética en forma de drama lírico en un prólogo, un acto y cuatro cuadros, que tendría lugar en Bogotá a finales de 1937. De ese evento escénico da cuenta el cuadernillo publicado bajo el saludable patrocinio de Cafiaspirina y tónico Bayer, en donde se dan a conocer detalles del espectáculo que, según Daniel Samper Ortega, contribuye a innovar el género teatral, pues "no es comedia, ni revista, ni imita al cinematógrafo".

El argumento de esa tercera salida quijotesca se fundamenta como origen inmediato en los sangrientos enfrentamientos que sacudían a España por aquellos años. De esta manera, el autor, con "su visión purificada del mundo", como lo describe J. Osorio Lizarazo, emprende el inventario histórico del territorio ibérico que nos lleva desde el estrecho de Gibraltar en el siglo VIII a la ciudad de Granada y la retirada del último rey moro en el XVI, hasta las recientes implicaciones de la política internacional, que tenían lugar en esa agitada primera mitad del siglo XX.

Antonio José Restrepo encuentra en el texto virtudes de representación simbólica y pensamiento idealista a las que la música contribuye a dar el carácter de verdadera ópera.

Cinco músicos colombianos son llamados por el autor para elaborar un ambiente sonoro de ilustraciones musicales a las peripecias intemporales de este Quijote criollo: Alberto Urdaneta, Egisto Giovanetti, Guillermo Quevedo, Emilio Murillo y Adolfo Mejía.

Mejía había regresado al país al cabo de una gira que lo llevó hasta los Estados Unidos haciendo parte como guitarrista del Trío Albéniz, junto al argentino Terig Tucci y el catalán Antonio Francis, con quienes llegó a presentarse en los estudios de la NBC de Nueva York. En Bogotá, el compositor se desempeñó como bibliotecario de la Orquesta

Sinfónica Nacional, cargo al que había sido llamado por su colega Guillermo Espinosa. Su estadía en Bogotá hizo posible, al mismo tiempo, que Mejía se matriculara en el Conservatorio Nacional en 1933, el año en que compone la canción *Cartagena,* con letra de Leonidas Otálora, a la cual, según Miguel Camacho Sánchez, el autor amaba como tal y, a la vez, abominaba en arreglos de bolero.

El joven compositor cartagenero —a quien recordamos en el primer centenario de su nacimiento— escribe para la pieza la *Obertura, Canto de amor y Danza ritual africana,* que complementan la acción y las "decoraciones escenográficas" diseñadas por el artista Pedro A. Quijano y el pintor español Vásquez Rojas.

La tarea era apenas adecuada para el estilo de Mejía, quien ha sido el compositor colombiano que ha mostrado más cercanía con los elementos de la tradición musical española.[1] A manera de ilustración, mencionemos sus partituras *Capricho español para arpa y orquesta, Españolerías* para guitarra, ciertas secuencias de *Luminosidad de aguas para arpa,* además del proyecto para la película *Los cuatro pasos de Gibraltar,* también sobre un texto de Martínez Mutis.

En esta perspectiva, Mejía es percibido por Policarpo Alvárez Lara en el discurso pronunciado en 1957 en la Peña Victoriana de Cartagena de Indias, como "...caballero hidalgo de verdad, empecinado seguidor de don Quijote (y dado) al sortilegio de la música, de la poesía, de la pintura, a sus mundos encantados, a sus paraísos fantásticos".[2]

La música del *Preludio* de Mejía marcado *in tempo di malagueña,* se escucha al abrirse el telón sobre la escena, y propone algo así como el mapa musical de España con la sutileza y colorida imaginación tan peculiar en todas sus partituras para orquesta. La pieza se incluyó en agosto de 1938 en el concierto ofrecido en el Teatro Colón de Bogotá por la Orquesta Sinfónica Nacional dirigida por Guillermo Espinosa, con ocasión del Festival iberoamericano de música y el IV Centenario de la fundación de Bogotá. Fue esta una época significativa en la carrera musical de Mejía, pues ese año recibió el premio Ezequiel Bernal por su inspirada y mejor difundida *Pequeña suite* para orquesta.

Además de los coros, los otros cuatro músicos del elenco contribuyeron con sendas partituras originales: *Suite Amazonas* (Giovanetti), *Coro e himno de Tarik, Canción de la morisca* e *Intermezzo del desierto* (Urdaneta), *Marcha triunfal* (Quevedo) y temas indígenas compuestos por Emilio Murillo. La "aplaudida soprano" Anita Chaparro tendría a su cargo la *Canción de la morisca* de Urdaneta y *Canto de amor* de Mejía. Por su parte, la Universidad Javeriana, en cabeza del padre José Félix Restrepo, contribuyó con la suma de doscientos pesos al montaje del espectáculo.

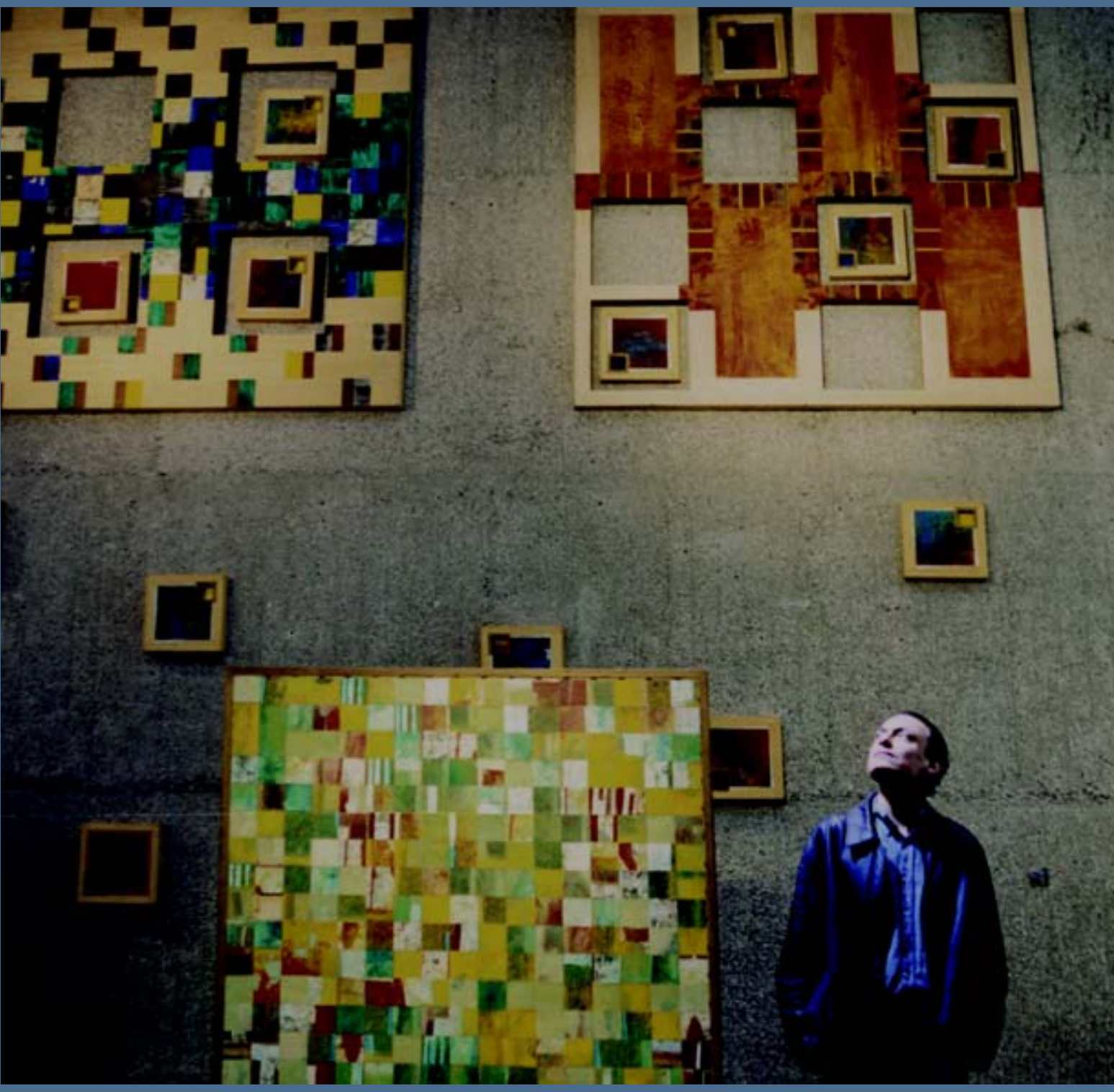
En el acto fundamental de la pieza, a los acordes de la *Marcha triunfal* de Quevedo, un evento singular reunirá a don Quijote, al Mio Cid, a Abderramán II (califa de Córdoba), a un obrero ruso, a camisas negras y rojas, y a grupos que llegan con armas, tipos y trajes de los países de Europa ataviados convenientemente con telas tejidas por los campesinos de Samacá. Un final digno del idealismo del Caballero de la Triste Figura en su propósito de enderezar un mundo que pugna por construirse una civilización "pura, perfecta y equilibrada".

Bogotá, julio de 2005.

---

1 Aunque Guillermo Uribe Holguín aseguraba que todo aquello "le venía de España" cuando recurría al elemento folclórico nacional, como ocurre, por ejemplo, en *Sinfonía del terruño* o en *Tres ballets criollos,* lo cierto es que en toda su obra no es posible identificar influencia directa alguna de lo que musicalmente hablando ha llegado a considerarse español en esencia. No obstante, otros compositores, como Jesús Bermúdez Silva, quien en la década de 1930 se matriculó en Madrid como alumno de Conrado del Campo, intenta identificar raíces ibéricas en las músicas tradicionales de la zona andina colombiana. El asunto se relaciona con la música vasca y con algunas melodías de esa región del norte de España, ejecutadas con gaita y tamboril. Según Bermúdez, "... fue entonces cuando se reveló una evidencia semejante entre lo oído en Vasconia y el modo como el tiple acompaña la ejecución de bambucos, torbellinos y otros aires populares en ciertas regiones de Colombia, singularmente en el departamento de Boyacá".

2 Citado por Carlos Barreiro Ortiz en *Clima, agreste y soleado,* Bogotá, Centro Colombo-Americano, 1989.



Carlos SALAS

DOCUMENTO

Página anterior:
Alexander Fleming

Estas consideraciones, que el amable lector va a encontrar a continuación si tiene la paciencia de seguir, fueron expuestas por el autor en la sesión inaugural de la Semana de la Ciencia de Castilla y León, celebrada en la Universidad de Salamanca en noviembre de 2004.

La ilusión por DESCUBRIR

POR ARTURO PÉREZ ESLAVA*

La Ciencia, considerada en su totalidad, tiene como última meta la creación de un sistema en el que la enorme diversidad de los fenómenos de la naturaleza encuentren un orden natural y racional que los simplifique dentro de una unidad. El avance hacia la consecución de este objetivo se ha ido logrando por diversos caminos, mutuamente interconectados, entre los que cabe destacar:

a. La observación.

b. La abstracción en los hechos observados de ciertas características para establecer relaciones entre ellos.

c. La búsqueda de un orden natural oculto fundamentalmente en unidades cuya observación no es directa.

d. La proposición de modelos racionales simplificados para dar cuenta de las observaciones.

e. La utilización ordenada del método experimental.

f. El desarrollo de un lenguaje y de un simbolismo adecuados para expresar los conceptos y describir los hechos de forma objetiva.

g. La subdivisión del quehacer científico entre un número, cada vez más creciente de ciencias.

Los primeros pasos hacia la Ciencia moderna los iniciaron los filósofos, entregados a la búsqueda de un sentido en el mundo que nos rodea, en aquellos tiempos en los que Ciencia y Filosofía eran una misma cosa. A ellos, a esos filósofos, debemos el desarrollo de los primeros modelos sobre la naturaleza de la materia, basados en la observación de su comportamiento. De sus esfuerzos, por ejemplo, nació la Física, que, como ha escrito Aldous Huxley, comenzó a avanzar "cuando los investigadores apartaron su atención de las cualidades para volcarlas en

las cantidades, de las apariencias de las cosas percibidas como un todo a sus últimas estructuras, de los fenómenos que se hacen presentes a la conciencia a través de los sentidos, a sus componentes invisibles e intangibles, cuya existencia sólo se puede inferir por medio de un razonamiento analítico".

Se sentaron las bases de la Ciencia moderna al apreciar la trascendencia que tiene la realización de observaciones exactas y la creación de generalizaciones a partir de ellas. Pero el ritmo de crecimiento de la Ciencia no recibió un impulso arrollador hasta la progresiva aparición de una nueva aptitud que habría de cristalizar en el llamado "método experimental". Desde entonces, nuestros conocimientos no provienen solamente de la observación de los hechos que ocurren espontáneamente. Cada investigador razona sobre datos de experimentación obtenidos en condiciones que él mismo determina, y se convierte, en frase de Claude Bernard, en inventor de fenómenos y contramaestre de la creación. La Ciencia es una actividad humana, pero con el método experimental el hombre deja de esperar que la naturaleza se exprese, y pasa a investigarla; contrasta sus ideas con los hechos y en el proceso crea nuevas realidades que modifican su concepción no sólo de la naturaleza, sino de sí mismo.

Las ciencias son entes históricos. En su genealogía se aprecian bifurcaciones y confluencias de unas con otras, pero en su desarrollo ulterior cada ciencia recorre su propio camino, ahonda su cauce y allana las dificultades de su curso según su mentalidad característica y a través de sus métodos específicos. Al crecer, cada ciencia alcanza su etapa de madurez, dejando atrás la inevitable fase descriptiva para entrar en la fase analítica y de síntesis. Una vez sentados los principios básicos, se dispone de un marco sólido en el que caben tanto los hechos acumulados como los que se vayan ganando en futuras extensiones. Esto conduce a una dinámica interna, que afecta tanto a la naturaleza de la ciencia como al propio investigador, y por medio de la cual se establece un planteamiento continuo de nuevos hechos experimentales, cuyos resultados e interpretaciones inciden en el cuerpo de doctrina anterior revisándolo, perfeccionándolo o confirmándolo. De la misma manera, los principios básicos sobre los que descansa cada ciencia contribuyen a sugerir nuevos experimentos e interpretaciones que tratan de dar una respuesta a problemas todavía no resueltos. Esta actitud dinámica y crítica al mismo tiempo tiene profundas implicaciones, puesto que nos lleva a considerar a la ciencia como algo que se está haciendo y rehaciendo continuamente, que se cuestiona a sí misma tanto en sus fundamentos como en sus aplicaciones.

UNIVERSIDAD E INVESTIGACIÓN

Es la universidad el escalón más elevado entre los medios que tiene la sociedad para formar a sus hombres. La universidad que realiza su función proporciona a la sociedad ciudadanos capaces de mejorarla, aumentar sus valores humanos y desarrollar y repartir equitativamente los bienes comunes. Los complicados problemas que presenta cualquier pueblo requieren especialistas que los analicen y busquen soluciones o las impartan. Una sociedad sin hombres formados está destinada al fracaso. La universidad, por su mismo nombre *(unus versus alia)*, no es depositaria de un saber limitado, partidista o localista. La cerrazón, la estrechez de miras, el anquilosamiento son lo más opuesto al verdadero espíritu universitario. La universidad, en lo posible, debe de ocuparse de todos los saberes, y hacer de ellos objeto de estudio, investigación y enseñanza. El cardenal Newman plasmó bellamente esta concepción: "Ante todo, la universidad profesa enseñar todo lo que ha de ser enseñado en cualquier dominio del conocimiento humano y abarca en su cometido los temas más elevados del pensamiento y los campos más ricos del

saber. Nada es demasiado vasto, nada demasiado sutil, nada demasiado distante, nada demasiado pequeño, nada demasiado vago, nada demasiado exacto, para no ocupar su atención".

Universalidad no significa, sin embargo, que todas las universidades deban abarcar todas y cada una de las ramas del saber, ya que es material y espiritualmente imposible reunir en todas partes a las personas y a los medios que exige una dedicación a todas ellas. Yo, personalmente, soy partidario de potenciar los saberes que tenemos, que sean serios, bien impartidos y con buena investigación, más bien que abarcar muchos, quizás demasiados, y diluir los recursos y esfuerzos que son limitados en beneficio de una cierta demagogia. Pero universalidad no significa tampoco que se deban descuidar los valores regionales de la zona donde esté ubicada. Ni las ciencias del espíritu ni las de la naturaleza pueden permanecer ajenas al ambiente en que viven. Ambas encontrarán en el medio donde se establecen un estímulo para su trabajo y una ocasión para poder poner los resultados del mismo al servicio del desarrollo regional con sus características peculiares. El parque científico que estamos iniciando, propiciado por la Universidad de Salamanca, es un claro ejemplo de este proceder.

En nuestra Universidad es preciso que se haga más ciencia, es decir, que se desarrolle más la investigación. Si se quiere transmitir un saber no puede uno limitarse a repetir lo que otros han dicho solamente. Debe la universidad crear y avanzar en los conocimientos; dicho de otro modo, debe investigar. La mera repetición del pretérito no entusiasma, se necesita el estímulo de lo arriesgado, de lo nuevo, de lo difícil. La investigación se puede y debe considerar como el motor de la docencia, el único remedio para la comprensión viva de los clásicos y el antídoto contra las formas patológicas de la pedantería y el recetario memorístico.

Para ser investigador se requiere inquietud, afán de llegar al fondo de las cosas, ansias de perfección, rigurosa crítica, exactitud, modestia, inventiva, espíritu creador y poder de relación y de síntesis. La exigencia continua de pruebas experimentales y el convencimiento de que aún las mejores teorías tienen sólo un valor estadístico y provisional acarrean efectos beneficiosos para la actitud mental del científico, y le llevan a desconfiar de las especulaciones desatadas y de las posiciones inflexibles y tolerantes.

Algunos creen que la investigación fundamental es un artículo de lujo al que los países económicamente débiles deben de renunciar, contentándose tal vez con pequeñas dosis importadas. Tal renuncia es ruinosa por imprevisora, porque la investigación fundamental es la fuente de los adelantos prácticos. "Nada hay más práctico que una buena teoría", decía el físico Boltzmann. De la misma manera que la investigación aplicada es un arma importante contra el neocolonialismo económico, la investigación fundamental o básica es el único remedio contra el neocolonialismo intelectual.

Un arma imprescindible para investigar en las ciencias experimentales es la aplicación del llamado método científico. Este ha sido objeto de muchas especulaciones y comentarios, especialmente por parte de aquellos que menos lo han practicado. Refiriéndose a los libros *Novum Organum* y *El discurso del método,* escritos por Bacon y Descartes respectivamente, nuestro premio Nobel Ramón y Cajal, en su libro *Los tónicos de la voluntad,* escribe

> Tengo para mí que el poco provecho obtenido de la lectura de tales obras, y en general de todos los trabajos concernientes a los métodos filosóficos de indagación, depende de la vaguedad y generalidad de las reglas que contienen, las cuales, cuando no son fórmulas vacías, vienen a ser la expresión formal del mecanismo del entendimiento en función de investigar. Este mecanismo actúa inconscientemente en toda cabeza regularmente organizada y cultivada.

La mezcla de observación, intuición, teorización y deducción que entra en un descubrimiento científico se aprende fundamentalmente por contacto directo con investigadores en ejercicio y no en libros o conferencias. Es decir, se aprende por ósmosis. A este respecto, escribe el gran científico y premio Nobel alemán Otto Warburg: "El acontecimiento más importante en la carrera de un joven científico es el contacto personal con los grandes científicos de su tiempo".

Los científicos en activo se contentan con aconsejar tenacidad en el esfuerzo. Alexander Fleming dijo: "No tengo ningún método nuevo que ofrecerles para lograr el éxito. Hay que trabajar, trabajar muchísimo. Hay que pensar sobre lo que se está trabajando… No se debe nunca pasar por alto algo que sea inusitado".

En otro campo diferente, Baudelaire apunta al esfuerzo que requiere la creación: *"L'inspiration, c'est de travailler tous les jours".*

ESFUERZOS EUROPEOS PARA REPENSAR EL PAPEL DE LA INVESTIGACIÓN FUNDAMENTAL

Europa se halla actualmente inmersa en un importante debate sobre la investigación fundamental, los retos que se plantean en este campo y la mejor manera de afrontarlos.

Este debate tiene lugar en un momento en que la economía y la sociedad del conocimiento se hallan en pleno periodo de implantación. Se desarrolla en el marco del proyecto de creación del Espacio Europeo de Investigación —en el que hasta ahora no se ha abordado explícitamente la cuestión de la investigación fundamental—, y está vinculado al objetivo que se ha propuesto alcanzar la Unión de aquí al año 2010; a saber: aumentar su esfuerzo global de investigación hasta llegar al 3 % de su PIB. Téngase en cuenta que en España es de aproximadamente el 1 % de su PIB, en Francia y Alemania del 2 % y en Estados Unidos de aproximadamente el 2,5 % – 3 %. Parte del presupuesto español dedicado a investigación se usaba en la adquisición y desarrollo (junto con varios países) de aviones Euro Fighter, fragatas F-100 y carros de combate Leopardo.

En los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, momento en que nacieron y se desarrollaron las políticas de investigación en Europa y USA, se concedía especial importancia a la investigación fundamental (I. F.).

Este interés queda patente en la declaración del asesor científico del presidente Roosevelt, Vannevar Bus, en su célebre informe de 1945, titulado "Science: the Endless Frontier" ("Ciencia: la frontera inalcanzable"): "En gran medida el progreso científico es fruto de la libre iniciativa de intelectos libres que trabajan al dictado de su curiosidad sobre temas de su elección a fin de explorar lo desconocido".

A lo largo de las décadas siguientes se fue concediendo mayor importancia a la investigación destinada a fomentar la competitividad industrial y a su función de satisfacer las necesidades de la sociedad, por lo que ese interés por la investigación fundamental se fue centrando paulatinamente —y con él los fondos públicos— en la investigación aplicada y el desarrollo tecnológico e industrial.

En la actualidad, se tiende de nuevo a reconocer plenamente el valor general del progreso de los conocimientos y la importancia que reviste la investigación fundamental para el desarrollo económico y social. En el transcurso de los últimos meses han sido muchas las personalidades, organizaciones e instituciones que han expresado su parecer sobre este tema. Entre ellas cabe citar a un grupo de cuarenta y cinco investigadores europeos (galardonados todos con el premio Nobel), a la Fundación Europea para la Ciencia (FEC), otras fundaciones, asesores de la Comisión Europea en el ámbito de la investigación, Parlamento Europeo, etc.

Aún cuando no exista una definición rigurosa y unánimemente aceptada de lo que es la investigación fundamental, en la

práctica sí es posible distinguir del resto de actividades de investigación aquellas que se llevan a cabo sin estar directamente relacionadas con una aplicación determinada y —si no exclusiva, al menos principalmente— con el fin de hacer avanzar los conocimientos.

REPERCUSIÓN DE LA INVESTIGACIÓN FUNDAMENTAL

Si examinamos el destino de los grandes descubrimientos y estudiamos las realidades de nuestro entorno cotidiano, observamos que la práctica totalidad de las tecnologías, los productos y los logros que han conducido a éxitos económicos y comerciales o a mejoras concretas de la calidad de vida se basan en actividades de investigación de carácter fundamental en el sentido antes indicado.

Por citar sólo algunos ejemplos: el descubrimiento de los rayos X y del fenómeno de la resonancia magnética nuclear ha dado lugar a numerosísimas aplicaciones en materia de diagnóstico médico y de estudio de los materiales. Los trabajos realizados en los años sesenta sobre el principio de la emisión estimulada de radiación —el láser— han encontrado múltiples salidas en los sectores de la industria y la medicina. El progreso del conocimiento sobre física de los semiconductores hizo posible la llegada del transistor, de los circuitos integrados y posteriormente de los microprocesadores, en los que está basada la electrónica. En el campo de la informática, los perfeccionadísimos soportes lógicos que hacen funcionar las interfaces de fácil utilización y los sistemas de cálculo se basan en algoritmos matemáticos elaborados en un contexto sumamente teórico.

En épocas anteriores Galvani y Volta nos dieron el conocimiento de la electricidad, Maxwell los fundamentos de la radiotelegrafía, Oersted los del telégrafo, Faraday los de los motores eléctricos y así un largo etcétera.

En el ámbito de las ciencias y tecnologías de los seres vivos, podríamos citar como ejemplo el descubrimiento de las enzimas de restricción, gracias al cual la biotecnología cuenta con una herramienta universal, las llamadas "tijeras moleculares". Por cierto, Werner Arber, el descubridor de estas enzimas (premio Nobel 1978) estuvo aquí en Salamanca hace algo más de dos años y tengo que contar la siguiente anécdota: El mismo día coincidieron en la ciudad dos premios Nobel, Arber (1978) y Saramago (1998). Éste último vino a apoyar las reivindicaciones sociales de ciertos grupos y Arber pronunció una conferencia en la reunión de la Academia de Ingeniería de España, que se estaba celebrando en la Universidad. Al día siguiente los tres periódicos locales reflejaban con profusión y en la primera página la visita de Saramago, y resumieron en unas líneas y en un lugar secundario la visita y conferencia de Arber.

Los trabajos de Pasteur, de Koch, de Fleming, los anticuerpos monoclonales y un largo etcétera no hacen más que confirmar la línea de argumentación que estamos desarrollando.

Aunque el enfoque empírico y clínico siga desempeñando, por definición, un papel determinante en este sector, todos reconocemos que los éxitos de la investigación médica y farmacéutica, así como los avances logrados en el sector sanitario, son tributos de los adelantos registrados en los campos de la biología molecular y la inmunología. También sabemos que cabe esperar nuevos progresos en este ámbito gracias a los trabajos, a menudo de carácter estrechamente fundamental, que se están llevando a cabo en los campos de la genómica, proteómica, etc. y de las neurociencias.

Por otra parte, el control del medio ambiente y la aplicación del principio de desarrollo sostenible dependen en gran medida de la investigación fundamental en los campos de la climatología, la oceanografía, la física de la atmósfera, etc.

Página anterior:
Louis Pasteur

Debe señalarse que el periodo que separa un descubrimiento de sus posibles aplicaciones es cada vez menor, pues en algunos casos las investigaciones fundamentales se plasman con bastante rapidez en realizaciones concretas y productos comerciales.

Aún cuando constituyan su parte más perceptible y sustancial, los efectos económicos de la investigación fundamental no agotan los beneficios directos e indirectos que la sociedad puede esperar de esta categoría de investigación. Junto a ellos, cabe mencionar también el papel primordial que desempeña la formación de los investigadores. Para un investigador no hay otro medio de dominar los conocimientos y las técnicas de su disciplina que no sea la realización de investigaciones de este tipo. Así, a través de los trabajos de investigación punteros que se efectúan en los laboratorios se adquiere el potencial y las capacidades que luego, el joven investigador, desarrollará a lo largo de su carrera en este campo o en el de la investigación aplicada. En este sentido, y por esta razón, la investigación fundamental ha de seguir siendo un aspecto esencial de la actividad y de la misión de las universidades, cuya dedicación a la misma constituye, unido a la enseñanza, su propia razón de ser.

En términos más generales, lo que caracteriza y concede preeminencia a las universidades, sobre todo a las públicas, en el caso de España, con respecto a otros centros de enseñanza, es la posibilidad de ofrecer a los estudiantes una formación por medio de actividades de investigación. También desde este punto de vista hay que subrayar el interés que revierte la investigación fundamental.

Por regla general, el apoyo a la investigación fundamental se considera tradicionalmente una de las misiones de los poderes públicos. Este apoyo es hoy más necesario que nunca habida cuenta de lo siguiente:

- Por los efectos, indirectos pero indiscutibles, de la investigación fundamental en la competitividad económica, el crecimiento y, más en general, el bienestar.

- El creciente coste de la investigación fundamental, derivado, a su vez, del de los instrumentos, equipos e infraestructuras necesarios (en campos tales como el de las nanotecnologías, etc.) y de la complejidad de los problemas de que se ocupa, que requiere cada vez con mayor frecuencia de fórmulas interdisciplinarias. El sector privado se muestra poco dispuesto a asumir este coste, teniendo en cuenta el carácter tan indirecto de los beneficios económicos esperados. (Esto es así en el entorno europeo. no tanto en los Estados Unidos).

- El valor de "bien público" del conocimiento, que entraña la necesidad de asegurar, como principio, el libre acceso al mismo, el cual queda más fácilmente garantizado a través de la financiación pública.

No voy a entrar en la situación de la investigación fundamental en Europa, Estados Unidos y Japón con el objeto de no excederme demasiado, pero sí me gustaría en este último apartado de mi exposición hacer algunas consideraciones sobre la Ciencia en España.

LA CIENCIA EN ESPAÑA

Con frecuencia leemos o escuchamos en los medios de comunicación de nuestro país frases como ésta: "Asistieron al acto representantes del mundo de la cultura", y se enumera a continuación a literatos, filósofos, historiadores, artistas, poetas, actores, a veces personajes del mundo de la farándula, etc., pero raramente se incluye al científico, es decir, a la persona que hace ciencia y que también forma parte del concepto de cultura como puede leerse en la definición que hace de ella la Real Academia Española de la

Lengua: "Cultura es el conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época o grupo social, etc.". Si tan claramente viene expresado en el diccionario de nuestra lengua la inclusión de lo científico en lo cultural, ¿cuáles podrían ser las razones por las que nuestra sociedad parece ignorarlo o, quizás peor, ningunearlo?

En España, en términos generales, no tuvimos ni la revolución científica que va desde 1500 a 1700, ni la industrial, iniciada hacia 1800. Esto llevó a un grave retraso, que tuvo como consecuencia, entre otras, el que la ciencia y lo científico, entendidos en el sentido orteguiano de creencias, es decir, de aquello sobre lo que se está, el sistema donde nos movemos y somos y que se adquiere por los pueblos lentamente, por impregnación y sedimentación, no esté arraigado entre nosotros como lo está, por ejemplo, en los pueblos sajones.

Haciendo un inciso, creo que una causa, entre otras, por la cual puede fracasar nuestro sistema educativo es por haber ignorado el concepto de que a las ideas, para que calen, se les debe dar un cierto tiempo para que reposen en el interior. Claramente, con tantas asignaturas y tanta información, que no formación, nuestros alumnos no sedimentan las cosas importantes de las verdaderas asignaturas. Como diría Machado, no aprenden a distinguir las voces de los ecos.

La formación de una cultura contemporánea pasa por hallar una relación armónica entre las Ciencias y las Humanidades. Se impone que el futuro hombre de ciencia tenga un sentido permanente del valor de la literatura y de las artes, pero, al propio tiempo, cuantos cultivan las Artes liberales necesitan para su formación tener una idea de los métodos, el alcance y las fuentes de inspiración de la Ciencia. Téngase en cuenta que el mundo en que vivimos es producto de la Ciencia tanto como de las Humanidades, Economía, Política, Filosofía, etc. La máquina de vapor (siglo XVIII), por ejemplo, contribuyó a formar el mundo moderno tanto como Napoleón o Adam Smith, por citar sólo a dos personajes.

Es curioso que hace ciento cincuenta años, en 1855, la revista española *Crisol* escribía del catedrático de fisiología profesor Joaquín Mysern lo siguiente:

Explica mucho que no debiera explicar, y poco de lo que debiera enseñar. Su lenguaje es cortado y tardío (es decir, no es un piquito de oro), explica con apuntaciones (es decir, *power point)* y distraído a fuerza de enseñar práctica y experimentalmente su asignatura, pierde la enseñanza teórica (…). Es demasiado descuidado, da mucha importancia a los experimentos, y el tiempo que pierde en preparaciones no es posible ganarlo en el desenvolvimiento necesario de la doctrina, como lo requiere la índole de su cátedra.

Díganme ustedes, con este tipo de ambiente, ¿cómo se desenvolvió la Ciencia y la educación universitaria en nuestro país?

Según Pasteur, "laboratorios y descubrimientos son términos correlativos. Suprimid los laboratorios y las ciencias físicas se convertirán en imagen de esterilidad y de muerte". Así las cosas, ¿quién puede extrañarse de que en España no hubiera Ciencia? Sencillamente no se creía en los laboratorios.

Decía Laín en su libro *España como problema* (1916): "El progresismo liberal y la tradición contrarrevolucionaria son las dos líneas rectoras de la cultura española ochocentista. Su cordial hostilidad hace que mutuamente se necesiten. La vida a la vez entusiasta e infecunda del progresista y el contrarrevolucionario a la española consisten más en la polémica que en la creación". Menéndez Pelayo (1856-1912), en su juventud, escribía "que en ciencia no hemos tenido a nadie de primera fila. Los grandes de la ciencia no han sido españoles (con la excepción de Ramón y Cajal)" y continuaba "Más honra a un país, y más actividad científica demuestra en él, la circunstancia de que haya producido doscientos sabios modestos y útiles que un genio, porque el

genio lo da Dios, al paso que el trabajo y la constancia y el estudio, previa ciertas condiciones, dependen en gran parte de la voluntad humana".

En los últimos treinta años, en España se ha iniciado una labor importante en materia científica con las creación de la Comisión Asesora de Investigación Científica y Técnica, Caicyt, que introdujo de modo progresivo la cultura de la financiación de la actividad científica por mecanismos competitivos y un sistema de evaluación "entre pares" *(peer r eview)* (Anep).

Posteriormente, en 1982 se promulgó la ley de la Ciencia, que transformó la Caicyt en la Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología, Cicyt. Estos organismos, junto a otros en el campo de la salud (FIS), agricultura (antiguo Inia), CDTI (Centro para el Desarrollo Tecnológico Industrial), etc., son los organismos que coordinan la política científica y tecnológica a nivel del Gobierno central, a lo cual hay que añadir la política científica de las comunidades autónomas respectivas.

Esto ha hecho que el número de artículos científicos publicados por españoles haya pasado de 4.182 en 1981 a 23.461 en 1988, y de representar el 0,7 % de la producción mundial en 1981 al 2,5 % en 1998.

Si bien en su conjunto las publicaciones nacionales tienen un índice de impacto de tipo medio, existen grupos y centros de investigación con resultados comparables a los mejores de Europa y Norteamérica.

Por el contrario, la producción de patentes, como indicador de nuestra capacidad tecnológica, es manifiestamente pobre. El número de patentes europeas (EPO) es siete veces inferior al promedio de la Unión Europea, diez veces inferior a Holanda y catorce respecto a Alemania. Esto puede dar una primera orientación de la amplia brecha existente entre nuestra producción científica y la tecnológica. Es decir, los resultados tecnológicos, a diferencia de lo que ocurre en Estados Unidos, por ejemplo, no siguen a los científicos.

¿Cuál puede ser, a grandes rasgos, la situación actual de la investigación española? En primer lugar, tenemos que indicar que para que se consolide el crecimiento de la ciencia española y ver si sus implicaciones han pasado a la sociedad se debe de esperar otro periodo de unos veinticinco años más para ver el grado de consolidación y rectificación del sistema. Dicho esto, la situación actual de la investigación en España se caracteriza por:

1. Falta de preocupación por los temas científicos. (Hemos tenido ocasión de hablar de ello en la presente charla).

2. Discontinuidad. Esto es un problema muy importante, que hay que resolver haciendo de la ciencia, que es el tema que nos ocupa, y también de la educación una cuestión de Estado. También llegados a este punto, me gustaría citar el poema de Juan Ramón, escrito en 1919 en el libro Piedra y cielo. Dice así:

No le toques ya más,
que así es la rosa.

Creo fundamental que en la estructura organizativa de la Ciencia y de la educación de un país se hagan los menores cambios posibles. Tanto vaivén lleva a la frustración de los científicos y de los profesionales de la educación, así como a la mala formación de los estudiantes. Si las cosas están bien, no las cambiemos. Esto implica que se tenga en cuenta el parecer de la sociedad, de los científicos, de los educadores y estudiantes, que se tenga presente la experiencia adquirida por nuestro país y por otros países desarrollados, y vuelvo a repetir que se haga de estas materias una cuestión de Estado. Y cuando tengamos la rosa, procuremos tocarla, cuanto menos, mejor. Los sistemas científicos de los países más desarrollados permanecen fundamentalmente intactos desde sus orígenes. No tenemos que inventar nada nuevo, sólo aplicar con prudencia y

sentido común lo que ya se ha comprobado que funciona.

3. Falta de masa crítica. En España se hace ciencia de minifundio.

4. Inexistencia de organización y priorización de acuerdo con las necesidades del país y no con las personales: de cada investigador, político o grupo de presión.

5. Política de personal injusta y anacrónica, basada en el café con leche para todos. En las Universidades se tienen dificultades para formar grupos de investigación compuesto por investigadores *seniors,* estudiantes de doctorado, *pos-doc,* laborantes y técnicos.

6. Mala distribución del dinero para la investigación y un exceso de burocracia.

7. Falta de seguimiento del trabajo de investigación.

Dicho todo esto, estoy de acuerdo con el profesor Echenique, cuando dice que "más importante y sobre todo más rentable que intentar dirigir la investigación hacia fines prefijados es crear un entorno, un caldo de cultivo, en el que la ciencia pueda desarrollarse". También cualquier regulación debería tener presente los mecanismos sutiles que vertebran a la comunidad científica: liderazgo, grupos de excelencia, creación de escuelas, etc. Como mínimo, se ha de evitar dañarlos.

Se ha de procurar introducir en el sistema científico y, sobre todo, en los jóvenes investigadores, el espíritu de la modestia. La ciencia enseña a contener respuestas precipitadas hasta el punto que Bertand Rusell gustaba de repetir que la buena lógica podría definirse como el arte de no sacar conclusiones. Como dijo Feymann: "Pienso que es mucho más interesante vivir sin saber que tener respuestas falsas".

Para hacer ciencia hace falta también tener libertad. Libertad para investigar, criticar, para revisar, para relacionar eventos, libertad para equivocarse, para dudar, etc. De hecho, la ciencia excesivamente dependiente de jerarquías y que se planifica en función del dinero o de intereses políticos, no tarda en perder su verdadero sentido y empieza a deformarse.

Se necesita no tener miedo al fracaso; una sociedad que considera un fracasado a alguien que intenta algo y no le sale bien no será nunca innovadora. Estigmatizar el llamado "fracaso" o exigir la certeza del éxito para apoyar algo es un mal camino para el logro de innovaciones.

Es importante llevar a los jóvenes la convicción de que lo que resulta más interesante es aquello que no encaja, la parte que no procede según uno esperaba.

También decía Feymann que las cosas que importan son la honestidad, la independencia, la disposición a admitir la ignorancia. Un científico nunca está seguro. Cuando se hace un enunciado, la cuestión no es sí es cierto o falso sino más bien qué probabilidad tiene de ser cierto o falso.

Debemos dejar sitio para la duda o no hay progreso ni aprendizaje. No hay aprendizaje sin plantear una pregunta, y una pregunta requiere duda. Realmente la libertad de dudar, que es absolutamente esencial para el desarrollo de las ciencias, nació de una lucha frente a la autoridad constituida de la época, que tenía una solución para cada problema.

El científico tiene mucha experiencia con la ignorancia, la duda y la incertidumbre. Cuando un científico no conoce la respuesta a un problema es un ignorante. Cuando tiene una intuición sobre cuál es el resultado está inseguro. Y cuando está seguro de cuál va a ser el resultado, tiene algunas dudas. Se descubre que para progresar tiene una importancia trascendental el reconocer la ignorancia y dejar lugar a la duda.

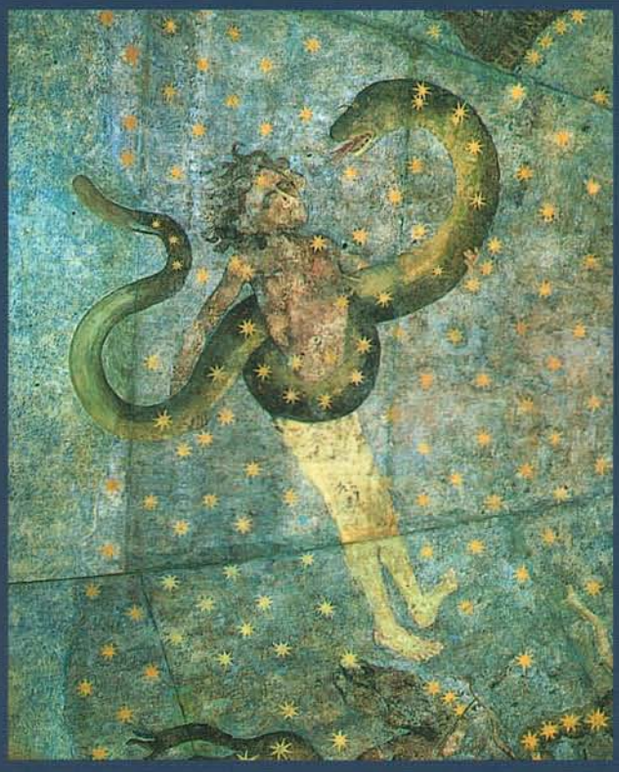
La investigación occidental se mantiene, según Feymann, sobre dos grandes herencias. Una es el espíritu científico de

aventura: la aventura en lo desconocido, que debe ser reconocido como desconocido para ser explorado, la exigencia de los misterios irresolubles del universo que siguen sin respuesta; la actitud de que todo es incierto; en resumen: la humildad del intelecto. La otra gran herencia es la ética cristiana, la acción basada en el amor, la hermandad de todos los hombres, el valor del individuo, la humildad de espíritu.

Otro valor de la ciencia es la diversión y el disfrute intelectual que se obtiene al leer, aprender, trabajar o reflexionar sobre ella. Este es un punto real muy importante, no suficientemente considerado por aquellos que nos dicen que nuestra responsabilidad moral debe ser tal o cual. ¿Tiene este mero disfrute personal algún valor para la sociedad en conjunto? ¡No! Pero, ¿no se trata, en última instancia, de disponer las cosas de modo que la gente pueda disfrutar de ellas? Si es así, el disfrute de la ciencia es tan importante como cualquier cosa.

Me gustaría terminar estas consideraciones con una cita del profesor Gotfried Schalz, que trabaja en el Biozentrum de la Universidad de Basel en Suiza: "La ciencia no necesita más cuotas regionales, centros de excelencia, vacaciones regulares o semanas de treinta y cinco horas de trabajo. Necesita mentes jóvenes capaces de intentar cosas nuevas, de trabajar duro y afrontar riesgos. La ciencia, que es una aventura, necesita de aventureros".

*Vicerrector de Investigación de la Universidad de Salamanca



Detalle del *Cielo* de Salamanca

ISSN 1692-3537